



**Homenaje a
PEDRO MIR
y
JOSÉ P.H. HERNÁNDEZ**

REVISTA DE ESTUDIOS GENERALES



Año 9 - N° 9, Vol. 1 • Julio 1994 - Junio 1995



**UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS
FACULTAD DE ESTUDIOS GENERALES**

© Copyright 1994

Portada: Detalle del cartel del *Homenaje a Pedro Mir*.
Serigrafía por Julio García Rosado.

Tipografía:
Victoria Torres
P.O. Box 3266
Carolina, PR 00628-3266

Impreso:
División de Impresos
Universidad de Puerto Rico
Río Piedras, Puerto Rico

REVISTA DE ESTUDIOS GENERALES
de la **FACULTAD DE ESTUDIOS GENERALES**
del **RECINTO UNIVERSITARIO de RÍO PIEDRAS**

AUTORIDADES

Dr. NORMAN MALDONADO, Presidente
Dr. EFRAÍN GONZÁLEZ TEJERA, Rector

ADMINISTRACION

Dra. SYLVIA RIVERA VIERA, Decana
Dra. CARMEN A. PÉREZ-HERRANZ, Decana Auxiliar
Asuntos Académicos
Sr. ENRIQUE COTTO VEGA, Decano Auxiliar
Asuntos Administrativos
Sra. EVELYN MARTÍNEZ, Decana Auxiliar
Asuntos Estudiantiles

DIRECTOR

Dr. ERNESTO ÁLVAREZ

JUNTA DE REDACCION

Dra. LILLANA COTTO, Bachillerato E. G.
Prof. CARMEN ACEVEDO RÍOS, Ciencias Biológicas
Prof. AMÍLCAR FOURNIER, Ciencias Físicas
Dr. PEDRO ÁLVAREZ RAMOS, Ciencias Sociales
Dr. ISABELO ZENÓN, Español
Dr. ROBERTO GUTIÉRREZ LABOY, Humanidades
Prof. ROSEMARIE NIEMIEC-CRUZ, Inglés

OFICINA DE PUBLICACIONES E. G.



ÍNDICE

Presentación: NÚM. 9 - VOLS. 1 y 2	9
--	---

VOLUMEN 1

ENCUENTRO DE POETAS EN HOMENAJE A PEDRO MIR

Programa del Homenaje	12
<i>Dr. Efraín González Tejera</i> , Rector UPR, Mensaje de bienvenida	15
<i>Vicente Rodríguez Nietzsche</i> , Dir. revista <i>Guajana</i> , Semblanza de Pedro Mir	17
<i>Francisco Matos Paoli</i> , Un himno o Canto Gregoriano en honor de Don Pedro Mir	19
<i>Ernesto Álvarez</i> , Tientos y diferencias; improvisaciones y variaciones en torno a la obra de Pedro Mir	25
<i>Coromoto Galvis</i> , Entrevista al poeta Pedro Mir	41
Cronología de Pedro Mir	49

HOMENAJE MUSICAL A PEDRO MIR

<i>Roy Brown</i> , Música antigua, El descubrimiento	57
<i>Zoraida Santiago</i> , Silencio, Perdemos la prisión, El tiempo...	60
Facsímil de la portada del programa del Grupo AEDOS	64

HOMENAJE LÍRICO A PEDRO MIR

<i>Josemilio González</i> , Hay un poeta en el mundo	67
<i>Francisco Matos Paoli</i> , A Pedro Mir, en sus 80 años	70
<i>Ernesto Álvarez</i> , Hijo de tres Antillas	72

<i>Wenceslao Serra Deliz</i> , Homenaje a Pedro Mir, La visita al poeta	76
<i>Andrés Castro Ríos</i> , Pedro Mir, En tu mano fluvial	78
<i>Vicente Rodríguez Nietzsche</i> , El poeta no quiere más aplausos	80
<i>Oquendo Medina</i> , Puntal horizonte	81

PEDRO MIR: EL HURACÁN NERUDA	83
---	----

LA MUJER EN LA POESÍA Y LA POESÍA EN LA MUJER

<i>Áurea María Sotomayor</i> , Panel de instrucciones para desarmarnos el corazón, Los inmigrantes, La rosa desarmada	104
<i>Mayra Santos Febres</i> , A todas mis abuelas trabajadoras de la aguja, A Antonia Martínez, estudiante universitaria y provocadora de una bala perdida de guardia que la mató el 4 de marzo de 1970, A Adolfina Villanueva, pescadora y rescatadora de su porción de tierra en Vacía Talega, Loíza, muerta por guardias contratados el 6 de febrero de 1980	110
<i>Dulce Ureña</i> , Vuelo perfecto, Buen juicio, Apariencia, Este dolor	115
<i>Magaly Quiñones</i> , La boca del prado, Dolor, Desolación, El grito	118
<i>Etnairis Rivera</i> , de WY dondequiera, El velero vaporoso (fragmento)	121
<i>Aurora Arias</i> , Un ala, Parto, Prisión I, Nido de pájaro	126
<i>Alba Nydia Rivera Ramos</i> , Grito, Poesía, Homenaje-Manifiesto	129

ABRAZO POÉTICO ANTILLANO

<i>Ricardo Cobián</i> , Despedirse es siempre, Un día me quedé solo, Me despertó un sueño	139
<i>Mateo Morrison</i> , Visiones, Argumento para una breve novela	145
<i>Wenceslao Serra Deliz</i> , Erótica, Así era mi padre	150

<i>Federico Jovine Bermúdez</i> , Salvo error u omisión (Crónica del muy antiguo y leal cabildo de la ciudad de Santo Domingo), Ramón Natera	156
<i>Félix Córdoba Iturregui</i> , Poemas	167
<i>Tomás Castro</i> , Ahora escalera abajo, Falsa alarma, Carta a Alicia, Poema V, Decreto, Poema VII	173
<i>Eric Landrón</i> , [de] Amor en tiempo de sida, Oración para un abrazo..., El amor es la cura que ansiamos	177
<i>Adrián Javier</i> , [de] El oscuro rito de la luz	183

JOSÉ P. H. HERNÁNDEZ, en su CENTENARIO (1892-1992)

Nota de la Redacción	189
<i>Ángel M. Mergal</i> , Intento crítico-biográfico	191
<i>Enrique A. Laguerre</i> , José P. H. Hernández	217
<i>Carlos N. Carreras</i> , José P. H. Hernández (1892-1922)	244
<i>José P. H. Hernández</i> , Antología Mística	254
<i>Manuel Siaca Rivera</i> , (I) José P. H. Hernández frente a la naturaleza	274
<i>Manuel Siaca Rivera</i> , (II) El pensamiento amoroso en P. H.	288
<i>José P. H. Hernández</i> , Magrigales	311
<i>Carmen Alicia Cadilla</i> , Peache	323
<i>Francisco Matos Paoli</i> , José P. H. Hernández	330

CREACIÓN

<i>Ferdinand Padrón Jiménez</i> , Selección Poética	343
---	-----

PRESENTACIÓN DEL N° 9, Vols. 1 y 2

Hoy, la Poesía. En nuestras publicaciones anteriores el énfasis ha sido puesto en la investigación y, quizá en menor cantidad, en las obras de creación, y aún así la narrativa sobre el verso, no olvidando que mucho del material ensayístico toca de cerca a la poesía y los poetas estudiados.

El presente número –en dos volúmenes– torna del otro lado ese patrón hasta hoy seguido: la poesía surge al primer plano y ello con una serie de reconocimientos que era necesario y mandatorio enfrentar. Del presente, los Homenajes a Pedro Mir, Poeta Nacional de la República Dominicana –y de las Antillas confederadas culturalmente– y a Julio César López, ordenador de la nueva edición de las **Obras Completas** de Hostos, Poeta y compañero Maestro en nuestro Departamento de Humanidades. Del reciente pasado, –primeras décadas del siglo XX–, el obligado recuerdo al más fino poeta del amor que ha tenido Puerto Rico: José P. H. Hernández, de quien en 1992 se debió conmemorar su centenario y que ante otras manifestaciones de festejo pasó dicha efemérides desapercibida.

El Homenaje a Pedro Mir fue promovido por el Departamento de Actividades Culturales, –conmemorando el 90 Aniversario de la Universidad de Puerto Rico–, la Oficina del Rector de la Universidad de Puerto Rico, la Oficina del Rector de la Universidad Autónoma de Santo Domingo, la **Revista de Estudios Generales**, el Departamento de Drama de la UPR y otras entidades culturales y personas que prestaron su generoso apoyo a tan merecido reconocimiento. Los poetas de la Universidad de Puerto Rico, los de la revista **Guajana**, el selecto grupo de poetas dominicanos que nos acompañó en veladas de confraternidad, hicieron rico el mundo de la poesía al que asistimos. La presencia de los señores Rectores, Dr. Efraín González Tejera por la UPR y el Dr. Roberto Santana por la UASD, enlazaron con carácter de oficialidad los actos conjuntos de ambas instituciones educativas y de las dos naciones hermanas. La colosal figura poética de Francisco Matos Paoli, poeta nacional de Puerto Rico, unió también los lazos entre poetas igualmente nacionales e igualmente Poetas Residentes de sus respectivas Universidades. Era, pues, deber de la **Revista de Estudios Generales** recoger lo más cercanamente posible las expresiones ofrecidas en honor a Don Pedro Mir, Poeta del Caribe.

Hasta el presente, la **Revista de Estudios Generales** venía apareciendo como un enciclopédico volumen de las tendencias seguidas por la Educación General, las ciencias y las letras, la investigación y la creación, a manera de un abarcador anuario. Físicamente, el volumen anual se ha hecho, en su formato, insostenible, y se hace necesario, para facilitar su manejo, abrir el corpus en dos tomos. El Núm. 9, Vol. 1, recoge, en su esencia, los homenajes a Pedro Mir y José P. H. Hernández, con la múltiple participación de profesores de nuestra Facultad de Estudios Generales en el reconocimiento al poeta antillano y con copiosa documentación en el centenario del poeta romántico-modernista puertorriqueño. Se publica en forma íntegra **Huracán Neruda**, hace tiempo agotado, de Pedro Mir.

La rica experiencia poética continúa en el Núm. 9, Vol. 2, con el reconocimiento a Julio César López, en el cual publicamos el ensayo inédito que Josemilio González dejara preparado para la publicación de las **Poesías Completas** del poeta de Cayey y que a causa de la muerte del prologuista no pudo ver la luz en dicho volumen. Un nuevo estudio de Roberto Gutiérrez Laboy sobre la ética de Hostos mantiene viva la llama del filósofo que iluminó a toda la América hispana. En Ciencias, Amílcar Fournier filosofa en torno a la paradoja de Hempel, en tanto Fernando Noriega Castillo estudia el "método científico" en relación con la educación de las Ciencias Físicas. En Ciencias Sociales aparecen las aportaciones de Waldemiro Vélez Cardona analizando los conceptos de las empresas multinacionales y Luis Ferrao-Libia González aportan una investigación sobre las relaciones de España y Puerto Rico a la luz del exilio republicano en los años '50. Una serie de breves trabajos de Arsenio Suárez, Luz Virginia Romero, Virgilio Colón, Noraida Agosto y Judith Castro mantiene alerta sobre la literatura y su análisis crítico. Los textos de Suárez y Romero son conferencias dictadas que analizan las poesías respectivas de José Martí y Luis Palés Matos.

Recién nos enteramos del deceso de la poetisa Carmen Alicia Cadilla. Por esas extrañas intuiciones que alertan la sensibilidad, veníamos trabajando en una investigación sobre su poesía. Como Homenaje Póstumo, deseamos ofrecer, en este tomo, dicho trabajo acompañado por un estudio sobre su literatura infantil, por Isabel Freire, un poema de Magaly Quiñones emergido de un sentimiento solidario, y una antología de sus versos..

El Editor

**ENCUENTRO DE POETAS
EN HOMENAJE A
PEDRO MIR**



*Del 1 al 4 de noviembre de 1993
Universidad de Puerto Rico
Recinto de Río Piedras*

REVISTA DE ESTUDIOS GENERALES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RÍO PIEDRAS

ENCUENTRO DE POETAS EN HOMENAJE A PEDRO MIR

*Poeta Nacional de la República Dominicana,
Poeta Residente, Universidad Autónoma de Santo Domingo,
en sus 80 años.*

Del 1 al 4 de noviembre de 1993
Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras.

Lunes, 1 de noviembre

7:30 p.m. – INAUGURACIÓN – Sala de Actos / Centro Universitario

Apertura: *Prof. Ricardo Cobián*, Director de Actividades Culturales

Declaración del Homenaje: *Dr. Ernesto Álvarez*

Palabras de Bienvenida: *Dr. Efraín González Tejera*, Rector UPR

Recepción de la Dedicatoria: *Dr. Roberto Santana*, Rector UASD

De Poeta a Poeta: *Palabras de Francisco Matos Paoli*, Poeta Nacional
de Puerto Rico, Poeta Residente de la UPR

Palabras de Pedro Mir: Poeta Nacional de la República Dominicana,
Poeta Residente de la UASD

Acto artístico a cargo de *Roy Brown*

Maestro de Ceremonias: *Pedro Zervigón*

10:00 p.m. – ÁGAPE – Sala de Actos / Centro Universitario

Martes, 2 de noviembre

9:30 p.m. – EN TORNIO A LA OBRA DE PEDRO MIR

Sala de Actos / Centro Universitario

Semblanza de Pedro Mir: *Vicente Rodríguez Nietzsche*

Pedro Mir en la República Dominicana: *Mateo Morrison*

Tres Sonetos a Pedro Mir: *Francisco Matos Paoli**

Hijo de tres Antillas: *Ernesto Álvarez**

Pedro Mir por Pedro Mir: *Palabras del Poeta*

Acto artístico: *Concierto de la Esperanza*

Grupo: AEDOS: Colectivo de Canto Popular

Director: *Pantelis Palamides*

Presentador: *Prof. Ricardo Cobián*

[* *Lectura de poemas*: *Prof. Flavia Lugo*]

Miércoles, 3 de noviembre

9:30 a.m. – REVISTA DE REVISTAS: EXPERIENCIAS Y TESTIMONIOS – Sala de Actos / Centro Universitario

1. Magali Quiñones: Directora, *Revista de Estudios del Caribe*
2. Manuel de la Puebla: Director, Revista *Mairena*
3. Wenceslao Serra Deliz: Director, *Revista de Ciencias Sociales*
4. Ernesto Álvarez: Director, *Revista de Estudios Generales*
5. Graciela Rodríguez Martínó: Revista *Piso 13*
6. Marcos Reyes Dávila: Director, Revista *Exégesis*
7. Rubén Ríos: Director, Revista *Caribán*
8. Áurea María Sotomayor: Directora, Revista *Post Data*
9. Carlos Varo: Director, Revista *Plural*

Acto artístico: **Baquiné para un Sonero: Homenaje a Ismael Rivera**

Poema musicalizado de *Ernesto Álvarez*

Carlos Sánchez Zambrana, flauta y teclado

Emanuel Dufrasne, marímbola

Héctor Meléndez, bongó y conga

Presentador: *Eric Landrón*

2:00 p.m. – POETAS DE VIVA VOZ DE LA UPR (Lectura)

La mujer en la poesía y la poesía en la mujer

1. *Ángela Hernández*: Poeta invitada de República Dominicana
2. *Áurea María Sotomayor*
3. *Mayra Santos Febres*
4. *Etnairis Rivera*
5. *Magali Quiñones*

Acto artístico a cargo de la cantautora *Zoraida Santiago*

Presentadora: *Prof. Flavia Lugo*

7:00 p.m. – VIDEO-POESÍA – Sala de Actos / Centro Universitario

Tres Poetas Forjadores de la Identidad Puertorriqueña

1. *Luis Palés Matos*: Director, Edwin Reyes
2. *Julia de Burgos*: Director, José García
3. *Juan Antonio Corretjer*: Director, Pucho Segarra

8:30 p.m. – POESÍA Y TEATRO – Sala de Actos / Centro Universitario

Espejos (Fragmentos)

Dirección: *Ileana Rivera*

Música y guitarra: *Luis Enrique Juliá*

Actuación: *Provi Seín*

Jueves, 4 de noviembre

9:30 a.m. – POETAS DE VIVA VOZ DE LA UPR (Lectura)

Sala de Actos / Centro Universitario

Poetas invitados de República Dominicana:

1. *Mateo Morrison*
2. *Federico Jóvine*
3. *Víctor Villegas*
4. *León David*

Poetas de la Universidad de Puerto Rico:

5. *Wenceslao Serra*
6. *Ricardo Cobián*
7. *Félix Córdoba*
8. *Edgardo López Ferrer*

Acto artístico: Amor en Tiempos de Sida (Fragmentos)

Johanna Ferrán

Sunshine Logroño

Eric Landrón: Autor

Presentador: Prof. Juan R. Duchesne

2:00 p.m. – POETAS DE VIVA VOZ (*Nuevas Promociones*) 1980-1990

Sala de Actos / Centro Universitario

1. *Tomás Castro: Poeta invitado de República Dominicana*
2. *Rafael Acevedo*
3. *Juan Carlos Quintero*
4. *Mayra Santos*
5. *Iriselma Robles*
6. *José Raúl González*

**7:00 p.m. – POR LOS SENDEROS DE LA POESÍA: PRESENTACIÓN
DE LIBROS NUEVOS – Casa Blanca, Viejo San Juan**

1. *Wenceslao Serra Deliz: Abra Palabra*, Presentado por Marcos Reyes, Director de *Exégesis*
2. *Ricardo Cobián: Un día me quedé solo*, Presentado por Henry Cobb
3. *Ernesto Álvarez: Eras de Eros*, Presentado por Abniel Marat
4. *Alba Nydia Rivera: Mi canción de Madera*, Presentado por Beatriz Maité

9:30 p.m. – VERSO A VERSO CON LOS POETAS DOMINICANOS

1. *Enrique Eusebio* – 2. *Abel Abreu* – 3. *Aurora Arias* – 4. *Adrián Javier* – 5. *Dulce Ureña*

**Palabras del Lic. Efraín González Tejera,
Rector del Recinto de Río Piedras,
con motivo de celebrarse los actos de apertura del**

**ENCUENTRO DE POETAS,
EN HOMENAJE A PEDRO MIR
Y A FRANCISCO MATOS PAOLI.**

*Sala de Actos, Centro Universitario.
1 de noviembre de 1993, 7:30 p. m.*

Lic. Roberto Santana, Rector Magnífico de la Universidad Autónoma de Santo Domingo;

Dr. Mateo Morrison, Director de Cultura;

Don Pedro Mir, Poeta Residente de la Universidad Autónoma de Santo Domingo;

Doña Carmen Mesejo de Mir;

Don Francisco Matos Paoli, Poeta Residente de la Universidad de Puerto Rico;

Poetas y artistas que nos acompañan;

Señores Decanos, profesores y personal universitario;

Compañeros estudiantes, amigos todos:

Los dominicanos y los puertorriqueños compartimos muchas cosas: formamos parte de las Antillas, nos baña el Mar Caribe, hablamos español, somos el producto de la fusión de tres razas y participamos de las mismas corrientes culturales y espirituales. Pero, además de todo eso, compartimos a un gran hombre nuestro: **Don Eugenio María de Hostos**. Santo Domingo le abrió siempre los brazos,

en los momentos más difíciles de su vida, y éste, a su vez, le devolvió en obras su hospitalidad. Podríamos decir que es un hombre de varias patrias y en todas ellas dejó su huella indeleble.

Hoy, la Universidad de Puerto Rico tiende su mano amiga y honra al gran poeta dominicano Pedro Mir y a la delegación que lo acompaña. Están ustedes en la patria de Hostos, que es como decir su propia patria.

Esta noche, nos une algo más. Algo que, según nos dice Octavio Paz, "es puente, mano tendida": la poesía. Dos grandes poetas, uno dominicano y otro puertorriqueño, con muchos rasgos en común, se encuentran aquí. Dos seres que no sólo son grandes por ser poetas, sino también porque ambos han sido hombres comprometidos con su tiempo y con sus respectivas patrias, preocupados por el futuro de sus pueblos, ambos han sufrido persecución política, ambos son poetas laureados: **don Pedro Mir y don Francisco Matos Paoli**. Para ellos, unidos todos en la poesía, nuestra más cordial bienvenida y nuestra sincera felicitación. Para todos los poetas, directores de revistas y artistas que han dicho presente y se han unido a este homenaje, nuestro profundo agradecimiento.

Bienvenidos todos y que disfruten de esta semana tan rica en actividades.

PEDRO MIR VALENTÍN

Vicente Rodríguez Nietzsche

*Antillano por la tierra.
Caribeño por el mar.
Hombre de hechura que entera
es celeste y universal.*

Se espera una definición literaria, política, específica del complejo y a la misma vez sencillo ser que resulta este hombre con el nombre conocido de Pedro Mir.

Valioso líder poético. Dirige la dignidad. Cultivador de esperanzas. Obrero de la igualdad.

Nació en San Pedro de Macorís, República Dominicana, el tercer día de junio en el año de 1913. Su primer libro de versos fue publicado en La Habana: **Hay un País en el Mundo**, 1949. Publica en 1969 **Amén de Mariposa** para hacer volar la verdad que resulta ser sustancia dirigente en su cantar la vida. Antes, en 1952, publicó en Guatemala su **Contracanto a Walt Whitman –Canto a Nosotros Mismos–** donde proclama desde ser un hijo del Caribe hasta la justificación de la paz, requerida por el poeta norteamericano, para todos los hombres del mundo. Un poeta de y hacia la humanidad es este Pedro Mir.

Con datos y ocurrencias históricas, tanto de nuestro Caribe como de nuestra América, investiga, analiza y concluye publicando libros como **El Gran Incendio** (1970), **Las Raíces Dominicanas de la Doctrina Monroe** (1974) y **Tres Leyendas de Colores** (1969); libro éste donde realiza una interpretación histórico-literaria de su país y que ya había escrito para finales de la década del 40.

Además, ha publicado: **Viaje a la Muchedumbre** (1971), **El Huracán Neruda** (1975), **Poemas de Buen Amor** (1969), **Seis Momentos de Esperanza** (1953), **Apertura a la Estética** (1974) y la novela **Cuando Amaban las Tierras Comuneras** (1978).

En 1972 el poeta intelectual Jaime Labastida se pregunta qué posible explicación tiene el que el nombre de Pedro Mir no aparezca al lado de los del cubano Nicolás Guillén y el de Pablo Neruda. Esta interrogación del erudito mejicano nos señala y nos alerta sobre la importancia y calidad de la obra de Mir.

Estuvo en Puerto Rico desde antes de nacer. A través de los ojos de su progenitora vio nuestros colores y formas, nuestra situación de colonia y nuestra mutua raíz abierta a la luz y a la sombra. Con su obra se proyecta hacia toda la humanidad desde su Macorís primaria como uno de los más auténticos y principales cantores de la América que ama.

Este es nuestro poeta en homenaje: El universal Don Pedro Mir.

Pedro Mir junto a poetas de la revista Guajana.
 Juan Sáez Burgos, Ramón Felipe Medina, Carlos
 Noriega, Pedro Mir, Vicente Rodríguez Nietzsche,
 Wenceslao Serra Deliz, Andrés Castro Ríos.



UN HIMNO O CANTO GREGORIANO EN HONOR DE DON PEDRO MIR, POETA NACIONAL DE LA REPÚBLICA DOMINICANA

Francisco Matos Paoli

Padre, yo nací en Lares, Puerto Rico,
tierra alta bordeada de montañas,
un 9 de marzo de 1915, a las ocho de la mañana.
Recalé en la Cuesta del Anón un día
en que vine al mundo
aureolado para el valor y el sacrificio,
y sigo siendo hijo
de Don Juan Matos Vélez, un humilde obrero campesino,
vástago de madre mulata, Doña Rita Vélez y de Don
Félix Matos Pérez, familia oriunda del Barrio Cibao,
de Camuy, (en taíno, Camuy quiere decir Sol),
y también, agradadamente nací de vientre
de madre mística inmortal,
Doña Susana Paoli Gayá, que vio la luz primera
en las estribaciones de los montes lareños,
hija de Don Carlos Paoli Domenech, Corso, *Corsu*
e sempre Corsu, una Madre Isla bañada por el Mar
Mediterráneo, símbolo directo, vigente de la Gracia
de la Libertad Eternizante de los Pueblos Agrícolas,
y quien fue concebida en el vientre de Doña Aurora
Gayá, oriunda de la Bahía de Aguadilla, donde yo
vi por vez primera la serenidad de la Mar.
Desde que era pequeño, y continúo siendo niño
libre, permanentemente libre saltando de vereda
en vereda, encaramado a las copas de los árboles,

buscando helechos húmedos, lianas, madre selvas,
 en los bosques tupidos de Lares, donde canta la
 paloma turca y el zorzal y el pitirre y el ruiseñor
 y los chaporeles, y las dos tórtolas que llevaba como
 diezmo al Altar, la Virgen María, Madre de Dios,
 era la Virgen María muy pobrecita en bienes materiales,
 pero fue escogida, como presagio, por la irresistible
 de la Gracia de Dios, para ser Madre de Dios, de Nuestro
 Señor Jesús, el Cristo, y madre de todos nosotros,
 y madre de toda la humanidad viviente, ah,
 perdón si me alabo,
 desde que era objeto del azul de los montes, paseaba
 mi niñez completamente agraciada por el don de los
 seres libres y honrados, aprendí el alfabeto del
 Hermano Sol en las imantaciones de ala y raíz de la
 Madre Tierra, y lo que es aún más excelso,
 contemplé desde la epifanía de las albas verdes y azules,
 la cohorte de héroes y mártires, la presencia viva
 de los inmortales del ser y del estar en la glorificación
 de la Paz como Libertad, como justicia poética de
 ultrairradiación pancósmica, contemplé el origen
 del Verbo poético en los Rojas, los Manolos Leñeros,
 los Venancios Román, los Matías Brookman, los Baurén,
 los Méndez Martínez, las Marianas Bracetti todas,
 que bordó la Bandera de la Patria Libre, Soberana e
 Independiente, en Lares, Brazo de Oro, quien nos
 vino del Pueblo de Añasco, y esta bandera es una conversión
 de la Bandera de Quisqueya la Bella, con su cruz
 blanca en el medio, de donde parte Don Pedro Mir hacia
 nosotros, los puertorriqueños, Bandera ideada por el
 Doctor Ramón Emeterio Betances, Padre de la Patria,
 hijo de Don Felipe Betances, dominicano y también
 prietuzco, mulato de eternidad, quien proclamó la
 Primera República en el Ayuntamineto de Lares un 23
 de septiembre de 1868.
 Betances fue también caminante, se educó en la Francia
 Inmortal, producto neto del Gallo de Francia, símbolo
 de la Libertad, y recorrió todo el Mar Caribe, en periplos

hermosos, excelsamente hermosos, para tener acceso a la Madre Isla de Borinquen, porque siempre fue un desterrado, y tuvo que vivir en París, para hacerse Antillano Mayor, agente filibustero de Cubanacán, y a quien llevó la savia del idilio misterioso de todas las Patrias Libres del Padre Nuestro, Nuestro Mar Caribe, junto al Místico del Deber, que definió la Patria, como Agonía y Deber, el Arcangélico José Julián Martí (yo estuve en las entrañas del Monstruo, y le conozco las entrañas, y mi honda es la de David). Pedro Mir, Padre, Poeta Nacional de Santo Domingo de Guzmán, tú eres hijo de un obrero cubano y de una madre humacaeña, puertorriqueña, borinqueña, y resumes la trayectoria heroica de las Tres Antillas Mayores poeta del **Canto y Contracanto a Walt Whitman**, poeta que te solidarizas en un **Viaje a la Muchedumbre**, poeta del hacer poético en el seno manantío del Pueblo (*Vox Populi, Vox Dei*), poeta que partes del contorno geológico, de la circunstancia social, política, de tu lucha perenne contra toda especie de tiranías, ya sea propia o ya sea ajena, y hombre universal, Profesor de Estética, cultor del verso que estremece por la vivencia, por el arte sometido a la ley de la compensación de la vida frutal. Ahora te veo en la Universidad de Puerto Rico, antes no querían los dominadores de Nuestro Suelo, que llegaras hasta nosotros, no te daban visa, aprovechemos, pues, este instante creativo y creador de las esencias bellas de los dones de la justicia poética en usufructo libertario y en disfrute del goce y del gozo de la democracia como urgencia del estado de Paz, donde todos nos compenetrarnos, tirios y troyanos, patriotas y traidores, poetas y cultivadores de la prosa prosaica de este valle de lágrimas, que nos da la gracia de la cruz, la rosa entre espinas, el Tabor que se transfigura en el Madero del Gólgota. Déjame decirte, compañero, Don Pedro Mir, que al igual que tú, que has sufrido persecución y vejamen de muchas formas de la tiranía, ya sea propia o ya sea ajena, yo tuve el placer infinito de compensar mi vida de Poeta Nacional, junto a Don Pedro Albizu Campos, y

junto con el Maestro, el Dirigente del Rocío que redime y salva a los Pueblos, víctima del Despotismo Extranjero, me alcé en armas, un 30 de octubre de 1950, y en Lares, pronuncié mi discurso, (que está escrito), **Yunque de los Héroes**, en honor de los Héroes de Lares, un 23 de septiembre de 1949, siendo yo el Secretario General del Partido Nacionalista de Puerto Rico, cuyo Apóstol Máximo lo fue y lo sigue siendo, Don Pedro Albizu Campos. En Lares fuimos a emular a los héroes de 1868, a comprometernos con una tradición libertaria que no pasa, que es el rayo de amor que nunca cesa, de Don Miguel Hernández, y cuando yo muera, te diré como Miguel, hijo de Orihuela, *Escribeme a la tierra, que yo te escribiré...*

Esta es mi historia, natural y sencilla, me eduqué en la Universidad de Puerto Rico, fui catedrático, como tú, de cursos de Literatura Puertorriqueña y Literatura Española, y de otros ejemplos sublimes de afirmación humanística en el Departamento de Estudios Hispánicos, de donde soy egresado, aunque todavía ocupo un puesto glorioso de Poeta Residente de la Universidad de Puerto Rico, quien ha tenido la venia, tal vez sin yo merecerlo, de regalarme un Doctorado Honoris Causa en Artes y Letras. También digo, como José Martí, quien fue a hallar la huella en Baní, del General en Jefe de la Revolución Cubana, Don Máximo Gómez, y dio su testamento en Montecristi en nombre del Patriarca, Don Federico Henríquez y Carvajal. Fíjate, Don Pedro Mir, quién, nos fija suelo, somos el corolario de las aguas eternas del Mar Caribe, y siguiendo la proyección del tiempo y del espacio (*la poesía es la palabra esencial en el tiempo*), nos enseñó Don Antonio Machado, combatiente y poeta de la España Inmortal Republicana), seguimos este rastro, tanto material, moral como espiritual, como expresión de la Estética, (tú eres Profesor de Estética en la Universidad Nacional Autónoma de Santo Domingo de Guzmán). Porque creemos, valientemente, humildemente, como hijos que surgen a la luz de la vida del seno manantío del Pueblo, que el don de la libertad, es el don epifánico por excelencia, que se deriva del

Génesis de la Madre Tierra, de las Madres islas, del archipiélago de las islas del Mar Caribe Inmortal, y luego pronunciamos la palabra honrosa del Libertador de Cuba, el arcangélico, don José Julián Martí: *Hagamos por sobre la mar, a sangre y a cariño, lo que por debajo de ella hace la cordillera de fuego andino*, y así es, nos integramos al Genio Libertador, Don Simón Bolívar, Cóndor que pasea en enhiesto vuelo desde lo alto del Pico del Aconcagua, donde vamos a celebrar la vida, la vida que nos ha dado tanto, nos ha dado la rosa y nos ha dado la espina, nos ha dado el ser poeta y hombre y patriota y revolucionario que lucha por hacer lo que hay que hacer, el pan, la tierra, la libertad, el sentido universal de la existencia que da al hombre honrado el disfrute de la Tierra Prometida que mana leche y miel para todos. En fin de cuentas, no quiero explayarme más, basta, Don Pedro Mir, que en el día de hoy yo te salude en nombre de la hospitalidad de Nuestro Pueblo Borinqueño, que es el tuyo, que te diga al oído del alma este Himno al Sol que me enseñó, porque soy religioso, el Patrono de la Ecología, San Francisco de Asís. Y así es, por encima de las aguas madres todas, surcadas, por encima de ríos, riachuelos con niebla, riadas, fuentes en plenitud de arte y de belleza, de verdad compensada por el bien común, por encima de las lluvias plateadas que caen desde el cielo, de los orvallos vírgenes, de las gotas de rocío que amanecen límpidas en una ancha hoja de yautía, por encima de aljibes, de tinajas, de pozos artesanos, de río-mares, de ultramares, de galaxias que nos traen el origen de la vida, según Tales de Mileto, la Madre Agua Inmortal, por encima del agua que le dio Nuestro Señor a la Samaritana, agua de vida eterna, y por encima del Agua que le reciprocó la Samaritana al Hijo del Pueblo, Nuestro Señor, por encima, y ya no digo por encima, dentro del seno virginal de la Madre María, Madre de Dios y Madre de todos nosotros, cuenta conmigo, hermano, en la hora de nuestra vida y en la hora de nuestra muerte, vamos a izar la Bandera, el Himno al Sol en los Tres Picachos de Jayuya, vamos a seguir luchando, dentro

del esparcimiento de este Río de Heráclito que es la historia, hazaña de la Libertad, vamos a ser y estar, afuera, adentro de las visiones del Espíritu que redime y salva y se integra al Cuerpo Vivo de las Aguas del Mar Caribe, donde recibimos la Gracia de la Vida Eterna, de la vida que perdura para siempre, aquí, ahora y siempre, de la Vida de la Libertad, que es la Paz Verdadera, que es el Gozo del Verbo de la Poesía que lleva a los pueblos el arte como vivificación de la existencia toda. Hoy es siempre todavía. *Caminante, no hay caminos, se hace camino al andar.* Cuenta conmigo, hermano, en todas las vicisitudes, en todos los azares bellos, en todos los avatares, en todos los destinos, en toda creación y Evolución de la Palabra Viva que se concreta en la materia prima de los sueños inmortales de la Imaginación, que también tiene su modo de decir la vida, del ser y del estar, en esta expresión Gloriosa del Maestro, Don Pedro Albizu Campos: *En el valor y el sacrificio,* en aquella palabra que redime y salva, salvemos de la ignominia del coloniaje a América, y en la agonía de París, digamos, como Don Ramón Emeterio Betances: *No quiero colonia ni con España ni con Estados Unidos, qué hacen los puertorriqueño que no se rebelan...* La suerte está echada, compañero, vivamos a la altura de la circunstancia, honrar honra, tú me honras, yo te honro, nos honramos todos en lo que dijo Martí: *Ser Culto es ser Libre*, porque la esclavitud parte de la ignorancia, ser culto, es ser Pueblo Inmortal que lleva el pan del cuerpo y el pan de la Libertad a la boca que gana el pan con el sudor de la frente... Y honor a mi señora esposa, poetisa de niños, Doña Isabel Freire, mi voz a ti debida, mujer puertorriqueña, honor a mis hijas Susana Isabel y María Soledad (Marisol), honor a mis descendencias, mis nietos, Lisi, Ernesto, Soli y Soffa y Mariana, hoy por hoy, Reina del Hogar... y biznieta.

Río Piedras, Puerto Rico,
a 21 de octubre de 1993.

TIENTOS Y DIFERENCIAS EN TORNO A LA OBRA DE PEDRO MIR (improvisaciones y variaciones)

Ernesto Álvarez

I. Un hijo del Caribe

Cuando se piensa en la antillanía poética de Pedro Mir no la podemos concebir del mismo modo que la de otros poetas conocidos. No entra en Pedro Mir el folklorismo musical tan afín al poema político del cubano Nicolás Guillén ni tampoco al tam-tam sonoro del afro-antillanismo, con sus dejes irónicos, de Luis Palés Matos en Puerto Rico. Tampoco hay en la poesía de Mir las prístinas reminiscencias de la ignota memoria del guadalupano Saint John Perse. Quizá en el aspecto social haya un mayor acercamineto a Aimé Césaire, pero aún así el tono poético de Pedro Mir, tan frecuentemente tendiente a la épica como en el **Canto General** de Pablo Neruda, difiere básicamente del martiniqueño, y aún la visión social del autor del **Cuaderno de un retorno al país natal**, donde se describe la pobreza de “los condenados de la tierra” –para decirlo con palabras de otro antillano: Franz Fanon– es diferente de los trabajadores, de corte whitmaniano aunque evidentemente caribeños y universales, de Pedro Mir.

Tenemos, pues, a una voz antillana ampulosa en el discurso político (como tableteo de ametralladora), válida con preferencia del versículo abundante en contenido e incontenible en su torrente expresivo. No porque haya compuesto un **Contracanto a Walt Whitman** se puede atribuir esa sinfónica expresión al whitmanismo, sin que por ello deje Whitman de ser un punto de partida y hallarse presente y recipiente del envío poético el vate dominicano. La épica, según concebida por Maiakovski y proseguida por otros como Eugenio Evtuchenko, lleva

implícita esa descarga de lenguaje entendible y certero que se muestra en el **Canto a Lenín** del poeta ruso. Estaríamos viendo a medias si nos conformásemos con las obvias alusiones y alocuciones dirigidas al autor de **Hojas de yerba**.

León Felipe, quien vertió al español **Canto a mí mismo** –*Song of Myself*– no dejó de ser León Felipe al trasladar a su idioma el espíritu poético de los versos del norteamericano. Podríamos decir algo semejante de aquel Juan Ramón Jiménez que puso en prosas castellanas los escritos poéticos del hindú Rabindranath Tagore. Pedro Mir no es un traductor, sino un intérprete original. Lo primero que hace Mir en su **Contracanto a Walt Whitman** es añadir, como paráfrasis y ampliación, un subtítulo : (**Canto a nosotros mismos**) mediante el cual el *yo* colectivo whitmaniano se vuelve el *nosotros* colectivo de la confraternidad de los hombres, las mujeres y los pueblos en la visión del poeta caribeño. Ese colectivo tiene mucho que ver, además, con la fusión de dos espíritus, porque a su momento Pedro Mir va a confesarse ser Walt Whitman mismo:

*Y el pueblo entero se miraba a sí mismo
cuando escuchaba la palabra
yo
y el pueblo entero se escuchaba en ti mismo
cuando escuchaba la palabra
yo, Walt Whitman, un cosmos,
¡un hijo de Manhattan...!
Porque tú eras el pueblo, tú eras yo,...*

(En **Viaje a la muchedumbre**, p. 51)

Es, pues, el de Whitman un *yo* colectivo, no individualista, y así lo entiende Pedro Mir. Nunca un *yo* egocéntrico, como se hace evidente cuando es manipulado por el *ego-ísmo*. No así ha sido ese *yo* tan lleno de colectividad en el **Canto** whitmaniano, traducido al *nosotros* en el **Contracanto** del poeta dominicano; de tal modo se adhiere Pedro Mir al espíritu poético de Whitman. Ese *hijo de Manhattan*, Whitman, Mir, y todos aquellos que por distintas razones pisamos alguna vez las isletas de los condados de la ciudad de Nueva York, lugar de exilio obligado de puertorriqueños, haitianos, dominicanos, colombianos,

ecuatorianos y otros..., siempre extranjeros, de paso, pero al parecer sin el boleto de retorno.

No podemos pensar, pues, que el elemento autobiográfico que el *yo* de Pedro Mir implica cuando inicia su **Contracanto**:

*Yo,
un hijo del Caribe,
precisamente antillano.
producto primitivo de una ingenua
criatura borinqueña
y un obrero cubano
nacido justamente, y pobremente,
en suelo quisqueyano.*

(Viaje a la muchedumbre, p. 39),

aunque el dato sea preciso cual si se tratara de un acta de nacimiento, es algo individual. Pedro Mir se hace símbolo de las tres Antillas hispanoparlantes. De tres Antillas que continuamente arrojan sus hijos al mar tratando de hallar la tierra de promisión que mana leche y miel. Sin embargo, los trabajos continúan. Dondequiera que el antillano fuere debe comenzar por abajo.

Si comparamos este *yo* de Pedro Mir con el *yo* nerudiano, que con frecuencia el del chileno se resuelve en lirismo autobiográfico (como está manifiesto en **Memorial de la Isla Negra**), notaríamos cuánta distancia hay entre el uno y el otro, porque en Neruda –a quien también Pedro Mir ha seguido en **El Huracán Neruda**–, a veces ese *yo* es personalista, que trasciende en lo bello y sentimental de la poesía, no obstante sea el chileno un poeta comprometido con las causas sociales.

Ese hijo de tres Antillas es el que va a hablarle a Walt Whitman, el gigante de la poesía norteamericana. ¿Va a hablarle de *tú* a *tú* como pretenden aquellos que envalentonados quieren alzarse al pedestal de los grandes para engrandecerse a sí mismos? ¡No! Pedro Mir va a hablarle a Walt Whitman de *yo* a *yo*. Esto quiere decir mucho. Con humildad, sí, pero sin falsas modestias. Porque cuando los espíritus hablan no está contando la etiqueta que visten sino la desnudez de las almas. Y ya en este recinto, no es más *un hijo de Manhattan*, que *un hijo del Caribe*.

La “conferencia en la cumbre” se celebra entre estos dos poetas, Whitman y Mir. Entonces las denuncias. El Babbitt surgido de la pluma de Sinclair Lewis con tentáculos de pulpo, en Luis Palés Matos cuando en su **Tun-Tun de pasa y grifería** expresa: *Babbitt turista te atrapa*. ¿Quién es Babbitt en Pedro Mir? Así lo expresa él:

No preguntéis por Mr. Babbitt. Él os lo dirá.

*– Yo, Babbitt, un cosmos,
un hijo de Manhattan.*

Él os lo dirá.

*– Traedme las Antillas
sobre varios calibres presurosos, sobre cintas
de ametralladoras, sobre los carterpillares de los
tanques
traedme las Antillas.*

*Y en medio de un aroma silencioso
allá viene la isla de Santo Domingo.*

– Traedme la América Central.

*Y en medio de un aroma pavoroso
allá viene callada Nicaragua.*

– Traedme la América del Sur.

*Y en medio de un aroma pesaroso
allá viene cojeando Venezuela.*

*Y en medio de un celeste bogotazo
allá viene cayendo Colombia.*

Allá viene cayendo Ecuador.

Allá viene cayendo Brasil.

Allá viene cayendo Puerto Rico.

*En medio de un volumen salino
allá viene cayendo Chile...*

Vienen todos. Allá vienen cayendo.

*Cuba trae su dolor envuelto en un estremecimiento
de comparsas.*

*México trae su rencor envuelto en una sola mirada
fronteriza.*

Y Haití, y Uruguay y Paraguay, vienen cayendo.

Y Guatemala, El Salvador y Panamá, vienen cayendo.

Vienen todos. Vienen cayendo.

*No preguntéis por Mr. Babbitt, os lo he dicho.
 – Traedme todos esos pueblos en azúcar, en nitrato,
 en estaño, en petróleo, en bananas,
 en almíbar
 traedme todos esos pueblos.
 No preguntéis por Mr. Babbitt, os lo he dicho.
 Vienen todos, vienen cayendo.*

Conciencia plena de la política imperialista personificada en Mr. Babbitt. Sí, Pedro Mir está entre los grandes poetas antillanos –Nicolás Guillén, Luis Palés Matos, Aimé Césaire– de los hispanoamericanos– el Neruda del **Canto General**, el Vallejo de los **Poemas humanos y España, aparta de mí este cáliz**, y, aunque olvidado, del José Santos Chocano de los poemas sobre la conquista de América– de los norteamericanos– ya es obvio que Whitman ha sido invocado, pero también de aquellos que componen la generación que en la década de los '60 se vuelven críticos de su nación de origen como el Gregory Corso de "The Bomb".

Hay mucha materia prima en la poesía de Pedro Mir que aguarda por estudiosos que la aborden con amor y responsabilidad. Sirvan estas notas sólo de presentación y de estímulo en el reconocimiento al Poeta Nacional de Santo Domingo en esta su casa, la Universidad de Puerto Rico.

II. (El Cantar de) *Roldán*, en *Tres leyendas de colores*, Pedro Mir

De los libros en prosa de Pedro Mir destacan dos por ser, quizás éstos, los más asequibles debido a sus recientes ediciones: su novela **Cuando amaban las tierras comuneras** (México, Siglo XXI, 1978) y **Tres leyendas de colores** (Santo Domingo, Editora Taller, 1978). **Tres leyendas de colores** lleva un subtítulo de gran significación: "Ensayo de interpretación de las tres primeras revoluciones del Nuevo Mundo". La primera parte enfoca la insubordinación de Roldán contra el Almirante, Cristóbal Colón, conflicto étnico, blanco contra blanco, que Pedro Mir descubre, por primera vez, como conflicto de clases. En la segunda parte aparece Enriquillo encarnando al indio rebelde, en

tanto en la tercera es el africano el que da “color” al episodio final, o leyenda, en su texto.

Pedro Mir exhibe en las páginas de este libro no sólo la pasión por el dato propio del historiador —quizá el poeta en pugna con la frialdad del cirujano del método científico— sino también el profundo psicólogo y el sociólogo agudo.

Vale la pena detenerse en esa primera parte, que viene a ser una nueva **Chanson de Roland** de los tiempos modernos, pues Roldán, el rebelde, que a la luz del idealismo con el que se ha fabricado la personalidad de Colón ha sido presentado como el traidor malagradecido, en el texto de Pedro Mir viene a ser el revolucionario consciente de su clase, opuesto a la clase aristocrática representada en el Almirante.

Y aquí, siguiendo a Pedro Mir podría uno seguir de cierto ese conflicto de clases que tan magistralmente plantea el relator para darnos la idea de cómo fue la primera revolución del Nuevo Mundo. Distanciado de Hostos, quien fue un agudo auscultador del corazón y de la mente colombinos, Mir no ve ya en Colón al altivo capitán que sabe imponerse a “las turbas enajenadas” de los marinos que se alzan amotinados durante el primer viaje, que no deja de ser ese “motín” una especie de revolución dentro de ese microcosmos que representa un barco cuando la tripulación está temerosa de su vida: barco o isla, aunque el tamaño sea la diferencia, el acto de insubordinación podría tener características parecidas, siempre que se pruebe la opresión hacia el subordinado.

La cita de la que Pedro Mir se vale de Wasserman es clave para entrar en el tema. Al referirse al **Diario** de Colón, a la par que al marino, señala Wasserman:

Una particularidad del libro de viaje es que unas veces está redactado en primera persona, otras, sin transición, en tercera: hablando de sí mismo como del Almirante. Tengo para mí que no se trata de un mero descuido de estilo ni de una fórmula vacía. La razón es más honda. El yo y el Almirante erguíanse en su corazón frente a frente, como dos extraños. Eran dos personas de distintas categorías, distintas responsabilidades, distintas trascendencias: la una un anciano desconfiado, febrilmente inquieto, verdugo de sí mismo, cansado y rígido; la otra, un espíritu infatigable, instrumento de distintos poderes erigidos en símbolo.

Wasserman está planteando la doble personalidad del Almirante, el problema de “el otro”, o “la otredad” que tan popular se ha hecho en los círculos intelectuales de hoy.

Pedro Mir va a objetar a Wasserman que éste no pueda pasar de señalar esa duplicidad mientras mantenga al hombre encerrado en sí mismo. *Ha debido colocárnoslo en el cruce de las circunstancias*. El contexto lee así:

Pero Wasserman no puede pasar de señalar esa duplicidad mientras mantenga al hombre encerrado en sí mismo. Ha debido colocárnoslo en el cruce de las circunstancias. Entonces nos habría hecho ver que Colón es una unidad psicológica grandiosa. Y nos habría explicado por qué pudo Colón mantener intacta su intuición del Nuevo Mundo a través de las peripecias más azarosas de la historia. Si hubiera habido dos personalidades en su interioridad, habría oscilado él como un péndulo entre dos voluntades. Pero Colón era un bloque macizo, de una sola sustancia maravillosa. La verdad es que el mundo cambiaba continuamente, y él le presentaba al mundo una naturaleza múltiple. Era una forma de supervivencia. Por ejemplo, llevaba dos contabilidades del recorrido en el primer viaje. *Uno* para él, *otro* para los marinos. Si mostraba el suyo, el verdadero, a la marinería, lo hubieran echado al agua con toda tranquilidad. Y eso hubiera sido muy desagradable para un Descubridor. (p. 21).

Mir plantea muy realistamente el desenlace de esa otredad. Es muy sencillo entender las previsiones de Colón según una realidad inmediata y no como un conflicto psicológico, aunque no por ello deban perderse de vista otros aspectos de ambición mercantilista, de bienestar propio y familiar (de sus hermanos, sus hijos y sus más allegados colaboradores). También quedan flotando de la cita de Wasserman algunos detalles que Pedro Mir no tiene por qué discutirlos, pues no vienen al caso para su tesis, y son los supuestos *yo*s de Colón cuando habla en primera persona o cuando se trata a sí mismo en tercera persona, como el Almirante. Valdría la pena saber si Wasserman manejó materiales colombinos hológrafos o si se valió de versiones sustraídas de la a su vez versión de Las Casas, fuente de procedencia de casi todas las transcripciones modernas, y donde es fácil percibir que Las Casas parafrasea o transcribe a Colón y que a veces,

tal vez por cansancio, le reescribe largas tiradas a la letra.

Podría auscultarse, además, —y sería más verosímil que el estudio psicológico pretendido—, qué doble agenda guardaba Colón no ya en sus libros de bitácora, asuntos de mayor interés que el descontar unas pocas leguas marinas para no asustar a sus marineros. Saber de qué debía o no enterarse su capitán Martín Alonso Pinzón. Por qué era tan estrictamente vigilado el Descubridor por el rey Juan de Portugal.

En cuanto a esas “personalidades” de Colón, pensar también en la duplicidad de un converso, es posible que la cristiandad de Colón no fuese tan antigua y por ello debía demostrarla a cada momento en el cambio de nombre de una nave y al nombrar las islas que descubría. También hay que buscar esa duplicidad en su reciente nobleza, otorgada a una especie de suplicante de las Cortes, un extranjero que de repente crea un desbalance social en la acomodaticia y cómoda nobleza que ve alzarse ante sí, tan pronto se cruza el mar, a un Virrey al que hay que obedecer, teniendo ellos más antigüedad cortesana, cristiana, y siendo peninsulares legítimos, contribuyentes algunos a las guerras contra los moros, “infieles”, recién expulsados de su territorio granadino.

Sin embargo, Colón no era un suplicante cualquiera, sino un comerciante que tenía en su poder un producto que vender, el cual sólo podía tratar con reyes: Juan de Portugal, Isabel de Castilla, Fernando de Aragón (o los reyes inglés y francés, si aquéllos no aceptaban las cláusulas de sus proposiciones, que bien exigentes eran).

Pedro Mir se halla bien orientado al tratar el conflicto Colón-Roldán, como uno de clases. Su *Roldán* es un conflicto antagónico entre las dos clases expuestas: Colón en representación de la Corona y Roldán representando al elemento pueblo. *Colón hizo lo que tenía que hacer en interés suyo y de su clase* (p. 22), nos dice Pedro Mir, y continúa: *El pueblo hizo también lo que tenía que hacer*. Y aquí vemos bifurcarse los caminos de ambos paladines. Roldán va al monte con sus rebeldes. Colón siempre tendrá su vista puesta en la altura de los títulos nobiliarios. Era a lo que aspiraba: privilegios reales para él y su descendencia. ¿No exigió a los monarcas de Castilla y Aragón ser nombrado “Visorrey” de las tierras que descubriere? O sea: sobre su cabeza, sólo las del Rey y la Reina, todos los demás nobles le quedaban por debajo. De ahí la gran dificultad de imponer su voluntad a nobles de mayor antigüedad e influencia en la Corte, lo que promueve serias

rivalidades que se debaten en tierras quisqueyanas (los Mújica, y Bobadilla, entre otros).

Hay ciertamente una lucha de clases en la aventura colombina. Y la más seria amenaza es la transgresión mediante la cual Colón obtiene el DON; se hace Almirante al llegar a la primera tierra “descubierta” y en Virrey al fundar la primera ciudad del Nuevo Mundo. De ahí la importancia de sacrificar a los náufragos de la Santa María, dejándoles en espera de su segunda venida radicados en el fuerte de la Navidad, bastión en el que se convirtió la nave náufraga, como aquella que en la remota antigüedad homérica se transformó en el legendario Caballo de Troya.

Hallamos en el **Roldán** de Pedro Mir innúmeras sugerencias, además de las interpretaciones implícitas del historiador, del reintérprete de los episodios nacionales de su pueblo, Santo Domingo, que exigen del lector completar cuadros, ello sin desvirtuar la tesis sostenida por el analista de los hechos que tuvieron origen en el verdadero “origen” de la historia de América. Pedro Mir ha sabido, con maestría literaria, con una honda conciencia social, conducir sus argumentos a la altura que lo han hecho los novelistas de hoy, cuando toman y retoman la gran aventura de Eldorado, la rebelión de Lope de Aguirre, y otros episodios americanos –para valernos de la forma en que los rotula el célebre novelista ecuatoriano Demetrio Aguilera Malta, ya que antes soslayadamente rozamos con Benito Pérez Galdós–. No es, pues, sorprendente hallar en Pedro Mir fragmentos como el que sigue:

A poco de levantar sus cimientos, las enfermedades comenzaron a minar la población. Después vino el mal imprevisto: el hambre. Estas dos calamidades se combinaron con el despotismo de los Colonos y produjeron el lanzamiento de Roldán. Unos lustros después, no quedará sino la naturaleza y el último elemento de la fundación de la ciudad: la leyenda. (p. 27)

Este anticipo es un gran acierto de Pedro Mir, porque lleva en él la conciencia de un gran novelista de nuestro tiempo. Es la iluminada sabiduría del escritor que se sabe estar construyendo una utopía literaria, que ve en la ambición al sumo arquitecto de las ciudades que invaden el paraíso, lo cuadrículan, construyen, lo pueblan, lo explotan, y abandonan luego el bagazo inservible condenándolo a la custodia del

tiempo y de los elementos, de la dejadez del músculo hasta que se derrumba.

Esta visión de mundo es la particular de los grandes novelistas hispanoamericanos que se inicia en 1890 con **Garduña**, de Manuel Zeno Gandía y continúa en nuestro tiempo con **Pedro Páramo**, de Juan Rulfo, y **Cien años de soledad**, de Gabriel García Márquez. La antiutopía está presente. La fundación y destrucción de un pueblo, aunque apegado a la historia documental en Pedro Mir, la cual cita para certificar la veracidad constantemente.

Pero está, a su vez, el poeta. No de balde ha expresado el sistema seguido en la construcción de la ciudad —que a su vez podría ser la estructura de su pieza literaria—. *Puesto que ya hemos coronado el aspecto material de la fundación, nos quedan el social, el humano y finalmente el poético de la ciudad.* (p. 25) Es decir, Pedro Mir sabe que la historia que describe tiene como relator no a un historiógrafo en estricto y científico manejo de los documentos, sino al Poeta, que a la postre embellece los elementos históricos aportados por los cronistas y los ordena, aunque en prosa, como un aedo helénico. Por tal razón —sospechamos— Pedro Mir acertadamente ha catalogado de *leyendas* sus narraciones y no de historia.

III. **Walt Whitman en Hispanoamérica, o Walt Whitman y Pedro Mir**

En 1954 el crítico literario y narrador, Fernando Alegría, publicó un libro muy significativo para la historia de la poesía hispanoamericana: **Walt Whitman en Hispanoamérica**. Las intenciones manifiestas del chileno Alegría eran muy claras:

No estará de más —y ayudará en mucho al lector a comprender mis intenciones— hacer un poco de autobiografía y explicar de donde viene mi interés por Whitman y por qué he puesto tanto ahínco en el estudio de su personalidad y de su obra.¹

1. Fernando Alegría: **Walt Whitman en Hispanoamérica**. México, Ediciones Studium, 1954, p. 9.

No cabe duda de que el yo autobiográfico de Walt Whitman contagia; y si el poeta norteamericano lo hizo, ¿por qué no hacerlo otro? Alegría lo percibe así, aunque su propósito sea otro. Pero vale la pena ver la evolución del crítico en esa "Introducción" que antepone al texto, porque de ella se desprenden evaluaciones fundamentales para comprender con mayor precisión lo que logra Pedro Mir frente a otros whitmanistas latinoamericanos. Acordes con este pensamiento son los postulados de Alegría en cuanto a su primera visión del cantor de sí mismo:

Whitman pertenecía, entonces, a esa clase de luchadores y rebeldes que me enseñaron a desconfiar de la cultura mercenaria de quienes crean para alimentar los valores comerciales de pequeñas bandas nacionalistas empeñadas en dividir al género humano y a patrocinar odios y celos colectivos.

Whitman era el defensor de la libertad del espíritu, el enemigo de los prejuicios, el orgulloso sostenedor de la pureza y excelencia de la faena artística, el cantor de la juventud, de la vida en contacto con la naturaleza, el hermano mayor de los trabajadores, el romántico apóstol de los perseguidos y explotados. Su optimismo sostenido por el lírico elogio de la tierra americana y por su épica exaltación de los valores morales del pueblo, era el mismo que nosotros, jóvenes hispanoamericanos, tratábamos de conquistar para contraponerlo a la siniestra campaña derrotista de las camarillas políticas que, impunemente, vendían nuestras patrias y corrumpían a las masas.²

Como se ve, Fernando Alegría tenía plena conciencia de lo que era la poesía cívica whitmaniana y de que la de Whitman era una figura de poeta americano acorde con las más claras convicciones políticas de su momento, quizás las mismas que movieron en su origen a Pablo Neruda, compatriota de Alegría, y luego al poeta caribeño Pedro Mir. Ciertamente Alegría luego se aleja de su visión social para *descubrir al hombre de carne y hueso detrás del mito que yo traía de Sudamérica*. Alegría pudo deslindar, pues, de la obra de Whitman los aspectos filosóficos y metafísicos, descubrió *la belleza sublime de su temperamento lírico bajo el más espectacular y ensordecidor ruido de su épica*.

2. *Ibid.*

Afirma también Alegría haber penetrado *en el complejo misterio de su alma herida en las zozobras de la carne pero triunfadora, en la aventura inefable de sus experiencias místicas.*

A lo que asistimos es a la metamorfosis espiritual del propio Fernando Alegría. Parece haber en el crítico una renuncia a las propuestas éticas y cívicas whitmanianas en beneficio de las abstracciones místicas y metafísicas que, ¿por qué no?, podrían derivarse del proceso creativo del cantor de los trabajadores de Manhattan. Aún así, el escritor chileno, Alegría, ve de gran importancia en Whitman,

... su liberalismo sin claudicaciones ni compromisos, sus ataques contra el puritanismo en la religión y en la cultura, a su condenación de los prejuicios raciales, a su lucha contra la influencia de los grandes mercaderes en el gobierno de su patria y a su afán constante por producir la paz entre los pueblos y la hermandad y el amor entre los hombres.³

Cree Alegría que el destino de Whitman es crecer, multiplicarse en las voces de los poetas que se conservan libres tanto en América como en otros lugares del mundo. De ahí pasa el preconizador de Whitman a detectar la significación que tuvo este poeta en la América hispana.

Afin con su propósito y siguiendo ese sondeo practicado por Fernando Alegría, hemos de dar con el **Contracanto a Walt Whitman, Canto a nosotros mismos**. Alegría tuvo acceso a la edición publicada en Guatemala –Ediciones Saker-Ti, 1952–. El breve comentario que el crítico chileno tiene para Pedro Mir está sustentado en citas suficientes del **Contracanto** para demostrar al Whitman épico y social. No hace falta que el chileno afirme categóricamente la antillanía de Pedro Mir, puesto que su publicación se ubica en Centro América, ya que de entrada cita los ya sabidos versos con los que Mir se autobiografía. Tampoco pondremos énfasis en el constante contraste entre lírica y épica, tan del gusto, quizá necesario, de Fernando Alegría. Es razonable, pues, que este comentario inserto en **Walt Whitman en Hispanoamérica** sea visto en su total objetiva visión, tal cual fue apreciado por el autor de tan abarcadora obra. Sostiene el crítico:

3. Op. cit.,

Pedro Mir, a su vez, ha expuesto ideas similares en un ambicioso e inspirado poema que lleva por nombre: **Contracanto a Walt Whitman, Canto a nosotros mismos** (Guatemala, 1952). En su introducción, Mir dice con sencillez:

*Yo, un hijo del Caribe
precisamente antillano.
Producto primitivo de una ingenua
criatura borinqueña y un obrero cubano,
nacido justamente y pobremente
en suelo quisqueyano.
Recorrido de voces,
lleno de pupilas
que a través de las islas se dilatan,
vengo a hablarle a Walt Whitman,
un cosmos, un hijo de Manhattan.
Preguntarán ¿quién eres tú? Comprendo.*

Evoca, en seguida, con imágenes de un realismo mágico, el paisaje original del continente norteamericano, los comienzos de la gran nación yanqui y el plan de una democracia integral. Avanzaron los pioneros, dice Mir, por los campos salvajes, nacieron, a su paso, las ciudades, las industrias, los comercios, las minas, los muelles, y del vórtice febril de la actividad y el progreso, salió el canto de Whitman, el bardo del pueblo. He aquí cómo parafrasea Mir el mensaje de *Song of Myself*:

*Y suavemente se forjó la canción:
yo el cowboy y yo el aventurero
y yo el pionero y yo el lavador de oro
y yo Alvin, yo William con mi nombre y mi suerte
de barajas,
y yo el predicador con mi voz de barítono
y yo la doncella que tengo mi cara
y yo la meretriz que tengo mi contorno
y yo el comerciante, capitán de mi plata
y yo el ser humano
en pos de la fortuna para mí, sobre mí, detrás de mí.
Y con el mundo entero*

*a mis pies, sometidos a mi voz,
 recogido en mi espalda
 y la estatura de la cordillera yo
 y las espigas de la llanura yo
 y el resplandor de los arados yo
 y las orillas de los arroyos yo
 y el corazón de la amatista yo
 y yo, ¡Walt Whitman, un cosmos,
 un hijo de Manhattan...!*

La gran nación que se formaba se reconoció en la palabra de Whitman y en el “yo” del poeta vio la encarnación del pueblo. Pero, *surgieron entonces los Bancos, los Trusts, los monopolios, las corporaciones... y aquel inmenso territorio empezó a circular por las cajas de los Bancos*. Recorred las amplias zonas del país yanqui –dice Mir– y en vano buscaréis el “limpio acento” de Whitman; en su lugar oiréis: *Yo, Babbitt, un cosmos, un hijo de Manhattan*. Pedro Mir reemplaza el “yo” whitmaniano por un “nosotros” popular y revolucionario:

*Nosotros los ferroviarios,
 nosotros los estudiantes,
 nosotros los mineros,
 nosotros los campesinos,
 nosotros...*

Su enumeración abarca oficios, razas y nacionalidades. Esta muchedumbre en marcha recogerá, dice, las semillas de Rusia, China y Corea para sembrarlas en los países de América. Whitman se encontrará con los poetas de la vanguardia revolucionaria, porque ése es su destino. Y exclama Pedro Mir:

*¡Poetas venideros, levantaos, porque vosotros debéis justificarme!
 Aquí estamos, Walt Whitman, para justificarte...
 ¡Aquí estamos
 en pie
 para justificarte,
 continuo compañero de Manhattan!⁴*

4. *Op. cit.*, pp. 344-346.

Alegría visualiza a Pedro Mir tratando *conquistar a Whitman para la causa política*, mientras otros halan para su lado lírico. Hallamos, entonces, que Fernando Alegría, con ecuanimidad, sin tomar bandera en favor o en contra de lo *épico* o lo *lírico*, deja sentada su opinión autorizada en torno al **Contracanto a Walt Whitman**. Lo ha dejado consignado, sin embargo, en una tendencia centroamericana de retorno al Whitman originario, no el académico con el que le amordazan. De ahí que sostenga Alegría que poetas “guatemaltecos” han adoptado la causa de Walt Whitman con ardiente celo revolucionario. *Siguiendo el ejemplo de Neruda y otros poetas comunistas, su propósito es el de rescatar a Whitman de las manos académicas y reaccionarias para incorporarlo a las luchas políticas del presente.*⁵ A juicio de Alegría, manifiesta esta actitud un escrito en prosa del guatemalteco Melvin René Barahona, en el que sostiene:

Han asesinado tus ideales, padre mío. Han prostituido tu religión de demócrata. Tu pueblo; ese pueblo que quisiste forjar con tu canto, te ha negado. Hoy eres un extranjero en tu país natal. Pero, no... Todavía quedan muchos allí que te aman. Todavía están allí los obreros explotados y los negros perseguidos y discriminados. Están allí; pero les han puesto un esparadrapo en la boca para que no mencionen tu nombre...⁶

Tesis y antítesis. Reconocimiento y denuncia. Desnudez de una actitud poética que no se ha de detener en este lugar, en el escritor de Guatemala. La expresión de un modo de ver a Whitman que también tocó al puertorriqueño José Manuel Torres Santiago cuando en 1964 poetizó, en su **Carta a Walt Whitman**:

CARTA A WALT WHITMAN

*Ya estamos asesinados, Walt Whitman.
Ya se acabó el hombre moderno, el canto del sexo,
el grito aquel que nos elevaba con sangre y sol.
Todo terminó, Walt Whitman.*

5. *Op. cit.*, p. 343.

6. *Op. cit.*, p. 344.

*Estamos separados el cuerpo y el alma,
la luz que rodaba por los huesos.
Todo el incienso de nuestra vida, el río de nostalgia.
Ni un espejo nos queda, ni un grito de agua.
Lo han asesinado todo.
Han apagado las llamas, el poro de los misterios,
el aire rojo que proclamaba
un Dios de más armonía y más revolución.
Viejo amigo: han roto las ventanas,
aquellas abiertas al espacio vital,
las hermosas ventanas
por donde la esperanza buscaba el terrible total.*

*Todo lo han muerto.
Una turbulencia se ha apoderado de la humanidad,
un espanto de nada donde todo se agota,
un grito gris donde no se escucha el agua.*

*... Porque todo es un final
y donde hubo armonía y revolución,
viejo amigo Walt Whitman, un mar de desolación.⁷*

El libro de Fernando Alegría deslinda claramente al poeta épico y al lírico, al social o cívico y al espiritual metafísico; a los trabajadores whitmanianos unidos y a la ciudad ideal, la Manahatta –con su nombre autóctono invocado– construyendo para un mundo futuro de mayor justicia.

Pedro Mir, en su **Contracanto a Walt Whitman**, supo recoger no sólo lo externo del conflicto entre el capital y el trabajador, sino también el significado espiritual que se imprime en el alma del hombre y la mujer de América –como siempre prefirió Walt Whitman– y que en Mir se halla en ese

*Producto primitivo de una ingenua
criatura borinqueña...*

7. Revista *Bayoán*, Río Piedras, octubre-diciembre, 1964.

ENTREVISTA AL POETA PEDRO MIR

Coromoto Galvis

Llegamos al Hotel El Convento, en el Viejo San Juan, a la hora puntual. Pedro Mir, un hombre de baja estatura, muy delgado, nos recibió junto a su esposa Carmina. Su enfisema pulmonar lo presionaba a quedarse en la cama. Él con la alegría y ese humor, propio de los caribeños, conversó un largo tiempo con nosotros.

– *¿Cuándo lo atrapó a usted la poesía?*

– Puedo decir que, efectivamente, la poesía me atrapó a mí, por la circunstancia de que yo escribía versos desde mi adolescencia. Hice, por supuesto, estudios de retórica en la Escuela Normal y me consideraba un versificador de primera clase, de la talla de los modernistas más publicados, pero yo no entendía que eso fuese la poesía, y, por supuesto, yo no sabía lo que era la poesía.

Un personaje de la literatura dominicana muy conocido en Venezuela, Juan Bosch (fue Presidente de la República Dominicana) era director de la página dominical de un periódico y por una serie de circunstancias llegaron a manos tuyas mis versos, sin que yo se los enviara. Aquello concluyó en que sorpresivamente me presentó en la página de este periódico, como cito: *el poeta social esperado*. Así entré en la literatura dominicana. Esto fue por el año 1937. Dos semanas después, Bosch abandonó el país, no nos volvimos a ver sino diez años después; nos encontramos en La Habana. En 1949, yo le llevé unos versos míos, esta vez sí fui yo quien los llevó, él los recibió con un calor enorme y dispuso su publicación. Este libro apareció con el nombre de **Hay un país en el mundo**. Este libro es verdaderamente el que me

introduce en el reino de la poesía.

– *¿Estuvo usted vinculado desde su niñez con el arte?*

– Con la poesía, sí. El pueblo en que nací, San Pedro de Macorís, famoso por sus peloteros de Grandes Ligas, era entonces un pueblo de poetas por excelencia. La mayoría de los grandes poetas dominicanos es de Macorís. Fue una ciudad que tuvo una explosión económica y centró allí una serie de actividades, se publicaban muchos periódicos, se vendían muchos libros y se aspiraba a muchas cosas. Había mucho dinero, breve susurro de opulencia. Todos los muchachos y yo sabíamos que un poeta era una cosa muy grande, porque tal vez no había cosa más grande que esa. Era más grande que los Presidentes de la República, que los grandes ricos, quienes fueron siempre despreciados. Nacido en ese ambiente, hablaba con mis amigos, quienes estaban en eso también. Muy jóvenes nosotros en Macorís –en ese pequeño pueblo– conocimos las doctrinas de Freud. Recuerdo a un muchachito que iba todas las tardes al parque con un libro de poesía, no sabemos si lo leía, pero lo llevaba bajo el brazo. Esto puede haber sido antes de los años 30. Yo tenía un par de amigos que había leído a Joyce en inglés y a Proust en francés. Todavía oigo hablar de las novedades de Joyce, de Proust; y digo, esos fueron mis juegos de niño... Nosotros teníamos por aquella época una obra que pasaba de mano en mano, se llamaba **Literaturas Europeas de Vanguardia**, de Guillermo de Torre, en la que venía una especie de catálogo de todas las corrientes existentes en el marco de la literatura, en una época inicial. Todo esto se conocía en Macorís, se hablaba en las calles, en los parques. Eso ha desaparecido, por supuesto, en Macorís y tal vez ha desaparecido de la República Dominicana. Pero también creo que ha desaparecido del mundo y todavía seguimos hablando de esas mismas cosas y ya están completamente obsoletas. El siglo XXI no las va a aceptar.

– *¿Cómo se formó su conciencia intelectual?*

– En mi casa, por alguna circunstancia, –mi padre era ingeniero mecánico, era el jefe del Ingenio donde yo nací– había allí un diccionario de las rimas y me leía las rimas. Cuando tenía 17 años, me leí un diccionario de bolsillo completo, porque consideraba que hacer poesía era decir palabras bonitas, y yo tenía que conocer las palabras bonitas. Lo que yo entendía por palabra poética eran palabras bonitas dignas de ser colocadas en un poema. Rubén Darío nos proporcionó muchas de esas palabras, la palabra *nefelibata* que es andar por las nubes. ¡Oh,

pero eso es prodigioso!, porque andar por las nubes es propio del poeta, si todos somos *nefelibata*. Así se fue formando una conciencia del trabajador literario, específicamente del poeta y en otros órdenes, por ejemplo, las crónicas de viaje. Enrique Gómez Carrillo fue para mí un gran señor, más tarde vino Ortega y Gasset con una prosa que no era poética, era ensayística, pero con un manejo de la lengua. Gabriel Miró por aquellos mismos días, ése era un preciosista, todo aquello era como vivir en un jardín, uno saltaba de una de estas obras a las otras. Por otra parte, está la novela: Víctor Hugo, Alejandro Dumas (padre e hijo), esa literatura romántica; la novela rusa: Gorki, Tolstoi, Gogol, Dostoivski, etc. Todas estas experiencias, específicamente literarias, que transcurren en una época, en un tiempo, que pasan años sobre esas lecturas, que van dejando una huella, una visión de las cosas...

– *¿Emigra de su país a Cuba por problemas políticos?*

– Emigré de mi país a Cuba en el año 1947 por problemas políticos y regresé cuando esa situación se clarificó. Todo esto significó veinte años de ausencia. Después de regresar, vinieron los acontecimientos del año 1965 y, en definitiva, no me establecí en el país sino hasta 1968. De manera que mi vida literaria en Santo Domingo comienza en 1969, cuando se publican otras obras que habían sido editadas en el extranjero.

– *Hay un silencio de su poesía desde el año 1949, cuando usted escribe Hay un país en el mundo, hasta 1953 que aparece Contracanto a Walt Whitman. ¿Cuál es la razón?*

– Escribí **Hay un país en el mundo**, se editó el libro porque Bosch me vendió la edición, y con ese dinero empecé a caminar de aquí allá y no volví a escribir seriamente –digamos así– hasta el **Contracanto a Walt Whitman**. Ya para esa época yo trabajaba como sub-contador en una empresa. Escribí el **Contracanto**... como respuesta al poema **Canto a mí mismo**, de León Felipe, con un poema introductorio, *Habla el prólogo*, publicado por la Colección Losada. Son versos de León Felipe en el estilo de Whitman, donde él sostenía una tesis que, a mi modo de ver, contradecía la visión que tenía Whitman de la democracia. León Felipe decía que él prefería al heroico que al demócrata, a mí me pareció que el heroico siempre era producto de la guerra, entonces decidí contestar a León Felipe. El **Contracanto a Walt Whitman** es un contracanto a León Felipe, pero tuve una de las sorpresas más

increíble de mi vida. Dejé mi cargo de contador, me metí el **Contracanto** debajo del brazo y me fui a México, a presentarlo allá. Tengo la sorpresa de que León Felipe era el presidente de los amigos de la paz o de los partidarios de la paz y yo había escrito una carta contra el guerrillista León Felipe. Además, iba dedicado a él y tuve que suprimir la dedicatoria.

– *¿Conocía a León Felipe? ¿Era su amigo?*

– Por supuesto, conocí a León Felipe en el Café París. Una figura muy gallarda, era alto, color de rosa, con sombrero negro, bastón, muy siglo XIX, una cosa así, por no llevarlo al siglo XVIII, una bella figura con una barba muy whitmaniana, él era muy whitmaniano. El **Contracanto**, entonces, tomó un camino distinto. En México me había obligado a hacerle modificaciones al poema y con esas modificaciones, que respondían a las circunstancias políticas e históricas de aquel momento, apareció esa edición que se presentó en el *Ateneo García Lorca*, de Guatemala, edición que al fin pereció en las manos de las tropas de Castillo Armas. La segunda edición del **Contracanto** se hizo en Santo Domingo, se publicó el original. Cuando regresé a Santo Domingo me hicieron una recepción muy cariñosa, con mucha gente, y yo leí el **Contracanto**, que tenía once años de escrito.

– *¿Su amistad con Pablo Neruda fue profunda?*

– Lo conocí, estuvimos juntos en varias ocasiones. Estuvimos juntos en un congreso de intelectuales en Viena. Estuvimos juntos en un congreso por la Paz en Moscú. Le estoy hablando de 1950. Conocí también a Jorge Amado y a otros escritores como Luis Aragón, Elsa Triolé. Pero en el marco de las relaciones que se tienen en esos casos, las cuales son siempre muy afectuosas, pero muy superficiales, nacen y mueren con suma facilidad en los pasillos del congreso. Después me encontré con Neruda, otra vez, en La Habana, y quizás una tercera vez que no recuerdo. Yo no tenía calificación para entrar en relaciones con él. Primero yo era un poeta antillano, eso ya supone un tono menor.

– *¿Por qué supone un tono menor? ¿Ha existido discriminación hacia los intelectuales antillanos por parte de los intelectuales de otros países latinoamericanos? ¿Lo ha vivido usted?*

– Sin duda, sí. Ser antillano no es igual que ser parisiense. Hay matices. Por ejemplo, un argentino tiene un lugar que nunca puede aspirar a ocupar un dominicano. El dominicano podrá descubrir la

fusión del átomo, pero siempre estará debajo del dueño argentino del laboratorio. Las pequeñas Islas del Caribe son islas de esclavos que han sido siempre de más baja categoría de los nutrientes de los grandes imperios. No pueden, de ninguna manera, entrar en el mercado de la gran literatura, ni del gran arte, salvo que algunas circunstancias particulares de algunos vientos que soplan de algún lado o que situaciones específicas lo favorezcan. Yo no estoy llorando por la herida, porque soy, creo, de los pocos antillanos que han sido favorecidos, digamos, por la buena suerte. He sido afortunado, he escrito un par de poemas que no mueren, que se resisten a morir. Pero el reconocimiento por mi obra, a nivel internacional, ocurre ahora, cuando ya para mí tiene una significación muy relativa. En estos 80 años he tenido homenajes de diversos tipos, en diversos países. Algunos he tenido que rehusarlos, como la invitación a París. Un viaje a París ya no me es tan fácil en el estado en que está mi salud. Este viaje a Puerto Rico me ha ocasionado dificultades, y... itan cerca que estamos!

– *Con los intelectuales mexicanos ha sido diferente. Ellos han estado pendientes de su obra y de conocerle...*

– México ha sido un país muy generoso conmigo. Ellos difundieron una panorámica de mi poesía que tuvo mucha repercusión, hicieron varias ediciones. La Editorial Siglo XXI publicó el **Viaje a la muchedumbre**, con un prólogo de Jaime Labastida. La Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) difundió mi voz en la *Colección La Viva Voz de América Latina*, y fue de las primeras veinticuatro voces que se grabó para esa serie. La propia Siglo XXI publica mi primera novela y creo que es a ella misma que le debo la difusión de mi obra fuera de mi país. Digo creo, por usar una expresión convencional, pero para mí es absolutamente seguro. Ahora ellos mismos están planeando publicar mis obras completas.

– *Sus títulos de prosa son más voluminosos que los de poesía. ¿Le gustaba más escribir novelas o poesía?*

– La poesía no se escribe por satisfacción, ni se escribe para recibir satisfacción. Creo que la cuestión donística no está en juego. La obra de arte es una necesidad de comunicación, entonces hubo un momento en que yo no tenía nada que decir por medio de la poesía. Había otros vehículos que me ofrecían posibilidades más provechosas que la poesía. La poesía tiene un momento en mi vida, en mi época. En el momento en que escribo esta novela, **Cuando amaban las tierras comune-**

ras, el vehículo adecuado para decir lo que yo quería decir era la narrativa. Escribí esa novela, después **La gran hazaña de Limber y después Otoño**. Luego escribí una noveleta, la llamaría yo, porque no es de mucho volumen, **Buen viaje, Pancho Valentín**, un poco autobiográfica, para decir algunas cosas que necesitaba decir en el contexto de mi vida de entonces.

– *Hay muchos que defienden la poesía como un acto íntimo y solitario entre el lector y un libro. Pero en su caso, sucede totalmente lo contrario. Cuando asisten de cinco mil a seis mil personas a sus recitales en Santo Domingo para escucharlo, ¿piensa que hay una serie de necesidades que ese público busca satisfacer con su poesía? ¿Cómo explica ese fenómeno?*

– Yo creo que la poesía... —esto puede ser contradictorio, podríamos discutirlo a largo plazo, pero esta no es la ocasión para eso—, creo que la poesía siempre es un acto individual, inclusive un acto íntimo.

Ahora, como usted muy bien lo dice, el otro polo es el libro, que es una abstracción; porque cuando uno escribe, uno no ve el libro, uno se configura de alguna manera a la persona, o a las personas que van a recibir eso que uno dice. Pero eso lo escribe uno solo.

Uno no escribe una poesía, pidiéndole a otra persona que le proporcione los materiales, porque nadie puede saber lo que uno lleva dentro. Ahora bien, lo que pasa que esa intimidad es conformada socialmente, nadie nace con esa intimidad, con esas pasiones, con ese sonido, con esas esperanzas, con esa fantasía, con esas experiencias, con esas tristezas, con esas alegrías, con esos amores, con esos odios. Todo eso proviene de la sociedad y cuando el individuo comunica esta experiencia, la sociedad se reconoce en ella, en la medida en que sea auténtica la poesía y que sea sincero el autor.

– *¿Cómo define usted la poesía?*

– Hay un libro mío que recientemente está en circulación que se llama **El lapicida de los ojos morados**. Ahí yo intento una definición de la poesía. Yo se la puedo decir ahora, porque como definición la formulé en el libro, pero esto tendría que ser explicado. La poesía es una forma de comunicar, por medio de las palabras, aquello que no puede ser comunicado por medio de las palabras.

– *¿Es paradójico, verdad?*

– Lo que pasa que la poesía es una forma de comunicar por medio de las palabras poéticas aquello que no puede ser comunicado por

medio de las palabras lingüísticas. Hay que explicar ahora qué es la palabra poética. Pero eso solamente se puede explicar como se explican todas las cosas por comparación con otras, establecer cuál es la diferencia que hay entre la palabra poética y la palabra lingüística o la palabra poética y la palabra novelística o cuentística, o entre la palabra simbólica y la palabra lingüística o la palabra poética. En este juego, cada una de ellas se define respecto de las otras. Ahora, en cuanto usted intente explicar cada una separadamente del rejuego de las tres se pierde, porque ellas sólo se definen en función de las otras.

– *¿Utilizó los mismo procedimientos y tiempo en la creación de todos sus poemas?*

– Hay un país en el mundo lo escribí en una semana. Yo clavaba los diversos poemas en una pared de madera con chinchas y eso me permitía ver la obra de conjunto. Durante una semana estuve en ese juego hasta que se lo llevé al amigo Bosch, pero solamente utilicé ese procedimiento en ese caso. El **Contracanto**, por ejemplo, me llevó un año. Escribí desde el poema número uno hasta el poema número diez, y después ya no pude escribir más sino un año después. Lo mismo me pasó con **Amén de mariposa**. Escribí el primer tiempo en un período y después de varios años escribí el segundo tiempo, sobre todo, porque no podía pasar del punto en que lo dejé. Pero después eso va trabajándose solo en algunos escondrijos recónditos del cerebro y de los misterios de la mente, quién sabe, o del hígado o de los riñones o a lo mejor eso sale en los aromas del sudor cuando se oxigena, porque son mecanismos químicos, físicos, ¿quién sabe de dónde salen?

El caso es que en ambos casos escribí de un solo tirón. En cambio, **El huracán Neruda** me dio un trabajo increíble. Había un poema en que yo tenía que apartarme de Neruda y situar mi alma ahí. El momento en que yo escribí eso me planteaba una serie de sombras en mi mente, que están reflejadas ahí. Lo mismo pasó con **Seis momentos de esperanza**, que por cierto lo oí hoy en el concierto y me prometí que cuando esté tranquilo en mi casa, voy a leer esas cosas, leer como si leyera un periódico, es otra cosa. Una experiencia que solamente se puede disfrutar cuando se llega al final de una vida, cuando ya uno no está en el asunto de escribir poesía, ni aún cuando lo quisiera, porque ya no se puede ser poeta a los ochenta años. Poeta se es a los veinte años, cuando se cree en la vida, cuando se cree en la juventud, cuando se cree en las flores, en el futuro, cuando se puede avizorar lo que

viene.

Penetrar en los misterios que nos reserva lo que viene, es la gran visión del poeta y la gran función del poeta, la del misterio, porque dicen que la poesía es un misterio; no, no, lo que pasa que la poesía sólo trabaja con el misterio, lo que tiene que descubrir que es y yo creo que esta es la gran época de los poetas, porque tenemos el siglo XXI por delante. El mundo está desconcertado, el siglo XX ha caído en la más profunda desgracia, todas sus ideas se agotaron, eso tiene una continuidad de otra naturaleza. Se han desplomado, se desplomó la pintura abstracta, se desplomó el estructuralismo, se desplomó la lingüística, se han desplomado todas las aspiraciones de la humanidad, todos los credos políticos, todas las organizaciones, las ideas de la patria, todo eso se ha convertido en un laberinto, en una vorágine que la humanidad no acaba de organizar en su pensamiento, de introducir un orden en ese caos. Ahora se habla mucho del caos, porque el caos es el signo de estos tiempos.

– *¿Cuál debería ser el papel del arte en este momento?*

– Ahora es cuando el arte tiene un papel importante, ahí es donde el lenguaje no tiene nada que hacer, tiene que venir la poesía principalmente y ver eso que viene, y eso lo puede hacer cualquier muchachito venezolano, que nadie sabe quién es y puede pasar treinta o cincuenta años desconocido, como si nada, y después, retrospectivamente, decir: mira, ahí está hecho. A mí lo que falta ahora son las fuerzas físicas y la fe en un mundo que yo deseara. Entonces, buscar eso en lo que viene y si resulta, entonces en el genio. Por eso, yo digo los jóvenes, porque los jóvenes están comprometidos con el futuro, el futuro es de ellos, no de los viejos. Entonces ellos deben tener la capacidad de vislumbrar lo que viene. Yo les aseguro que eso ocurre, pero son cuatro o cinco mil millones de jóvenes que tienen esa tarea por delante, muchos van a acertar. Ahora, si el joven que vislumbra eso no tiene los recursos técnicos, si no ha vivido desde la niñez algún contacto con el arte, con el violín, con la pintura, etc., no será capaz de traducir eso con los medios materiales, porque hay que tener las dos cosas. Hay que tener la visión, pero hay que tener el dominio de los medios con los cuales poder comunicar eso, porque sino no se recibe el mensaje.

CRONOLOGÍA DE PEDRO MIR

Nombre completo: *Pedro Julio Mir Valentín*.

1913 – Junio 3. Nace en el ingenio azucarero “Cristóbal Colón”, San Pedro de Macorís, República Dominicana. Su padre, Pedro Mir, cubano, es ingeniero en jefe de ese ingenio (traído de su país por la Casa Vicini con ese fin). Su madre, Vicenta Valentín, puertorriqueña, muere en su tercer parto, en 1916. Pedro Julio es el mayor y el único varón de los tres huérfanos.

1918 – Hace las primeras letras en el Ingenio, continúa en San Pedro de Macorís y luego en la Capital.

1937 – Sorpresivamente para el autor, aparece en la página literaria del antiguo *Listín Diario*, firmando tres poemas con el nombre de Pedro Mir y precedidos por unas palabras del entonces encargado de esa página, Juan Bosch, en la cual lo presenta como el eventual *poeta social dominicano*, después de haber recibido indirectamente aquellos versos...

- Inicia la publicación de poemas sueltos en periódicos (*Listín Diario*, *La Opinión*) y revistas (*Cuadernos Dominicanos de Cultura*, *Plus Ultra*), algunos de los cuales (*Poema del llanto trigueño*, *La vida manda que pueble estos caminos*) desagradan al régimen.

1941 – Obtiene el título de Doctor en Derecho de la antigua Universidad de Santo Tomás de Aquino (hoy Universidad Autónoma de Santo Domingo, UASD).

- Profesor-inspector en la escuela Normal Superior de Santo Domingo.

- 1947** – Viaja a Cuba. Descubre que allí se organiza la llamada “Expedición de Cayo Confite”, destinada a derrocar la dictadura dominicana y participa en ella. Comienza su vida de proscrito durante la cual conoce diversos países de América y Europa.
- 1949** – Primera obra poética en volumen: **Hay un país en el mundo** (*Poema gris en varias ocasiones*), impresa en La Habana.
- 1952** – Guatemala. Presentación del poema **Contracanto a Walt Whitman: canto a nosotros mismos** en el Ateneo García Lorca.
- Conferencia, *Los tres secretos de la metáfora*, en la Universidad de San Carlos, de esa ciudad
- 1953** – Viena. Congreso de los Pueblos.
- Huésped de Rumania durante un mes con otros delegados al Congreso de los Pueblos de Viena.
- 1959** – La Habana. Asesor literario de la Editora Nacional.
- Miembro fundador del Instituto Cubano de Amistad con los Pueblos (Encargado de la sección América Latina).
 - Director fundador del programa radial de la Asociación Nacional de Agricultores Pequeños (ANAP).
- 1963** – Regreso al país.
- Ejercicio profesional. Bufete abierto con otros abogados en el Edificio Diez, Santo Domingo.
- 1966** – Nueva emigración (por razones de salud a raíz de los acontecimientos de 1965). Francia, Unión Soviética, España, Cuba.
- 1968** – Regreso definitivo al país.
- Profesor de Introducción a la Filosofía en la UASD.
- 1969** – Miembro de la familia de investigadores de la UASD.
- 1972** – Profesor de la Teoría y Crítica de Arte de la UASD.
- 1975** – México. 6 de mayo. Presentación del poema **El huracán Neruda** en el Ateneo Español de México (publicado in extenso en el periódico *El Día*, primera vez que se publicaba un poema en la prensa diaria como noticia).
- Santo Domingo. Premio Nacional de Historia (*Las raíces dominicanas de la Doctrina de Monroe*).

1976 – Premio Nacional de Poesía (*El huracán Neruda*).

- San Juan de Puerto Rico. Conferencia en la Universidad de Río Piedras.
- Recital en el Instituto de Cultura Puertorriqueña.

1982 – Santo Domingo. Premio “El Caonabo de Oro” de la Asociación Dominicana de Periodistas y Escritores.

- Declarado Poeta Nacional por la Cámara de Diputados de la República Dominicana por votación unánime de todos los partidos a propuesta de los partidos mayoritarios del país.
- Diploma de Profesor Meritísimo otorgado por la Universidad Autónoma de Santo Domingo.
- Presidente de la sección dominicana de la Asociación Internacional de Críticos de Arte (AICA), París.

1985 – Madrid. Seminario de historiadores “En el Quinto Centenario de Bartolomé de las Casas”.. Ponencia recogida en el volumen del mismo título. Ediciones Cultura Hispánica, Instituto de Cooperación Iberoamericana, Madrid, 1986.

- Recital en el Ateneo de Madrid.
- Conferencia en el Instituto de Cooperación Iberoamericana acerca de “Las raíces verdaderas del desarrollo histórico dominicano”.
- Conferencia auspiciada el 27 de febrero por la Embajada Dominicana en Madrid, en ocasión de la fecha de la Independencia Nacional.

1990 – Santo Domingo. Designación como “Escritor Residente” de la Universidad Autónoma de Santo Domingo (UASD).

1991 – Nueva York. Investidura del grado de “Doctor Honoris Causa” en Letras Humanísticas (*Doctor of Humane Letters*) por la Universidad de la Ciudad de Nueva York (Hunter College), junio 5.

- Providence, R.I. Diploma de Mención Senatorial (*Senate Citation*) del Estado de Rhode Island y las Instituciones de Providence (*Providence Plantations*) por su participación (Conversatorio) como “Invitado Distinguido” a la II Feria Latinoamericana del Libro. Octubre 18.



Dr. Efraín González Tejera, Rector UPR.
Foto por José Pérez Mesa.



30 agosto 1994.
 A don Pedro Mir
 Como recuerdo del encuentro con don
 Francisco Matos Paoli en el Recinto de
 Río Piedras, U.P.R., donde les admiramos
 mucho
 Fran González
 Rector

Pedro Mir, Poeta Nacional de la República Dominicana
Poeta Residente de la Universidad Nacional de Santo Domingo
 y

Francisco Matos Paoli, Poeta Nacional de Puerto Rico
Poeta Residente de la Universidad de Puerto Rico

(Foto UPR por José Pérez Mesa)



Poetas Ernesto Alvarez, Pedro Mir,
Marcos Reyes Dávila y Wenceslao Serra Deliz
(Foto por Vicente Rodríguez Nietzsche)

DOS CANTAUTORES:

ROY BROWN Y
ZORAIDA SANTIAGO

EN HOMENAJE A

P E D R O M I R

(Letras de sus canciones)



ROY BROWN

MÚSICA ANTIGUA

***Me gusta la música antigua
 como me atraen las preguntas de siempre
 ¿qué hay después de la muerte?
 ¿cuál es la razón primera?
 ¿dónde está mi amor?
 me gusta la música antigua
 porque me acuerda los mandamientos
 no matarás
 no tomarás la mujer del prójimo
 no vivirás de la mentira
 me gusta la música antigua
 como me gusta una tarde gris
 de paseo por el campo
 en día así me digo
 voy a proseguir camino
 voy a echarlo todo por la borda
 y navegar hacia el poniente
 un cambio de ropa
 un cambio de mente
 me gusta la música antigua
 porque me acuerda mi primer amor
 abandoné en mi barrio mis amigos
 por la locura de amor
 esclavo de Venus fui
 y ahora queda solo el recuerdo
 al amor lo consume el fuego
 y al humo se lo lleva el viento
 me gusta la música antigua
 como me gusta una tarde gris
 de paseo por el campo
 en día así me digo
 voy a proseguir camino***

*voy a echarlo todo por la borda
y navegar hacia el poniente
un cambio de ropa
un cambio de mente*

EL DESCUBRIMIENTO

*hace quinientos años
una noche de cielo claro
la mar en calma
se durmió el grumete
las aguas en su vaivén
clavaron la barca al arrecife
se deshizo el tablado
de tanto golpe de marejada
y capitán y tripulantes
náufragos estaban en el Caribe*

*el vigía dio la alarma
y el cacique urgió
gentes y canoas
a vencer las olas
entre gritos y pujos
entre crujidos y órdenes
se salvaron hombre, cosas
espadas, mosquetes y pólvora
se abrazaron aborígenes y náufragos
los pájaros anunciaban la madrugada*

*érase un mundo ancho
de colorado verde azul plata
las nubes generosas
la tierra preñada de oro
oro, oro, oro, repetía el capitán
ante tanto obsequio taíno
se internó por los montes*

*cruzando ríos y praderas
y buscando el origen del paraíso
lo declaró todo descubierto*

*una mañana alborotada
cacique hombres mujeres niños
fueron embarcados
rumbo al otro lado del mundo
iban llorosos, iban encadenados
mientras el capitán los despedía
la tierra preñada de oro
las islas un paraíso
el capitán no sabía donde estaba
el capitán nunca supo lo que hizo*

*la tierra preñada de oro
las islas un paraíso*

ZORAIDA SANTIAGO

SILENCIO

*Amigo, ¿qué noticias hay? ¿Ha terminado ya la guerra?
Pues todo está muy bien, normal. ¡La democracia al fin venció!
Y aquí no ha pasado nada. Sólo unos pocos no regresan.
Pequeño susto que pasamos, pero fue un juego solamente
y prepotentes regresamos.*

*¿En dónde están todos los muertos, los mutilados, los perdidos?
Si nuestras madres ahora abrazan a sus hijos,
al otro lado de la tierra no es lo mismo. Silencio.*

*Que no se hable de los muertos, los generales nos ordenan.
Que no se hable de paisajes desolados.
Que no se diga una palabra de reclamo. Silencio.*

*¡Qué soledad! ¡Qué soledad! ¡Qué poco alcanza nuestro amor!
¡Qué soledad! Sólo pensar que no queremos recordar
que estamos todos embarcados en un planeta que navega
surcando solo un mismo espacio. O nos salvamos todos juntos
o todos juntos nos hundimos.*

*¿En dónde están todos los muertos, que no logramos esconderlos?
¿En dónde están los que labraban esa tierra
antes de que naciera el monstruo de la guerra? Silencio.*

*Que no se hable de los muertos, para que nadie se desvele.
Que no agonice como cisne moribundo
la dignidad y la conciencia de este mundo. Silencio.*

*Que no se diga genocidio, ni cuál fue el precio que pagamos.
Y una ciudad salvajemente bombardeada,
triste testigo del progreso de las armas. Silencio.*



PERDEMOS LA PRISIÓN

*Irremediablemente
nace el día,
irremediablemente.
Irremediablemente
bate el mar contra la roca,
irremediablemente los ríos en su andar
van a parar a la mar.*

*Irremediablemente
el mundo estruja su futuro
en un gesto inconsciente y fatal.
Irremediablemente
morimos todos del mismo mal.*

*Irremediablemente
perdemos y ganamos.
Irremediablemente
desaparecen los caminos andados
y andamos al azar.*

*Irremediablemente
otorgamos la razón al menos sabio
y elevamos altares a la equivocación.*

*Irremediablemente
los zapatos se agarran a los pies
y encarcelamos al ángel.*

*Irremediablemente
el ángel se libera y fabrica la poesía.
Irremediablemente
volvemos al origen y desnudos cantamos
con la sabiduría que trajimos del mar.*

*Irremediablemente
nos hacemos sirenas,*

*enamoramos barcos sin ancla ni timón,
deambulamos el sueño y rompemos silencios.*

*Irremediablemente
perdemos la prisión.*

EL TIEMPO

*Hay veces en que el tiempo se detiene.
Se escapa del reloj, cuerdo y travieso.
Atraviesa los bosques que hay detrás de la casa,
se nos va de la vista y de las ganas.*

*Y antes de aparecer, como un chiquillo
que llega de gozar mil travesuras,
nos quita la cordura, nos deja sin aliento,
nos enseña a subirnos a las ramas.*

*Y en esos momentos la luna se queda
sentada al espejo,
y en esos momentos las brujas realizan
su rito de guerra.*

*Y en esos momentos
los seres se muerden los rabos del alma
porque de repente se agota el momento
y vuelve el reloj a contar
cada minuto largo,
cada segundo amargo.*

*Hay que saber vivir esos momentos.
Saborear con el tacto y con el beso.
Toda la vida puede ser un dedo sobre el labio,
toda la muerte el olvidar
que vive fuera del tiempo
la eternidad del amor.*

*Y en esos momentos no cuenta la prisa
se hacen los sueños,*

*y en esos momentos los ángeles todos
entran al infierno.
Y en esos momentos
no cuentan las voces que llevamos dentro
que siempre nos dicen, ya vamos, es hora
y vuelve la cuenta a llevar.
Cada minuto largo,
cada segundo amargo.*

Universidad de Puerto Rico

**Recinto de Río Piedras / Decanato de Estudiantes
Departamento de Actividades Culturales y Recreativas**

AEDOS - Colectivo de canto popular

presentan

Concierto de la esperanza



**Encuentro de poetas puertorriqueños en homenaje a Pedro Mir
Poeta Nacional de la República Dominicana**

**Universidad de Puerto Rico - Recinto de Río Piedras
Centro de Estudiantes / 2 de Noviembre de 1993**

HOMENAJE LÍRICO

A

P E D R O M I R

Pedro Mir es un *Grande de América*
y en esa magnitud le ha cantado a las Américas.
Aedos - Colectivo de canto popular,
gracias al apoyo incondicional
de destacadas figuras del ámbito
cultural puertorriqueño y de jóvenes talentos,
se incorpora al homenaje por sus 80 años,
interpretando una selección de sus poemas
junto a canciones sobre poemas
de otros autores del mar nuestro:
el Mar Caribe.

Participantes:

Lectura de los poemas:

Manuel de la Puebla
Nancy Millán
Rosalina Perales
Magaly Quiñones
Ricardo Santana
Carmen Zeta Pérez

Cantantes:

Nancy Millán
Ricardo Santana

Músicos:

José H. Martínez - Guitarra
Angel Hernández - Viola
Pantelis Palamidis - Teclado

Sonido:

Paquido Muñoz

Concepto y dirección musical:

Pantelis Palamidis



JOSEMILIO GONZÁLEZ

HAY UN HOMBRE EN EL MUNDO

(Poema leído en el Homenaje Nacional a Pedro Mir)

Hay un hombre en el mundo
colocado
a corazón abierto
en la mirada exacta de su pueblo.
En la vertiente exacta de su historia
que tiene más de cuatro cordilleras.
Es un hombre de ciertas soledades
con cierto inverosímil archipiélago
bogando en su cabeza
—sin azúcar ni alcohol.
Alcatraz-pensamiento
que se apoya en la brisa
de su tiempo.
Ala-Rafz clavada en las entrañas.
Es
un hombre
sencillamente
claro
sencillamente
amargo
sencillamente vasto.
Como el abrazo de verdes horizontes.
Como el mar
inextinguiblemente ávido.
En verdad
ese hombre
suma más de seis millones de vidas.
No es un Walt Whitman a cada canto
sino un contracanto al liberticida de los pájaros.
Ese hombre
es verdad / canción veraz
de paz y de agonía.

*Canción como su alma
 que es inmensa bahía de bahías.
 (Allí no puede entrar
 el portaviones "Intrepid"
 ni otro portaviones
 que no sea
 el Único
 Invencible
 "Pueblo Dominicano"
 anclado para siempre
 en El Caribe).*
*Hombre
 con nombre de piedra
 y apellido
 de arcoiris.
 Tan verdadero
 como la huella del pescador de la isla Saona
 en la húmeda arena de la tarde
 como tierna brisa del Chavón
 en los palmares de Paríso
 como la espuma que salta en Puerto Plata
 anhelando besar Luperón y el Caribe
 y aún más
 como inmoldados de Constanza
 aquellos que mordieron la piel de San Isidro
 como Las Tres Hermanas
 -Segunda Trinitaria-
 Constelación de Llama
 volando eternamente
 el Cielo de la Patria.
 Hay un hombre en el mundo
 que lleva su país
 en la punta de la lengua
 que lleva a su país
 enredado en los pies
 que labra a su país
 con perfil de agonía
 entre sus manos incansables.*

*América la Nuestra,
 la sinigual América del llanto,
 la América de Hostos, de Luperón, de Duarte,
 de Bolívar, Martí, Benito Juárez,
 la América sagrada de Sandino y Betances,
 lo aprieta en su regazo
 y le dice al poeta:
 voz del dolor latinoamericano,
 hijo del hombre, hermano
 del que en las sequedades del Brasil
 sufre bajo la lluvia de la angustia,
 hermano de los hijos de Argentina
 que en las islas Malvinas
 bendijeron el suelo con su sangre,
 compañero del cholo peruano
 y del indio ecuatoriano
 bajo el pesado fardo de este mundo.
 América del llanto y la tortura
 herida en la cintura
 por el Gran General
 de la locura.
 Hay un hombre en el mundo
 colocado
 exactamente al centro de su historia
 con un país
 erguido en su memoria
 y el brazo enarbolado
 con el sol del presente
 abierto
 sobre todo el continente.
 Es un hombre de enérgica ternura
 y delicado estambre de poesía.
 Su alma es como mágica escultura
 profundamente humana melodía.
 Hay un hombre en el mundo
 cuyo nombre
 no voy a nombrar
 porque nombrado está.*

FRANCISCO MATOS PAOLI

A PEDRO MIR, EN SUS OCHENTA AÑOS

I

*Compañero del Alba, Compañero.
En Tres Puntas está la estrella rota.
Y en un vuelo impensable, la gaviota
se cimbra sobre el mar, alza un sendero*

*en los corales vírgenes... No muero,
compañero del alba, el alma flota,
es raíz de los cielos, y denota
a Quisqueya, Borinquen y este fiero*

*pulmón del mundo en la Cuba Bella.
Y triunfamos, la isla tan doncella
que te dio Madre, en Humacao, un día,*

*se forja en tu palabra sentenciosa.
Y la estrella de todos, se hace rosa
de Sharón, vive en ti la Profecía.*

II

*¿Quién porta el sueño tan despierto, amigo?
Un mulato esencial, que está en los campos,
un último vibrar de humildes lampos,
Don Pedro en ti, y la patria, testigo*

*de la ola de estética, o un abrigo
de tierra que nos cría, erige ampos
de amor revoloteando, Albizu Campos
de manos de Betances, que es el trigo*

*del Mar Caribe, que separa huellas,
cardúmenes de peces, floriestrellas,
son de la loma y viernes santo luego,*

*cuando Jesús, en toda su lumbrada,
nos exige el favor de abrir la nada
de las aguas, al Sol Negro del Fuego.*

III

*Pedro Mir que reúnes los abriles
de Tres Antillas, te tenemos, hijo
del mar como Machado, y en prolijo
testimonio de fe hacemos los perfiles*

*de esta barcarola... Miles, miles
señales brotarán, como se dijo
en la palabra apalabrada, hijo
en la indemne presencia, en los raffles*

*de la aurora que entrega amor tan santo
que nos permite, en la gota del llanto,
en la gota rociada en hoja de yautía*

*adivinar la esencia que en ti canta,
que es la sublime sed de la garganta,
y el agua azul y verde que te cría...*

Post Data:

En Río Piedras, Puerto Rico, a 3 de junio de 1993,
día en que cumple el Poeta Nacional,
de Santo Domingo, Don Pedro Mir,
sus ochenta años. Recibe estas mañanitas...

ERNESTO ÁLVAREZ

HIJO DE TRES ANTILLAS

A Pedro Mir

D*o he conocido a un hombre cuya historia
brotó de entre las aguas de un océano,
de un mar que rompe sus cristales:
dar a luz a sus islas en un cántico!*

*Él ha descrito, como pocos lo hacen,
las hambres de la Tierra,
los miembros musculosos del trabajo
sobre los pies descalzos;
la faena, el sudor, el atropello
de un ser que viste miles de cabezas
un ser: un todo...*

¿Ser?

*Una mujer de vientre lleno
y estómago vacío;
un niño hambriento que bosteza a un seno,
o a un hombre elástico y cansado
rumiando su tabaco,
ya que no hay pan que endulce su saliva:
amargura silente que no traga
porque amarga cual la hoja
del silenciado indio.*

Un todo:

*las miles de piernas se dividen,
los millones de brazos se separan,
billones de cabezas se fragmentan
y eran gentes;
mas luego se contraen, se compactan
y son Pueblo.*

*Yo colectivo: como decir nosotros
 –tú y el otro y la otra–
 ¡Todos!*

*Yo he conocido a un hombre que abre surcos
 en la explanada fértil de la fértil palabra;
 emergió de tres islas
 como una misma onda atlántica
 que se expande y se va de playa en playa,
 toca costa de Haití, recalca en Cuba
 y en Borinquen espumas desentraña.*

*Síntesis es de geografías varias
 Antillas fragmentadas:
 Islas que con ser todo
 crecidas en la unidad de la india balsa,
 en la canoa que unía dos continentes
 –con la fuerza del remo no hay distancias–
 devinieron fragmentos de archipiélago
 cuando, político, el genio del mal las acapara.*

*Entonces,
 Cuba,
 hermana mayor,
 hembra nutricia,
 devino en cerco del acecho del águila;
 más que Troya resiste,
 –no diez años, madura cuatro décadas exactas–.*

*Entonces,
 voraces aguiluchos
 sobrevolaron a la gloriosa
 República Dominicana
 para herirla de muerte
 en lo más profundo de sus entrañas.*

*Entonces,
 a Borinquen la Bella,*

*—hija del Sol y el Mar—
quisieron ahogar la voz.
¡Y ésta se yergue!
En reclamo
de derecho y justicia no desmaya.*

*Entonces,
la tristeza.
Un dolor mismo lloran las tres islas.
Un mismo sueño de libertad,
siempre en vigilia,
mueve tres corazones en un mismo latido.*

*Surgido de las hondas
realidades de Antillas no vencidas,
ese hombre es llamado a las conciencias
en visiones de hombres esforzados.
Metáforas de amor hay para todos
en su viva palabra.
En sus versos se riza alguna fronda
o sonríe la espuma
cuando ola se rompe y se arcoirisa
contra los pétreos bordes de las playas.*

*De archipiélago llena los pulmones
de un Atlántico dios, de golfos fieros,
de interior mar, entre isla y continente,
con fiereza caribe,
corazón de este centro.*

*Es onda que une islas
muy a pesar del tajo y del encierro.
Cuba, Santo Domingo, Puerto Rico
en su alma se abrazan,
estrechan el abrazo,
un mismo beso besa en sus amores,
un mismo grito en rencor rebelde se levanta,
un mismo puño que derriba el muro*

*(del imperio la garra).
En tres cuerpos la misma rebeldía,
trinidad que por santa no se pierde
-Cuba, Santo Domingo, Puerto Rico-
en voz de Pedro Mir, quien las encarna.*



Foto de Pedro Mir, por Vicente Rodríguez Nietzsche

WENCESLAO SERRA DELIZ

HOMENAJE A PEDRO MIR

En su cumpleaños

Tú, piedra común del cosmos,
*estás entre nosotros. Palabra pluvial de Antilla
 creces con nosotros.*
*Hijo del buen amor de tres islas
 alumbras, inmigras en nosotros.*
*Flor de sangre honda de tres pueblos
 enrojeces la frontera con nosotros.*
*Flauta del esfuerzo, tímpano de hazaña
 escuchas y sueñas con nosotros.*
*Silencio crudo, corazón agónico y desnudo
 circulas indocumentado por nosotros.*
*Sien que golpea tu tiempo verdadero
 por tu pequeña República en relieve
 eres muchedumbre con nosotros.*
PEDRO, amplio de miel
 miel en la palabra piel
*palabrea eternamente con nosotros
 que al fin y a la postre
 saltaremos a un poema necesario
 tocando esa guitarra
 que está dentro de nosotros
 un día que habitarás muy cerca y bullicioso
 en un archipiélago de manos y belleza
 con una luz de mar atravesada entre los huesos.*

LA VISITA AL POETA

A Pedro Mir

T*u cara de antigua Antilla
se estremeció con mi guitarra
y el violín de sol y sombra
que te cantaron azules de emoción
aquella tarde.
Te vi la delgadez vibrante
palpitar una canción cimera
sobre cuerdas errantes...*

*Te aproximabas
a tu próxima unidad de tiempo.
Te acordabas
de tu hueso cubano
forrado de carne
de mi patria,
tu quisqueya sangre amanecida
juntados por la magia
fenomenal del tiempo
y el amor.*

*Te acordaste de amores
de lunas y de sombras
para luego abrazarnos
humana, Antilla, padrehijomente
con el costado rojo-verde
puertorriqueño
de tu corazón continente...*

ANDRÉS CASTRO RÍOS

PEDRO MIR

*Desencantado muchas veces de la realidad
 la mano de Pedro Mir me acercaba la libertad
 a ese cielo,*
*dispusimos de brazos y sonrisas
 y de una infinita tristeza que elaboraba
 estrellas en la sangre.*
*Pedro me dijo cosas semieternas,
 igual que el grito de apellido Albizu conversaba
 con los ángeles,*
*clamó porque Walt Whitman regresara a la hermosura
 y combatiera con nosotros contra este tiempo
 de ceniza y olvido.*
*Pedro habló de poesía con palabras mayores,
 de hermano mayor,*
*y el orgullo nacional pulió su espada sobre
 el corazón de la ternura:*
*recogimos espuma de los astros, el buen amor
 llegó hasta nuestras puertas con una guirnalda
 de sorpresas,*
*alimentaba sueños, puños recién lavados,
 una específica soledad primaveral digna
 de recordarse,*
*y allí quedamos los que con él creímos
 en "un mundo para todos dividido",
 estamos inmersos en la piedra de la noche
 de los tiempos*
*aún aguardando, soplando sobre el polvo de la sangre
 las consignas eternas, desnudando el rocío
 de los ojos*
ante la orilla paradisíaca de la hermosa libertad.
*Sucede que hay un país en el mundo, como el mío,
 lleno de tristeza,*
golpeado hasta el martirio y el cansancio

*de la opresión,
 país, como el suyo, donde los muertos claman
 por justicia,
 los vivos llevamos esta ira de siglos
 colgada de los huesos
 y la primavera es apenas el esqueleto del otoño:
 sucede que Pedro Mir llegó a mi corazón cuando tenía
 que llegar,
 y estamos, como estuvimos, mi guitarra y yo dispuestos
 a cantarle,
 a abrir las puertas de la aurora como se abriera
 su infinita bondad
 y a seguir caminando con él, repartir su ternura
 en cada esquina
 hasta palpar su deleitosa sombra de perfecto antillano.*

EN TU MANO FLUVIAL *Homenaje a mi hermano Pedro Mir*

Q*uisiera eternizarte largamente
 como si el corazón me lo exigiera:
 ser puro viento y a la vez bandera
 donde se airara el pulso de tu frente.*

*Enfenixarte silenciosamente
 para que fuera siempre primavera:
 que por quererte, Pedro te quisiera
 más allá de la Estrella de Oriente.*

*Verte como a mi Patria silenciosa
 le das tu Patria dolorosa y pura
 en tu mano fluvial disulta en rosa.*

*Volar contigo por la misma altura
 en que va tu presencia esplendorosa
 abriéndole la blusa a la ternura.*

VICENTE RODRÍGUEZ NIETZSCHE

EL POETA NO QUIERE MÁS APLAUSOS

A Pedro Mir

*El poeta no quiere más aplausos...
No puede vivir tan sólo de sonidos.
El poeta hace,
fabrica,
construye su poesía actual
y merece vivir
con ella,
por ella,
y de ella.*

*Me estuvo diciendo
un poeta:
"No escribiré más poesía,
la novela es un trabajo
que da para vivir".*

*Por eso el poeta
no quiere aplausos
sino pan,
dinero para comprar
la vida que tiene que vivir
por la poesía,
para pagar la casa
(donde tiene su hogar).*

*No den tan sólo aplausos al poeta
páguenle su trabajo
para que pueda seguir cantando
con júbilo
el amor.*

OQUENDO MEDINA

PUNTUAL HORIZONTE

A Pedro Mir

Veo una casa
 es una perla
 es toda dulce
 ojos de lince
 imagen de fuego
 fuego creciente
 hacia el plenilunio.
 Copada sonrisa
 sonrisa de ingenio
 ingenio de luz
 jardín de naranjas
 barca que llega
 llegada gigante
 puntual horizonte.
 Veo unos versos
 todos hermosos
 que se derraman
 por las paredes

*versos que brotan
 hacia la tarde
 tarde lluviosa
 lluviosa tarde
 pueriles gotas
 amor de bardo
 frescura de río
 palabra de mármol.
 Veo a don Pedro
 trinar de pájaros
 hojas del tiempo
 tiempo del hombre
 hombre del tiempo
 azul torbellino
 mirada de pueblo
 inagotable secreto
 es pura crema
 es sólo un poema.*



EL HURACAN NERUDA

elegía
por Pedro Mir
con una canción desesperada

Grabado en madera de Asdrúbal Domínguez

PEDRO MIR

EL HURACÁN NERUDA
Elegía con una canción desesperada

REVISTA DE ESTUDIOS GENERALES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RÍO PIEDRAS

A
Marino Carrera
y a Laura, su esposa,
porque apremiaban estos
versos.

Con un clavel.

**"El estruendo bolívar sobre
el volcán Bolívar"**

Pablo Neruda
Canto a Bolívar

1

Han pasado las horas sobre el volcán neruda
y el delirio y la fiebre sobre el temblor neruda
y la dormida lava de la erupción neruda
sobre el fragor de la imponente situación neruda.

Todo descansa, Padre. Sobre los marfiles
de los más viejos pianos el terciopelo duerme.

Hay una señora que se llama Luisa desde los ojos
pardos hasta el rumor de su pelo, desde su voz
de aguja hasta el final del hilo en cuyo extremo
nudo, un pequeñuelo duerme. La delicada aurora
se balancea en su mirada y se desliza en su mano,
rueda sangrando, se dirige al suelo y nos sucede
de pronto que se levanta el huracán neruda,
la ráfaga neruda y el vórtice neruda y

neruda

el vendaval,

reconstruído por el grave
estallido de la infernal consternación neruda.

2

¿Qué ha sucedido, Padre? Súbitamente nos agravia todo.
Todo, hasta el agua misma se ha vuelto insoportable.
Los flotantes del acueducto de la ciudad, que
no hace mucho, se llevaban las nubes a las sienes y
pensaban reposadamente en tubérculos y esponjas,
de pronto se han tornado irreflexivos.

Se sabe ahora

de no pocos torrentes que han dormido en los bosques.
De aguas adolescentes que han trasnochado desnudas
en las calles.

Y de turbinas de vapor que han vuelto
y devuelto el agua a sus antiguas nubes.

Y lo mismo
de sábanas recién lavadas que se han secado, antes
de tiempo.

Y decididamente la misma suerte
se sabe de sudores, de naranjas y de espejos...

¿Qué ha sucedido, Padre? Todo ha muerto. Todo
se ha dislocado. Se ha sumergido todo. El caracol
neruda en las inmensidades de los mares neruda.
El capitán neruda en los rompientes del archipiélago
neruda.

Y todo neruda ardiendo en la esencial madera
de aquella noche iluminada en la emoción neruda:

“Quiero escribir los versos más tristes esta noche”...

Y de pronto el celestial estruendo en la bóveda neruda.
Neruda entre los astros de la infernal dislocación neruda.

3

¿Qué ha sucedido, verdadero Padre del huracán
y del volcán y la moderna lava? ¿Qué ha sucedido
en el marfil y el terciopelo de los viejos pianos
y en los rompientes de los archipiélagos?

4

La historia es muy sencilla.
El hallazgo
neruda en las laderas de los montes

y a veces en la arena de los ríos.
 Los vestigios neruda en las más altas
 capas de la atmósfera y en las vértebras
 de algunos individuos insaciables,
 ha revelado el nexo terminante
 del pueblo con las riendas de la aurora.

Feliz descubrimiento que es capaz
 de emancipar regiones infinitas
 de los océanos y de los desiertos
 y sobre todo eliminar la noche
 y los eclipses de las amapolas.

Y eso es todo. Y ha sido suficiente
 para todo. Después se ha sumergido
 todo. Negado y anegado todo.

Porque ha sido la aurora y no el metal
 que despedaza al pueblo en sus molinos.
 Sino que el pueblo mismo en situación
 neruda. O si se quiere el mismo pueblo
 en situación de aurora.

Y así lo cuentan
 numerosas baladas de los pueblos
 y aparece en las rondas infantiles:

5

La aurora tiene en su falda
 varios luceros bravíos.
 Uno le canta y otro le baila.
 Uno en Lisboa le toca el pífano.

Le toca el triángulo.
 Le toca el tímpano.

Otro le canta y uno le toca
un tamborín indochino.
Otro un timbal de Cambodia.
Y hay uno que está dormido
en los mismos párpados abiertos
de los Estados Unidos.
No es Cuba, naturalmente.
Ni un Panamá ni un México herido

con todo lo que en sus respectivas
aguas hay de canal y de río.
Ni este Perú rescatándose.
Ni esta Argentina en peligro.

Y
menos
Santo Domingo
que tiene roto un lucero
en el centro del ombligo.

Ni siquiera esa lámpara huérfana
de luz que se llama Puerto Rico,
que ya se sabe que alumbra nuevos
huevos de sombra en su viejo nido.

Ni siquiera son los negros
de los Estados Unidos.
Sino la nación entera
de Thomas Payne y de Lincoln,

desde las costas atlánticas
hasta el búfalo extinguido,
desde el resuello del jazz
hasta el pullman del Pacífico,

la que tiene entre sus párpados
abiertos los luceros dormidos.
Y uno le canta y otro le baila.

Y otro le brilla en el pueblo mismo.

**Y otro le salta y otro le toca
la sinfonía medio dormido,
le toca el triángulo,
le rompe el tímpano,**

**en los mismos párpados abiertos
de los Estados Unidos.**

6

**Esto nos explica la situación neruda.
Dicen que Salvador Allende era de color de rosa
con algunas tonalidades aborígenes y suaves
matices amarillos sobre ondulaciones negras...**

**Y cuentan que tenía ascendencia británica
de obreros y también de campesinos celtas
y labriegos eslavos en las que fueron sus venas.**

**Y que corrían en su sangre antecesores monegascos
y raíces indostánicas mezcladas con italianas,
en el lívido intervalo que media en primavera,
entre una cepa escandinava y los mineros
araucanos más trabajados en el cobre.**

**Y además
todo envuelto en un contorno delicado de velamen
español, muy nuevo mundo y lusitano, en un pleno
y desencadenadamente lúcido contenido chileno
totalmente encapotado por la bandera de Chile.**

Eso dicen...

**Y quieren decir que era un orgullo de la humanidad
entera y que tenía toda su sangre comprometida**

y que en ella se hallaba comprometida la humanidad entera.

Y entonces hubo que arrancar a Salvador Allende de las entrañas de la humanidad entera.

**La aurora tenía en su falda
varios luceros en Chile
y unos bailaban en el cobre
y otros cantaban en el salitre**

Y entonces hubo que desprender a Salvador Allende de las entrañas de la humanidad entera.

Y eso es todo.

Y cuentan que en ciertas noches de perfecta oscuridad se escucha una canción desesperada:

7

¡En Chile! ¡No hay un minuto que perder en Chile! Que hay una rosa en el vergel peruano con toda una arrogancia de canal panameño que nunca debe florecer

¡en Chile! ¡No hay un instante que perder en Chile! Antes de que empiecen las misas de Camilo Torres y los poemas del Cardenal Ernesto o Ernesto Cardenal

¡en Chile! ¡Hay que incendiar a Chile! Antes de que en Chile el presidente rojo o el presidente amarillo o el presidente negro decidan amanecer ¡en Chile!

(Arminda, ábreme la puerta
que todo es nuevo
que ahora nace una espiga
llamada el pueblo)

¡en Chile! Que esos muchachos que ponían
claveles en los fusiles del Pentágono
en la precisa ciudad de Washington
como nos cuenta TIME no deberán crecer

(Ay doña Arminda madame
Arminda señora Arminda
con los luceros que hay en tus ojos
podría la aurora acarrear disturbios)

¡en Chile! Ni en una calle ni en una esquina
ni en las escuelas que hay en los parques

(Ay, Arminda, ábreme la puerta
que no es que le tema al cuartel
ni que le tema a los pueblos
que luchan junto con él
sino que Arminda ábreme la puerta
que estoy sufriendo

Que una verde cotorra se fue para Portugal:
Dame la patita, la cotorrita viene de Portugal

Arminda ábreme la puerta
que en su pico trae un clavel
y un incendio colonial)

¡En Chile, en Chile, en Chile no hay un solo
minuto
que perder.

8

D así avanzaron en Chile con esta canción desesperada.

**Y así derramaron
toda la sangre de Salvador Allende por las calles
de Santiago de Chile.**

**Derramaron sangre chilena
en su más pura cepa andaluza y berebere con latidos
keniatis y pulsaciones bretonas de glóbulos egipcios
e iraquíes.**

**Corrieron por la acera y se mezclaron
en el polvo con palpitaciones de sangre japonesa,
turquestana y hebrea, húngara y moscovita.**

**Formaban
pequeños pozos donde palpitaba toda la América
incluyendo fragantes borbotones de Oregón, del “black
belt” y de Nebraska con diluidos pulsos canadienses.**

**De aztecas y de mayas, de culíes hindúes, de zíngaros
y gitanos montenegrinos y coronarias martiniqueñas.**

**Y claveles purpúreos de Nigeria y rosas de Francia
y de Cayena se unieron en todas las esquinas y formaron
una sola corriente de sangre de toda la humanidad,
vertida del torrente chileno de Salvador Allende...**

**Y aunque la sangre derramada era amarilla y naturalmente
blanca y desde luego cobriza e inevitablemente negra,
la ciudad se hizo más roja que nunca.**

**Más carmesí
que nunca. Más colorada y bermellón que nunca.**

Y nunca la rosa fue tan roja como en Santiago entonces.

**Ninguna boca de trapequista inglesa fue más enrojecida para el
espectáculo.**

Ninguna espada de torero andaluz ni lámpara de guardavía.

**Más purpúreo que nunca, como Santiago en esos días,
lo fue, jamás, el clavel en su etapa sangrienta.**

**La sangre universal de Salvador Allende inundó a todo Chile
y siguió creciendo en el recuerdo humano y en la estirpe
vegetal y en el instinto de todos los seres inanimados.**

Y no habrá ningún nivel que soporte esa creciente.

Ni corazón que le impida latir a ese recuerdo.

Ni que se aparte de él.

9

D cuando ardiendo la fruta se prodiga
copiosamente en el tonel y brota
la muchacha sonriente y en la espiga

**de los cañaverales, gota a gota
se destila el sudor, de la garganta
del pueblo sale su más limpia nota**

**que llega a América Latina y canta.
Y de repente el huracán neruda
del vórtice neruda se levanta.**

**Y en el sudeste asiático la aguda
contradicción despedaza la historia
y en la noche neruda el sol neruda:**

**triunfo en la vida y en la muerte gloria.
Y en Europa una siembra de fusiles
con un clavel neruda en la victoria.**

**Mi corazón y el corazón de miles
de corazones creen en tu poesía,
Padre nuestro que estás mirando Chiles**

**presentes y futuros. La poesía,
tu poesía, anunció que el capitán
Bolívar capitán del pueblo, volvería**

**cada cien años con el huracán
neruda envuelto en la cabeza y cien
años de Chile y de tu muerte van.**

**Otros dos siglos pasarán también.
Si no es porque esta noche el mundo entero
torna y retorna de tu muerte, amén.**

**Del más remoto punto del acero,
de la cuenca del cobre y de la nata
del hierro en el crisol y del primero**

**de los metales y después la plata,
pasando el manganeso y la bauxita,
un cinturón de manos se dilata**

**y en tu exacta violencia se da cita,
y traspasa en los términos humanos
la diplomacia de la dinamita.**

**Y en todos los caminos brotan manos
tuyas y abiertas a un mundo mejor.
Y entre la espiga y los futuros granos**

**y las manos que sudan y el sudor,
hay un Chile que torna al cataclismo
y un Chile que retorna al resplandor.**

**Un Chile más neruda en el abismo,
más chileno en la fiebre y más neruda
y universal que el universo mismo,**

bajo la gris consternación neruda.
 Y de repente el sólido huracán
 neruda, emprende el vértigo neruda
 y regresa cantando el Capitán.

10

Entonces podemos anunciar que hemos entrado estrepitosamente
 en ese gran sistema de estupor y sacrificio que denominamos
 una aurora

para todos los hombres,
 para todos los países,
 para todos los tiempos

y desde luego para todo sistema planetario y universo cósmico.

Para todas las palomas,
 para todos los gavilanes
 y para todas las aventuras
 y temperaturas genitales.

I

Precisamente en esas páginas inaugurales de los grandes libros
 donde las generaciones inscriben sus violencias natales. Y
 donde las civilizaciones inventan sus sistemas de cálculo:

cincuenta y algas
 sesenta y látigos
 setenta y vísceras
 ochenta y sínkopas

Y en un lugar de noventa y uno:

noventa y razas, noventa y rosas, noventa y risas y fracciones

de muerte fina, divisiones de escape y ecuaciones de júbilo,
elevadas a la indómita potencia que multiplica el tronco
de los pueblos, pasadas las tormentas y las conflagraciones.

II

Porque la aurora no es necesariamente un círculo absoluto.
Reflexionando sobre acontecimientos y pasadas noches
se ve cómo una esfera de circunstancias y de mariposas

colocada en el tiempo se convierte en indómita conducta.

De manera que lo que impone el tránsito brusco de un sistema
hacia una calidad inesperada y venturosa, no siempre indica
la dirección de las bibliotecas o el canal de los circuitos electrónicos.

Porque sucede que no siempre se sube a la colina
subiendo la colina.

Los pequeños sonrojos del crepúsculo,
las manos que prefieren agua fresca, el arroyuelo mismo
y el ansia de retorno, son un componente de la altura.

La marcha de la aurora es torno y retorno en las colinas.

Y el mismo caracol es un ejemplo: torna y retorna en espiral
y de improviso desemboca en la vida. Y el ejemplo más puro
es la propia vida.

Y ella impone reemplazar la esfera del reloj con la imperante
esfera de la aurora.

Imprimir al redondo vals de sus agujas
el despavorido galope del tiempo
con su polvareda de cambios
que se suceden sorpresivamente mordiéndole las horas
ondulantes, ni un minuto antes ni un minuto después,
en Europa, en Australasia, en Oceanía,
como si se tratara de un tropel de caballos,

**en América, en sus praderas desbocadas,
mordidos
en la cola con violencia de cambio por un chispazo
flagelante de la aurora.**

Y por la serpiente o corriente del petróleo y de la gasolina.

Y por una muchedumbre de pavorosas fieras metálicas, el cromo, el aluminio, el molibdeno, y el tungsteno y el acero y el iridio.

**Y por un inexacto
infinito de billetes de banco en estado de ventolina
en los desfiladeros del mercado.**

Y por la explosión de la natalidad que multiplica los fantasmas. Y por millones de automóviles pasando por el ojo del camello, y autobuses atestados de colegiales y colegialas y de obreros y también de locomotoras atestadas de militares, de sacerdotes y de camareros uniformados, que tornan y retornan formando en espiral la catástrofe que tarde o temprano desemboca en la vida.

III

D cuando toda esta turbamulta alucinante crece
en todas las raíces y las ramas del mundo, inopinadamente
crece también el pavor y crece la desesperación y crispan
el odio y la furia sus garras y caen sobre el palacio
de la Moneda en Chile, y los cañones disparan al revés,
en dirección de la aurora, con la noche a la espalda,
y estalla de repente la infernal consternación neruda y la
desarticulación
neruda, en todos los ejes dislocados del mecanismo celeste.

Y cuando el poeta desciende de una manera o de la otra. Y es enterrado y desenterrado y enterrado de nuevo no se sabe dónde, y arropado en las sombras de la infamia no se sabe cuándo, no se sabe cómo.

y sobre su recinto solitario
 se sobrepone un tacón de hierro
 y sobre el recinto
 solitario de Salvador Allende, su lector favorito,
 se sobrepone un tacón de hierro que recibe en su pecho
 la humanidad entera,

y cuando se descubre que la vida torna y retorna en espiral
 y que todos estos descensos son un componente de la altura

y cuando el caracol neruda es un ejemplo en las inmensidades
 de los mares neruda. Y Salvador Allende es un ejemplo
 en los rompientes de los archipiélagos neruda. Y cuando el ejemplo
 más puro es la propia vida...

entonces podemos anunciar que hemos entrado estrepitosamente
 en ese gran sistema de escalofrío que denominamos una infancia

una inminencia

una consagración

en las aguas ardientes y tormentosas de una indómita aurora

Para todos los hombres,
 para todos los países,
 para todas las épocas

y desde luego implicando en ello a todo el sistema planetario
 y a todas las instituciones desconocidas del universo cósmico.

11

Deso es todo. Han pasado las horas y han caído abatidas por la espalda a los pies del calendario. Las naranjas reanudan su bohemia amarilla, después de una estación acidulada en los confines de una implacable disciplina verde. Las sábanas recién lavadas, que han dado a luz antes de tiempo, retornan a la brisa todavía manchadas
de estupor.

Y lo mismo sucede a las banderas y a las lavanderas.

Y eso es todo. En Managua, en Wisconsin, en Ilo-Ilo ulula el viento, cargado de frecuencias telegráficas e instintos masculinos. En Santo Domingo de Guzmán las palmeras cogidas de la mano recorren las nuevas avenidas, que se sumergen debajo de otras avenidas para alcanzar los puentes, mientras los suburbios urbanizan sus bucles, cambian el estilo de los surtidores, y tú dices

*“merde” porque mi corazón no puede más
porque nuestros corazones no pueden más
en un mundo que deja morir solos sus héroes*

Y tus versos golpean la pared de la aurora. Y el eco parece morir cien veces detrás de esa pared y detrás de las metrópolis y detrás de las naciones subdesarrolladas y detrás de las zonas turísticas.

Cierto.

Cierto.

Y los héroes, con los ojos abiertos, siguen muriendo solos en Chile. En Chile y otras partes. Cierto. Pero todo ha cambiado, Padre.

La muerte misma ha cambiado de soledad.

**La vida misma se nutre de la misma muerte.
Y en los grandes silencios y en las grandes soledades
nacen denodadamente nuevos héroes de los muertos solos,
multitudes de nuevos héroes más robustos y menos solos,
en Chile y otras partes. Cierto.**

**Y sus corazones ahora pueden más
y nuestros corazones ahora pueden más.
En un mundo completamente iluminado por sus héroes.**

**Y no valdrán, para decirlo parodiando a Rioja
las puntas de las armas y la púrpura hermosa
a detener un punto la ejecución del alba presurosa.**

**Vendrán otros poetas y una joven poesía
jamás escrita o escuchada, completamente
insólita, íntegramente desencadenada
en maderas sonoras y piedras desconocidas,
en cristales inéditos y transparencias
únicas, de celulosa y derivados del petróleo,
construída por la nueva juventud y la nueva
ancianidad que mira hacia el futuro.**

**Desde ti, de tu madera de nave descubridora.
Vendrán otros poemas de amor y de alegría
de un ruego inesperado y esperanza absoluta
que tejerán las manos y serán muchas manos
que la alzarán al pueblo y serán muchos pueblos.
Y el idioma del mundo serán esos poemas
que las doncellas bravas llevarán al mercado
para comprar con ellos metales inauditos
y goces increíbles y pájaros de fuego.**

12

D tú, descansa Padre, que todos los hombres
y las mujeres del mundo bebemos tu palabra
en tu copa de esperanza
y alzamos tu indomable profecía.

Y,

13

Para dejar constancia
y para que no quede la más mínima duda, consagramos
y firmamos y sellamos esta época muda por los años
de gracia y de desgracia
de mil novecientos neruda.



'Negrita', grabado en linóleo, E. Alvarez.

**LA MUJER EN LA POESÍA
Y LA POESÍA EN LA MUJER**

EN HOMENAJE A

P E D R O M I R

ÁUREA MARÍA SOTOMAYOR

PANEL DE INSTRUCCIONES PARA DESARMARNOS EL CORAZÓN

A los enemigos, su retrato

Sellarle los ojos
 desarmarle el cuerpo
 derramar sus cinco sentidos
 y fustigar el paso que se desvía
 del sendero trillado.
 Sobornar su futuro
 con unas míseras apuestas
 al veremos.
 Privarla de sus sueños,
 de sus planes.
 Sitiarla de mediocridades
 a fin de perpetuar
 el "pragmatismo".
 La boca que piensa es peligrosa.
 Lluévele tinta sobre sus papeles.
 Extráíale el tiempo que no tiene.
 Anégale de lágrimas
 hasta que su rostro
 se desconozca en el espejo.
 Pertúrbale la paz
 para que la adversidad
 no la agigante.
 Erradica las ramas
 con su suave rumor de hojas
 al viento.
 Estámpale una etiqueta hostil
 sobre su hombro izquierdo
 y una sospecha sobre el hombro derecho.
 Haz del silencio una estrategia
 e ignórala.

*Circula con lápiz rojo las verdades
y desaparécelas de la historia.
Juega a ceritos con su disentir.
Amenázala sutilmente.
Señálale que toda acción será punible
y que toda inacción, ventajosa.*

*Estas son las lúcidas palabras
de los incapacitados capataces
los sempiternos evaluadores
(todos tan igualitos y reconocibles)
de los contestatarios amorosos.
Justificarse por adelantado
es el signo de su acción;
lavarse las manos, su objetivo.
Esa es su consigna:
quebrar los ojos, torcer la flama,
desarmarnos el corazón.*

*Aunque a solas envidien
y sucumban ante tanta belleza.*

LOS INMIGRANTES

*Sobre la mejilla de mi mano,
por las calles de San Francisco
galopando aturdida
sobre el lomo de sus camellos,
vi un hombre de herida,
me miró, dio un paso al frente;
vi un hombre comiendo de un zafacón
con una cuchara;
vi también el anillo de agua
que aprendí a rescatar en el verano
cuando aprendía a nadar.
Pero entre los hombres también vi pescadores*

*vi luchadores que debatían su argumento
 al antojo de su boca
 frente a decenas de ojos impávidos y transparentes
 que miraban al hombre jau-jau cruzar la calle.
 Aquel día en el barrio chino vi a un caucásico
 regalando jazmines eficaces.
 Y luego partí
 al desierto donde saturé todos mis recuerdos,
 donde sentí acercarse los bisontes
 de violentas patas sagradas.*

*Se trata de un poema, de un viaje
 por un desierto lluvioso
 y bajo un rayo perenne.
 Muy cerca de los animales anómalos
 que por quedarse se llamaron cactus
 muy lejos de la llanura con nube de fondo,
 cerca de lo que fue mancha de océano
 mar imaginario
 sombra errátil.*

*En el desierto en donde contemplé
 el Lago de Como apresado
 en su color más rútilo
 cuya diurna fijeza dormida
 era el sueño impecable
 de su impotencia milenaria,
 como largos glaciares sudando cobre
 como cañones fumados por el viento
 silbando su canción
 tras un rumor de tiempo calado por la piedra.
 Pero el perenne silbador
 era el mismo que agitaba una maciza honda en su puño
 el mismo que en San Juan cargaba leña a sus espaldas
 el mismo que volteaba el aspa de molino
 en el suelo quebrantado de Castilla
 el mismo que en las cuevas de Granada
 simulaba un espejismo gitano
 el mismo que en Marruecos*

*me ofreció un collar de luces
a la entrada de una mezquita
el mismo que en Guadalajara cantaba
una triste tonada indígena.*

*Era el mismo
el mismo sueño con la misma cara
y juré a fe que me llamaba
el mismo
que comprendía cuál el sitio de juguete
cuál el puro.
El puro, el de la intrigante pureza impura,
el sitio sitio, frontera linde
entre el marco de oro
y el lugar de cal, de polvo
de la esperanza del sitio fronterizo
y el mero desespero
interpolados,
amanecidos en las carreteras
como buques de contrabando,
intercambiando su trocado juego de ilusión
por el recuerdo de su sitio impuro,
sacrificado aquel lento silbido de tiempo
cantado bajo el abismo de su boca
perdido entre sus dientes
por un marco dorado donde el sueño se descascaraba
digitado por el moho invasor, el lindero
el marco trastocado
la apariencia parpadeante del cristal.*

*El sueño,
se lo habían dicho las tormentas de arena,
no se pinta del mismo color dos veces,
varía con el sol
que le acompañó por el trayecto
se perfila distinto.
Luego se reconoce
insurrecto en su imagen. [Velando mi sueño de madera, 1980]*

LA ROSA DERRAMADA

Entre el espejo y ella
 el aire orilla el aire,
 borda el ruido.
 Entre la sombra y ella
 se aboca una pared
 que con su propio ocaso
 todos los soles tiene.
 Entre ella y ella
 la risa cómplice;
 las pugnas silbadoras
 como flechas.

Enemiga es de ella desde ella.
 Entre el cristal y ella
 la cereza granate,
 la astucia de sus bordes
 opulentos
 el licor del color
 la copa desbordada
 de su mundo.
 Entre ella y ella
 una sierpe de luz
 teje su propio peplo.

*El mundo va entre ellas
 invadiendo la calma,
 multiplicando sombras,
 diversas, semejantes,
 espejos invencibles.*
*Un pasado que desmiente
 la cara
 un presente que perfora
 la luz
 se desmemoria*

*espejo, el beso, el orbe
hermosísimo azogue fugitivo.*

*Te escinden ése tú
ella y la otra,
ella y tú misma.
Entre tú y tú
el zumo de las uvas,
el rumor de los sauces,
el tiempo entre tu rostro
y el espejo
entre el rostro y el rastro
el aire derramado.*

*Entre ella y ella
A m a d a
las palabras,
el silbo de las sílabas furiosas,
el furtivo sentido,
el sonido blindado,
la rosa de la rosa
siempre rosa.*

Sitios de la memoria, 1983.

MAYRA SANTOS FEBRES

a todas mis abuelas trabajadoras de la aguja

fue en el 32
 pero antes en premoniciones de papel brillante
 revistas que convertían a las amas
 en poderosas inversionistas del hogar
 incluyéndolas al mercado común
 envolviéndolas en imperialistas guerras
 contra el germen.
 fue en el 32
 pero antes en revistas
 que anunciaban barbitúricos
 blanqueadores dérmicos
 medias de nylon
 para cubrir blancas pantorrillas
 paseándose por el patio interior
 que era la finca
 el pueblo, el país entero.
 fue en el 32
 pero antes en hogares
 de dieta balanceada,
 vestidos de caoba
 vajilla austríaca
 allí en todo su albedrío
 un adorno más junto al piano
 y los retratos ancestrales
 caballito para la mano ociosa
 entre las sedas
 los tapices y cortinas
 de la salita de estar.
 eso antes del 32; después
 fue la Singer zarpa sanguinaria
 fiera desvelada

*cada vez hundiendo aguda lengua
en telas pulmonares
desgarrando ojos vientres
esternón pezcuelo
de las negras y las blancas sin solar
las negras y las blancas desoladas
cosiéndole copas al brassiere
que tornearía nívea carne propietaria
en un coctel de plumas
y en la trastienda la Singer
llenando párpados de puyas
de polvo y filamento
los bronquios deambulantes
cabalgando hasta el frío a veces
cabalgando y descosiendo
siete vidas por minuto
descosiendo caras de ponchaisirve,
llenándolas de ojales
que ya después del 32
empezaron a llenarse
de miradas hacia afuera
ojales encabritados,
forzando en la Singer otros despuntes
otros remaches imprevistos
y hasta costuras
para la rabia del oeste que terminaría
en charquitos rojo guerra.
y mis abuelas
entonces ocupando la trastienda
el patio interior
el litoral entero
enhebrando la aguja oracular
a la espera del retorno de la sangre.*

**a antonia martínez, estudiante universitaria
y provocadora de una bala perdida de guardia
que la mató el 4 de marzo de 1970.**

Antonia
el cuerpo del otro lado
desmantelándose en sonidos
tu cara asomada
a balcones pulmonares,
neuronas
recogiéndote la piel vaciada
en la memoria
 (1970
bala extraviada
mata estudiante UPR en huelga)
del otro lado
trompas resbalosas en práctica
alborotos de andamiajes
derrumbándose en risas sorprendidas
ropaje de bocinas
de martillazos obreros
repiqueando en chistes
creciendo
hasta el choque de fuego:
antonia martínez
rebotando contra salones afilados
sonidos remantelándote
cada uno en su pasillo
lamiendo tu cuerpo cucador
tu cuerpo residencia
de balas extraviadas
buscando abreviar sangre.
tu cuerpo-quebrá henchida

*desbordándose en cucharas urgadoras.
1988 antonia martínez
qué cincel de rabia
es tu cuerpo en estos días.*

**a adolfina villanueva pescadora y rescatadora
de su porción de tierra en Vacía Talega, Loíza.
muerta por guardias contratados
el 6 de febrero de 1980.**

I

*Se ausuba la luna
por las inmensas ciudades de tu cintura
que siempre desemboca en ancones,
en la medianía de tu espalda
sorprendida por un escopetazo
adolfiná,
te arrastran hasta el mar
a pescar el mejor pez de tu sangre.*

II

*Nunca hubo sangre tan igual
nunca tantos lamieron tanta sangre
de ti un mar completito
que inundó a loíza con sus lunas
se fugó por las alcantarillas
empañó cristalerías importadas
para siempre
encaramadas en azoteas de archivo.
nunca jamás hubo sangre
tan tempranísima en curva hacia las bocas.*

*allí en el fondo
 gargantas buceaban tu nombre
 en la puntísima punta
 de unas lenguas afiladas;
 salta la ola de la sospecha,
 sáballo tu sangre,
 y asombrada de su extensión
 cae sobre sí para tragarse
 hambrienta.
 tanta era que después
 de a todo un litoral
 después de a palmas, picúas
 a un cardenal muy rojo
 doce policías y
 a toda medianía hoy velando
 alimentarse pudo consigo
 y hasta sobró para hoy.
 nunca hubo sangre tan igual
 por aquellos litorales.*

III

*La cimarrona
 terca teje su parcela luminosa
 palanca y tuerca para el amor
 terca teje
 nomeolvides en la frente de la arena
 sin recogerse el andamiaje
 terca teje
 abonándose a su parcelita
 de la cual ya nadie nunca
 la podrá deshauciar.*

DULCE UREÑA (R.D.)

VUELO PERFECTO

Te veo entre palomas
 que vuelan
 resueltamente
 ágiles
 en una esfera gris
 buscando luces

Rompo
 las barreras
 estatutarias
Hago y deshago
 en la pared del cuarto
 un arcoiris suelto

Olvido
 el polvo de la calle
 las sirenas
 la paz pública
 y las señales de
 tránsito
 para emprender un vuelo
 resueltamente ágil

Desafiando a Dios
 el primer día
Hago la luz
 para alcanzarte.

BUEN JUICIO

En este tribunal
 todo es perfecto

*Cada cual
elige
su condena*

*Yo he pedido
como pena
recordarte.*

APARIENCIA

*Yo soy
la que consume
sus aparentes besos
Teñida
con
la
tranquilidad
del que lo sabe todo
y no divisa nada
Con
la
apuesta
perdida
de antemano
Con
la
aparente verdad
justificando intentos
Jugando a ser
la feliz
y
la perfecta
Hoy
que
todos
los índices
me apuntan.*

ESTE DOLOR

Este dolor cansado
lleva siglos buscando
sin piedras
que lo guíen

*Su abismal forma
nos desconoce a todos*

*Es escaso el mar
para su canto*

*Son torpes
mis anginas
en su fuerza*

Jactancioso y sin tino

*No se asilará en Vallejo
ni en Cristo*

*Duele tanto la voz
de este dolor sin cuerpo
que todo el aire
del mundo
está doliendo.*

MAGALY QUIÑONES

LA BOCA DEL PRADO

*Esas almas de ayer con sus cuerpos huidos,
son bandadas de trinos sin un pájaro apenas.
Se deflagran en múltiples cementerios tullidos
formando larga hilera,
cual soldados...*

*¿Dónde irán nuestros cuerpos,
los que amé, los que amo?
¿Qué rezo aleteará sobre mis restos flácidos?
¿Qué hierbas saltarán de mi boca a mi vientre
por gustar superficies en la boca del prado,
qué sombra temblará sobre mis fuegos fatuos?*

*Esos cuerpos de ayer con sus almas huídas.
Estas almas de hoy con sus cuerpos escuálidos,
en sus absurdos vuelos son un trino sin pájaro.
Un horrendo gemido en la boca del prado.*

D O L O R

*Es tarde y sin pensarlo, he aligerado el paso.
La noche va acechándome y no quiero ser sol.
Tenues hilos de sombra comunes al ocaso,
bordan hebras sangrientas mutilando el dolor.
Dolor, ¿dolor de qué?
¿De observar horizontes,
de mirar luminoso al astro descender,
de saberlo perdido, náufrago adolorido
que no ha de saber nunca de humedades, de sed?*

*Dolor de estar consciente de las huellas
que el musgo recibe en su regazo*

*cuando me ve pasar.
De aborrecer la sombra, de detestar lo absurdo.
De emitir mil palabras que nadie ha de escuchar.
Es tarde y sin pensarlo, he aligerado el paso.*

DESOLACIÓN

*Hoy sorprendí las luces ambarinas,
crujiendo entre el ramaje verdinegro
de soñolientos árboles.
Las famélicas luces de autos desteñidos
de civilización.*

*Esa hilera enfermiza perturbó la secuencia
solemne del sentido.
Y ya no fue la tarde sólo tarde,
sino una cuenca enorme que enmarcaba el gran ojo
de la desolación.*

*Desviado el sistema del pensar cotidiano,
se me alocó la esencia de lo que soy,
de lo que puedo ser, de lo que fui en vivencias,
de lo que nunca soy aunque quisiera.
De lo que soy a veces sin pensarlo.*

*Y el auto desteñado de civilización
se me adentró en el cuerpo.*

EL GRITO

*Setiembre...
Un cálido batir de alas de sangre.
Alza tu faz, patriota. Emeterio Betances,
revuélvete en la tierra que te cubre,*

iluminado exangüe.
Te llaman a las filas del rabioso combate.
La caravana marcha
y Lares ya no es Lares.
La muchedumbre inmensa
se agolpa calle a calle.
Hombres, mujeres, niños,
insurrectos rumiantes.

Cien años ha, cien años.
Oh, tu clamor Betances.
Tus palabras se han ido adelgazando
y esgrimen el silencio...
Torvo silencio grande.

Cien años ha, cien años.
Los fusiles se truecan en ofrendas de flores.
El aguerrido grito que acogió los albores
clamando: "patria o muerte",
se ha perdido, Betances.

Una mujer bravía ondea un estandarte
y el iracundo Albizu
va devorando calles enmarcado en un cuadro.
Estremecido yace el prócer insurrecto,
estremecido, exangüe.

Puerto Rico es tan sólo
un silencio gigante.
Cien años ha, patriotas.
Cien milenios infames.
Cien sombras en el rostro
de nuestra tierra grande.
Alza tu faz, patriota. ¡Revuélvete, Betances!

ETNAIRIS RIVERA

De WY DONDEQUIERA

... *Esta vez nací hace 24 años*
mi edad como la de todos es milenaria
 mejor decir
 es a-temporal
siempre por la costa
 la loquera pisciana al aire
el viejo san juan me sedujo desde pibe
luego fue la escuela
 del sistema
 y de las efes en conducta
la canción universitaria me elevó por un tiempo
llevaba un estribillo en deuda
 viva puerto rico libre
 estoy triste
 viva puerto rico libre
 estoy contenta
 viva puerto rico libre
 estoy...
el verano del 67 no tuvo culpa
 fuleron los vampiros
expulsando rabias del campus
 (pero el silencio se siembra con los dioses
 [y la bestia es el ruido])
no se podía estudiar
 PROHIBIDO
 escupir a babilonia
 parir banderas boricuas en cada mirada
allí estaba el avión
 la muerte nyc
 el ruido ruido ruido arterrizaje
el color gris sentado sobre la frente
las palomas muertas en los parques desubicados
la sra. soledad

tralala
se pasea
tralala
down
down
d
o
w
n
de subway

la caricia confundida
el vuelo aguantado
aguantadolor
Aguantadolor me preñó
Tainairí tiene 4 años
caracol-escorpiona
nos conocemos desde antes antes antes
después fue españa
viajando en el cante-jondo
de la misma tiranía
en mi vida árabe
en mi vida gitana
y los bailes de fuego hasta el alba
en la otra lengua también mía
visca catalunya lliure
estoy triste
visca catalunya lliure
estoy contenta
visca catalunya lliure
estoy...

seguí doliéndome con el hombre
la vida de trapecista
y el cuerpo estrujado
allí estaba el avión
llevándome
como el que se deja llevar
esta vez nací hace 2 años

concluida la vida carnívora
me paro en brahma
corro en vishnu
vuelo vuélo
quiero volar en shiva
la zanahoria es mi madre
el pan de centeno me dio su apellido
y mis hermanos habitan todos los planetas
[insospechados]
criaturas del Uno
partícipes de la piedra y de la hoja
de todas las aguas maternas
quiero ser en el Gran Cíclope
viva la serenidad
no quiero estar triste
viva la yoga-unión con el Todo
no quiero decir que estoy contenta
viva la liberación cósmica
no quiero estar sino en la luz
en el rayo verde mensajero
amo el polen que me pinta la cara
los países libres
amo a cuba y a los chinos
soy cubana y fui china
(verdaderamente lo digo)
amo la calma de josé david
y a otros tantos terrícolas
este planeta hermoso y a enterratos extraño
amo a los seres iluminados del rayo
que son la misma persona
el espíritu encarnado
krishna Es en la energía
gautamabuda Es
en el mismo fluir de cristo claro
y también sí brazo de luz
manifestación trascendida
chispa necesaria aún de este plano detenido
es el cine traslúcido

*movido por la misma Fuerza que amo
esta vez nací hace unos minutos
en que escribo
con el dolor necesario del parto
de los pechos dados a la vida...*

Septiembre 1972

(Fragmento de *El velero vaporoso*)

*S*abemos que el viento viene del mar
y que las rejas carcelarias caerán
porque las haremos caer
bandadas de toda nacionalidad de pájaros
esperan al convite
el pueblo celebra diremos entonces
el ritual mayor
suene la danza de las islas libres

*S*aldrán los que en carnaval fueron arrestados
el amanecer distinto sobre las blancas arenas
iremos de toda ola en el Caribe
por la alfabetización haitiana
icuéntas niñas nacerán para llamarse Lolita, Yemayá
velero vaporoso que asciende en la noche tropical
y liberada!
icuéntos conucos sembraremos por cada compañero
vilmente asesinado!
fue también a la tierra a quien desangraron
los ríos recogieron su sangre
y cantaron una nana comprometida
los pájaros que estuvieron allí

*S*abemos que el viento viene del mar
y sobre nuestro mar hay barcos invasores

*buques de guerra constante en la bahía
canto porque estoy amando
en medio de la guerra contra mi pueblo
y mi canción es brava*

*Sabemos que el viento viene del mar
y que el zapato que calzas se originó en las manos
sustentadoras del algún hermano obrero
y por lo que mi hermano en algún campo del mundo sembró
nos alimentamos en las ciudades
que habitamos en la poesía de sobrevivir
a toda costa y playa invadida
y nos atrevemos a tanto
dígase que por las flores del Borikén
que por los niños y para que tengan un cielo
límpido libre como batey de juego
dígase que por las antillas
único y mismo pájaro volando sobre el mar
dígase que por la danza misma de la vida.*

AURORA ARIAS (R.D.)

UN ALA

Me construiré un ala
de fabricación genuinamente casera
un ala inmensa y sola
con los restos de todo lo que vuela
y un poco de mar

*Un ala devoradora de columnas
y murallas
que me brote desde el seno izquierdo
hasta el tamaño de la tierra*

¡Un ala!

*Cuando la muerte llegue
ya llena de mí
de lo sentido y lo visto
de lo que di y proclamé
no la necesitaré más*

*Entonces al fin caminaré desnuda
Y el ala se quedará en el mundo*

PARTO

Doy a luz este poema
nacido en cautiverio
nacido sólo para mi
compañía.
*Vuela por la ventana
desde que recién me brota
y se transforma en rosa*

*junto a las rosas
 en muro junto a los muros
 en hombre junto a los hombres
 Tal vez en mariposa.
 Se hace grande la jaula
 para engañarlo
 Allá va
 más redondo que un eco
 Lo contemplo desde un ojo
 y desde el otro ojo le lloro
 Es una especie rara
 con alma de cebolla
 y cuerpo de mujer.*

PRISIÓN I

*¡Ábranse tentáculos de la brisa!
 Respiramos el aire impenetrable
 de las cárceles
 levantado sobre orines y desesperanzas.*

*Tantas cárceles hemos hecho del
 mundo que ya no nos queda sitio.*

*Hay en el interior del corazón una
 cárcel opresora reprimiendo el
 buen vuelo
 El cuerpo todo lleno de vicios
 carceleros
 ¡El alma! Atiborrada de rejas.*

*¡Ábranse tentáculos de la brisa
 estamos presos!
 Del mundo hemos hecho una sola
 cárcel.
 Ya no queda sitio.*

NIDO DE PÁJARO

Misioneros

*luminosos nuestros órganos sexuales
perfectos como nido de pájaro
carnívoros, inimitables.*

*Los órganos de las vírgenes
donde caben todos los sueños*

*Los órganos de miel de las prostitutas
donde caben todos los hombres*

*Los órganos de las señoras donde cabe
un hombre y se invocan miles*

*Los órganos polvorientos de las muertas
donde suspiran los gusanos*

*Los órganos de la mujer grávida
ien plena erupción creadora!*

El mundo creado a través de un círculo.

ALBA NYDIA RIVERA RAMOS

GRITO

***Me decidí
Voy a romper un siglo
de silencio
Un silencio que mata
las ganas de vivir
Un silencio que ahoga
las ganas de llorar
Un silencio que quita
el sentido del ser***

***Me decidí
Voy a romper el cerco
del silencio
que imponen
los que dicen saber***

***Voy a gritar muy fuerte
que se oiga bien lejos
este dolor de vida
este sonido hondo
de raíz milenaria
este tronco de fuerzas
de millones de almas
que se abrazan conmigo
que conviven en mí
que me hablan día a día
que rodean mi estancia
mis sueños, mis quereres
mis venas y mis sienas
y me piden a gritos
ve y GRITA tú por mí***

POESÍA

Voy a llenar mi mundo de Poesía...

Voy a llenar mi mundo de Poesía...

*Partirán del solar
el cuento y el ensayo,
la ciencia, la política
los críticos de turno
la publicidad*

*Quedarán allá afuera
La Santa Burocracia
El Patrón Sin Sentido
Las Falsas Realidades
Las Eternas Verdades
La Santa Obligación
La Mentira Fugaz*

Voy a llenar mi mundo de Poesía...

*No me van a engañar
con bandejas de plata
Con deberes ¿a quién?
con teatro
con luces
de ciudades nocturnas
con alhajas
y ritos
no me van a engañar*

*Quedarán allá afuera
esperando su muerte
esperando su muerte
Quedarán allá afuera*

*Tendrán sólo cabida
en mi nueva guarida*

*El deber de vivir
del amor
la justicia
la verdad de los pobres
la lucha de la sangre
visible e invisible
Los mil rostros que veo
en el silencio oscuro
con caras sonrientes
de amor y de esperanza*

*Voy a llenar mi mundo de Poesía...
Voy a llenar mi mundo de Poesía...
con una Humanidad
que ascienda por los siglos
que crezca y se desborde
en ríos de bonanza*

*Voy a llenar mi mundo de Poesía...
con todos mis hermanos de
sudor y de hambre
que alzaremos los puños
que alzaremos los puños
y en grito colectivo
haremos el milagro
DE UN GIGANTESCO PAN*

*Voy a llenar mi mundo de Poesía...
Voy a llenar mi mundo de Poesía...*

HOMENAJE-MANIFIESTO

A Mi Madre

P*or qué siempre le cantan
y nombran a los "héroes"
y "heroínas"*

*Por qué a "mártires"
y "mártiras"
Por qué a las que ya todos conocen*

*Por qué no te nombran a ti
Ramona...
Que te desgastas
en la oscura cueva del caserío
oscura como tu piel y tu vida
Esa cueva
que llaman apartamento*

*Por qué no te nombran a ti
Negri
que tienes el nombre negro
como negra la piel
a ti Negri, con tus caderas anchas
y ojos inquietos
que me recibes descalza
y despeinada
diciéndome
"Ahí está mi mai..."
Y me recuerdas que
"Pa'l pobre no hay Navidad"*

*A ti Negri
que aunque sólo lo sepan
los que te oprimen
tienes un retrato
de Lolita en la sala
y me dices
"Yo soy como ella..."*

*Por qué no te cantan a ti, Carmen
a ti, Comay Carmen
que te he visto preñando la tierra
y recogiendo su "musaraña mañanera"
convertida en rubíes*

*corriendo por tus
rápidos dedos
en vísperas de celebrar
los 500 años*

*Y a ti Comay Gloria
con tus tempranos 23 abril
y la fecundidad hecha vida
en tus 5 retoños
a ti que vestes de olor a café
que te empolvas el rostro
con la ceniza de la leña
donde asoman
tus brillantes y llorosos ojos
por el humo del fuego que ha quemado
y hollado tu piel para siempre
por qué no te nombran*

*Por qué no veo tu nombre
en ningún sitio, Manuela,
que con 70 surcos en tu frente
aún rompes la noche
en la madrugada para
recorrer el camino aprendido de tu madre
construyendo los ropajes
en la fábrica
porque si no
quién te va a mantener*

*Por qué no te mencionan
a ti Panchy
que pariste la vida
cien mil veces cien
que pariste hijos
canción
poesía
y revolución
y que después*

*de 60 años
 y largas horas
 en la máquina de coser
 en el campo
 en la fábrica
 en la tienda
 y en la casa
 aún tienes que trabajar
 porque si no
 te mueres
 te mueres
 de hambre
 de enfermedad
 te mueres
 de TRISTEZA*

*Y a ti Inés, y a ti Rosa
 por qué no las nombran
 por qué no les cantan
 a ustedes
 que brillan
 las gigantes tazas de porcelana
 para que reposen
 con tranquilidad y holgura
 las nalgas blanquísimas
 de las "blanquísimas blanquitas"
 mujeres "bien"*

*Por qué no las nombran a ustedes
 que van formando Patria
 con sus hijos y nietos
 con sus manos llagadas
 envejecidas
 endurecidas
 con sus cuerpos marchitos
 de caricias muertas
 y deseos incumplidos
 con espíritus largos*

*de anhelos escondidos
y sueños hechos trizas*

*Por qué Coño no te mencionan
Ramona, Negri, Carmen, Gloria,
Manuela, Rosa, Inés, Pancha
y tantas y tantas otras*

*Y Por qué Coño
las famosas y distinguidas
feministas de salón
luchan por tenerlas
de sirvientas
en sus casas*

¿QUIÉN COÑO ME PUEDE DECIR POR QUÉ?



El poeta Pedro Mir. Foto por **Vicente Rodríguez Nietzsche**.

ABRAZO POÉTICO ANTILLANO

EN HOMENAJE A

P E D R O M I R



El poeta Mateo Morrison
(Foto UPR por José Pérez)

RICARDO COBLÁN (P.R.)

DESPEDIRSE ES SIEMPRE

Despedirse es siempre
 como asustar una bandada
 de dóciles palomas
 hay algo de aleteo que se aleja
 de vuelo
 que despegas

despedirse es siempre como
 probar
 el metálico silencio
 del vacío

despedirse
 en fin
 es saludarse
 por última vez
 si se tienen en cuenta
 las posibilidades
 del azar.

Encontrarse es siempre
 como ver las palomas
 comiendo alborozadas
 la dicha del maíz

hay algo de aleteo
 que sacude el polvo
 y limpia el camino

encontrarse es siempre
 como probar el seco
 sonido del vino
 encontrarse
 es siempre

*verse nuevamente
y saludarse
si es que alguna vez
se despidieron.*

UN DÍA ME QUEDÉ SOLO (balada)

*Mi mujer cocina
yo no*

*mi mujer plancha
yo no*

*mi mujer lava la ropa
limpia el inodoro
mapea de arriba a abajo
barre todos los días
yo no*

*mi mujer estudia
yo salgo*

*mientras leo
tiende la cama
mientras duermo
hace la compra*

*mi mujer es cariñosa conmigo
yo cariñoso con otros*

*Ella es extrovertida
y yo taciturno*

*mi mujer siempre me espera
prefiere estar conmigo en la casa
prefiero estar sin ella en la calle*

*Ella trabaja "part time"
y yo a tiempo completo*

*Hace
la fila
de los cupones
la fila
del desempleo
la fila
del supermercado
yo no*

*Hace el desayuno
el almuerzo
la comida
sirve café
recoge la mesa
yo fumo mientras bebo*

*A veces compartimos las arrugas del rostro
conversamos los recuerdos
y devolvemos nuestras sombras a la vida
a veces la casa se llena de golondrinas
y de esperanzas
a veces
coinciden nuestras sonrisas
y nuestros labios y
vientres
a veces nos bebemos la ternura
a veces
sólo a veces*

*Ella siempre dice
que me quiere
yo nunca digo
que la amo*

Si se enferma

*me enfermo
si me cubre de caricias
la cubro de caricias*

*A veces me odia
desesperadamente
a veces la quiero
con fervor religioso*

*Me adora
yo no
quería amor, su amor;
un día
me quedé solo.*

ME DESPERTÓ UN SUEÑO

Me despertó un sueño extraño –eran las cinco de la madrugada– aparecías colgando de un abismo profundo y puntiagudo. Dos tiernas y frágiles alitas salían de tus párpados. Me mirabas con agonía. De pronto una voz como de eco lejano suspiró dulce y serenamente

– Ayúdame

pero tus labios no se movieron. Estabas detenida como una figura de cartón recortada en el vacío. Sólo se abanicaban lentamente esas tiernas alitas de tus párpados.

Me entró un escalofrío intenso.

Una ráfaga de aire sacudió tu figura atada a una raíz seca que se

columpiaba de un largo y grueso pelo.

Intenté bajar por ese lado pero el viento me golpeó contra la tierra

– Ayúdame

*repetía aquella voz desde el afilado fondo del
abismo.*

*Sin más desesperación te lancé mi mano que
rozándote, fue barranca abajo enterrándose en los
ásperos cuchillos de las rocas.*

*Un grito de dolor sacudió el silencio y salieron como
hojarascas grandes bandadas de mariposas
plateadas que no se detuvieron.*

*Y tú me volviste a mirar con horror desde tu cuerpo
tieso y pendulante.*

– Ayúdame

rogabas con voz abandonada.

*Miré a mi alrededor con gran espanto. No había nada
ni nadie. Sólo la afilada aridez que brillaba en
la noche.*

*Me quité la piel como si fuera una camisa y
agarrándola por una de las mangas, deslicé la otra
parte, poco a poco, hasta tocarte.*

*Pero tu cuerpo acartonado no tenía movimiento. La
única señal de vida de aquel fantástico paraje, eran
las tiernas alitas de tus párpados y el extraño eco de
tu lamento.*

*Recogí mi piel ensangrentada por las piedras
desesperado comencé a llorar con el más profundo
desconsuelo.*

*Sin darme cuenta, se fue llenando el precipicio
con el agua de mi llanto, hasta que flotaste y subiste
lentamente hasta mis manos.*

*Tus párpados mojados ya no aleteaban, en cambio,
tu cuerpo blando y húmedo se fue hinchando como
una esponja.*

*Te incorporaste
me miraste dormida y como ausente
echaste a andar*

dejando una huella salpicada con el agua de mi llanto.

Todo ocurrió muy rápido.

Ahora el abismo era un inmenso mar abatido que me ahogaba. Allí estabas tú como una magnífica virgen desnuda, flotando sobre las aguas.

Nadé desesperadamente. Mientras más nadaba más distante te encontraba. En el forcejeo alucinante con el agua sentí que me ahogaba cuando de pronto, toqué fondo, daba pie y estaba cerca de una orilla de espuma azul y transparente.

No volví a verte. El mar te había tragado. –No recuerdo bien qué pasó después. Sé que me quedé exhausto mirando a lo largo de esa playa tranquila.

Vi entre sombras, un bulto como lanzado a mitad de la orilla.

Me levanté inquieto y traté de acercarme pero el peso de mis pasos se hundía sobre la arena.

Desesperado pegué un grito que retumbó en el horizonte como un relámpago cansado.

Llovió hasta que las nubes se vaciaron. Luego logré acercarme con mucho esfuerzo y te vi tendida como una sirena muerta.

En el sueño me arrastré hasta tu cuerpo. Te toqué tembloroso. Fue como la magia de los cuentos de hadas. Te volviste. Me miraste con un amor descomunal. Aterrador. Maravilloso.

Allí estábamos como náufragos desnudos esperando el alba que ya despuntaba, en el medio de la soledad más exquisita.

Me acerqué para besarte. En efecto, te besé cada lunar salado y arenoso de tu magnífico cuerpo.

Penetré tus húmedas entrañas.

Y cuando por fin te había alcanzado para entregarte este delirio de amor... Desperté a la más terrible pesadilla:

la cama estaba vacía.

MATEO MORRISON (R.D.)

VISIONES

a

Bien que llegues
ardiente de poesía
comiences a desbrozar
el día con palabras
arribes derribando
muros contruidos
hace mil años
eches las sillas
y las mesas hacia un lado
agredas el tranquilo
estadio de mis horas
tomes una rígida posición
y exprimas mi cariño
ates todas las cosas
desatadas en el cuarto
reordenemos la vida
comiences a leer
el último poema.

b

Ojo vibrátil del mañana
ojo acuoso de soles
¿dónde está el mar?
donde los peces bañándose
en enormes olas impetuosas
pregunta el transeúnte
¿dónde está el mar?
La cabeza da vueltas en una enorme mesa
el índice de nuevo señala el horizonte
y el mar aparece de pronto

*humedeciendo los ojos infinitos
del futuro*

c

*La ciudad es solo
el inicio de un árbol
que se enquistaba en la memoria
escenario de luces
propicias a nuestro encuentro
no morimos de soledad ni de distancias
prolongamos los espacios
mientras inventas
un día para mí
Fuera de agenda.*

d

*Caminas en dirección al ojo del mar
no llegarás
te detendrás en cada ola y en cada vaivén
no arribarás a ese cementerio de peces
que descubriste
una tarde de amor y de distancias.*

e

*Arribaré contigo a esta esquina
infectada de gritos
un hombre devuelve su miseria
se niega a aceptar su condición de paria
Ahí llega su mujer parecen sonreír
Dramático triunfo sobre la muerte.*

f

*La ciudad se ha tragado las luces
 nos detenemos a ver qué sucede
 una procesión de luciérnagas
 inaugura el reinicio de nuestro descenso
 a los infiernos.
 Estas aceras ya contienen nuestros pasos
 Hemos afilado voces para nuestros oídos
 Las vitrinas revelan la abundancia del deseo
 que se agolpa como posibilidad y nos ahoga.*

g

*No es posible penetrar a solas en el parque
 necesitamos que estén abiertas sus
 compuertas para todos.
 Seríamos miles y miles de parejas con
 millones de palabras
 que se cruzan
 decenas de miles de sonrisas
 y las últimas contradicciones
 que dan paso a la tristeza

 no hacemos nada con nuestra soledad.*

h

*Aceptar el sobresalto
 por encima de nuestros hombros
 cada una de sus gotas sentir
 en nuestra piel
 esto es el reto de la ciudad
 los soles que pedimos no han
 aparecido.*

*Se esfumaron lentamente
afrontemos esta lluvia pertinaz
este tronar sobre nuestros sentidos
y esta breve luz.
Ese desplazarnos por las aceras
evitando recibir sus frías
maneras de caer
no tiene sentido
te invito a desafiar el jarineo constante
y aclimatarnos a la brisa
al fin el efecto no sería mortal
y los demás transeúntes desesperados
(las 8 menos 5 en el reloj de enfrente)
cruzan por la ciudad para atrapar los 300
segundos que les faltan
desplacémonos, con las manos apretadas
y habremos triunfado sobre la
lluvia
que nos quiere recibir en su corazón
como a otros amantes.*

ARGUMENTO PARA UNA BREVE NOVELA. LA MUCHACHA QUE APREHENDÍA EL SENDERO

1

*La muchacha que aprehendía el sendero
camina al compás de su sonrisa
sonidos anuncian su arribo a la vieja ciudad
Vientos fuertes me detienen
inscribo la mirada en su rostro.
Reiniciemos el camino
desafiando miles de ojos inquietantes
como si hubiéramos vencido continuamos.
Reinauguramos senderos
en medio de bocinas
y miradas caen de los balcones.
Lloviznas sobre nuestros cuerpos
avanzamos, avanzamos
caminamos, caminamos
retornamos firmes nuestros pasos mientras la
noche desplaza la lluvia.*

2

*Cruzamos por oscuras avenidas
un soldado nos mira
¿alteramos la voz?
Brillante su fusil frente a la noche
rítmicos nuestros pasos
Sonoro el gatillo en medio del asombro
ya lo habíamos dicho
Para amar aquí hay que ser capaz de incendiar la noche.*

WENCESLAO SERRA DELIZ (P.R.)

ERÓTICA

Ganas de comerte
 a través de la inmensa geografía
 y me asombro y no me quejo
 porque estas células se juntaron para eso
 entre otras dilatadas cosas
 con hambre de tu nombre
 por el oscuro silencio
 donde se organiza el ser
 que vamos siendo
 en movimiento reptángulo de suspiro hacia la nada.

Sé que las manos se juntan
 con sabor de soledad que se completa
 cotejan sus dedos
 la piel que las une y las separa
 saboreando calendarios de futuro.

Aprieto el alma
 como un hombre feliz
 que no quiere que lo perdonen
 en esta noche que inventamos
 el cotidiano amor que no se ha hecho
 aunque se diga así con las palabras
 esas mismas de decir estoy contigo
 por los genitivos susurrados entre orejas
 para que seamos solitos de nosotros.

En tu boca comenzamos a mirarnos
 por dentro de la piel que nos limita
 y la sierpelengua reptadora su prehistoria
 por un pantano de humedades cariñosas,
 estira con dolor su mojado rectángulo de carne
 atravesando inquietudes pluriformes

*por ese inicial espacio
donde asoman su asombro las palabras...*

*En este universo de éñcontradas direcciones
subo a tu pecho que exhibe un corazón adentro
y regreso canibal a tus carnes
con ese seno desbordándome la boca
bajo el aymás que suena por la sombra
para mi lengua antropófaga de pieles y palabras
que te pide subas a mis piernas
a continuar primaria un viejo rito
de carne erecta que se asombra
al entrar en tu boca como un templo
de serio placer en comunión de éxtasis perfecto
con tu silueta fantasmal aproximada
a esta reunión de venas henchidas y misterios
que palpitan una sentida historia
en un susurrante homenaje de raíces por la noche
para ver el borde del placer que se aproxima
como una marea profunda que sale de los huesos
y que los dos queremos no queremos detenerla.*

*Me salgo entonces abruptamente de esa boca
que se queda sorprendida, inhabitada
en busca incesante de la mía
que la retoma en paroxismo chispeante
podría decirse de agonía
en ese momento en que exiges suave ahora
con ella misma
con el genital y suave movimiento sabio de tus manos
para ponerme en el centro preciso de tu cuerpo
en ese profundo altar trepidante ya de líquido misterio
al cual penetro a fundar otra vez la vía láctea
mordiendo tu cuello mirando tu éxtasis perfecto
de santateresa de cara lunar de ojos tan cubiertos
con tu pelo yerbamora que acuna suavemente
este sonoro y estridencial silencio
que se vacía entero en el fondo impenetrable de tu cuerpo*

*para ahogarnos en el fuego inverso del orgasmo
y llegar de regreso como siempre
a otro calendario en otro tiempo...*

*Ahora ya somos casi la arena
de ese mar que la canción aquella nos decía
en el preciso umbral de tus múltiples caderas.
Nos miramos solos como si algo hubiésemos perdido
que yo quiero retener fugaz antes del sueño.
Será por eso que te despido sobre el lecho
con la cruz de un triple y abundoso beso
sobre el grávido desborde de tu boca
y esos dos senos que triunfan en silencio
sobre el seguro, sabio, tierno borde
de esa emoción que aún te juega por el pecho...*

ASÍ ERA MI PADRE

A mi pueblo de Quebradilla

E*ra ebanista y carpintero.
Quería hacer de la Patria
una gran mesa de maga
y columnas de ausubo vibratorio
para convidar a todos
a juntar la tierra con el cielo...*

*Escuchaba a Don Pedro
su foto en la sala
profecías duras en la mirada
presagiando fuego, piedra, piel encarcelada...*

*Un día me torneó un trompo
de caoba roja, punta de clavo
que sonaba
como suave nave interplanetaria...*

*Hacía sandalias de madera
para los pies y el asombro
de las vecinas muchachas...
En el pueblo dejó
camas de pilares para el sueño
y el amor diario,
mesas a duco para el hambre,
roperos para la ropa trashumante
espejos para recordar la media luna
la cara de noche o el almanaque irremediable...*

*Saltaba bajo el árbol
en su argolla metálica
y más tarde
llevaba de comer
a un hijo del desempleo proletario...*

*con su guitarra transportó
muy lejos la alegría fiestera de un enjambre de amigos
que junto a él bebieron
(no había dios que pagara)
un hilo interminable de licores tiernos
que juntaban las horas
de viernes a domingo...*

*Más de una ave sucumbió a medianoche
entre cacareos de espanto
sin sospechar que alentaba la poesía
bajo la cuerdanota de un vals de mirlas
o un pasillo azul ecuatoriano
que presagiaba sombras
o un cálido recuerdo de caricia toda...*

*(En esas guitarras se formó mi feto, musical escalofrío,
con un arpegio amniótico de madrugada
preparado ya desde entonces
para mi presentido insomnio imaginado...)*

Su pasión musical gateaba en la locura
 según me dijo mi tía Carmen.
 Pasó una noche. Cogió la guitarra
 la llamó a ella, a mi madre,
 puso en la mesa la pistola paseadora
 y les ordenó canten
 como si el canto fuera necesario
 para continuar el ritmo exacto de la vida,
 la noche que se acaba
 o el amanecer del sol
 que podría perecer en la noche estrellada...

Desde el Río Guajataka lo veía
 romper a brazadas el mar con el tío Ricardo,
 pescar el "bulgao" lanzado al precipicio,
 llenar el saco de grandes caracoles
 que se traían el mar en las entrañas...

En la piel del árbol
 en eso que se dio en llamar Naturaleza
 creía ver al dios deseante, deseado
 que hubiera preferido obrero,
 músico, bohemio, carpintero trasnochado...

Discutía con el Padre Vigo
 los misterios trinitarios
 y después hacía con amores especiales
 (salvo la imprecación feroz del martillazo)
 los eternos bancos de la iglesia
 donde otros sentarían sus credulidades...

Hizo botes para el agua, puertas guardavidas,
 celosías guardamiradas, guitarras confabuladas,
 tocó sus notas, cantó amores robados;
 a mi madre celó hasta la mirada
 a pesar de su historia de catorce años escapados...
 Fue alegría, candil de la calle,
 tormenta de la casa alquilada...

*Aspiraba a hablar
con el corazón en la mano.
Todo lo dio, como un árbol
que obsequia fruta, aire,
alcohol, sombra, trinos, tarde refrescada...*

*Una vez me pegó por mi escapada
(de tal palo tal astilla, ensote de juntillas)
y luego me pidió perdón
con su boca y su mirada...*

*Así era mi padre.
Sólo vio mis nueve años
y mis seis hermanos regalables
la noche que recibió su muerte
en la calle final, intransitable...*

*Aunque la sangre de octubre
todavía suena en su carcajada,
puedo decir, puedo alegremente
abrazar mi guitarra heredada
y cantarle en su tumba lejana
con amigos nuevos, con mis hermanos,
y darle gracias
por llenar el mundo de canciones
de maderas de presencias transformadas,
de amistad, de recuerdos que aún caminan
por las esquinas quebradillanas
en la caoba torneada
en la solidaridad entregada,
en la canción serenata
que sube como una marea de voces
en La menor
La mayor
por las noches cantadas...*

FEDERICO JOVINE BERMÚDEZ (R.D.)

SALVO ERROR U OMISIÓN

**Crónicas acerca del muy antiguo y leal
cabildo de la ciudad de Santo Domingo**

*S*iguiendo los caminos trazados por el viento
doblaron los navíos
rompiendo con sus proas
aquel vasto silencio
Como delgados adolescentes puros
penetraron lentos por la riada
en agrupada procesión ultramarina
Convirtiendo el rumor de las rompientes
el dormido lenguaje de la tierra
el fervor con que el viento
construyó los elevados senderos
de la noche
en sonidos perfectos musicales
Siguiendo el contorno dibujado
por el mar y los siglos de incesantes oleajes
llegaron estos hombres minerales
de alabardas y sueños
a poblarnos la tierra.

Antes
mucho antes del inicio
todo estaba ahí
dado con voz de eternidad
Nada de lo existente obedece
al origen absoluto de lo abstracto.
El silencio
no es eso propiamente
ni absolutamente eterno
Todavía decimos tierra
—por ejemplo—
y detrás de su nombre

*estalla una sombra
de nubes y palabras
y cae como incierta
coraza transparente
el profundo vacío
Mucho antes
decimos*

*Hubo otro tiempo
una edad en que la tierra se cubría
en la apacible irrealdad
de lo remoto
Islas desordenadas
donde el temblor
dejaba el aire enrarecido
y los blancos caracoles
de la tarde
gemían bajo el influjo
de lo desconocido
Edad en que la sangre
y el olvido
se encontraban perdidos
sobre el borde del tiempo*

*Nadie presentía navíos
surcando los mares suspendidos
sobre la faz del abismo
con monstruos
cíclopes
y muerte
obstruyendo todo
camino conocido*

*¡Ah! pero entonces
¿dónde el círculo de fuego
y los ignotos peligros
y los terribles archipiélagos
del miedo?*

*Hablamos de navíos
los ligeros corceles impelidos
por el viento
sobre la piel del mar
de oloroso alquitrán calafateados
embistiendo con sus proas
sorprendidos coros
de sombras y de peces
Adormecidos bajo la calma
ligeros sobre las crestas de las olas*

*Os hablo de un tiempo tan remoto
del que sólo nos llegan
las crónicas oscuras
dormidas en los bordes
de las cartas marinas*

*De seguro conocéis
la almibarada versión
de los cronistas
que reseñan
la acontecida historia
de la ciudad*

*Los míticos detalles
de su primera fundación
y las desgarrantes confesiones
de los lejanos labradores
en torno a la bullente construcción
de las naves de piedra arborescente
ancladas desde tiempo inmemorial
ante los ojos*

*Seguro conocéis
del esplendor de la fastuosa corte
y el nombre de todos
los valientes caballeros*

*que cruzaron sus calles
alimentando sueños
desde las altas almenas
coloniales*

*Por eso creo que ignoráis
la historia de los diminutos
hombres que verdaderamente
la poblaron
grabando sobre las piedras
su ofrenda de lágrima
y silencio vertida cada día
en medio de esta tierra*

*Una vez hubo por estas hirientes calles
damas almidonadas de blanca piel
y corpiños relucientes
venidas de ultramar en oscuros navíos
repletos de biblias y de especies*

*Señoras de piadosas costumbres
y salones con cientos de bujías
encendidas en el amplio recinto virreinal
Ancianas con perlas y abanicos
rehuyendo el letargo de la
noche y el acre olor
de los esclavos
Robustas cortesanas
descubriendo los secretos del amor
Fieros conquistadores
de brazos enmohecidos
soñando la conquista de las tierras descritas*

*Hijosdalgos de espada
en la hirviente algarabía de los puertos
aguardando la llegada del buque
con los últimos recuerdos
aburridos de yantar y fornicar*

*con las mismas mujeres
de piel envilecida*

*Sólo los oscuros pobladores
permanecieron junto a los arcos
y las ojivas de los templos
multiplicándose en los vientres
de las esclavas
guarecidos del sol
bajo el influjo del vapor
del agrio vino*

*Los antiguos palacios
poblados de fantasmas
se fueron apagando
Permanecieron
las piedras
las paredes
las puertas
las almenas
y las silentes columnas
levantadas
como densas plegarias
y la sangre
y el dolor
que a látigo y a fuego
vertieron
los de nombres perdidos
en las crónicas
atados a la fábrica
de templos y palacios
con el odio
más fuerte
Por eso
os digo
que de cada pared y las afiladas nervaduras
elevadas con impiedad
por los piadosos Señores de la conquista*

*Desde cada arpillera
 ladrillo
 desde las oscuras vigas
 entrelazadas como arterias
 De los balcones abiertos
 para atrapar el sol
 Desde las gárgolas erectas
 como falos contra el viento
 Los estrechos desfiladeros
 de las calles
 Su empedrada urdimbre
 De los púlpitos labrados
 en la madera pura
 por la plegaria de los artesanos
 Desde cada oscuro rincón
 de esta antigua ciudad
 enfebrecida
 nos aguarda
 el duro
 denso
 cruel
 y eterno
 fantasma
 de la
 muerte.*

1981

RAMÓN NATERA

***Ramón Natera es el Compadre Mon
 de la joven poesía dominicana.***

Manuel del Cabral

Levántate tú Ramón Natera
 Levántate y camina compañero
 Aquí estamos nosotros esperándote
 para hablarle de ti a nuestros hijos

*Anda y levántate Natera
que nadie puede señalarte hoy.
Nombrarte sin respeto
Levántate y camina compañero
Gavillero de mil novecientos dieciséis
asesinado
Estimado Señor (dos puntos)*

*Tengo a bien escribirte (amigo mío)
tantos años después
para decirte
que en los libros de historia
no aparece tu nombre.*

*¿Dónde estabas entonces?
Porque mucho me temo
que alguien te ha dejado
expresamente fuera de la historia*

*Eras tú mucho hombre para tan poco texto
¡Y había tantos nombres para llenar tu espacio!*

*Que sí
Ramón Natera
había otros hombres que querían
lucirse y destacarse a costa tuya
mientras desesperadamente tú luchabas
descojonándote
en el mil novecientos dieciséis
entre los gringos*

*Desde el vórtice de fuego del central
le amanecías al día
a quemarropa contra el viento
huyendo aquí y allá*

quemándote los ojos
mientras en otro sitio se escribía
la historia

¡Vaya usted a ver!

(breve historia narrada 60 años después
por un encorbatado Patriota de 1916)

toma la ba
ndera y fuimos h
acia la fortalez
a entonces los am
ericanos disparar
on al aire y corri
mos y nos dispersa
mos

Qué bien!

Después
cada cual a su hogar
su labor
su mesa
unos a trabajar
otros a fornicar
otros a bla babear
babeando siempre
bla bla ocultándose tras las faldas
de las mujeres
bla bla asistiendo de noche y frac
a las fiestas del U. S. Marines Corps
con mucho tap
y very Wisky and Soda
y dominican girls prostitutas
every body llorando a cada rato
por los muertos del wihte Menphis hundido

De día Patriotas
 y de noche que se reparten la patria
 debajo del retrato muy grande
 del buenazo de Duarte
 Y el caudillo de turno
 & Mr. Wilson
 repartiendo tajadas del American (U\$) money
 mientras en la ciudad y en cada casa
 los Honorables Próceres
 dormíanse la siesta

Sólo que allá muy lejos
 bajo el azulvioleta firmamento de la patria
 hombres como Natera y cientos de patriotas
 tremolaban al monte su corazón de viento

Dyo
 Ramón Natera
 tengo el pálpito a veces
 que te han dejado fuera de la historia
 para ocultar las páginas escritas
 por todos los caminos de la patria
 en mil novecientos dieciséis.

Hombres de pajonal
 hombres de muerte
 hombres de sepultura y de calor
 hombres de cal y viento y armadura
 hombres de pan y fe y de intemperies
 hombre sólo cayéndose a pedazos
 bandera sobre el riel
 solomirando sobre el raudo raíl
 que aprisionaba la violada sabana
 de sus sueños

*No importa que tú no conocieras
 lo que la patria era
 no importa que tú no conocieras
 la bandera ni el himno nacional
 no importa que tú no conocieras
 la geografía tortuosa de la isla
 el idioma sinuoso de los amos
 la perfidia y la maldad que acechan
 y el destino de sogas y de cuchillo
 buscando tu garganta
 No importa que tú Ramón Natera
 fueras agreste y rural y analfabeto
 No importa que el tiempo desgarrara
 en girones amargos tu sonrisa*

*Pero sí nos importa compañero
 tu batallar de fiera acorralada
 tu batallar sin treguas
 tu bandera*

Tú eras Ramón Natera y eras la patria entera

*Entonces no importa que tú no lo supieras
 Porque si hubieran visto entonces
 tu reflejo cuando abrevabas en el caudal del río
 y tu garganta surcada de pisadas
 ensangrentada de animal y/o fiera
 tus ojos y el fular con que la frente
 cubría tu pelo pajonal de brisa.*

*Porque si hubieran contemplado entonces
 en el cristal del agua tu figura
 habrían comprendido la palabra patria
 en toda su verdad*

*Porque tú eras la patria
y eras todos los que estaban por caer
desde entonces por ella
en su mínima frase
en el sonido explosivo de tu nombre*

*Tú eras Ramón Bandera
y eras Patria y Natera.*

*Por eso (coma
me parece (y/o) entiendo (coma)
mi estimado señor que le han dejado
expresamente fuera de la historia.*

FÉLIX CÓRDOBA ITURREGUI (P.R.)

P O E M A S

I

*¿Cómo salir a tu piel de salitre
 y mangle derrotado,
 a tu historia que ha perdido
 los dibujos,
 a tus vecindarios,
 que esta palabra descreída
 que busca
 la libertad de reconocerte,
 a ti,
 ciudad de luz,
 que vives como un continuo escape?
 Cuando siento que me avecino a tu cuerpo,
 que voy a tocarte con el sol de una palabra,
 trozo de mapa para mirarte,
 tierna espina,
 borras tu propia pisada como negándote
 al mismo tiempo que caminas con estruendo
 con tu derroche de juventud inacabable.
 Hay cosas que yo sé de ti,
 de tu cercanía,
 de las flores deshechas
 en la caja violada de tu corazón,
 en la tierra oculta de tu esperanza,
 cosas de una historia tuya desconocida
 que no es otra cosa que una historia mía,
 hueso roto y escondido
 en la voz arrinconada por tu imagen,
 cosas que yo sé de ti,
 desde el ojo hasta la médula,
 de tu enorme rompecabeza*

donde cambian las figuras.
 Sé que nunca creces como un árbol,
 que no conoces la alegría de las semillas,
 que tu vida tiene un curso de desvío,
 una alteración en el imán oculto
 que organiza los relatos,
 un latido de corazón
 que nunca dice dónde está
 y tiene una presencia ampliamente repartida.
 No eres como el agua del río cuando baja
 y teje su canción contra la piedra,
 ni como el canto del pájaro
 seguro de su instinto.
 Las cosas en ti que son efímeras
 no son como la vida de la flor.
 Sé que mencionarte no puede detenerte
 en tu locura de ir por la alegría del tiempo,
 por este alumbrón de relámpago afilado,
 signo poblado de invitaciones,
 clavado en el olvido de la tierra.
 El telar interno de tus huesos,
 donde te sentimos con el amor y con la ira,
 esa arquitectura de tu desmemoria,
 tu olvido que desconoce
 el mandato de los lirios,
 ciudad de sol,
 tiene una distancia
 alejada de tus manos
 y otro espacio habita bajo tu piel
 y te reclama como la voz
 reclama al eco.
 Pero así como eres,
 deslumbrante maestra,
 madre, hija o amante,
 amo la caricatura de tus recuerdos
 como el único mapa que nos queda
 para comprender el escándalo de tu memoria,
 tu historia anónima y su piel como el agua.

2

Enormemente quieta
como el crepúsculo,
estás ahí, ciudad,
salado amor,
en perfecta obstinación,
en atinada luz,
en elocuente sombra.
Todavía el ruiñeñor
riza el atardecer
en los úcares del parque.
Todavía es hora de mirarte
como si se tratara
de un poderoso invento,
de hablarte,
de tocarte en la memoria
y en la calle,
de escudriñarte en la lámpara
del ojo que te construye,
que te busca en el retrato viejo,
en el hueso olvidado por tus huesos.
Quisiera hacerte caminar
por ti misma,
como si fueras
una interminable letra reconociéndose,
encontrarte por los caminos
en que vivía la amapola,
el pájaro enloquecido
con la cita del cundeamor.
Verte ahí
como salida
de la espumosa concha de las preguntas,
dispuesta a reconocer la vieja dimensión del azúcar,
las fábulas cocidas con antiguas cucharas de madera.
¿Te caminaban tus hijos

con sus propios zapatos,
 con el pie más interno
 que el corazón les permitía?
 ¿Cómo florecieron ayer
 los niños en el mangle?
 ¿Por qué hombres y mujeres
 sembraron sus casas en el fango?
 ¿Por qué el negrito Melodía se fue a buscar
 al negrito Melodía
 por un camino de agua derrumbada hasta el espejo?
 ¿Por qué la vida le sobraba a tanta gente
 con olor a jobo todavía,
 a hondísimo maví?
 Las campanas rotas de la tierra
 siguen hoy sonando
 en la frialdad del recuerdo.

3

*S*i mis manos son
 como son mis manos,
 con su pasión de lápiz,
 de tecla,
 de florecido amor
 sobre una piel de invento,
 si mis ojos son
 como son mis ojos,
 con miradas hacia adentro
 y hacia afuera,
 llenos de parque y niños
 y de pájaros,
 de mar,
 de espuma,
 de llovizna,
 miradores del tiempo que se ha ido,
 bola de cristal para la cita,
 si mi oreja es caracol

*que te hace copia
 de tu registro de voces,
 de automóvil o puente o de bocina,
 huésped de tu música de calle subterránea,
 inquilina de tu silencio,
 de palabra polvorienta y escondida,
 si mi oído quiere rescatarte,
 alimentarme y crecerme contigo
 en los secretos de tu piel,
 si mi tacto aprende
 con la porosa sabiduría de los ciegos,
 si mi olfato te conoce reclamándote
 desde todos mis años recogidos,
 aquí,
 de pie,
 con mi bolsa de estrellas y de hélices,
 si mi boca y toda su armadura
 contienen tanta geografía,
 si te sigo llamando
 como llaman los huérfanos,
 es porque mi cuerpo
 tiene con tu cuerpo
 una situación de compañía.*

4

*Una dimensión de desamparo había en tu vida,
 de tiempo roto, de clavel fatigado,
 de brújula perdida y desconfiada palabra.
 Había puertas cerradas en tu corazón,
 un monólogo de moho y de candados tercios,
 de ventanales paralizados
 por el salitre de una playa triste
 y era la soledad de tu tristeza
 lo que más te dolía,
 una aguja tejedora de lo pequeño en tu alma,
 en tu cerrada sensación de mundo derruido,*

de casa abandonada por el amor,
de cuarto donde la intimidad
no sabía jamás de la resurrección
y donde los nacimientos del corazón
parecían prohibidos.
Había una dimensión
de desconcierto en tu mirada
aún cuando los atardeceres
seguían llenándose de pájaros,
cuando mi palabra de amor recién encontrado,
niña palabra marcada como un miércoles de ceniza,
visitó el silencio de tu palabra descreída
y te llamó con naturalidad
como se llaman las aguas que caminan juntas,
como se llaman las abejas al trabajo en la colmena.
Sobre el muro de tu desamparo
puse las primeras flores de la primavera.
Tu palabra fue abriéndose
como la piel de tu memoria,
con sabor a nube descarriada,
cuando tiraste un puente con una mano
para descolgarlo con la otra mano.
Una batalla intensa te caminó la vida.
Parecías el nido de la confianza
y de la desconfianza,
de la ilusión hablando todavía
con la palabra de la desilusión.
Fue también la historia de las citas imaginarias,
de señales que se escondían en el arrepentimiento,
la historia de dos cuerpos buscándose en el desencuentro,
pero nos quedaba la palabra, amor,
nos quedaba siempre la palabra recuperada
para darle todavía un espacio
a la rosa de los nacimientos.

TOMÁS CASTRO (R.D.)

AHORA ESCALERA ABAJO

No

*no descendemos del mono
ni de hembra y varón alguno
descendemos
de un hotel.*

FALSA ALARMA

Si

*te arrebato al sueño
entre bostezos te vuelves
a mí como acusándome
de escándalo en tu vía pública*

*inútil que desde tu otra tú
pienses pedir auxilio
porque en este cuarto
estamos legalmente solos.*

CARTA A ALICIA

Con

*líneas ausentes de ternura
te llega esta carta
alicia*

*aquí en santo domingo
he perdido
la alegría
de un solo golpe*

*no hay
payaso que me devuelva
un poco de risa*

todavía te recuerdo
 con tus ojos de dieciocho años
 eternizados
 en la foto dos
 por dos
 que me enviaste
 entre la postal de las pirámides
 sin que lo quieran mis manos
 estas letras sostienen
 el acento de lo triste
 no sé
 cómo sin herirte
 decir las palabras
 que no te quiebren
 la alegría

tu país
siempre de niño me atrajo
sus negativos y sus positivos
los supe sopesar en tus cartas
y
en cambio tus sueños de tinta azul
nunca desmenucé más allá del punto final
méxico no es el país de las maravillas
ni alicia tú
la mujer de mi vida.

POEMA V

Muchísimas gracias doy por perderte
agradezco
a la larga temporada de huracanes

*a las ráfagas que averiaron tu teléfono
a los aguaceros que me consumían
las ganas de pasar por tu casa*

*reafirmo mi gratitud a las trabas
jurando que sin ellas
no habría vencido
la tentación
de amarte.*

DECRETO

C*onsiderando*
*que no encajamos para romeo y julieta
que no tenemos tiempo
el uno para el otro*

considerando
*que semejamos líneas paralelas
sin posibilidad de convergencia*

considerando
*que entre los dos se levanta
enorme torre de babel
que lo edificado con nuestros besos
amenaza desplomarse*

considerando
*que esto no conduce a nada
que se vuelca en el sin sentido*

resuelvo
*clausurar nuestro sub-amor
hasta nuevo aviso*

*dado en tu cuerpo
a 15 minutos del adiós*

POEMA VII

Para arribar a tu vientre
me anticipé a relojes y ruedas
resumiendo distancias
en la calle y en tu cuerpo

la libertad me saltó de las manos
hasta apresarte
de la carne a las palabras
aprendiendo a hurgarte
sin conjeturas
sin punto final.

ERIC LANDRÓN (P. R.)

De AMOR EN TIEMPO DE SIDA

I

El cirujano
 general
 advierte...
 Fumar amor
 sin el filtro
 de un condón
 puede
 traer
 y contraer
 daños fatales
 y consecuencias
 fatales...

II

Los sida-heridos
 son seres
 con células
 que vuelan,
 dignidades con luz propia,
 hombres como tú y yo
 mujeres como ella y aquélla
 hermanos que restauran sueños
 en los parajes venturosos
 del Universo.
 Arcoiris que nacen y renacen
 de la claridad milenaria de la vida
 y de la compasión coloreante del aguacero.

ORACIÓN PARA UN ABRAZO...

Coral de ternura y esperanza...

Abrázame.

No temas,
el miedo es vórtice y remolino,
instaura en los tuétanos
el dominio
desmembrado y rechazante de lo inaudito.

Abrázame.

Abrígame en brazos marítimos.
Láctame en arrullos, brisas y cuidados.
Úrgame en el centro planetario de los sentidos.
No por lástima que me lastima,
no por compasión fingida
a un mendigo de abrazos y sonrisas
que ofrece la otra mejilla
cuando abofetea el desprecio en pupilas.

Abrázame.

Enlaza.

Revitalízame.

Sujeta.

Restaura,
no me dejes la agonía a la deriva.
Quiero sentir que me sientes.
Quiero sentirte que sentimos,
que si muero, quiero vivir, ¡vivir!
en la continuidad transmisible de la vida.

EL AMOR ES LA CURA QUE ANSIAMOS

El amor
es la cura
que ansiamos.

Posee
 minerales
 y vitaminas,
bloquea
 gérmenes
y decapita
 al virus
y
obliga
al mutuo
consentimiento
a la fidelidad
 categórica
 y definitiva
y
cada vez
que despierta
 en nosotros
fortalece
como nada
 y nadie
el sistema
 inmunológico...

Deseo
anudarme
a tus fueros,
inyectarme
a tus entrañas,
como bocado
como suspiro

*siguiéndole
 la pista
 a tus contornos
 como termita
 como roedor
 busca quesos
 y senos,
 como alga
 de mar
 en tu vientre
 de oleaje
 y océano.*

*Deseo
 más que nada
 este deseo,
 más que todo,
 deseo,
 conmover
 tu cuerpo
 conmovible
 y conmoverme
 en él,
 conmovido...*

*Volcánicos
 Enrojecidos
 Crepitando.*

*Demoliéndonos
 y recreándonos*

*Cambiando
 con nuestros
 besos sísmicos
 la topografía
 planetaria
 del deseo.*

*El deseo
de terneros
es algo más
que un deseo,
es
la exigencia
absoluta
y suprema
de diluarnos
en el otro,
de traspasarnos
de átomo en átomo
de poro a poro,
de jugar
a ser dioses
de la noche
sintiendo
que somos
un hombre en una mujer
y una mujer en un hombre...*

*Escalándote
laderas y declives
pinachos y oquedades.*

*Escalándote
quietamente
disputándonos,
complaciendo
deleitando
y regocijados.*

*Escalándote
arriesgando
la sangre
monte a monte
aunque alturas*

corten el aliento
 aunque picachos
 inviten a revuelcos
 y mareos.

Enamorado
 Sí
 ¡Enamorado!
 perdiéndome
 como niño perdido
 en el follaje selvático
 de tus helechos y carnes.

Tú
 tan lejos
 de mí
 y tan cerca.

Aguzando
 mi olfato
 como animal
 de caza
 o
 animal de presa.

A
 una distancia
 intolerable,
 pensando
 imaginando
 y itocándote!
 tan lejos
 de mí
 y tan cerca.

ADRIÁN JAVIER (R.D.)

De **EL OSCURO RITO DE LA LUZ**

Hay un azogue de ríos estelares
desmuere el diente de la historia en **Edén**
sonámbulo hastío testimonio testamentaria oquedad

¿adónde canta absurda su mortaja la coqueta?

¿qué se espera de la muerte? una noche amarga
una desolada soledad que nos anega y comprime
baja sube acosando tu mano de culpable
mi pecho al doblar se desmantela
se necesita en dos frentes mi dedo que se ahoga
huya

la canción del odio "uníos" dijo el Señor en mis legañas
el ateo es santo que camina **Elixir**
la baba me fermenta siempre tú en la templanza hueca
monomio que se enrosca siempre tú y éste un
maldito rito

sentado desoigo al riesgo que delira en el refugio
mi llaga inerme con su báculo ubícuo ronda la noche
leyéndola

mi recuerdo es un andar en desbandada
quien escampa es ridículo como la lluvia
la lluvia es un hartazgo inmenso como yo
sondeo escarpado amor azaroso

¿quién piensa en ti en esta escalada de atabales?

Mi memoria transita su estrecho abismo de soslayo
grazna a mi paso de tugurio y se aspavienta
como si fuera globo u ombligo al aire
donde posan las horas sonatas siniestras
de cínicos duendes sin capa ni antifaz

mi memoria habilita mortifica
 su esfera boreal o acústica
 cuando el olvido olvida su simiente
 de astral diluvio u ojo diabólico

su campanario vestido de una tela muy fina
 como el miedo y las tribulaciones

piensa ella en mi voz su silbido ausculta
 cruza enmudece la muerte a estocadas de badajo

mi memoria está extasiada en un azulverde ampuloso
 todo mé ve ahora
 su pestaña cubre mi orbe de róbaló

¿cómo tocar el cielo si mis dedos no sumergen
 su nada en gestación?

El pez cruel abigarra las piernas
 se somete al juicio descabellado de **Dios**
 es amorfa la sustituta del olvido

¿por qué es tan recordable querer olvidar?

es esta brisa
 confín en detrimento del delirium tremens

¿qué hora es? pregunta el tonto que me mira
 y reparo en mi vieja catapulta su andar bisoño

¿qué hemos dejado atrás sino la partida?

he llegado al punto del inicio sin saber donde comienzo

donde la muerte acosa mi ojo se detiene
 porque la agonía es hastío del espíritu

¿qué es la ciudad? me hago la pregunta que recorro
 mi hambre no es el hambre que poseo
 —ahora soy mulo que carga—
 me veo no verte inadvertirme
 sé que mi paso es señero como mi voz
 sé que mi muerte la resguarda

¿qué es esta ciudad? **lo que inhala ahora**
 con el carro se detiene:

Dije soy en cuerpo entero
 el Lázaro disidente de la muerte
 el óvulo magullado en la sangre
 el esperma absorto en la luz bifurcado en la sombra
 dije soy yo el Lázaro irrestricto
 ala de murciélago pendido en las ráfagas
 ala que muere en la brizna del alcázar
 pendida en las hojas hilvanado en las pupilas dije
 abominable soy
 no importa que otras voces se levanten
 que penda la moneda de la luz
 que duerma la niña
 que colme la dicha mis anaqueles perdidos
 mis párpados se cansan de verse se murmuran
 a huelga de voces
 en el interior las miradas se cuelgan se encuentran
 se engloban con el odio sobre mi faz
 maldita la suerte que posa sobre mis sienes carcomidas
 maldita la oscuridad por ser vestido de la luz
 el olor de tus pasos la espera el olvido la muerte
 la vida dije soy yo Lázaro en cuerpo entero
 el de la podrida existencia
 qué no escapó al miedo al horror al calor al frío
 al llamado de tus brazos
 porque soy materia esclavo de tus ojos



Monumento a José P. H. Hernández
(Conjunto escultórico por Compostela).

JOSÉ P. H. HERNÁNDEZ
H O M E N A J E
EN EL CENTENARIO DE SU
N A C I M I E N T O
(1892-1992)

REVISTA DE ESTUDIOS GENERALES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RÍO PIEDRAS



P. H.

NOTA DE LA REDACCIÓN

Uno de los poetas puertorriqueños que más llevamos prendidos del corazón es el hatillano José P. H. Hernández. Gautier Benítez nos seduce por su amorosa visión idílica de la tierra borinqueña; José de Diego por la posición de reto asumida en las luchas políticas; Lloréns Torres por su criollismo fresco y desenfadado, regado con gotas de humor; Corretjer por su patriotismo; Matos Paoli por la sinceridad vital de su poesía... Cuando se piensa en Peache, se siente el más tierno amor en un empaque —el verso— del más alto lirismo. Y el mensajero de ese amor es su madrigal **A unos ojos astrales**, por el que se le identifica.

En 1992 debió conmemorarse el centenario del nacimiento de José P. H. Hernández. Acapararon la atención en nuestro ambiente cultural los actos conmemorativos del V Centenario del descubrimiento colombiano de América. No dejaron de acordarse nuestros promotores de la cultura del merecido homenaje al poeta español Pedro Salinas, en su centenario.

Para recordar con un acto de amor a nuestro Peache, la **Revista de Estudios Generales** ha logrado reunir estudios ya consagrados por el tiempo y la crítica, fundamentales a la investigación de la lírica puertorriqueña. Algunos fueron publicados hace más de cincuenta años en revistas de difícil acceso hoy, y no han sido reeditados en otros medios.

Constituye un deber hacer constar nuestro agradecimiento a las personas que con gesto generoso nos permiten la reproducción de tan valiosas aportaciones. La profesora Margarita Mergal, del Departamento de Ciencias Sociales de la Facultad de Estudios Generales, UPR, se mostró muy complacida al darnos la oportunidad de publicar el

fundamental **Intento crítico biográfico** de nuestro poeta, escrito por su padre Ángel M. Mergal. Nuestro más importante novelista de este siglo, quien es a su vez un notable ensayista, Enrique Laguerre, muy gentilmente nos ha permitido reproducir el capítulo VII de su tesis **El modernismo en Puerto Rico**, dedicado a José P. H. Hernández. El poeta Lic. Carlos Noriega, Presidente del Colegio de Abogados de Puerto Rico, nos ha concedido la ocasión de reproducir la biografía que de José P. H. Hernández escribiera su padre, Carlos N. Carreras.

Con Manuel Siaca Rivera sostuvimos conversaciones en torno a la obra de Peache, en ocasión de publicar en nuestra Revista algunos de sus poemas. Pensamos en la posibilidad de publicar una de sus aportaciones medulares al estudio del poeta Hernández, ya que ha sido Siaca Rivera, con una tesis y varios artículos y ensayos, el investigador que más contribuciones hizo al estudio de Peache. Cumplimos con esta misión seleccionando un ensayo que en 1942 publicó el **Boletín de la Universidad de Puerto Rico** y un fragmento de su tesis, dedicado al amor en la poesía de Hernández. Con la selección de estos textos queremos, además, rendir un tributo de recordación a este insigne investigador de la vida y la obra del poeta bajo estudio.

La generosidad del Poeta Nacional Francisco Matos Paoli nos permite incluir aquí su ensayo **José P. H. Hernández**. Recogemos también un artículo de la poetisa arecibeña Carmen Alicia Cadilla, quien recientemente ha partido de este mundo material para integrarse al sideral eterno, caro a su poesía, y a quien deseamos dedicar un mensaje de recordación. Completamos este homenaje con dos selecciones de poemas de José P. H. Hernández: **sus poemas místicos** y aquellos que más fama le dieron: **sus madrigales**, teniendo cuidado de no repetir aquellos poemas citados por extenso en los ensayos.

Con esto, podemos decirle con orgullo y devoción a nuestro poeta: Misión cumplida.

El Editor

INTENTO CRÍTICO BIOGRÁFICO: P E A C H E

Ángel M. Mergal

Preámbulo

Estas notas no pretenden ser un estudio biográfico completo, ni un estudio crítico acabado, sólo pretenden ser esto: notas. Una larga lista de nombres debería precederlas, en gratitud a los que me han concedido con suma bondad su colaboración en la penosa labor de allegar los cabos sueltos y sintetizar una vida. La escasez de tiempo y medios no me han permitido ir más lejos; pero reciba el poeta este poco, en mezquino pago al gozo espiritual, que me ha proporcionado su lectura.

I. SU VIDA

1. Infancia y niñez

José Polonio Hernández Hernández nace en Hatillo, el 22 de mayo de 1892. Fueron sus padres José Hernández y Ricarda Hernández, ambos naturales de Isabel; pobres y humildes, dotáronle al nacer con todo su caudal de indigencia. Desde aquel mal bohío en que ve la luz, crece como una planta en terreno estéril y huérfana de sol, espigado, enfermizo y pálido. Taciturno aún desde su niñez, tal vez por la carencia de un superávit de energías que se expresara en juegos y travesuras propias de la edad, empieza sus estudios elementales en escuelas americanas, en 1899. Ya en el umbral de un nuevo mundo social, manifiéstase su alma humilde, franca, sencilla. La naturaleza, fiel a su

paradójico principio de dar barbas a quien no tiene quijadas, le favorece con inteligencia excepcional, y el humilde Pepito empieza a ocupar año tras año un puesto a la vanguardia de su clase.

La amistad, reñida por hábito con la pobreza, hizo excepción en el caso de Peache, y ya en su niñez hubo almas atraídas hacia él que irradió siempre simpatía y captó sin esfuerzo el aprecio de cuantos le conocieron. Así, cuando la pobreza hizo guardia a las puertas de su bohío para vedar el paso a un mendrugo de pan, el niño lo encontró en casa de sus compañeros de escuela, ya fuese P. Lorán, ya José Delgado, luego Antonio David, quien le ofrece albergue y mesa hasta que hubo terminado su sétimo grado.

Para este tiempo empezó a asistir a los cultos religiosos de la iglesia metodista episcopal del pueblo, tendencia religiosa que conserva hasta obtener su título de farmacéutico, y que influyera luego en su vida y en su pensamiento. No obstante permanecer no sectario, fue un espíritu profundamente religioso, asiduo lector y estudiante de la Biblia y otros libros religiosos y místicos. *Últimamente se dio al estudio de la filosofía, la teosofía y el espiritismo*, nos dice Torregrosa.

Asegura el Sr. Arana en su *Apología de José P. H. Hernández* que en 1906 el niño empezó estudios de música con don Manuel A. Lacomba, dato que niega don Francisco Milián, quien afirma que Pepito empezó a recibir instrucción musical de Tomás Milián. *Su progreso fue rápido y su facilidad causó admiración*, escribe Arana, y luego, *en el mismo año... se alejó de su pueblo natal, bajo el bondadoso amparo del señor Milián*. En la parte mínima de un año con el señor Lacomba, el muchacho no tendría oportunidad de terminar su solfeo, a pesar de todo el talento musical que poseyera, y mucho menos de progresar y causar admiración en el manejo del bombardino.

Nos cuenta don Francisco Milián que en 1906 su hermano Liborio, cornetista principal de la Banda de la Policía Insular, visita Hatillo, y ve al rapaz, le interesa y lo invita en broma a venir con él a la capital. Al día siguiente, el chico sorprendió a don Liborio presentándose con doña Ricarda a casa del músico para aceptar la invitación. Don Boro hizo veras de las burlas y trajo un nuevo discípulo a su hermano Tomás, que era el técnico de la familia en materia de arte, y el mentor y guía en materia moral.

Mi hermano Tomás, nos dice don Francisco, *aunque no deba decirlo, es el hombre más moral que he conocido*. Tomás Milián, nos dice

Carmelo Díaz, *era un hombre de gran corazón y de vida intachable*. Hombre de rectos principios tanto en arte como en vida limpia y conciencia sana, prohijó al hatillano, y aún le dio un nuevo nombre "Hatillo". Tomás era miembro de una sociedad católica en su iglesia, pero no impedía a su protegido la asistencia a la iglesia metodista, que él prefería.

Después de adquirir la teoría suficiente, empezó por la flauta; luego el bombardino; y ese era su instrumento. Es entonces que realiza sorprendente progreso y que admira su facilidad para dominar las dificultades. Y no sólo adquiere habilidad instrumental, sino que se inicia en el conocimiento de la composición.

Hace su sétimo y octavo grados en un año. Los Milián deciden que hay que favorecer el desarrollo de esa capacidad, y aunque los estudios secundarios requieren gastos que ellos no estaban en condiciones de sufragar, harán cuanto esté a su alcance.

2. Educación secundaria

No fue tocando en el Cine Tres Banderas, nos dice Carmelo Díaz, que Pepe ganaba el dinero para sus estudios, pues yo era el director de aquella orquesta, y si bien es verdad que el muchacho practicaba allí su bombardino, no recuerdo haberle pagado nunca. Y así es verdad, aunque como nos informa doña Carmen Sánchez de Rivera, *tocaba bailes, y hubo veces de dejar el baile a las siete de la mañana, lavar su cara en la pluma pública, y volver a la escuela, sin desayunar siquiera*. Hizo su escuela superior en tres años, y a pesar de los obstáculos que hubo de vencer, ganó el segundo honor, pues el primero se lo arrebató lo azaroso de su vida.

Don Francisco Milián, que trabajaba entonces en el Gobierno Insular, le consigue una beca del Departamento de Instrucción, doce dólares mensuales, seis de los cuales los enviaba "Hatillo" a sus padres.

La casa de los músicos era sitio preferido de tertulias artísticas y literarias. Allí conoce "Hatillo" a Felipe Dessús, a Timothée, a Lefebre, a Carrión Maduro y otros. Aún no se despierta en él la vocación literaria, pero sí la cirugía, que logró en parte haciéndose luego cirujano menor. *En ese tiempo padecía yo una enfermedad nerviosa, cuenta don*

Francisco, y era *"Hatillo"* el único que se acerca a hablarme mientras yo pasaba las horas en mi hamaca. Él me leía un libro de medicina doméstica que yo tenía y así surgió en él el deseo de hacerse médico cirujano. Vocación firme que alentó toda su corta vida, y que no pudo satisfacer plenamente.

Y con ese ideal bulléndole en su espíritu, deja la capital y regresa a su pueblo por vez primera desde que salió de él; vuelve ahora con un diploma nuevecito obtenido en la Escuela Superior Central, y con el segundo honor de su clase.

3. Juventud y vida profesional

De vacaciones en Hatillo, conoce a Carmen, hija de don Felipe Sánchez Goytía, que había sido ministro metodista, y era entonces farmacéutico establecido en el mismo pueblo. Y otra vez son los amores contrariados, el *Ábrete Sésamo* de un alma dotada para el canto lírico. Con sus primeros ensayos literarios, se aventura en la composición musical. Luego habrá de ser autor de varios vales, de una mazurka y de una marcha fúnebre. Pobre en recursos materiales, no tiene la acogida favorable de don Felipe; rico en recursos espirituales, despierta simpatías en el alma de Carmen, y se inicia su primero y único amor. Es en una revista publicada por Timothée donde Pepe vierte su primer poemita a los ojos de la que luego había de ser su esposa. Si, como afirma Gorki, *el primer amor, cualquiera que sea, forma el corazón de un hombre para toda la vida*, aquí se inicia la formación del de Peache.

Vuelve otra vez a San Juan y prosigue estudios profesionales. Hará su farmacia por estudios libres, y se examinará en el Ateneo; su compañero en el penoso estudio lo será esta vez el hoy honorable Samalea Iglesias. Los Milián cambian su residencia a Comerío, pero otra vez el antiguo amigo Antonio David le ofrece su casa en Cristo 43. Ángel Oliver nos asegura que ahora el poeta ganará su dinero tocando en el cine Tres Banderas, de Portell y García. Entra en una orquesta de profesionales para tocar a compañías extranjeras de paso por San Juan.

Debido a la irregularidad y dudoso funcionamiento de la Junta

Examinadora de estos Estudios Libres, el futuro farmacéutico ha de estudiar mucho, ya que su preparación será su único derecho y su única arma para competir. No obstante, él hace que le sobre tiempo para sus copiosas lecturas literarias. Domina el inglés, el francés, el latín, *mejor que muchos clérigos de por ahí*, nos dice Carreras. Luego, por estímulo del padre Rivera, estudiará algo de griego, al margen de sus deberes profesionales como regente de la farmacia Municipal y Cirujano Menor de Río Grande. Algunas noches, al salir del cine, frecuenta una tertulia literaria en un café donde se reúnen Luis Lloréns Torres, Chevremont, Nicolás Blanco, Rodríguez Barril, y otros. Peache no es del grupo, pero su asiduidad atrae la atención, le acogen cordialmente; allí leerá algún poema y tal vez oiga las ondulantes cadencias de la *Canción de las Antillas*. Ferdinand R. Cestero y don Cayetano Coll y Toste reciben al poeta, oyen sus versos y le ofrecen su consejo. El poeta sonreirá agradecido, someterá luego el consejo a su musa, que es muy independiente, y acaso lo tome en cuenta.

En el 1912 termina el batallar por un título profesional. Con su amigo Samalea Iglesias, escanciará una botella de champaña, cuyo cuello saltó al golpearla contra el borde de uno de los bancos de la Plaza de Colón.

Corozal, farmacia de don José Bou y Galí, y Ernestina, la hija de don José. Carmen vive ahora en Ponce; la tenaz oposición de don Felipe no ha mermado. Pero Carmen vuelve, el poeta deja Corozal y otra vez en Hatillo, en sociedad con P. Lorán, establece en 1913 la farmacia Hernández, que muy pronto pasa a ser su propiedad exclusiva. Director Escolar de Música con un sueldo de \$40, y dueño de una farmacia ya bien establecida, añade ahora a las simpatías de Carmen, el asentimiento de don Felipe; se casa en 1914. Dos años después acepta el puesto de regente de la farmacia municipal y cirujano menor de Río Grande. Vende su farmacia, y arrienda en su pueblo de adopción la Farmacia de Fernando Cobligh.

En 1918, la epidemia de la influenza. El doctor Boneta no está bien de salud; pero Hernández se multiplica. Deja su casa a las seis de la mañana, y si regresa ha de ser a las doce de la noche. Su alma noble y humilde, su espíritu evangélico, se manifiesta prodigando el bien, aún olvidándose del suyo propio. Una luminosa estela de gratitud, en el recuerdo de aquella generación habla del sacrificio de su vida.

Pepe, nos ha dicho una anciana de este pueblo, *era el paño de*

lágrimas de todo Río Grande. Él lo sabía hacer todo. Pepe para tocar en la misa; Pepe para tocar en el cine; Pepe para una operación; Pepe para un enfermo que lo llama a media noche. Y siempre complaciente, y nunca exige nada. Con ese hombre se nos perdió un gran amigo.

Su buen corazón, pródigo de piedad, su alma franciscana, fue bondadosa aún para los animales. ¿Usted ve ese perro de sus poemas?, pregunta doña Carmen.

*Cruzó por mi lado el canijo,
la sarna roía su pelo,
un pillo le hirió con un guijo,
y rió de regusto el pilluelo.*

*De risas llenóse la calle;
corrió la jauría en tropel;
ni un grito, ni un guau, ni un aye;
y vuelan las piedras tras él.*

*Un auto de pronto aparece;
la turba sus gritos acrece,
y rueda el canijo hecho brozas...*

*Y, bajo el decoro del cielo,
decoran sus tripas el suelo,
cual sartas de piedras preciosas*

(La Ley Eterna)

Pues Pepe detuvo su marcha, pidió una aguja y no paró hasta dejar cosido el pobre animal.

El perro sarnoso y callejero que sirve de tema a algunos de sus poemas, no es un perro literario y romántico, es un perro real (aunque no sea hijo del rey).

Fue un animal sin dueño que llegó a casa del poeta husmeando algo más substancial que versos. El poeta lo acaricia y le da lo que busca, y se hacen amigos. Alguien dio veneno al animal, y cuando siente que la muerte lo muerde en las entrañas, la espera refugiado

Examinadora de estos Estudios Libres, el futuro farmacéutico ha de estudiar mucho, ya que su preparación será su único derecho y su única arma para competir. No obstante, él hace que le sobre tiempo para sus copiosas lecturas literarias. Domina el inglés, el francés, el latín, *mejor que muchos clérigos de por ahí*, nos dice Carreras. Luego, por estímulo del padre Rivera, estudiará algo de griego, al margen de sus deberes profesionales como regente de la farmacia Municipal y Cirujano Menor de Río Grande. Algunas noches, al salir del cine, frecuenta una tertulia literaria en un café donde se reúnen Luis Lloréns Torres, Chevremont, Nicolás Blanco, Rodríguez Barril, y otros. Peache no es del grupo, pero su asiduidad atrae la atención, le acogen cordialmente; allí leerá algún poema y tal vez oiga las ondulantes cadencias de la *Canción de las Antillas*. Ferdinand R. Cestero y don Cayetano Coll y Toste reciben al poeta, oyen sus versos y le ofrecen su consejo. El poeta sonreirá agradecido, someterá luego el consejo a su musa, que es muy independiente, y acaso lo tome en cuenta.

En el 1912 termina el batallar por un título profesional. Con su amigo Samalea Iglesias, escanciará una botella de champaña, cuyo cuello saltó al golpearla contra el borde de uno de los bancos de la Plaza de Colón.

Corozal, farmacia de don José Bou y Galí, y Ernestina, la hija de don José. Carmen vive ahora en Ponce; la tenaz oposición de don Felipe no ha mermado. Pero Carmen vuelve, el poeta deja Corozal y otra vez en Hatillo, en sociedad con P. Lorán, establece en 1913 la farmacia Hernández, que muy pronto pasa a ser su propiedad exclusiva. Director Escolar de Música con un sueldo de \$40, y dueño de una farmacia ya bien establecida, añade ahora a las simpatías de Carmen, el asentimiento de don Felipe; se casa en 1914. Dos años después acepta el puesto de regente de la farmacia municipal y cirujano menor de Río Grande. Vende su farmacia, y arrienda en su pueblo de adopción la Farmacia de Fernando Cobligh.

En 1918, la epidemia de la influenza. El doctor Boneta no está bien de salud; pero Hernández se multiplica. Deja su casa a las seis de la mañana, y si regresa ha de ser a las doce de la noche. Su alma noble y humilde, su espíritu evangélico, se manifiesta prodigando el bien, aún olvidándose del suyo propio. Una luminosa estela de gratitud, en el recuerdo de aquella generación habla del sacrificio de su vida.

Pepe, nos ha dicho una anciana de este pueblo, *era el paño de*

lágrimas de todo Río Grande. Él lo sabía hacer todo. Pepe para tocar en la misa; Pepe para tocar en el cine; Pepe para una operación; Pepe para un enfermo que lo llama a media noche. Y siempre complaciente, y nunca exige nada. Con ese hombre se nos perdió un gran amigo.

Su buen corazón, pródigo de piedad, su alma franciscana, fue bondadosa aún para los animales. *¿Usted ve ese perro de sus poemas?*, pregunta doña Carmen.

*Cruzó por mi lado el canijo,
la sarna roía su pelo,
un pillo le hirió con un guijo,
y rió de regusto el pilluelo.*

*De risas llenóse la calle;
corrió la jauría en tropel;
ni un grito, ni un guau, ni un aye;
y vuelan las piedras tras él.*

*Un auto de pronto aparece;
la turba sus gritos acrece,
y rueda el canijo hecho brozas...*

*Y, bajo el decoro del cielo,
decoran sus tripas el suelo,
cual sartas de piedras preciosas*

(La Ley Eterna)

Pues Pepe detuvo su marcha, pidió una aguja y no paró hasta dejar cosido el pobre animal.

El perro sarnoso y callejero que sirve de tema a algunos de sus poemas, no es un perro literario y romántico, es un perro real (aunque no sea hijo del rey).

Fue un animal sin dueño que llegó a casa del poeta husmeando algo más substancial que versos. El poeta lo acaricia y le da lo que busca, y se hacen amigos. Alguien dio veneno al animal, y cuando siente que la muerte lo muerde en las entrañas, la espera refugiado

Examinadora de estos Estudios Libres, el futuro farmacéutico ha de estudiar mucho, ya que su preparación será su único derecho y su única arma para competir. No obstante, él hace que le sobre tiempo para sus copiosas lecturas literarias. Domina el inglés, el francés, el latín, *mejor que muchos clérigos de por ahí*, nos dice Carreras. Luego, por estímulo del padre Rivera, estudiará algo de griego, al margen de sus deberes profesionales como regente de la farmacia Municipal y Cirujano Menor de Río Grande. Algunas noches, al salir del cine, frecuenta una tertulia literaria en un café donde se reúnen Luis Lloréns Torres, Chevremont, Nicolás Blanco, Rodríguez Barril, y otros. Peache no es del grupo, pero su asiduidad atrae la atención, le acogen cordialmente; allí leerá algún poema y tal vez oiga las ondulantes cadencias de la *Canción de las Antillas*. Ferdinand R. Cestero y don Cayetano Coll y Toste reciben al poeta, oyen sus versos y le ofrecen su consejo. El poeta sonreirá agradecido, someterá luego el consejo a su musa, que es muy independiente, y acaso lo tome en cuenta.

En el 1912 termina el batallar por un título profesional. Con su amigo Samalea Iglesias, escanciará una botella de champaña, cuyo cuello saltó al golpearla contra el borde de uno de los bancos de la Plaza de Colón.

Corozal, farmacia de don José Bou y Galí, y Ernestina, la hija de don José. Carmen vive ahora en Ponce; la tenaz oposición de don Felipe no ha mermado. Pero Carmen vuelve, el poeta deja Corozal y otra vez en Hatillo, en sociedad con P. Lorán, establece en 1913 la farmacia Hernández, que muy pronto pasa a ser su propiedad exclusiva. Director Escolar de Música con un sueldo de \$40, y dueño de una farmacia ya bien establecida, añade ahora a las simpatías de Carmen, el asentimiento de don Felipe; se casa en 1914. Dos años después acepta el puesto de regente de la farmacia municipal y cirujano menor de Río Grande. Vende su farmacia, y arrienda en su pueblo de adopción la Farmacia de Fernando Cobligh.

En 1918, la epidemia de la influenza. El doctor Boneta no está bien de salud; pero Hernández se multiplica. Deja su casa a las seis de la mañana, y si regresa ha de ser a las doce de la noche. Su alma noble y humilde, su espíritu evangélico, se manifiesta prodigando el bien, aún olvidándose del suyo propio. Una luminosa estela de gratitud, en el recuerdo de aquella generación habla del sacrificio de su vida.

Pepe, nos ha dicho una anciana de este pueblo, *era el paño de*

lágrimas de todo Río Grande. Él lo sabía hacer todo. Pepe para tocar en la misa; Pepe para tocar en el cine; Pepe para una operación; Pepe para un enfermo que lo llama a media noche. Y siempre complaciente, y nunca exige nada. Con ese hombre se nos perdió un gran amigo.

Su buen corazón, pródigo de piedad, su alma franciscana, fue bondadosa aún para los animales. *¿Usted ve ese perro de sus poemas?*, pregunta doña Carmen.

*Cruzó por mi lado el canijo,
la sarna roía su pelo,
un pillo le hirió con un guijo,
y rió de regusto el pilluelo.*

*De risas llenóse la calle;
corrió la jauría en tropel;
ni un grito, ni un guau, ni un aye;
y vuelan las piedras tras él.*

*Un auto de pronto aparece;
la turba sus gritos acrece,
y rueda el canijo hecho brozas...*

*Y, bajo el decoro del cielo,
decoran sus tripas el suelo,
cual sartas de piedras preciosas*

(La Ley Eterna)

Pues Pepe detuvo su marcha, pidió una aguja y no paró hasta dejar cosido el pobre animal.

El perro sarnoso y callejero que sirve de tema a algunos de sus poemas, no es un perro literario y romántico, es un perro real (aunque no sea hijo del rey).

Fue un animal sin dueño que llegó a casa del poeta husmeando algo más substancial que versos. El poeta lo acaricia y le da lo que busca, y se hacen amigos. Alguien dio veneno al animal, y cuando siente que la muerte lo muerde en las entrañas, la espera refugiado

bajo la cama del poeta. Hernández no permite molestar al animal, que muere allí. *Después me riñó por no haber evitado la desgracia.*

Ya hemos dicho que al margen de sus deberes profesionales, estudia griego; al margen también cultiva la poesía y la música. Fernando Torregrosa, que trabaja en el vecino pueblo de Carolina, Pepe Balseiro, Luis Dalta, Carlos N. Carreras, y sobre todo el padre Rivera, fueron sus amigos predilectos.

Pepe desea ausentarse a estudiar medicina. Luis Dalta le prologa **Coplas de la vereda**, y el padre Rivera organiza una serie de veladas en las cuales el poeta toca algunos números musicales, y el padre Rivera actúa, primero de conferenciante para los cultos y luego de prestidigitador para todos. El proyectado estudio se malogra, a pesar de las artes mágicas del padre Rivera.

Una vez estudia un año de derecho por correspondencia con la Universidad de La Salle, pero lo abandona luego. Sin embargo, estudia siempre, lee mucho, posee una numerosa biblioteca. Toma parte en los programas escolares, *a pesar de su pésima oratoria*, nos dice Juan Vicente Rafael. Busca el trato de aquellos que como a él le preocupa el cultivo de “la santa necedad”.

Y a más de sus vástagos líricos, la vida le ofrece el tesoro aurino en la cabeza de José Adalberto, su segundo hijo: *Yo solamente quiero / el oro en tu cabeza*, la sonrisa de Margot, su hija mayor, las caricias efímeras de José Polonio, que murió el 16 de enero de 1919, a los pocos meses de edad, y el consuelo póstumo de Olga Esterela, que lo siguió en su muerte.

4. Su muerte

En las elecciones de 1920, los socialistas habían ganado el municipio de Río Grande, pero Hernández ocupó su puesto hasta su muerte, y aún después, por la persona de su esposa, quien siguió percibiendo el sueldo y en funciones del cargo de su esposa hasta expirar el término. ¿Nobleza y desprendimiento del partido? Tal vez, pero mejor, reconocimiento de aquella vida de servicio sacrificial.

Su enfermedad prolongase por un año. Fue en el Hospital Municipal de Santurce donde se diagnosticó la enfermedad de Peache; pasó

luego quince días en el Sanatorio Insular y de allí su esposa le llevó de nuevo a Río Grande, donde empezó su preagonía, que Luis Dalta nos ha descrito con breves y seguros trazos en un artículo de aquellos días.

Sus amigos, siempre fieles, organizaron veladas en su beneficio y publicóse, por el padre Rivera, **El último combate**. El producto de ese libro, \$390.53, sumado a la mayor cantidad de las donaciones, \$578.25, sirvió para sufragar los gastos de su enfermedad y de su entierro. José González Escobar suministró gratis las medicinas necesarias. El doctor Fernández García le asistió, visitándolo semanalmente.

Sus amigos turnáronse a su lado. El poeta, resignado a su suerte, evitaba dar la mano, y cuando era Balseiro o alguien a quien no podía negarla, lo hacía lavarse en su presencia con una solución de sublimado que tenía preparada para el caso. Su enfermedad fue cruel. Tal era su dolor que sólo por las frecuentes inyecciones de morfina podía calmarse algo. En carta póstuma a Torregrosa se expresa así:

Mi querido Poeta: Necesito de ti un favor. La tos me obliga a usar morfina: la única droga que me la calma. Yo mismo hago la solución inyectable y para calmarme a veces necesito inyecciones de 8 centígramos. Nada de vicio.

¿Podrías conseguirme una poca para mandar a buscarla con un amigo de confianza? El médico puede ayudarte en el asunto. Avísame por tarjeta postal —sin nombrar la droga, por supuesto— y dime el importe.

Tengo una poesía para el Certamen del Casino y me agradecería que la vieras...

(Las últimas palabras y la firma son ilegibles).

A veces llegó a usar 25 centígramos. Yo los preparé, nos dice doña Carmen. Y aún en ese momento, “la santa necedad” tiraba de su genio. El poema a que se refiere es el *Canto a la Mujer Puertorriqueña* y fue laureado.

De labios del poeta moribundo, el padre Rivera recogió muchos de los versos de **El último combate**. Al publicarse el libro, fueron muchos los que escribieron al poeta, tocados en lo hondo por la franca emoción de aquel espíritu que daba el aerecillo fresco del Esteigia la armonía de su canto, resignado a veces, dulcemente melancólico luego, o rebelde y desesperado a momentos.

Una noche de abril, en Primavera, como ha cantado Balseiro,

marchóse el poeta con su carga de poemas y de dolores; la barca de Caronte le llevará tal vez, y lo recibiera Virgilio para alumbrar su senda como al otro inspirado florentino. En la noche del domingo, 2 de abril de 1922, a las 11:30. Ella, la anunciada tantas veces por el *Rojío Hilo* lo recogió dulcemente en sus brazos.

Todo se hizo como él lo deseaba, nos dice el padre Rivera. *Un cofre todo de madera, nada de trapos; modelado en la madera, las insignias de la poesía.* Una comisión de farmacéuticos, organizada por el Lcdo, Monclova, de Río Piedras, sus amigos Balseiro, Torregrosa, y muchos más, las autoridades municipales, las escuelas públicas, y el pueblo, uniéronse en una demostración cordial. Y tras un “Hasta Mañana”, del padre Rivera, la tierra hizo muelle su seno para recibirle.

5. Apreciación general

Lo evoco a través del muro que nos separa, y lo veo: alto y pálido, con aquella frente ancha y los cabellos revueltos, negros y suaves; los ojos oscuros y extasiados en profunda mirada; franco en sus maneras, pulcro y sincero con una amable y eterna sonrisa en sus labios.

Aquella hermosa cabeza enmarañada en abundantes cabellos, parecía el nido del pájaro azul de la poesía y no mentía su talento.

Así lo ha retratado para la posteridad Carlos N. Carreras; y Luis Dalta añade: *Joven, flaco, de quijotesca armazón, rostro melancólico, agobiada en ensueños la frente...* Y Balseiro nos dice de él: *Sencillo, campechano, franco, hablaba siempre de poesía. Alto y delgado, pelo negro y ojos profundos, grandes y vivos. Humilde en todo.*

Vestía con descuido a veces, y otras, con esmero y pulcritud. *Usaba a veces*, nos dice su amigo Alfonso Ruiz, *un sombrero de paja de ancha ala, y un pañuelo de seda al cuello, a la manera jíbara. Lo usaba por una o dos semanas, y volvía a usarlo meses después.*

M. Ríos Ocaña nos ha dado su retrato moral en el *In Memoriam* que publicara en el *Puerto Rico Ilustrado*:

Jamás le vi colérico. Jamás le sorprendí con un gesto de coraje ni de soberbia. Hernández era un hombre todo bondad, todo dulzura y cuando hablaba parecía que nos pedía perdón, perdón por inte-

rrumpirnos, perdón por habernos expresado sus opiniones, perdón por haber llegado o habernos leído su último poema. Y no era ésta mera fórmula social, sino el sello inconfundible de la alta jerarquía intelectual y moral, de su aristocracia de espíritu, todo sinceridad y todo dolor.

Doña Carmen nos ha dicho, sin embargo, que a veces gastaba su geniecito. Hemos dicho que además del dispensario municipal, había en Río Grande la farmacia del señor Escobar y la farmacia de Hernández. *Cuando Pepe cerraba a las dos de la tarde, no había que preguntarle por qué, si no se deseaba recibir una respuesta algo desagradable.*

Con todo fue siempre bondadoso y amable, perdonaba con generosidad, pero si alguien lo ofendía o traicionaba, podía estar seguro de su perdón, y también podía estar seguro que su amistad con el poeta había terminado para siempre. Hemos consignado que fue el doctor Fernández quien lo asistió en su lecho de muerte, ¿por qué no el doctor Boneta que era médico municipal y vivía en el mismo pueblo? Peache perdonaba de corazón, pero una vez rota, no se reanudaba su amistad, aún *con el pie ya en el estribo.*

Hombre fiel a la educación moral que recibiera, si le amaneció en los bailes donde tocaba a veces, no bebía, ni incurría en ningún acto de los que usualmente se le atribuyen a los músicos, poetas y demás mimados de las nueve hermanas. Enamoradizo, eso sí, pero su esposa sabía luego, de los labios de Pepe, las predilecciones del poeta. *Todas las mujeres que él amó tuvieron celos de mí, yo no los tuve de ninguna.*

Amante de la naturaleza, acostumbraba salir campo adentro con su amigo Ruiz. Sentados sobre las rocas negras cercanas a la casa de la campesina a quien él ha cantado: *Para qué vendrá a mi tumba...* se escribieron muchos de sus **Cantos de la sierra**. Y por las noches él y su esposa dejaban el hogar, y una vez en la playa, era el gozar largamente la armonía lírica de las olas. Sus cantos a la naturaleza fueron escritos, como diría un pintor *"right on the spot"*. Porque Peache ha sido en verso el gran acuarelista de nuestro paisaje.

Digamos que este poeta tuvo también de romántico el capricho. No se le ocurría tirar con una cinta de un cangrejo o de un cerdito por las calles de Río Grande, pero sí, al decir de su amigo Ruiz, *ocurriósele acostarse a la larga en el estrecho balcón de la oficina de correos y pedir que le pasasen por encima. Es claro que nadie lo hacía. Lo hacía también*

en casa, dice doña Carmen. Y en esa posición fumaba y escribía. Si alguna vez suspendió su trabajo y salió precipitadamente, no había que asustarse, iba por cigarrillos.

*Hilo blanco fue tu vida,
blanco, blanco de ternuras
que con sus blancas alburas
supo hacer blanca tu vida.*

*Blanca fue tu dolorida,
noble fuente de amarguras,
blancas fueron tus venturas,
blanca tu humanidad florida.*

*Tu corazón que blanco era
fue nido de primavera
y rosa de sentimiento,*

*Toda blanca de cariño
y blanco tu pensamiento
como sonrisa de niño.*

Así lo evoca Nicolás Blanco. Y así lo vemos, tras la bruma del tiempo, alma ingenua como Shelley, alma musical y lírica como Keats, alma ingrátida y vaporosa como Coleridge, así lo vemos al trasluz de sus versos líricamente brumosos. Quijotesco de cuerpo y de alma, una luz suavísima en sus ojos, una expresión de bondad en su rostro, una palabra musical en sus labios, un ensueño y una idea sombreando el viejo marfil de su frente franciscana.

II. SU OBRA

1. Caudal

El infortunio que persiguió al poeta hizo sombra a su obra, y en esa sombra ha permanecido inédita en su mayor parte. Hemos mencionado **Coplas de la vereda**, prologado por Luis Dalta, impreso en la Standard Printing Work, de San Juan. Sin fecha, pero probablemente en 1919, año en que el poeta dedica una copia del libro a Antonio S. Pedreira y año en que Monagas —nos dice Cesáreo Rosa Nieves— publica una reseña sobre el libro en el número 476 de *Puerto Rico Ilustrado*, y Balseiró en el número 477 de la misma revista. El folleto consta de treinta y cuatro poemas.

Hemos hecho así mismo mención de **El último combate**. Elegías publicadas por la Democracia, Inc. en el invierno de 1921. Prólogo de Juan Vicente Rafael (padre Rivera): un folleto de 25 poemas. En la primera página se anuncia **El páramo de los petreles**, con prólogo de Villaespesa, en preparación.

Algunos años después de su muerte, *Puerto Rico Ilustrado* recoge sus dos obras, menos *No en vano primavera*, *En la muerte de José de Diego* y *Al menos de esa res un hueso*, de **Coplas de la vereda** y **El último combate**, *Hibernal*, y *¡Ya...!* de **El último combate**, añade treinta poemas publicados en periódicos y revistas pero no coleccionados, y publica en 1925, sin la debida autorización de la viuda, **Cantos de la sierra**, con prólogo de Carlos N. Carreras. La viuda reclama sus derechos a la obra del poeta. Tras el consiguiente arreglo vino el silenciar la memoria y los méritos del poeta que tan noblemente había prodigado el oro de su vida y el caudal de su arte.

El páramo de los petreles fue su primera obra terminada, sin prisas y con todo el esmero y disciplina que el arte requiere. El padre Rivera había hecho primorosamente la única copia a máquina que Villaespesa llevó consigo para publicar en España. El poeta, nos relata Alfonso Ruiz, quería darse en su obra más ampliamente; que su caudal regase más anchos panoramas. Y la obra se ha perdido.

La viuda del poeta posee un número considerable de poemas inéditos. Hay también varios poemas publicados en diversos periódicos

y que no han sido coleccionados. Ese **Canto a la Mujer Puertorriqueña**, en que se hace alusión en la carta a Torregrosa, tal vez no se haya perdido del todo. J. Coldberg Cabrera escribe, el 28 de febrero de 1922, a través de Balseiro, unas palabras de consuelo para el poeta, cuyos versos habían hablado al alma de aquel caborrojeño. A la cabeza de esa carta ha escrito Balseiro al Padre Rivera: *Ayer recibí esta carta. He firmado el giro postal porque usted lo guarde y pueda cobrarlo. Envíenme el canto-lírico-social de Hernández. Me lo pidió don Felipe Janer para su Antología.* Ese canto no aparece en el libro de don Felipe. Ni aparece tampoco en la obra inédita que he podido consultar.

Su poema laureado, *Profética*, ya había sufrido bastante deterioro, en el original, y he podido reconstruirlo merced a una copia ya publicada en uno de nuestros diarios. Su poema *Una historia de amor* está lamentablemente mutilado. La sombra continúa devorando este poeta, que nació de la sombra y en la sombra vivió.

2. Sabor

Los que ya han gustado el cierge de la vid, hablan con delectación de su sabor.

Sus estrofas son claras y diáfanas, como los viejos romances. En ellos hay una dulzura muy suya, una absorción de su alma pánica devuelta en ritmos suaves con pétalos de azucenas bañados de rocío campesino.

(Luis Dalta. *Prólogo a Coplas de la vereda*)

Un sonoro, un exquisito, del oído, un versificador de cuerpo entero.

Ser poeta es ser sensorio de la naturaleza, y Peaché es un sensorio tan delicado...

(Padre Rivera. *Prólogo a El último combate*)

Job y Apolo... icruz y lira, que fueron toda tu vida, y tu único poema!

(Juan Braschi)

Poeta de las perlas, víctima de la vida...
Poeta de sueños, vagos y dantescos rosales...

(E. Ramírez Brau)

Corre en tus versos una sabia pura
aromada de lirios y de ensueños
y flota una seráfica blancura
sobre las olas finas de tus sueños...

Cristo contigo va por los senderos,
y llueven a tu paso los luceros
como una leve lluvia de ilusiones...

(Torregrosa)

Sus estrofas líricas dan la emoción inefable de una armonía celestial que producen el deshielo en los témpanos del alma, y la sensación de unos labios piadosos que abren en abanicos de sonrisa los oleajes del beso; de un volcán en erupción de mieles, encaje de ritmos tejido con las blondas de una aurora boreal que nos sublima...

Es el poeta más intenso que ha producido este país. Poeta de "misticismo austero", da la sensación de la cicuta de Sócrates y el cáliz de Jesucristo. El dolor lo ha hecho un poeta inmenso.

(Luis Dalta)

Es un filtro que aletarga y envenena. Da sueño, ese sueño último del que no se despierta jamás.

(Luis A. Miranda)

Es tan emocionante el libro, es tan valeroso el espíritu, que al borde de la tumba canta... que entiendo debe leerse de rodillas, como un libro de oraciones y haciendo antes la señal de la cruz con el agua bendita de la caridad.

(La Hija del Caribe)

Llamaría a este estado de ánimo de Hernández una osmosis y endosmosis entre la vida y la muerte.

(Washington Lloréns)

Hernández ha sido el poeta más poeta de mi generación que ha dado Puerto Rico en los últimos años.

(Carlos N. Carreras)

* Con esta opinión de Carreras coincide, si no lo entendí mal, el poeta Balseiro.

* Peache, a mi juicio, es el único poeta místico que hemos tenido.

(Cesáreo Rosa Nieves)

* Hernández es un romántico extraviado en el siglo XX. Hombre amargado que canta su infortunio.

(Da. María Cadilla)

3. Remanso

Remanso quieto, donde la turbia corriente se acurruca y diafaniza, aquí el recuerdo de Peache se ha detenido, y ahonda en sí, linfa adentro; tal vez la red de la mirada logre desarraigar alguna flor acuática de las profundidades donde la sombra la oculta su belleza.

Cuando un poeta, nos advierte en su prólogo a **Cantos de la sierra** el poeta Carreras, *logra libertarse de los prejuicios de la forma, doma el ritmo del verso...* Y hemos oído decir al padre Rivera que Peache domina el eneasílabo, es decir el “¡ay mi madre! de los malos versadores”, *con tanta facilidad y finura, como estorbos y dificultades hallan otros en el desempeño del cotidiano endecasílabo*. Peache no necesita exprimir su cerebro para conseguir versos en metro perfecto, y versos que sean a la vez genuina y exquisita poesía. *Al correr de mi máquina*, nos dice Torregrosa, *traslada el verso acabado de su cerebro al tipo, como si el poema naciese sin esfuerzo por un maravilloso fiat*. Su labor profesional era ardua; de seis de la mañana a doce de la noche. *Hernández siempre respondía a una voz necesitada*, nos dice una viejecita de Río Grande. Y en los descansaderos de esa vida de servicio, siempre afanosa, el poeta seguía no por precepto, sino por el imperio de su vocación, el consejo del maestro latino: *Dies non transeat sine linea*.

* Estas últimas opiniones me fueron manifestadas en conversaciones particulares.

El viejo Apeles que dio este precepto a Plinio, se hubiese gozado en un discípulo que no dejó pasar un solo día sin trazar ya una delicada acuarela, ya un croquis ligero, ya un apunte genial.

Una vez se reunieron en casa varios escritores amigos de Pepe, entre ellos el padre Rivera, y como pasara una negrita muy popular en Río Grande, se les ocurrió improvisar a cada uno un poema a esta negrita. Todos convinieron que el de Pepe fue el mejor.

Citemos ese poema, ya sea por la curiosidad de ver cómo brota ese raudal:

NIGRA SUM, SED FORMOSA

*Ven a mí, con tu sonrisa,
muñequita de azabache:
desnuda las azucenas,
que guarda tu labio grácil.*

*Tu labio lila que tiene
todos los finos cambiantes
del esmalte melodioso
del Cantar de los Cantares.*

*Desnúdate ante mis ojos,
muñequita de azabache:
haz que tu piel luminosa
sobre mí su luz derrame.*

*Desnúdate ante mis ojos
ya que no quieres mirarme:
¿No es tu piel más luminosa
que tu pupila adorable?*

*¡Oh, qué artista el ebanista
que escogió para tu talle
el ébano más hermoso
que cimbreaba en el bosque!*

*Tiene el risco de tu pelo
un tumultuoso oleaje
de cabríos que se encrespan
históricos e indomables.*

*Cuando ríes son tus dientes
una gama que se abre
entre un girón de la noche
bajo un sopor de diamantes.*

*Negra, blanca, lila, negra:
noche, aurora, día, tarde:
eso eres tú, muñequita,
muñequita de azabache.*

Y así como brotaban de su númen, esa habría de ser su forma final.
No obstante, he aquí una carta del poeta al padre Rivera, tal vez al
enviarle la redacción final de los poemas de **El último combate**.

Mi querido compadre:

Ahí va eso. Le he hecho cuarenta mil correcciones a la copia de
mi mujer. Si habla más, peor. Remítame una copia, pues no tengo.
¡Qué ganas tengo de una buena, pero larga cuasserie!
Le quiere y abraza,
El poeta enfebrecido y...

(Lo demás no está legible).

Añádase a su facilidad su natural independiente. En arte, como en
toda su vida, Hernández no reconoce más fueros que los de su propia
conciencia artística. A nadie imita, a nadie cita, sus lecturas hemos de
inferirlas, adivinarlas casi. El padre Rivera le obsequió una **Imitación
de Cristo**, de Kempis, que el poeta leía y conocía tan bien como su
Biblia.

Yo poseía una Biblia con el autógrafo de Peache, nos dice Ruiz.

*Y también una antología de poetas cubanos. Boudelaire, Verlaine y
otros franceses del siglo XIX le eran conocidos*, nos advierte Torregrosa.
Leía a Julio Flores, a Bécquer, a Gautier. Leía los clásicos, espe-

cialmente a Cetina. Leía con predilección a Palacio Valdés, a Anatole France, a Darío, a Nervo, a Eduardo Marquina, y a Urbina, cuyo madrigal recitaba con frecuencia. Si no conoció a Banville, tal vez adquirió su rima funambulesca, y su maravilloso sentido del enneasílabo en los versos de Valle-Inclán; la predilección por la imagen extravagante, violenta, exagerada, en Herrera Reissig, y la bruma, esa cualidad vaporosa e imprecisa de su verso, en los románticos ingleses. Sin embargo, a parte de las frecuentes citas bíblicas en toda su obra que me es conocida, sólo encuentro dos alusiones literarias, una a Shakespeare, en el poema *Melancolía*, y otra a Oscar Wilde en el poema *Doble Estética*.

Alguien me sugirió la posible influencia de Unamuno y mencionó sus salmos. Puede que tenga "de esa res un hueso", pero me parece que la semejanza es cuestión de afinidad de inquietudes espirituales y comunidad de lecturas bíblicas. Al decir de Romero Navarro, es la Biblia el libro más leído, meditado y citado por el recio y robusto Unamuno, libro que él ha hecho "jugo de su conciencia". Es la Biblia también el libro más leído, más meditado y más citado, la principal fuente castalia del espíritu puro y dulcemente evangélico de Peache. Pero el modo de reaccionar y producirse, es radicalmente distinto en uno y en otro.

Esa misma independencia de espíritu le acerca también a los románticos, mas no por consciente y menos convencional imitación de escuela, pues hemos dicho ya que Peache no imita. Religioso, amante de la naturaleza, más emocional que cerebral, serio en su arte como en su vida, ingenuo, sincero, su sensibilidad se agudizará para resentirse del mal, gravitará inevitablemente hacia lo arcano, y ha de impresionarnos como romántico, más por fuerza natural de su espíritu que por militar conscientemente en algún credo artístico. Su vida azarosa, su naturaleza enfermiza, su sensibilidad y su talento, han de hermanarle a los románticos aún en las circunstancias análogas que rodeen su vida.

Celébranse en el Ateneo de Puerto Rico los juegos florales de 1920. Peache competirá. Por insinuación de su esposa y de su amigo el doctor Ruiz Soler, presenta un poema con el tema Fe. De Diego Padró llevó el premio del AMOR, y Félix Matos Bernier el premio PATRIA. Al asistir a la ceremonia, como García Gutiérrez en la presentación de su *Trovador*, Hernández en la presentación de su

Canto a la Fe, hubo de tomar prestado el frac de un amigo. Seis meses después, representará Torregrosa al pueblo de Aguadilla en un acto que Ponce tributará a José de Diego. Encontró con sorpresa que o sus piernas o brazos habían acortado, o los pantalones y las mangas habían alargado. En aquel acto hubo que prescindir de la formalidad del frac.

De romántico tiene el afán de autoanálisis, que expresa en los poemas *Al menos de esa res un hueso*, *Yo soy así*, *Como es mi verso*, *Ego*, *Como esta tarde de lluvia y sol*. Su religiosidad a lo Wordsworth, pero carece del religiosismo convencional de los románticos franceses su sentimiento de la naturaleza, la sinceridad candorosa a lo Keats, sus extravagancias a lo Nerval, su amor al misterio, su familiaridad con la muerte, y sobre todo su independencia, pues la ortodoxia en lo artístico, en lo moral, en lo social y en todo, quedará siempre subordinada a su individualidad.

Lo aleja del romanticismo la ausencia de lo erótico y sensual, su moralidad, su amor idílico, casi pastoral, infantil a veces. Está ausente así mismo de su verso el ridículo, el humor, la sátira acre y amarga, aunque se adivine tal vez una sátira resignada.

Músico, a la vez que poeta, hemos de esperar que convenga con Verlaine en aquello de “la música sobre todo”. La música vivía en él, se expresaba musicalmente sin intentarlo. *Si leía un libro*, nos ha dicho uno de sus amigos, *y hería su oído un acento fuera de lugar, tiraba el libro para no recogerlo más*. Peache, nos dice el padre Rivera, era sensible aún al valor musical del silencio. A veces leyendo un poema suyo nos parece que algún verso carece de sus sílabas, y no es así, pues al leer en voz alta y correctamente, percibiremos la sonoridad de ese calderón completando el ritmo. (Léanse, al efecto, los poemas *Besos-besos* o *Sé ave... sé lirio*.)

Peache percibe asimismo la musicalidad de las voces de la naturaleza y trata de ritmarlas en sus versos. En el poema *A Nerina* (inédito), del cual he conseguido un fragmento, y el poema *Preludio*, de **Cantos de la sierra**. Cuando no de esa manera directa, se esfuerza en despertar por la imagen verbal la sensación musical de las voces de la Madre Naturaleza. Su imaginación se hincha, y su pincel se coloca, ya en la flora, ya en el paisaje, ya en la cosecha, ya en los cambios de luz. Este gran “sensorio de la naturaleza” descubre un nuevo idioma; el río, la peña, el alcatraz, el gallo, el buey, el perro, el árbol solitario, el yunque, el mar, el cielo, las frutas, la lluvia, cobran valor de nuevos símbolos

expresivos en la poderosa fantasía de este gran poeta.

Este uso magistral del idioma, este sentido de novedad y el relieve que en su verso adquiere cada voz, puede apreciarse, unido a su sentido musical en el poema *Y sangra una puñalada*, a base del terceto monorrimo rubendariano. Omitimos el poema en gracia al soneto *Luna Vespertina*, donde se combinan su sentimiento de la naturaleza y su sentido de lo musical y del idioma.

LUNA VESPERTINA

*En la impotencia de la tarde
y en su inconsútil levedad,
se agobia el ánimo cobarde
de una nevosa ancianidad.*

*La algarabía que a lo lejos
en la floresta se enmaraña,
es como un eco de reflejos
de otro Sermón de la Montaña.*

*Como una oreja de alabastro
recoge ya el nocturno astro
todos los ecos campesinos.*

*Y en su vigilia pensadora
es como lámpara armoniosa
que alumbra todos los caminos.*

Ese eco del Sermón de la Montaña que a Peache le parece percibir en la naturaleza, es sólo una alucinación auditiva. El eco está en él. Y ya dejamos al “sensorio de la naturaleza” para considerar al místico austero de que nos habla Luis Dalta, al poeta que da la remoción de la cicuta de Sócrates y el cáliz de Jesucristo, al que es Job y Apolo, cruz y lira, y al que va con Cristo por los senderos.

¿Fue místico Peache? ¿Quién lo pregunta? Porque a la manera católica, en éxtasis frecuente, perdida la conciencia en el seno de Dios, en momento de quietud absoluta, no lo fue. Pero a la manera bíblica

paulina, del cristólogo y cristóforo, donde católicos y evangélicos pisan terreno común, en el *no vivo ya yo, sino que Cristo vive en mí*, en el concepto paulino de “El Señor para el cuerpo”, tal vez lo fuera.

La experiencia ascética es ya un preludio a la experiencia mística, él advirtió el “de morir tenemos” que advierte Nervo temprano en su vida, ya lo tuvo Peache antes de dialogar con Kempis, cuando escribe su *Mene, Tekel, Peres...* En los sonetos *Jesús en el huerto*, *Alma fuerte*, *Inri*, el poeta se acerca en contemplación a Jesucristo. En *Profética* vislumbra su triunfo final; en *Elegía mística* siente con Él; en *Mediodía* se identifica con Cristo al canto del gallo:

*O acaso su canto
sea para avisarme
que alguien acaba
de negarme.*

En el extraño poema *El Cristo* me parece oír los ambiguos oráculos de los alucinados, una blasfemia cínica, o las incomprensibles revelaciones de experiencias místicas. Rehúso interpretar este poema por no poseer datos suficientes de su vida, y por el carácter precipitado de estas páginas.

EL CRISTO

*Penetré en tus ojos
Y en tu corazón...*

*Y tus ojos eran
vasto cementerio
cuajado de tumbas,
y en una de ellas,
la más pobre acaso,
me encontraba yo.*

*Ni un alma piadosa
decía una oración
ante aquella tumba
donde estaba yo...*

*Penetré en tus ojos,
Y en tu corazón...*

*Tu corazón era
un Templo cerrado
al cual mi pupila
difícil entró.
Y allí había una monja
rezando ante un Cristo,
y el Cristo era yo...*

*Cuando mi pupila
del templo salió
la monja lloraba
y el Cristo reía...
¡y el Cristo era yo!*

En sus dos poemas *Evangelica*, el poeta interpreta el humilde espíritu de Cristo. En el segundo ha expresado con el suave ritmo de un eneasílabo la ternura inefable del Sermón del Monte. *Amad a vuestro enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen y orad por los que os ultrajan y os persiguen...*

*Dobla tu lomo dulcemente,
Y si vertieres una lágrima,
No olvides que acaso haya sed
quien te flagela las espaldas.*

El que vio así la verdad evangélica, cuando sintió en sí la mordedura del dolor, supo que Cristo padecía en él, y vuelve a formular la angustiosa interrogación de su preagonía: *¿Por qué me has abandonado?*

*Señor, mira que ya
no podré estar sin ti.*

Conforme siempre, esperaba a la muerte como a una conocida. Últimamente concibió la esperanza de sanar, y hasta hizo planes para lo porvenir. Le volví a ver cadáver, rememora Balseiro.

En **El último combate** nos había dicho:

*Sereno voy, sereno y fuerte
llagado el pecho, mas desnudo:
itendré al hallarme con la muerte
sólo mis llagas por escudo!*

¿Por qué perdió la fe que siempre conservó su hermano Job?

*El Mundo me hizo mucho mal,
No me hizo el cielo ningún bien.*

Y otra vez en *Desde mi Tienda*:

*Aislado en la Roca de Oreb,
Yo clamo, Señor, tu perdón
Y aguardan mis labios tus pies
dorados de polvo de Sión.*

Al coleccionar los poemas de **El último combate**, el padre Rivera hizo que el *Canto a la Fe* terminara, tras la amarga desilusión de ¡Ya...!,

*... otra esperanza no apetezco
si no es aquella flor de barro
que abierta está en el cementerio.*

con la unción mística de estos versos escritos un año antes:

*La Fe. Yo la conozco. La he visto arrodillada
ante el altar de oro en el templo severo:
y al marcharse la he visto llevarse en sus pupilas
itodo el oro del templo!*

Otra vez el olor del Sermón del Monte oreando ese huerto cerrado, ese *Sancta Sanctorum* del alma del poeta, recinto secreto donde ningún ojo humano penetra. Peache conoció la Fe, y una vez se sintió muy unido a Aquél que dijo: *Padre, y de los que me diste, ninguno se perdió...*

Cuando pienso en Peache lo pienso siempre como el poeta de *Agnós*. La palabra que lo rotula significa **puro, santo, intachable, in-contaminado**. Porque el poeta de los madrigales, que por falta de mejores adjetivos, hemos de llamar delicados, tiernos, finos como los mejores; el poeta del sentimiento religioso hondo, angustioso, y resignado, el poeta del diáfano sentido musical, el poeta que ahonda emocional y a la vez cerebral, bajo la aparente insustancialidad del ritmo funambulesco de Banville, se nos da con certera fidelidad en este poema:

A G N Ó S*

*En dulce suplicio violeta
sucumbe la tarde callada,
y es Véspero un ojo profeta
que llora una angustia sagrada.*

*Y clava Ahrimán en la hora
su negro colmillo rabioso,
Y Ormuz pensativo decora
los cielos con oro armonioso.*

*Y el Gnomo que sabio custodia
la Gnosis en cofre de bruma,
me guiña una burla y salmodia
su Aeternum, que llena y abruma.*

*Violando la plácida calma,
clorótica y triste mi fe,
suspira profundo mi alma;
¿de dónde, y a dónde, y por qué?*

*Y el Alfa y la Omega se alejan
cual muecas de claro cristal,
y hondo en el alma me dejan
un pto silencio de erial.*

En **El último combate** nos había dicho:

*Sereno voy, sereno y fuerte
llagado el pecho, mas desnudo:
itendré al hallarme con la muerte
sólo mis llagas por escudo!*

¿Por qué perdió la fe que siempre conservó su hermano Job?

*El Mundo me hizo mucho mal,
No me hizo el cielo ningún bien.*

Y otra vez en *Desde mi Tienda*:

*Aislado en la Roca de Oreb,
Yo clamo, Señor, tu perdón
Y aguardan mis labios tus pies
dorados de polvo de Sión.*

Al coleccionar los poemas de **El último combate**, el padre Rivera hizo que el *Canto a la Fe* terminara, tras la amarga desilusión de ¡Ya...!,

*... otra esperanza no apetezco
si no es aquella flor de barro
que abierta está en el cementerio.*

con la unción mística de estos versos escritos un año antes:

*La Fe. Yo la conozco. La he visto arrodillada
ante el altar de oro en el templo severo:
y al marcharse la he visto llevarse en sus pupilas
itodo el oro del templo!*

Otra vez el olor del Sermón del Monte oreando ese huerto cerrado, ese *Sancta Sanctorum* del alma del poeta, recinto secreto donde ningún ojo humano penetra. Peache conoció la Fe, y una vez se sintió muy unido a Aquél que dijo: *Padre, y de los que me diste, ninguno se perdió...*

Cuando pienso en Peache lo pienso siempre como el poeta de *Agnós*. La palabra que lo rotula significa **puro, santo, intachable, in-contaminado**. Porque el poeta de los madrigales, que por falta de mejores adjetivos, hemos de llamar delicados, tiernos, finos como los mejores; el poeta del sentimiento religioso hondo, angustioso, y resignado, el poeta del diáfano sentido musical, el poeta que ahonda emocional y a la vez cerebral, bajo la aparente insustancialidad del ritmo funambulesco de Banville, se nos da con certera fidelidad en este poema:

A G N Ó S*

*En dulce suplicio violeta
sucumbe la tarde callada,
y es Véspero un ojo profeta
que llora una angustia sagrada.*

*Y clava Ahrimán en la hora
su negro colmillo rabioso,
Y Ormuz pensativo decora
los cielos con oro armonioso.*

*Y el Gnomo que sabio custodia
la Gnosis en cofre de bruma,
me guiña una burla y salmodia
su Aeternum, que llena y abruma.*

*Violando la plácida calma,
clorótica y triste mi fe,
suspira profundo mi alma;
¿de dónde, y a dónde, y por qué?*

*Y el Alfa y la Omega se alejan
cual muecas de claro cristal,
y hondo en el alma me dejan
un pío silencio de erial.*

En **El último combate** nos había dicho:

*Sereno voy, sereno y fuerte
llagado el pecho, mas desnudo:
itendré al hallarme con la muerte
sólo mis llagas por escudo!*

¿Por qué perdió la fe que siempre conservó su hermano Job?

*El Mundo me hizo mucho mal,
No me hizo el cielo ningún bien.*

Y otra vez en *Desde mi Tienda*:

*Aislado en la Roca de Oreb,
Yo clamo, Señor, tu perdón
Y aguardan mis labios tus pies
dorados de polvo de Sión.*

Al coleccionar los poemas de **El último combate**, el padre Rivera hizo que el *Canto a la Fe* terminara, tras la amarga desilusión de ¡Ya...!,

*... otra esperanza no apetezco
si no es aquella flor de barro
que abierta está en el cementerio.*

con la unción mística de estos versos escritos un año antes:

*La Fe. Yo la conozco. La he visto arrodillada
ante el altar de oro en el templo severo:
y al marcharse la he visto llevarse en sus pupilas
itodo el oro del templo!*

Otra vez el olor del Sermón del Monte oreando ese huerto cerrado, ese *Sancta Sanctorum* del alma del poeta, recinto secreto donde ningún ojo humano penetra. Peache conoció la Fe, y una vez se sintió muy unido a Aquél que dijo: *Padre, y de los que me diste, ninguno se perdió...*

Cuando pienso en Peache lo pienso siempre como el poeta de *Agnós*. La palabra que lo rotula significa **puro, santo, intachable, in-contaminado**. Porque el poeta de los madrigales, que por falta de mejores adjetivos, hemos de llamar delicados, tiernos, finos como los mejores; el poeta del sentimiento religioso hondo, angustioso, y resignado, el poeta del diáfano sentido musical, el poeta que ahonda emocional y a la vez cerebral, bajo la aparente insustancialidad del ritmo funambulesco de Banville, se nos da con certera fidelidad en este poema:

A G N Ó S*

*En dulce suplicio violeta
sucumbe la tarde callada,
y es Véspero un ojo profeta
que llora una angustia sagrada.*

*Y clava Ahrimán en la hora
su negro colmillo rabioso,
Y Ormuz pensativo decora
los cielos con oro armonioso.*

*Y el Gnomo que sabio custodia
la Gnosis en cofre de bruma,
me guiña una burla y salmodia
su Aeternum, que llena y abruma.*

*Violando la plácida calma,
clorótica y triste mi fe,
suspira profundo mi alma;
¿de dónde, y a dónde, y por qué?*

*Y el Alfa y la Omega se alejan
cual muecas de claro cristal,
y hondo en el alma me dejan
un pío silencio de erial.*

*(Al leer el profeta en los rastros
que deja la noche secreta,
rodó la armonía de los astros
vencida a los pies del profeta).*

*Y aúlla en la túrbida hora
un eco infinito y brutal:
¡Mortal, tú no esperes la aurora:
por eso, porque eres mortal!...*

*Dorado está el cielo, de estrellas
cual cirios ante un gran altar;
y al verlas tan puras, tan bellas
me abortan deseos de orar.*

*Y el Angelus suena y transporta
mi alma a un altar que no ve,
y dobla la frente, y no importa
ide dónde, y a dónde y por qué!*

Me parece que ya el poeta mejicano había cantado:

*Si me dan a escoger una estrella
Quiero ir a una estrella violeta.*

Ese el color del alma de Peache. Sensación de bruma, de crepúsculo, suave, de luz tamizada, de atmósfera incensada de templo nos rodea al penetrar en esa alma por el primer verso de ese poema.

El misterio de la Vida y la Muerte lo pervade todo. Ante la presencia del misterio, triunfa la fe, la emoción del espíritu que presiente en la belleza de lo creado la esencia de una mente creadora; una

* *Agnós* está transcrito "*Agnos*" en el original, pero me pareció que la intención del poeta fue usar la otra palabra griega; porque "*Agnos*" no lo es, y *Agnós* puede derivarse del verbo *Agnóew*, que significa *ignorar, no percibir, equivocarse*. El poeta se rinde ante el poder de la divinidad superando por la fe la insuficiencia de la razón. Sin embargo, *Agnós* se deriva propiamente del verbo *Agnocuw*, *ser puro, casto*.

música suave, como una luz violeta, que hace vislumbrar una razón suprema, una armonía vasta donde todo disonante ha sido sólo un sabio recurso del Maestro.



Angel Mergal. Foto cortesía de Margarita Mergal.

JOSÉ P. H. HERNÁNDEZ

Enrique A. Laguerre

De todos los poetas, productos de nuestro Modernismo, ninguno tan sincero, tan hondamente lírico, como José P. H. Hernández. Es romántico en sus más puras esencias; sin embargo, pocos dominan con tanta eficacia la métrica modernista, especialmente el endecasílabo. Delicado como Bécquer, su temática es más variada y más intenso es su dolor. No puede llamársele un “romántico extraviado en el siglo XIX”, como dice la Dra. María Cadilla de Martínez,¹ porque su romanticismo no parte de escuela alguna, sino del hondón de su espíritu. Arraigado en su propia tragedia está su lirismo. Además, un aliento que no es del siglo XIX da vida a su poesía. A veces da la sensación de adelantarse a su grupo en un neorromanticismo de la postguerra. Carmen Alicia Cadilla, poetisa de una generación posterior, reconoce en él *el estandarte con que los poetas de hoy hacemos frente al ejército de los ismos*.²

José P. H. Hernández murió muy joven, a los 29 años. A pesar de esto, creemos que es uno de los más auténticos líricos que hemos tenido en toda la historia literaria de nuestro país. Hombre de fina sensibilidad, con intenso amor a la vida, tenía que expresar su resignada amargura —era religioso— en versos profundamente sentidos.

1. Vida del poeta³

José P. H. Hernández nació en Hatillo, pueblo del norte de Puerto Rico, el 22 de mayo de 1892. Creció enfermizo y débil. No obstante, desde un principio se distinguió en la escuela entre sus demás com-

pañeros. Su aspiración fue estudiar medicina. Ya joven, tuvo gran avidez de cultura; leía mucho; además de su idioma llegó a dominar el inglés, el francés y el latín. Su amigo, el Padre Juan Rivera Viera, le dio clases de griego.

No es de extrañarse el sentido musical de sus versos, porque estudió música: tocaba la flauta y el bombardino. Pagó sus estudios con el dinero que ganaba como músico.

Se hizo cirujano menor. En 1912 obtuvo el título de farmacéutico, profesión que ejerció en Hatillo y en Río Grande. Estuvo siempre presto a ofrecer sus servicios a los menesterosos. Según testimonios que recoge Ángel Mergal, todavía le recuerdan con gratitud en Río Grande por los servicios prestados a la comunidad.

Asistió a las tertulias literarias de Luis Llorens Torres, Evaristo Ribera Chevremont y otros poetas de la nueva escuela. Fue amigo de José A. Balseiro, el Padre Juan Rivera Viera, Carlos N. Carreras, el periodista Luis Dalta y Luis Samalea Iglesias.

Casó en 1914 y radicó su hogar en Hatillo, en donde fue dueño de una farmacia y director de una banda municipal. En 1916 aceptó ser regente de la farmacia municipal de Río Grande. También servía de cirujano menor. Sigue con sus aspiraciones de médico. Sus amigos hacen esfuerzos por ayudarle, pero todo fracasa.

Fue padre de tres hijos, a quienes dedica versos en sus libros. Margot, su hija mayor, muere en 1919.

Tuvo que abandonar toda idea de estudio porque le asaltó la tuberculosis. Murió el 2 de abril de 1922, después de larga enfermedad.

Sus amigos le recuerdan con cariño. Carlos N. Carreras habla de su "eterna sonrisa"; Balseiro de su "sencillez y franqueza"; M. Ríos Ocaña de su "bondad y dulzura". Antonio Nicolás Blanco le dedica este sonetino:

*Hilo blanco fue tu vida,
blanco, blanco de ternuras,
que con sus blancas alburas
supo hacer blanca su vida.*

*Blanca fue tu dolorida
noble frente de amarguras,
blancas fueron tus venturas,
blanca tu humanidad florida.*

*Tu corazón que blanco era
fue nido de primavera
y rosa de sentimiento*

*toda blanca de cariño,
y blanco tu pensamiento
como sonrisa de niño.*

En vida publicó dos libros: **Coplas de la vereda**⁴ y **El último combate**.⁵ Póstumamente apareció **Cantos de la sierra**.⁶ Dejó un libro inédito —**El páramo de los petreles**— que se perdió. Además, hay muchos poemas inéditos suyos y otros publicados en revistas, antologías y periódicos.

2. Sus libros

Coplas de la vereda. Generalmente todo primer libro es muestrario del aprendizaje del autor, sobre todo si éste es joven. José P. H. Hernández publica el suyo cuando tiene ya 27 años; de manera, pues, que tuvo oportunidad de dejar fuera los poemas que indudablemente le sirvieron de vehículo de aprendizaje. Eso se observa en **Coplas de la vereda**, libro de bastantes méritos para ser primerizo. Según su prologuista Pedro Sierra (Luis Dalta), *sus estrofas son claras, diáfanas, como los viejos romances, y hay en ellas una dulzura muy suya, una absorción de su alma pánica*.⁷ **Coplas de la vereda** es un “libro de pasión sencilla y honda”.⁸ Efectivamente: el primer poemario de José P. H. Hernández tiene ya lo que ha de caracterizar toda su obra poética posterior: fina sencillez lírica. La mayor parte de los poemas está saturada de una encantadora melancolía becqueriana. De vez en cuando, por ejemplo, en *Sé ave... sé lirio* se observa la influencia de Rubén Darío. Pero no hay duda de que la personalidad del poeta domina en todo momento.

El último combate. Ya estaba el poeta entre la vida y la muerte, cuando su entrañable amigo, el Padre Juan Rivera Viera (Juan Vicente Rafael), coleccionó los versos de **El último combate**

con el cristiano propósito de ayudar al enfermo. El libro contiene muchos de los más celebrados poemas de José P. H. Hernández. Bien pudiera llevar el título de *Agonía* en el sentido unamunescos, porque **El último combate** es, de los libros publicados, la trágica culminación de una vida de lucha constante con la muerte. Ciertamente se rinde a lo inevitable; pero conserva la dignidad del combatiente que no puede tildarse de cobarde.

En el prólogo, Juan Vicente Rafael hace un llamamiento emocionado para que se compre el libro "de un poeta en desgracia".⁹ Calurosa justicia hace el prologuista al poeta, de quien dice que es *un sonoro, un exquisito del oído, un versificador de cuerpo entero*.¹⁰ Con plena confianza en el seguro valor del poemario pide: *Abre el libro, así por donde tú quieras*,¹¹ confiado en que al lector habría de agradarle los versos. El poeta está enfermo. "Enfermo irremediablemente".¹² Esto sucede en 1921. En 1922 muere José P. H. Hernández. Ángel Mergal asegura que *de labios del poeta moribundo, el Padre Rivera recogió muchos de los versos de El último combate*.¹³

El último combate es un canto a lo irremediable:

*¿De qué sirven Cielo y Mundo
en este duelo con la Muerte?*

se pregunta el poeta.¹⁴ Una trágica sencillez es la particularidad esencial de esta colección de versos, aunque por momentos aparezcan estrofas retorcidas como las de *Rocas negras*.¹⁵

El último combate contiene 25 poemas, la mayor parte de los cuales está escrita en eneasílabos, porque José P. H. Hernández *maneja el eneasílabo con tanta facilidad y finura, como estorbos y dificultades hallan otros en el desempleo del cotidiano endecasílabo*, de acuerdo con las palabras de Juan Vicente Rafael.¹⁶

Cantos de la sierra. En 1925 la empresa *Puerto Rico Ilustrado* hace una selección de los versos de Peache —unos anteriormente publicados en antologías y revistas y otros en los dos primeros libros—, y publica los **Cantos de la sierra**. Esta vez es Carlos N. Carreras quien se encarga del prólogo. En él pone de manifiesto Carreras el dolor de un poeta que pasó "aguardando la hora en que la Presentida llegara".¹⁷ Y agrega: *...la obra de José P. H. Hernández está tan ligada a su*

*modo de ser, que en ella fluye su espíritu como la luz de un cirio en el casto perfume de incienso.*¹⁸ Coincidiendo con el Padre Rivera, afirma que la obra del poeta no necesita de un guía sentimental que apunte dónde se halla la belleza.¹⁹ Se pregunta: *¿Qué no hubiera sido capaz de escribir Peache si no hubiese muerto tan joven?*²⁰

Cantos de la sierra se distribuyó gratis a los suscriptores de *Puerto Rico Ilustrado* y llegó a las escuelas debido a la generosidad de la empresa editorial. Es el más leído de sus libros.

El páramo de los petreles. Las tres obras ya mencionadas se publicaron sin mayor responsabilidad de orden y composición. Según escribe Ángel Mergal, **El páramo de los petreles** fue la primer obra de Peache *terminada sin prisas y con todo el esmero y disciplina que el arte requiere.*²¹ En el ya citado número de *Alma Latina*, Manuel Siaca Rivera da por perdido **El páramo de los petreles**. Igualmente lo da por perdido Carlos N. Carreras en el prólogo de **Cantos de la sierra** cuando dice:

¿Qué destino habrá corrido aquel otro libro inédito de Hernández, **El páramo de los petreles**, que alguien se llevó para editarlo? Era un libro definitivo, del cual tenía él entera satisfacción de su obra.²²

Ángel Mergal revela en su trabajo de *Alma Latina* que fue el poeta español Francisco Villaespesa “quien se llevó el libro para publicarlo”. Asegura que ya está perdido.

Manuel Siaca Rivera sugiere que *Liminar* fue escrito para introducir **El páramo de los petreles**.²³

LIMINAR

*Un libro florido que tiene
un trino y un rasgo de sol,
y un largo lamento que viene
de lejos en un caracol.
Un libro de alma y de ensueño
de música y sombras de luz;*

*un libro que mana beleño
de polvo y olvido y saúz.
Un libro de alondra y mochuelo;
un libro de roble y ciprés
y tierras y mareas y cielo,
en coro, llorando al través.*

Evidentemente, **El páramo de los petreles** era un símbolo de la propia vida del poeta —la poesía de Peache ofrece un constante autoanálisis. Véanse estos versos, que debieron ser incluidos en esa obra:

*Ni siquiera una hoja verde en este recinto.
Ni siquiera una flor. Ni aún una hoja seca.
Ni siquiera una gota de alfójar cristalino.
¡Oh! ¡Cómo sufrirán de sed aquí las piedras!*

*¡Oh, piedras grises, piedras abrasadas...! ¡Quién sabe
si he encontrado al hallaros esta dulce esperanza
de contemplar un día todo lo que he llorado!
¡Quién sabe si vosotras habéis sido mis lágrimas!*

Obsérvese en estos alejandrinos un poco duros el relleno del ¡Oh!, recurso frecuente entre los románticos. Pero ya estudiaremos más detenidamente ese aspecto de la poesía de Peache.

3. Técnica y estilo

En **Coplas de la vereda**, José P. H. Hernández tiene aún preferencia por el endecasílabo. También aparecen el alejandrino, el eneasílabo y el dodecasílabo. El poeta no está seguro de la técnica modernista.

Sin embargo, en **El último combate** es el eneasílabo —el metro de difícil ejecución que Darío hizo famoso en su **Canción de otoño en primavera**— el que sobresale. Más de la mitad de los poemas del libro está escrito en este metro. En realidad, es admirable la manera como él lo maneja. Usa también, con frecuencia, el octosílabo.

Después de su primera obra, se impone en José P. H. Hernández

la métrica característicamente modernista.

Como ya se dijo, el modo poético de José P. H. Hernández en *Coplas de la vereda* es becqueriano. Los versos están saturados de melancólica música, más de fondo que de forma. Así, en *Como esta tarde de lluvia y sol* (p. 37) dice:

*Esta tarde lluviosa,
llena a la vez de sol,
se parece a tus ojos, lágrima y luz.*

*Tu corazón
es también como ella.
Y así también es tu amor.*

*Tú eres así...
Tú no eres como yo...
Cuando estoy triste soy una lágrima;
y, cuando alegre, soy un fulgor...
Y tú, fulgor y lágrima a un tiempo mismo,
como esta tarde de lluvia y sol.*

En *Y sigue tu camino* (p. 61),

*Y él los contempla. Pero no responde.
Y sigue su camino... Y se sepulta
de nuevo en su silencio grave, insonde...
Y sigue su camino... Y no halla dónde
derramar una lágrima que oculta.*

Nótese en los versos que siguen, la gran semejanza con los hexasílabos de Bécquer: *Dios mío, qué solos se quedan los muertos*:

SOLAMENTE ÉL

*Al niño se lo llevaron
ayer en una cajita,
vestida de blanco toda,
cubierta toda de lilas...*

*Todos lloraban al niño,
 al niño que, entre sonrisas,
 siempre jugaba, jugaba,
 siempre corría, corría...
 Al niño se lo llevaron
 ayer en una cajita...
 Al niño de áureos cabellos,
 y de rosadas mejillas,
 y de cristalina charla
 y de traviesas manitas...
 Todos lloraban al niño
 al ponerlo en su cajita,
 porque se iba para siempre,
 con sus juegos, y sus risas,
 y sus mejillas rosadas,
 y su rubia cabecita...
 Todos lloraban; todos...
 Solamente él sonreía...*

Ese poeta en tono menor que está presente en **Coplas de la vereda** es el mismo de los poemas posteriores, aun cuando la insinuación de Bécquer no es tan discernible. Hay más profundidad en **El último combate**, **Cantos de la sierra** y sus otros versos. Hay más originalidad. El poeta está consciente de su tragedia. Su dolor aparece constantemente proyectado en la naturaleza. La suave melancolía de **Coplas de la vereda** es ya desolación en **El último combate**. Basta mencionar los poemas *El último combate* (p. 7), *Mañana de primavera* (p. 17), *Eloí, Eloí...* (p. 26), *Hoy* (p. 31), *Ella vendrá* (p. 34), *Rojo hilo*. Hay retorcimiento en *Rocas negras* (p. 29):

*Rocas negras donde el viento
 silba misteriosas claves.
 Cereipos, ceibas y jobos
 y un manicomio de aves.*

*Cielo verde:
 porque el cielo
 es verde, si el basilisco*

*de mi esperanza lo muerde
con su ojo sordo y bizco.*

*Río pedregoso y claro
y la sombra de un bambú.
Todo me acompaña ahora,
menos tú.*

*Menos tú, que vas muy lejos
mordida en el calcañar.
¡Ay! Cuando quieras tornar
seremos los dos muy viejos.*

*Y muy viejos: estas rocas
menos que polvo han de ser.
Y en medio de nuestras bocas
habrá una inmensa pared.*

*Rocas negras como cuervos.
Ríos, cual lloros acerbos.
Tú, herida en el calcañar,
te vas lejos, lejos, lejos:
¡como el río hacia la mar!*

Es un grito destemplado en un instante de angustia; no es el tono usual, suave, melancólico.

A veces hasta en el uso del hiato, José P. H. Hernández logra eficacia expresiva: *Rojo hilo, rojo hilo...* (p. 9). No hay que olvidar sus conocimientos de música. La aliteración, las sugerencias melódicas a través de la palabra, son recursos que pone en práctica. Obsérvense estos versos de *Esta hora* (p. 36):

*Mejor que la mejorana
y que el llanto del llantén
es su perfume y su llanto;
y su llanto en la quebrada
se quiebra como un cristal
que estuviera hecho de miel.*

.....
*Copla, copla que a mis ojos
 trae el lilio de un idilio.*

Samuel R. Quiñones lo juzga de este modo:

Por ser así de mansas suavidades su poesía. Dábale vida Hernández en versos de diáfanas transparencias, de sencillas facturas, sin jactancias verbales, sin retorcimientos emocionales.²⁴

Y añade Quiñones que Peache no exhibe “ornamentaciones futuristas”, que hay *clara armonía en la forma, expresiva transparencia de pensamiento*.

Ángel Mergal, en el trabajo ya mencionado, afirma que:

Lo aleja del Romanticismo la ausencia de lo erótico y sensual, su moralidad, su amor idílico, casi pastoral, infantil a veces. Está ausente asimismo de su verso el ridículo, el humor, la sátira acre y amarga, aunque se adivine tal vez una sátira resignada.

Y agrega: *Como Verlaine, la música sobre todo: se espesaba musicalmente sin intentarlo*.

Todos los que enjuician su obra en el indicado número de *Alma Latina* –Carmen Alicia Cadilla, Alfredo Collado Martel, Juan Vicente Rafael y Manuel Siaca, además de los ya mencionados, coinciden en esta apreciación. Sin embargo, repetimos, su música era de espíritu.

4. Autoanálisis

Poeta lírico por excelencia, José P. H. Hernández está constantemente autoanalizándose. La inquietante pregunta le asalta una y otra vez:

¿Por qué será, Señor, que nunca llego a acariciar un sueño de los míos?²⁵

Para un hombre como él –apretado entre la muerte y la vida–, la pregunta es una obsesión; es más fuerte que la misma muerte. Para satisfacer sus ansias, pide poco:

*Y tan poco, Señor, lo que te pido:
una esperanza únicamente basta
a saciar esta sed, que yo quisiera
en el cáliz saciar una esperanza.*²⁶

Todos los ímpetus vitales se reconcentran en esa esperanza. El sol le insinúa el retorno a la plena vida, cuando la de él está al margen de la muerte. La fe le infunde ánimos, él la conoce. Quiere fundirse con la Naturaleza para olvidar las miserias:

*Yo quiero en tu regazo vivir eternamente.*²⁷

La esperanza le alienta a sentirse “ebrio de los oros de la inmensidad”²⁸ –ansia de eternidad–. Eternidad que le hace llamamientos:

*Yérquete, corazón, tuyo es el cielo,
La aurora y el ocaso, si en el ala
de un gran gesto te subes atrevido,
si por sobre ti mismo te levantas.*²⁹

Confía en que su vida ha de prolongarse en sus hijos, y muestra, puros, sus sentimientos paternales. Poemas como *Sigue el ancho camino* (p. 39) y *Dame un beso, hijo mío* (p. 51) son ejemplos de esa ansiedad.

Sin embargo, no puede sustraerse el poeta a la tragedia que le rompe la vida. Sufre la peor de las vejeces: la vejez en la juventud:

¿Y POR QUÉ ES, PADRE MÍO...?³⁰

*Y, ¿por qué es, padre mío, que siendo tú mi padre,
tiene mi frente surcos que la tuya no tiene,
y es tu mirada como una aurora que nace
y la mía como incierto crepúsculo que muere?*

*¿Por qué flota en tus hombros
una cual gasa leve
y en los míos una sombra
letárgica se cierne?*

*¿Y en tu suave sendero
miras solo hacia el frente;
y a mí en contar mis pasos
el día me anochece?*

*¿Por qué en tus labios rojos juegan las sonrisas
y en los míos se mueren,
y es tu voz tan robusta
y la mía tan débil?*

*¿Y por qué es, padre mío, que siendo tú mi padre
que pareces mi hijo dice siempre la gente,
y hay en mi frente surcos
que la tuya no tiene...?*

En *Señero voy por el camino*³¹ se analiza íntimamente proyectando su pena en todo lo que le rodea:

*Señero voy por el camino
sin la Mañana, que no existe
en los ortos de mi destino.
Por eso voy señero y triste...*

*Y reina en torno de mi canto
un largo silencio profundo;
y es a modo de un camposanto,
un camposanto inmenso, el mundo.*

En *Ego* (p. 137) dice:

*Voy así hacia la Nada, que es el Todo Infinito:
errantemente solo, sonoramente triste:
hojeando mi breviario, que nada lleva escrito
porque ostenta la clave de Todo lo que existe.*

El persistente autoanálisis de José P. H. Hernández da a sus obras un carácter de íntima autobiografía. Desolación, esperanza, religiosidad, ansias de eternidad, todo se mezcla para producir ese doloroso

documento humano que forman sus libros: porque la virtud esencial de Peache es su sinceridad. Nadie puede esperar que un hombre que ama la vida y se ve seguido de cerca por la muerte sea optimista. Sus versos son amargos, pero llenos de sinceridad.

5. Romanticismo

Herederero lírico de Gustavo Adolfo Bécquer, en el fondo de la poesía de José P. H. Hernández hay el mejor de los romanticismos. La vida del poeta, por lo trágica, se presta a los modos románticos. Su expresión responde a un incansable duelo con la muerte. Afirma Ángel Mergal:

Su independencia de espíritu le acerca también a los románticos, mas no por consciente y menos convencional imitación de escuela, pues no imita. Religioso, amante de la naturaleza, más emocional que cerebral, serio en su arte, como en su vida ingenuo, sincero, su sensibilidad se agudizará para resentirse del mal, gravitará inevitablemente hacia lo arcano, y ha de impresionarnos como romántico, más por fuerza natural de su espíritu, que por militar conscientemente en algún credo artístico. Su vida azarosa, su naturaleza enfermiza, su sensibilidad y su talento, han de hermanarle a los románticos aun en las circunstancias análogas que rodean su vida.³²

Por eso canta:

*... en mi vida peregrina
cada gozo es una espina
y cada lágrima un mar.*³³

Elementos de su romanticismo espontáneo son su amor al misterio, su delicado erotismo, su proyección espiritual en la naturaleza, su persistente autoanálisis, su perenne obsesión de muerte; todo expresado con humana sinceridad. Estaba plenamente avisado de las palabras de Rubén: "¿Quién que es no es romántico?"

Nunca tuvo elocuencia oratoria; más bien habló siempre en voz baja. Su poesía es suave y lírica como un nocturno o una balada de

Chopin. Igual que Bécquer, frecuentemente utiliza el octosílabo y el pie quebrado. Más que Bécquer, nos ofrece unos musicales enea-sílabos, versos en que expresa sus más sentidas angustias. En enea-sílabos están escritos estos notables poemas: *El último combate*,³⁴ *Balada del crepúsculo*,³⁵ *Casita blanca*,³⁶ *Hoy*³⁷ y *Ya*.³⁸

6. Sus madrigales

Aunque parezca una paradoja, el madrigal, por lo mismo que es sencillo, ofrece grandes dificultades al poeta. No abundan los poetas que logran ejecutar con efectividad esta clase de composición. Casi toda la fama de Gutiérrez de Cetina radica en su madrigal a unos *Ojos claros, serenos*.

José P. H. Hernández nos dejó, no solo uno, sino varios buenos madrigales. El más conocido de ellos —*A unos ojos astrales*³⁹— se ha celebrado mucho:

A UNOS OJOS ASTRALES

*Si Dios un día
cegara toda fuente de luz,
el universo se alumbraría
con esos ojos que tienes tú.
Pero si —lleno de agrios enojos
por tal blasfemia— tus lindos ojos
Dios te arrancase,
para que el mundo con la alborada
de tus pupilas no se alumbrase:
aunque quisiera, Dios no podría
tender la Noche sobre la Nada...
¡porque aún el mundo se alumbraría
con el recuerdo de tu mirada!*

Un gran acierto poético resulta de esta combinación de decasílabos y pentasílabos, con su musicalidad y su bella imagen. El acento obligado en la cuarta sílaba, el metro modernista, la continuidad de la idea y la

admirable disposición de las palabras hacen de este madrigal una pequeña obra de arte.

También bellos son los siguientes madrigales:

PARA TU MANO DE ROSA⁴⁰

*Y la rosa más blanca y más hermosa
del jardín, a tus manos acercaste
y su tersura y suavidad rozaste
con la seda fugaz y vaporosa
de tu pálida mano... Mas la rosa
tan roja y tan enferma se ha quedado,
que suponen las náyades y ondinas
que la causa de la envidia que le has dado
le desgarran el alma las espinas...
(Aún en tu mano transparente miro
la cicatriz que te dejó su huella:
tan suave como el beso de una estrella,
tan leve como el roce de un suspiro.)*

A UNOS OJOS PENSATIVOS Y DOLOROSOS⁴¹

*Ojos tristes y bellos,
lánguidos ojos de mirada mansa.
Yo he contemplado en ellos
la soledad de un páramo remoto
nimbado por un iris de bonanza
bajo un azul ignoto.
Ojos dulces y buenos
que en vez de contemplar yo los aspiro,
como botes de ungüento derramado...
¡Ojos que sois dos tristes nazarenos
con la cruz de un suspiro
de todo aquel mortal que os ha mirado!*

EN EL JARDÍN⁴²

*Se engalanó el jardín con los primores
de su incesante acopio,
y tu planta de céfiro y de opio
puso a soñar el alma de las flores.
Y el jardín engarzó en sus maravillas
las esmeraldas de tus ojos bellos,
y eran de oro las mariposillas
bajo el sol auroral de tus cabellos.
Substanciación de luz y amor y arte,
marchabas tan hermosa,
que un ruiseñor lloró junto a una rosa
por no tener más trinos que brindarte.*

¿DE DÓNDE?⁴³

*¿De dónde tú surgiste, primorosa?
¿Eres acaso el alma de una rosa
fingiendo una mujer graciosa y bella,
o eres una estrella de fulgor risueño
que para acariciar algún ensueño
prefieres ser mujer a ser estrella?*

7. Naturaleza y religión

José P. H. Hernández proyecta su sentir sobre la naturaleza; no se detiene ante ella en actitud estática. No creemos, como dice Ángel Mergal,⁴⁴ que Peache sea simplemente “un acuarelista de nuestro paisaje”. La naturaleza aparece vista a través de las reacciones subjetivas del poeta. Es decir, el poeta no pinta por pintar; la naturaleza en él no es meramente decorativa. Triste es la mañana porque el poeta nada espera;⁴⁵ la alilaila es “pordiosera del amor”;⁴⁶ la brisa “se echa a llorar, trémula de suspiros”;⁴⁷ la roca se le figura pensativa;⁴⁸ las

plantas mendigan caricias de mujer;⁴⁹ las tardes de mayo se mueren de frío,⁵⁰ etc. Podríamos presentar muchos ejemplos. La naturaleza, para él, es un estado de alma.

Apenas aparece algún sentimiento puramente panteísta, porque José P. H. Hernández expresa un concepto religioso rectamente cristiano; rectamente bíblico. Era él estudiante devoto de la Biblia. Eso lo confirma Ángel Mergal en su ensayo de *Alma Latina: Es la Biblia el libro más leído, más meditado y más citado, la principal fuente castalia del espíritu puro y dulcemente evangélico de Peache*. Y es la suya una devoción de hombre humilde. Por eso le canta al perro abandonado y escribe los bellos eneasílabos de *Evangélica*.⁵¹

*Ruégale tregua a cada instante,
que puede que cansancio haya
y necesite reposar
quien te flagela las espaldas.*

El mismo motivo se halla en *Hala, buey*,⁵² *¡Oh, gallo!*,⁵³ *Eloí, Eloí*,⁵⁴ etc. En todos sus libros hay constantes alusiones a incidentes bíblicos. Su *Elegía mística*,⁵⁵ uno de sus más extensos poemas, está inspirado en el San Lucas del Libro Sagrado. Su propio dolor se ve reflejado en el dolor de Cristo. Lo mismo sucede en los sonetos,⁵⁶ *Inri, Jesús en el huerto, Job y Ladrón*.

Para un espíritu atormentado como el de José P. H. Hernández la religión era refugio de consolación. Buscaba solidaridad en la naturaleza; paz en la religión.

Además, siente él la perenne atracción del misterio. Otra actitud no podía esperarse de quien vivió en sombras de muerte. Ello se observa en poemas como *Balada del crepúsculo*,⁵⁷ *Silencio*,⁵⁸ *Así... que será remota nuestra vida*,⁵⁹ etc.

8. Peache y su duelo con la muerte

José P. H. Hernández sufrió dos agonías; una física y otra espiritual. Su angustia resultaba mayor, frente a la ansiedad de vivir. Quería conseguir paz por medio de una cristiana resignación; sin embargo, muchas veces desesperaba. Su conflicto agónico es la nota

más particular de sus versos.

Nació enfermizo; vivió pobre; agravóse irremediablemente en plena juventud. Nos cuenta Ángel Mergal:⁶⁰

Su enfermedad prolongase por un año. Fue en el Hospital Municipal de Santurce donde se diagnosticó la enfermedad de Peache; pasó luego quince días en el Sanatorio Insular y de allí su esposa le llevó de nuevo a Río Grande.

Sus amigos organizaron veladas en su beneficio y publicóse por el Padre Rivera *El último combate*. El producto de ese libro sirvió para sufragar los gastos de su enfermedad y de su entierro.

Sus amigos turnáronse a su lado. El poeta, resignado a su muerte, evitaba dar la mano, y cuando era Balseiro o alguien a quien no podía negarle, lo hacía lavarse en su presencia con una solución de sublimado que tenía preparada para el caso. Su enfermedad fue cruel. Tal era su dolor que sólo por las frecuentes inyecciones de morfina podía calmarse algo.

De labios del poeta moribundo, el Padre Rivera recogió muchos de los versos de *El último combate*. Al publicarse el libro, fueron muchos los que escribieron al poeta, tocados en lo hondo por la franca emoción de aquel espíritu resignado a veces, dulcemente melancólico luego, o rebelde y desesperado a momentos.

Y una noche de abril marchóse el poeta con su carga de poemas y dolores. Fue el dos de abril de 1922, a las once y treinta.

Los mejores y más dolorosos poemas de Peache fueron escritos cuando ya estaba él enterado de lo irremediable. Había entrado en

EL SENDERO DE LAS SOMBRAS⁶¹

*En este invierno largo y frío
no habrá calor para mi hogar
y está mi cuévano vacío
y está ya exhausto mi lagar.*

*En este invierno frío y largo
para mi hogar no habrá calor;
pero queda un licor amargo:
¡La pócima de mi dolor!*

*¿Qué restará, Dios mío, cuando
la apure toda hasta la hez
y el alma se quede esperando
a la ribera del Después?*

SEÑERO VOY POR EL CAMINO⁶²

*Y reina en torno de mi canto
un largo silencio profundo;*

*y es a modo de un camposanto,
un camposanto inmenso, el mundo.*

La muerte le hace señales:

ROJO HILO⁶³

*Rojo hilo, rojo hilo,
¿por qué a mis ojos te muestras?
Guárdate oculto, bien hondo,
sin que mis ojos te vean.*

*¿Por qué vienes cuando alegre
el alma mía se encuentra?
¿Por qué vienes a avisarme
que el día ése está cerca?*

*¿Por qué vienes, rojo hilo,
cuando el alma mía se encuentra
saciando un triste mendrugo
de alegría pasajera?*

*Si ya yo sé que Ella viene,
pues que la veo bien cerca:
rojo hilo, rojo hilo,
¿Por qué a mis ojos te muestras?*

*Rojo hilo, rojo hilo,
¿por qué haces que humedezcan
mis pupilas, cuando brotas
riendo entre mi tos seca?*

*¡Ay, no vuelvas a avisarme
que detrás de mí está Ella!
Déjala que me acaricie
y luego a traición me hiera.*

*Rojo hilo, rojo hilo,
dile que ahora no venga.
¡Tengo tanto que dejar
abandonado en la tierra!*

Entonces la vida se le presenta “madura de gusanos” y

*Voy así hacia la Nada, que es el Todo Infinito:
errantemente solo, sonoramente triste:
porque ostenta la clave de todo lo que existe,
hojeando mi breviario, que nada lleva escrito.*⁶⁴

Desespera, y clama como en el San Marcos bíblico:

*Señor, ¿por qué no vienes?
Estoy enfermo y triste.
¿Es ya mi voz tan débil
que acaso no la oíste?*⁶⁵

Siente que todos huyen de su lado, ahora que está enfermo.⁶⁶ No sabe si sentirse triste o alegre ante la posibilidad de la muerte.⁶⁷ Con “llagas por escudo”,⁶⁸ se enfrenta a lo inevitable. Sintiéndose vencido, da paso al más desolado de los pesimismos:

YA⁶⁹

*Ya no apetezco más cariño
que el de mis hijos y mis versos;
no ansío otro oro que no sea*

el oro intáctil de mis sueños;

*ya no apetezco otra existencia
que el ideal de mis recuerdos;
ni otra verdad, sino aquella
que abierta está en el cementerio.*

*Ya no apetezco otra esperanza
que las que un día florecieron
y polvos fueron en un día;
y otra esperanza no apetezco
sino es aquella flor de barro
que abierta está en el cementerio.*

*Yo no apetezco ya otro lauro
si no es el sauce soñoliento;
ni dar mi carne en otra caricia,
a otra caricia y otro beso,
que a las voraces del gusano
y a los inmundos del estiércol.*

*Ya no apetezco otro incensario
que glorifique mis anhelos,
sino el turífero de arcilla
que abierto está en el cementerio.*

*Ya no pido nada, nada:
pues nada alcancé, nada quiero;
ni siquiera la paz yo pido:
robadme, si queréis, mis versos;
y que se hunda para siempre
el tibio sol de mis recuerdos.*

*¡Ni siquiera la paz yo pido!
En la quietud del cementerio
ni siquiera un rincón aguardo
donde dormir mi último sueño.*

En esos eneasílabos está condensado todo el dolor de sus momentos más desolados. Sin embargo, acaba por rendirse a la resignación: presente la eternidad.⁷⁰ En manos de la mujer amada deja la “última flor de sus ilusiones”.⁷¹ Sus sentimientos religiosos le dan fuerzas para sobrellevar su cruz y se identifica con el sufrir de Cristo:

EVANGÉLICA⁷²

*Dobla tu lomo, dulcemente,
y, si vertieres una lágrima,
no olvides que acaso haya sed
quien te flagela las espaldas.*

*Si sandalia llevares puesta,
descalza al punto tu sandalia;
no dejes que sangren los pies
de quien flagela tus espaldas.*

*Ruégale tregua a cada instante,
que puede que cansancio haya
y necesite reposar,
quien flagela tus espaldas.*

*Y cuando el día haya pasado,
para su sien será almohada
y ungirán con tu dedo el párpado
de quien flagela tus espaldas.*

*Y dobla el lomo dulcemente,
y guarda profundo tus lágrimas,
no sea que lllore por no hacerlas
quien te flagela las espaldas.*

*Que sea tu mano la que lleve
el pan a su boca y el agua,
porque atareada está la mano
de quien flagela tus espaldas.*

*Y dobla el lomo dulcemente
que el vado se acerca a tus plantas
y sobre el lomo pasarás
a quien flagela tus espaldas.*

*Sé madre en su negra orfandad;
lazarillo en su torpe marcha.
¿No ves que le estorbas el paso
a quien flagela tus espaldas?*

Sus aspiraciones no se cumplen. Cuerpo y espíritu padecen con igual intensidad. Su cuerpo caído responde afirmativamente a la pregunta de Bécquer: "¿Vuelve el polvo al polvo?" Sin embargo, con nosotros queda el gran lírico. Ha sido el vencedor en su duelo con la muerte.

9. Ubicación modernista

José P. H. Hernández dejó varios poemas francamente rubenianos, entre ellos *Dame besos*, *Moraima*,⁷³ *Mañana estival*,⁷⁴ *Sé ave... sé lirio*,⁷⁵ *Nacarab*,⁷⁶ *Pobre luna*,⁷⁷ etc. Además, como se dijo en un principio, utilizó preferentemente la métrica modernista. A despecho de su Romanticismo, cae dentro del espíritu innovador que empezó a cobrar bríos en 1911.

NOTAS:

1. Cita que recoge Ángel Mergal en su trabajo *Intento crítico-biográfico de Peache*, en *Alma Latina*. Primera quincena de mayo de 1936.
2. Carmen Alicia Cadilla, *Peache*, en *Alma Latina*. Primera quincena de mayo de 1936.
3. Esta información es tomada del ya citado trabajo de Ángel Mergal.
4. José P. H. Hernández, *Coplas de la vereda*. San Juan, P. R. Standard Printing Works, 1919.

5. José P. H. Hernández, *El último combate*. San Juan, P. R. Editorial *La Democracia*, Inc., 1921.
6. José P. H. Hernández, *Cantos de la sierra*. San Juan, P. R. Editorial *Puerto Rico Ilustrado*, 1925.
7. Luis Dalta. Prólogo a *Coplas de la vereda*, p. 5.
8. *Ibid.*, p. 6.
9. Juan Vicente Rafael. Prólogo de *El último combate*, p. 3.
10. *Ibid.*, p. 4.
11. *Ibid.*, p. 3.
12. *Ibid.*, p. 4.
13. Ángel Mergal, *Intento crítico-biográfico de Peache*, en *Alma Latina*. Primera quincena de mayo de 1936.
14. José P. H. Hernández, *El último combate*, p. 7.
15. *Ibid.*, p. 29.
16. Juan Vicente Rafael. Prólogo de *El último combate*, p. 4.
17. Carlos N. Carreras. Prólogo de *Cantos de la sierra*, p. I.
18. *Ibid.*, p. II.
19. *Ibid.*, p. II.
20. *Ibid.*, p. III.
21. Ángel Mergal, *Intento crítico-biográfico de Peache*.
22. Carlos N. Carreras. Prólogo de *Cantos de la sierra*, p. III.
23. En el ya mencionado artículo de *Alma Latina*.
24. Quiñones, Samuel R., *Sobre P. H. Hernández*, en *Alma Latina*. San Juan de Puerto Rico, mayo de 1936, p. 6.
25. José P. H. Hernández, *Una esperanza únicamente*, en *Coplas de la vereda*, p. 15.

26. *Ibid.*, p. 15.
27. José P. H. Hernández, *Madre naturaleza*, en *Alma Latina*. Primera quincena de mayo de 1936.
28. *Ibid.*
29. José P. H. Hernández, *Cantos de la sierra*, p. 55.
30. José P. H. Hernández, *¿Y por qué es, padre mío...?*, en *Coplas de la vereda*, p. 17.
31. José P. H. Hernández, *Señero voy por el camino*, en *Cantos de la sierra*, p. 133.
32. Ángel Mergal, *Intento crítico-biográfico de Peache*, en el ya citado número de *Alma Latina*.
34. José P. H. Hernández, *El último combate*, p. 7.
35. *Ibid.*, p. 12.
36. *Ibid.*, p. 23.
37. *Ibid.*, p. 31.
38. *Ibid.*, p. 40.
39. José P. H. Hernández, *Cantos de la sierra*, p. 85.
40. José P. H. Hernández, en el ya citado número de *Alma Latina*.
41. *Ibid.*
42. *Ibid.*
43. *Ibid.*
44. Ángel Mergal, *Intento crítico-biográfico de Peache*.
45. José P. H. Hernández, *Mañana de primavera*, en *Cantos de la sierra*, p. 7.
46. *Cantos de la sierra*, p. 19.
47. *Ibid.*, p. 31.
48. *Ibid.*, p. 33.

49. *Ibid.*, p. 54.
50. *Ibid.*, p. 119.
51. José P. H. Hernández, *Evangélica*, en *El último combate*, p. 18.
52. José P. H. Hernández, *Coplas de la vereda*, p. 73.
53. José P. H. Hernández, *Cantos de la sierra*, p. 69.
54. *Ibid.*, p. 139.
55. Incluido en el número de *Alma Latina* de la primera quincena de mayo de 1936.
56. *Ibid.*
57. José P. H. Hernández, *Cantos de la sierra*, p. 9.
58. *Ibid.*, p. 17.
59. *Ibid.*, p. 55.
60. Véase el mencionado ensayo de *Alma Latina*.
61. José P. H. Hernández, *Cantos de la sierra*, p. 131.
62. José P. H. Hernández, *Cantos de la sierra*, p. 134.
63. *Ibid.*, p. 135.
64. *Ibid.*, p. 137.
65. *Ibid.*, p. 141.
66. *Ibid.*, p. 141.
67. *Ibid.*, p. 143.
68. *El último combate*, p. 7.
69. *Ibid.*, p. 40.
70. *Cantos de la sierra*, p. 156.
71. *Ibid.*, p. 159.

72. *Ibid.*, p. 161.

73. *Coplas de la vereda*, p. 27.

74. *Ibid.*, p. 31.

75. *Ibid.*, p. 35.

76. *El último combate*, p. 33.

77. *Ibid.*, p. 39.

JOSÉ P. H. HERNÁNDEZ

1892-1922

Carlos N. Carreras

Entre los poetas jóvenes que proclamaban en Puerto Rico la modalidad modernista de la poesía, allá por el tercer lustro de este siglo, se distinguía con vigorosos trazos la personalidad artística de José P. H. Hernández.

A temprana edad, la crítica consagra a este poeta como uno de los jóvenes maestros de la lírica, al publicar su primer libro con el título de *Coplas de la vereda*. Es éste un sencillo volumen, delgado de páginas, en el que el poeta muestra su visión de la naturaleza de las cosas, sin plegarse del todo a las normas estéticas de la escuela *modernista* que prevalece entonces y sin apegarse demasiado a los antiguos moldes clásicos. Es decir, Hernández penetra en las fronteras del modernismo pero mantiene su independencia. No se aferra a escuela alguna. Su obra nos presenta un verso limpio, ajeno a influencias extrañas, tocado de pura sencillez aunque con hondura de pensamiento. En la forma de su verso, la palabra sencilla se remoja por la armonía en el colorido y por su sentido ideológico.

Es José P. H. Hernández el más puro representativo de los poetas jóvenes de su generación. Pudo sustraerse —quizás sin proponérselo— a la influencia de los grandes poetas que leía. Fue hábil abeja que libó en flores ajenas y supo hacer su propia miel. Su cultura era amplia. Tenía conciencia plena del verso en cuanto a la retórica y a la estética. Conocía varios idiomas, inclusive el griego. Este último lo aprende con el presbítero poeta Juan Rivera Viera, quien firmaba sus escritos con el pseudónimo de Juan Vicente Rafael. El Padre Rivera profesaba a Hernández una gran admiración y sentía por él cariño paternal.

No le son desconocidos a Hernández los poetas y prosistas helénicos, desde Homero hasta Clímaco y Teócrito. Lee en francés a los

grandes poetas del simbolismo, Jules Laforgue, Albert Samain y Stephan Mallarmée. La lectura de estos poetas le satura de la esencia del movimiento literario precursor del modernismo, que inicia en nuestra América Rubén Darío, y que a su vez tiene precursores en José Asunción Silva, Gutiérrez Nájera y Julián de Casal.

Fue Hernández un apasionado buceador y un atildado conocedor de cuanta literatura afín pudiera satisfacer la infatigable ansiedad lírica de su espíritu. *Hernández —escribí hace mucho tiempo— ha sido el poeta más poeta de mi generación que ha dado Puerto Rico en los últimos años.* Más tarde, Francisco Matos Paoli, en un estudio en el que abundan atinados conceptos de apreciación crítica sobre la obra de este poeta, dice: *José P. H. Hernández, juntamente con Gautier Benítez, representa tal vez la cima más lograda de toda nuestra poesía.*

Para conocer mejor a Hernández, vamos a presentar su retrato en síntesis. Del prólogo de uno de sus libros, *Cantos de la sierra*, escrito por el que estas líneas traza, en 1925, extractamos el boceto:

Lo evoco a través del muro que nos separa, y lo veo: alto y pálido, con aquella frente ancha y los cabellos revueltos, negros y suaves; los ojos oscuros y extasiados en profunda mirada; franco en sus maneras, pulcro y sincero, con una amable y eterna sonrisa en sus labios. Aquella hermosa cabeza enmarañada en abundantes cabellos, parecía el nido del pájaro azul de la Poesía y no mentía su talento.

La infancia de José P. H. Hernández no es única. Se parece a la de todos esos niños tan pobres, que al venir al mundo carecen hasta de pañales en su cuna. Del matrimonio de José y Ricarda Hernández —ambos naturales de Isabela, y por coincidencia, del mismo apellido, aunque no les liga parentesco alguno— nace en Hatillo, el 22 de mayo de 1892, el niño que en la pila bautismal recibe el nombre de José Polonio Hernández y Hernández.

La madre, Ricarda, es una buena mujer, devota en sus costumbres religiosas y entregada a los quehaceres de su hogar. El padre, José, hombre honrado, algo apocado de espíritu para las luchas de la vida. Trabaja de sobrestante de la compañía del Ferrocarril cuando ésta necesita de sus servicios. En muchas ocasiones, le falta el trabajo y el hogar atraviesa difíciles crisis económicas.

Es en el pintoresco paraje de Hatillo –mitad mar y mitad cielo pincelado de palmeras– donde se desarrolla la infancia del poeta, jugando con otros chicos de la vecindad tan pobres como él. La atmósfera de pobreza en que crece, agudiza su sensibilidad y le da resistencia a su espíritu. Sus padres se desvelan por la instrucción del niño. A los siete años, lo inscriben en la escuela pública.

Desde que ingresa en las clases, por el año 1899, comienza el pequeño Hernández a diferenciarse de sus demás condiscípulos. Llama la atención de los maestros por dos condiciones excepcionales: La agilidad con que capta las explicaciones del maestro y la nítida presencia personal, testimonio del sacrificio de una madre que se afana en tener siempre bien lavada y planchada la escasa ropa del chico, para que éste aparezca siempre decente, y también, del temprano sentido de responsabilidad del niño. Así transcurren los años de su instrucción elemental. Día hay en que su alimentación, si no le falta totalmente, es escasa y poco nutritiva. Pero resiste.

Todos los sábados va a la playa temprano. Se lanza al mar y cubre enormes distancias, alejándose mar adentro hasta hacerse imperceptible. Permanece más de seis horas en el agua, sin pisar tierra. Regresa muy tarde de su excursión por la playa, ante el asombro de los vecinos y la angustia del padre que lo aguarda.

Un día, toca a la puerta del hogar humilde una misionera protestante. Después de la entrevista, que ésta sostuvo con doña Ricarda, el niño empieza a frecuentar la Iglesia Metodista. En la Biblia que el pastor explica los días de culto, José halla la fe en los conmovedores capítulos de Job. Su conciencia se va formando en esos principios religiosos, que más tarde se reflejan en la producción de los más bellos poemas místicos que se han escrito en Puerto Rico.

Aunque la situación de su hogar no ha mejorado en lo más mínimo, el chico va desarrollando una personalidad atrayente y sugestiva. Tiene unos ojos grandes y lindos, que miran con impresionante melancolía.

Las amistades lo invitan a su mesa. Las familias caritativas de sus condiscípulos tratan de ayudarlo sin que él se aperciba de ello. Don Antonio David le brinda albergue en su hogar durante un año, en el cual cursó el séptimo grado. También lo inicia en la música, poniéndolo a estudiar solfeo con el profesor Manuel A. Lacomba.

En 1906, Hernández tiene catorce años, y está en vísperas de terminar la instrucción primaria. Sus condiciones de vida han cambiado

favorablemente. El muchacho va realizando sus estudios de manera halagüeña. Se destaca por su imaginación brillante y por su apasionada devoción al estudio.

En su adolescencia, empiezan a despertar sus inquietudes literarias en las ocasiones en que conversa con él acerca de arte, su tío Pedro Pablo Vargas, un bohemio incorregible, que escribe muy buenos versos y malgasta su ingenio apurando copas en los cafés. Entre los versos que éste legó a la posteridad, está un memorable soneto *A Colón*, digno de antologías, que el sobrino recita con fervoroso entusiasmo a sus condiscípulos cuando entra a cursar estudios superiores en San Juan.

En el verano de 1906, se abre un nuevo surco para sus ambiciones. La suerte le depara en Liborio Milián, un decidido protector. Hace amistad con él mientras éste se encuentra de visita en Hatillo. Milián es músico de la Banda de la Policía Insular, cuyos instrumentistas son todos competentes profesores de música, bajo la dirección del prestigioso maestro Francisco Verar.

Liborio Milián conviene con los padres del mozo en traerlo a la capital, darle albergue en su propia casa y encargarse, al mismo tiempo, de que el chico termine su instrucción.

En San Juan, la familia Milián lo acoge con afecto. José P. H. Hernández es un nuevo miembro de aquel hogar. Su verdadero mentor va a serlo don Tomás Milián, a quien su hermano Liborio encarga el chico. Don Tomás se dedica a la enseñanza de música y goza de gran prestigio como maestro. Desde ese momento, lo toma como discípulo. En poco tiempo el niño aprende la teoría de la música y sorprende al maestro por su habilidad para vencer las dificultades de la flauta y el bombardino, instrumentos que llega a ejecutar con admirable destreza.

Por el mes de junio de 1907, termina el octavo grado. Realiza sus estudios secundarios en la Escuela Superior Central, situada entonces donde hoy se encuentra la escuela Baldorioty de Castro.

Para que pudiera ayudarse en sus estudios, don Francisco Milián, otro de los hermanos en cuya casa vivía, le consigue una beca del Gobierno, de doce dólares mensuales. Él envía seis dólares a sus padres. También comienza a ganar algún dinero tocando en bailes y en las orquestas de los cines.

José Polonio se gradúa de Escuela Superior, con honores, en 1910. Hace sus estudios en tres años. Anteriormente, había hecho el séptimo y octavo grados en un año.

Es ahora, a la edad de dieciocho años, cuando retorna a su pueblo de Hatillo, para ver a sus padres. Se les presenta graduado con el segundo honor de la clase de Escuela Superior, y hecho todo un músico.

Pocos días permanece al lado de sus padres. Le mueve la inquietud por el estudio. Sus aspiraciones son llegar a ser médico. Y resuelve hacerse farmacéutico, para lo cual regresa nuevamente a San Juan y toma un curso por estudios libres. Ahora vive en casa de su antiguo amigo de Hatillo, Antonio David, en la Calle del Cristo número 43. Los Milián han cambiado su residencia para Comerío.

Hernández alterna sus estudios de farmacia con sus tareas de músico. Para sostenerse, hace frente a la vida con su instrumento predilecto, el bombardino. Toca en el Cine Tres Banderas, de Portell y García, y en ocasiones forma parte de una orquesta de profesionales para tocar en el Teatro Municipal durante las temporadas de compañías de ópera y zarzuela que llegaban al país.

Son estos los días en que se relaciona con los poetas, escritores y periodistas que por entonces destellan en nuestras letras, tales como el ingenioso escritor satírico Joaquín Barreiro, director del semanario ilustrado cómico-satírico *El Carnaval*; Luis Llórens Torres, poeta e historiador, quien funda poco después *La Revista de las Antillas*, que llega a ser una de las mejores publicaciones de nuestra América; Ferdinand R. Cestero, presidente del Ateneo Puertorriqueño; Antonio Nicolás Blanco, Rafael H. Monagas, Sebastián Dalmau y Canet, Rafael Matos Bernier, que dirige el diario *La Democracia*; Luis Samalea Iglesias, quien por esa época se preparaba para examinarse de abogado, el poeta Gustavo Fort y el concienzudo crítico Enrique Lefebre, entre otros.

En este ambiente literario, se estimula su temperamento y se afina su gusto artístico. Siente ya dentro de sí el aleteo del verso que quiere surgir de su alma. Pero contiene los impulsos de su musa. El poeta que hay en él, no se manifestará hasta más tarde. Por lo pronto, continúa sus estudios de farmacia. Lee buenos autores franceses e ingleses. Amplía sus conocimientos del francés, idioma que estudió en la Escuela Superior con el maestro y escritor don Pedro C. Timothée. En ocasiones, repasa el latín y compone música. Escribe tres valsos, una mazurca y una marcha fúnebre. Le apasionan los grandes maestros de la música. Para él, Juan Sebastián Bach, Beethoven y Wagner tienen categoría de semidioses.

Asombra la forma en que Hernández aprovecha el tiempo para dedicarlo al estudio. Sacrifica sus gustos personales para enriquecer sus conocimientos y dar alas a su espíritu. En 1912, concurre a los exámenes para farmacéutico, que tienen lugar en el Ateneo Puertorriqueño. Al poco tiempo recibe de la Junta Examinadora la notificación de haber sido aprobado con notas sobresalientes y obtiene su diploma de químico farmacéutico justamente a los veinte años de edad.

Recién graduado, se le ofrece la ocasión de ejercer su profesión en la Farmacia de José Bou y Galí, establecida en Corozal. Allí rinde sus servicios durante algún tiempo. Al año siguiente, 1913, se establece en sociedad con P. Lorán, en Hatillo, donde abre la Farmacia Hernández. En este año es que inicia su labor poética.

Los primeros versos de José P. H. Hernández aparecen publicados simultáneamente en la revista *El Hogar*, que dirigía la notable educadora doña Rosario Andraca de Timothée y en el *Semanario Gráfico*, del que era director Rodrigo Cervantes. Estas publicaciones se editaban en la Capital. Sus primeros versos, como fruto temprano del trópico, no están exentos de un delicado sentimiento. El soneto titulado *Tus ojos* comienza:

*Son tus ojos dos hojas caldas en la nieve,
dos hojas diminutas de risueño verdor.*

Es fresca y atinada su expresión lírica, pero todavía Hernández no se ha dedicado con pasión a la poesía. Ahora está en plena lucha con la vida, que se le muestra propicia. La Farmacia Hernández pasa a ser de su exclusiva propiedad en menos de un año. El Municipio de Hatillo lo nombra Director Escolar de Música, con miras de que preparara una Banda Escolar.

En 1914, contrae matrimonio en Hatillo con Carmen Sánchez, hija de don Felipe Sánchez Goitía, farmacéutico también y dueño de una botica en el mismo pueblo. De este matrimonio nacen cuatro hijos: Margot, José Adalberto, José Polonio y Olga, de los cuales sobreviven los dos primeros.

En 1916, los negocios de la farmacia no le van bien y los liquida. Ya por entonces, su vocación a la medicina le había impulsado a estudiar cirugía menor. Obtiene el título de practicante previo examen. En ese mismo año, le ofrecen el puesto de regente y cirujano menor

en la farmacia municipal de Río Grande. Acepta y se traslada con la familia para ese pueblo. Al mismo tiempo que atiende las obligaciones de su cargo de manera eficiente, arrienda la Farmacia Coblig pero tampoco habría de lograr fortuna en este negocio. El golpe no le desalienta. Tiene una compañera trabajadora, inteligente y comprensiva que le ayuda a luchar, ejerciendo su profesión de enfermera y que le anima espiritualmente.

De los servicios que presta Hernández al pueblo de Río Grande, da fe un interesante y minucioso estudio de investigación que realiza Ángel Mergal sobre la vida del poeta, del cual extractamos lo siguiente:

En 1918, la epidemia de influenza. El doctor Boneta no está bien de salud, pero Hernández se multiplica. Deja su casa a las seis de la mañana, y si regresa, ha de ser a las doce de la noche. Su alma noble y humilde, su espíritu evangélico, se manifiesta prodigando el bien, aún olvidándose del suyo propio. Una luminosa estela de gratitud, en el recuerdo de aquella generación, habla del sacrificio de su vida.

Pepe —nos ha dicho una anciana de este pueblo— era el paño de lágrimas de todo Río Grande. Él lo sabía hacer todo. Pepe para tocar en la misa; Pepe para tocar en el cine; Pepe para una operación; Pepe para un enfermo que lo llama a media noche. Y siempre complaciente. Nunca exige nada.

Esas virtudes humanas elevan aún más su virtud primordial de artista, cuya conciencia se afirmaba en la trascendencia de la misión social del poeta. Dotado de puros sentimientos cristianos, como hombre modelado por el dolor de la vida, su generosidad no tenía límites. Le era indiferente la grandeza artificial de los potentados. No le preocupaba el goce material que da la riqueza.

Es por esos años, en Río Grande, en medio de las mayores angustias del espíritu y de las más agudas vicisitudes del cuerpo, que se abre y se cierra el ciclo de su intensa producción poética. Estrecha aquí Hernández su amistad con el párroco del pueblo, el poeta Padre Rivera Viera. Ambos espíritus afines se comprenden y sellan su amistad con la sinceridad de sus recíprocos afectos. Con el cura poeta, Hernández practica en conversaciones el latín que había estudiado, y recibe de éste lecciones de griego. Ambos amigos se estimulan mutuamente en su labor poética.

Hernández se ha dado a conocer por sus versos, que publican *El Carnaval, Puerto Rico Ilustrado* y otras revistas de la isla y de América Latina. Sus poesías prenden en el alma de sus lectores. Se comentan en sentido elogioso entre los grupos literarios del país. El afecto que le profesan sus íntimos amigos, le crea entonces un nuevo nombre: "Peache" derivado de la inicial de su segundo nombre, Polonio, y de su apellido, Hernández. El poeta acepta de buen grado ese bautismo y desde entonces firma sus cartas que dirige a sus íntimos con las iniciales P. H., que se popularizan en nuestro mundo de las letras hasta el punto de casi olvidarse su nombre completo.

Es pródiga su labor de poeta durante esos años. Lo raro de su verso reside en la sencillez de su expresión y en la gracia de su forma. Hombre que vive en contacto con la naturaleza, su poesía refleja esa influencia a través de su temperamento. Buen ejemplo nos brinda en este breve poema titulado *Al irse la tarde*:

*Charlando el arroyo sonoramente
debajo del yambo dorado y doliente
derrama sus perlas.*

*La brisa su flauta tremola en las frondas
y hay en el ambiente sensaciones hondas
de olvido, recuerdo y ausencia...*

*Al irse la tarde por las áureas lomas,
tiende sobre el prado su melancolía.
Y sobre las pomas
sin oro y sin brillo,
posa el alma mía
un mirar de ausencia, recuerdo y olvido...*

Dentro del marco del *modernismo* en que se desarrolla su poesía, es que determina Peache su rumbo propio y define su individualidad sin someterse a recias disciplinas. Es en este punto donde se comprende la magnitud de su obra y podemos apreciar su extraordinario talento. No importa que de sus versos trascienda en ocasiones el eco de los temas clásicos, ni que a veces, resalte en ellos el acento lírico del romanticismo. Su poesía, llevada a un minucioso análisis, respon-

derá a una modalidad propia, plena de pureza e individualidad.

Esa misma naturaleza que influye en sus versos, lo impulsa al acento religioso con tal devoción que se despoja a sí mismo del sensualismo que asoma a ratos en algunos de sus sonetos o madrigales, para culminar en poeta místico de primer orden.

En 1919, publica José P. H. Hernández su primer libro de versos, con el título de **Coplas de la vereda**. Contiene 34 poemas, y lo prologa Luis Dalta. Dice el prologuista de Hernández: *Es el poeta más intenso que ha producido el país. Poeta de un misticismo austero, da la sensación de la cicuta de Sócrates y el cáliz de Jesucristo.*

Y en efecto, si se coleccionan sus poemas místicos dispersos en revistas y periódicos, junto con los que del mismo tema pueden entresacarse de sus libros, formarían un volumen de más de 200 páginas, en el cual resplandecería el primero, o quizás el único, de nuestros poetas místicos. Ejemplo magnífico de este aspecto de su obra es su poema *Elegía mística*.

José P. H. Hernández fue laureado varias veces en distintos certámenes literarios celebrados en Puerto Rico. Entre sus poesías premiadas, figuran: *Profética*, el *Canto a la Mujer Puertorriqueña* y el *Canto a la fe*.

En 1920, Peache termina un nuevo libro de versos con el sugestivo título de **El páramo de los petreles**. El poeta supera en esta obra su realización artística. Para él, este libro es su obra definitiva en la poesía. En él asciende su espíritu y evoluciona su pensamiento en la creación estética.

Por aquel entonces, conoce Peache personalmente al gran poeta y dramaturgo español Francisco Villaespesa, autor de **El alcázar de las perlas**, quien se hallaba de visita en Puerto Rico, y pone en sus manos el libro inédito, para que éste le escribiera el prólogo. Villaespesa se interesó por la obra de Hernández y accedió a ello, halagándole con esta frase: *De cuantos prólogos he escrito en mi vida, éste será el que escribiré con mayor gusto.* Y ante la grata impresión que le produce la lectura de **El páramo de los petreles**, le promete también que haría imprimir el libro en Madrid, cuando él regrese a España de su gira por América. Pero la gira de Villaespesa por la América del Sur se prolonga varios años. Enferma en el Brasil, y al poco tiempo de regresar paralítico a España, muere. Jamás se volvió a saber nada del libro de Hernández, hecho más que lamentable, pues el poeta no había dejado

copia de su obra.

Además de **Coplas de la vereda**, de 1919, publica Hernández en el 1921, **El último combate**. Años después, en 1925, la Editorial **Puerto Rico Ilustrado** publica en un volumen **Cantos de la sierra**, con prólogo de Carlos N. Carreras. Obra póstuma que incluye ochenta y cinco poemas, que en su mayor parte se hallaban dispersos en revistas y periódicos, y entre los cuales hay veinticinco poemas inéditos hasta entonces.

Casi todos los poemas comprendidos en el libro **El último combate** los recoge el Padre Rivera al borde del lecho de enfermo de Peache. El poeta está en sus días postreros. Hace un año que se diagnosticó su enfermedad en el Hospital Municipal de Santurce. Padece del mismo mal que consumió la vida de aquel genio melancólico y enfermo que se llamó Federico Chopin. La tisis le destruye los pulmones. Se recluye por quince días en el Sanatorio Insular, pero luego es conducido a su hogar en Río Grande. Su compañera le cuida, devota y resignada. Todas las semanas va a verle desde San Juan el Dr. Eugenio Fernández García, alma generosa de médico y artista. Sus amigos no lo abandonan. Lo visitan con frecuencia.

En estos días preagónicos, el poeta convierte el dolor que le aflige en tema de sus versos. Produce entonces sus mejores poesías, entre ellas, *Evangélica* y *Ruiseñor, dame tu luz*, de las que trasciende una resignación bíblica y *Canto al rojo hilo*, que es el fatal hilo de sangre que viene anunciándole el fin de sus días.

A despecho de la fiebre que lo consume, muere tal como había vivido: en poeta. Escribiendo hasta el momento de exhalar el último aliento. Luchando contra el dolor y cantando el dolor de sus versos. En estos últimos instantes de vida, dispone cómo debían enterrarlo: *Que me entierren —dice— en un cofre de madera; nada de trapos; y que lleve modelado en la madera las insignias de la Poesía.*

Peache, el más poeta de todos los poetas de su generación, muere el 2 de abril de 1922, en Río Grande. En plena primavera, cuando más dulce es el canto de los pájaros y más fragantes aroman las flores.

JOSÉ P. H. HERNÁNDEZ

ANTOLOGÍA MÍSTICA



**REVISTA DE ESTUDIOS GENERALES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RÍO PIEDRAS**

ELEGÍA MÍSTICA

LEMA:

*¡Jerusalén, Jerusalén! que matas los profetas,
y apedreas los que son enviados a ti. ¡Cuántas
veces quise juntar a tus hijos, como la gallina
recoge su nidada debajo de sus alas, y no quisiste!*

San Lucas 13:34.

¡*Señor, te han declarado guerra a muerte!
¡Todos se niegan a crucificarte!*

*El reguero infinito de rubíes
que en el Huerto sudaste,
adornando la sien está de César
y Frinea lo luce en sus collares...*

*¡Señor, te han declarado guerra a muerte!
¡Todos se niegan a crucificarte!*

*¡Has visto a Magdalena!
Miseranda camina por las calles.
Todos le tiran piedras. Sus pupilas
ya no son dos rientes aguamares
sino dos pétreas lágrimas profundas,
fosfóricas de tisis y de hambre.
Su cabello no tiene ya la gracia
del oro vendimial de los trigales,
ni de la onda perfumada y leve
que ríe en el cristal del Tiberiades.
Ya las pálidas rosas de Betania*

*no le acariciarán su mano suave,
 miel montés e ideal pan de azucena,
 manjares de profetas y de ángeles...
 Ha días que la esperas y la esperas
 junto a los pensativos olivares,
 para darle a beber del agua fresca
 de los 5 profundos manantiales
 que fluyen de tu pie, panal de abrojos,
 y miseranda vaga por las calles,
 sin un rayo de amor en su mirada,
 (ella que tanto amó)
 ni siquiera de odio un sólo rayo...
 ¡Oh, manso Tiberiades
 ya no serás azul como sus ojos!
 ¡Betania, ya no hay hoz en tus trigales;
 negad a la alborada, rosas pálidas,
 la nívea comunión de vuestros cálices!...
 ¡Oh, María de Magdala! aún te resta
 una gota siquiera de fragante
 óleo para tus pies; aún esperan,
 junto a los pensativos Olivares,
 las tórtolas enfermas de tu paso,
 mensajeras de castas voluntades,
 y en el nuevo bautismo que te ofrece
 en olor de suavísimas piedades,
 para lavar tu maldición, con una
 lágrima que te sobre acaso baste...*

*¡Magdalena! ¿no vienes? Aún te espera
 junto a los pensativos Olivares,
 mendigo de tu llanto y tus cabellos,
 el pálido lucero de la tarde...*

*¡Señor, te han declarado guerra a muerte!
 ¡Todos se niegan a crucificarte!*

*¿Vas a llamar a Lázaro? ¡Detente!
 ¡No lo llames, Señor, que será en balde!*

*tu voz es ya tan débil –iy tan débil!–
que a su gemido no responde nadie.
Ya no más ungirás con el aceite
de tus dedos las úlceras sangrantes...
Ya no más rozarán tu vestidura
ciegos y paralíticos... En balde
conjurarás tus panes y tus peces,
que imposible será multiplicarles...*

*No oses ¡ay! andar sobre las aguas,
que podrías ahogarte...
Ya no más la dirás ¡Talitha Cumi!
a la hija de Jairo: será en balde...
los cántaros, no más, de linfas puras
darán jugo de vid al hechizarles...*

*¡Señor, te han declarado guerra a muerte!
¡Todos se niegan a crucificarte!*

Retorna suavemente.

*Retírate, Señor a los Olivos
y recoge tu sangre.
Tira lejos tu Cruz hueca y liviana
y desciende del Monte cuanto antes...*

*Mira hacia abajo. El pueblo se atropella
por mirar tu Ecce Homo vergonzante;
tu Inri está en el Ostrakon grabado
ila sentencia, Señor, es “Desterrarte”!...*

*¡Si te abrasa la sed, calla tus ansias!
¡Te negarán la mirra y el vinagre!
¡Ni siquiera la dulce bofetada
acarició tu rostro inconsolable!...*

*¡Señor, te han declarado guerra a muerte!
¡Todos se niegan a crucificarte!*

*Ven a mis brazos a llorar conmigo,
 sin llagas, y sin Cruz, y miserable...
 Lloremos por las manos que no quieren
 teñirse con la nieve de tu sangre.
 Por María de Magdala, que aún sigue
 miserosa vagando por las calles...
 Por la inmácula lanza de Longinos...
 Por la intocada mirra y el vinagre...
 Por la quemante sed de las espinas...
 Por Dimas, que te espera agonizante...
 Por las mofas de Cesta, y la saliva
 que en tu rostro quedó sin albergarse...
 Y por mí, que estoy solo, solo, solo,
 al pálido lucero de la tarde,
 oteando el caballo apocalíptico,
 y el jinete de veste roja en sangre
 ornado de diademas, sus pupilas
 feroces y llameantes,
 y la espada surgiendo de su boca,
 terrible y espantable...*

*¡Tengo miedo, Señor, y estoy tan solo
 bajo el triste lucero de la tarde!...*

*Lloremos por el beso de Iscariote
 que suspira nostálgico y errante...
 Por el gallo, Señor, que no ha cantado
 en la noche patética y cobarde.
 Por el nevado lienzo de Verónica.
 Nevado como el lirio de los valles...
 Por la risa banal de Jeremías...
 Por Salomón, estulto y execrable...
 Por Isaías, que buceó en la noche
 y en vano halló
 tu blanca estrella rutilante...
 Por los magos, Señor, que no vinieron
 con sus ricas ofrendas a adorarte.
 Por la escasez de panes y de peces,*

*cundiendo tanta hambre...
y porque no has clamado ¡Padre mío!
Perdónalos, que no saben lo que se hacen...*

*¡Tengo miedo, Señor, y estoy tan solo
bajo el triste lucero de la tarde!...*

*Señor: los horizontes se estremecen
y bajan del azur, los siete Ángeles,
albeados en sus túnicas de lino;
siete redomas de furores traen
que desde los espacios desparraman:
la mar es vuelta sangre,
sangre, fuentes y ríos,
sangre diluvia en cúspides y valles;
tenebroso es el Reino de la Bestia,
se ha secado el Eufrates;
truenan los montes y las aguas truenan;
en el ámbito hay voces fantasmales;
la tierra cruje convulsivamente;
se desquician los mares:
y el cielo se diría una cantera
incendiada que está desmoronándose.
Todo es fragor y pavoroso fuego...
Todo es un mar horrrísono de sangre...*

*¡Tengo miedo, Señor, y estoy tan solo
bajo el triste lucero de la tarde!...*

*Y negro de alquitrán el sol es hecho
y la luna hecha roja de granate
y las hierbas desprecia la langosta
por hartarse de ojos y de carne.*

*(¡Oh, Muerte, ¿dónde estás? ¿Por qué te ocultas?
¿Qué fue de tu hoz suave?)...
Y los Siete Caballos poderosos
estremecen las cumbres y los valles;*

*y las Siete Trompetas de oro rojo
 son como siete lóbregas vorágines;
 y las tumbas se agrietan
 borbolloneando ráfagas de sangre;
 y se ereiza el ambiente
 de multitud de muecas espectrales;
 y abula el bóreas asfixiante y yerto
 como coro de genios infernales;
 de coraje trepidan las montañas, se hunden
 y trepidan las simas de coraje, se yerguen
 y rechinan los troncos corpulentos,
 rechinan los cipreses y los sauces;
 y a la fuga de aullidos de las fieras
 sigue el chillar agudo de las aves;
 pavoroso turbión de negras alas
 grazna despavorido y lamentante,
 enjambre de escorpiones
 saltan chorreando sangre;
 y reptiles inmundos
 en tumultuoso enjambre
 (¡Oh, Muerte, ten piedad! ¿Dónde te ocultas?
 ¡Qué fue de tu hoz suave!)...*

*Y el bermejo Dragón, dando alaridos,
 abre sus negras fauces
 y se hunde en el vientre de la tierra
 azorando los cielos y los mares;
 y la Bestia feroz, estrangulada,
 se sepulta en las trombas torrenciales;
 y ruedan las estrellas al abismo
 como inmensos coágulos de sangre...
 Y al unirse los cielos con la tierra
 y al unirse la tierra con los mares,
 como sublime epílogo de tu Ira,
 una voz tronitante
 anuncia el arco iris de tu Gloria
 (¡Jerusalén, Jerusalén de jaspes!
 ¡Jerusalén, Esposa del Cordero!*

*¡Jerusalén, de níveas claridades!
 Riente en esmeralda y amatista
 y beril y sardónica y granate
 y topacio y jacinto y calcedonia;
 ¡Jerusalén de níveas claridades!
 Toda blanca, más blanca que la luna:
 más blanca que las perlas de los mares;
 olorosa a narciso de los prados,
 olorosa a geraneo de los valles,
 asentada en cimientto de oro fino,
 ataviada de púrpuras astrales)...*

*Y desposado estás, Señor. Y en torno
 los coros celestiales
 hacen fluir las mieles de sus arpas...*

*¡Pero, por qué, Señor, brota a raudales
 de la fontana azul de tu pupila
 el llanto insondable!...
 Inmensa y honda es tu melancolía...
 tu dolor más profundo que los mares,
 infinito amargor bulle en tu alma,
 colmena de dulcísimas piedades...
 Lloras por tus hermanos y tus siervos,
 cuyos pies polvorientos les lavaste.
 ¡Por tus hijos, Señor, que no quisieron
 desatar el venero de tu sangre!...*

*¡Señor, te han declarado guerra a muerte!
 ¡Todos se niegan a crucificarte!*

*Por la calle desierta y soledosa,
 al pálido lucero de la tarde
 voy llorando, Señor, mi pesadumbre
 bajo el madero enorme y aplastante
 de esta hosca y glacial indiferencia
 que congela mis huesos y mi carne...*

*Yo quisiera, Señor, la Cruz pedirte:
 ¡Que me crucificasen!
 ¡Pero seguro estoy que ni siquiera
 se dignarán los hombres "Desterrarme"
 y tendré que vagar mi desconsuelo
 por la desierta y soledosa calle
 trasudando el helor de mi derrota
 isin llagas, y sin Cruz, y miserable!...*

*¡Tengo miedo, Señor, y estoy tan solo
 bajo el triste lucero de la tarde!...*

JESÚS EN EL HUERTO

Lema: Abba, Padre...
 traspasa de mí este vaso...
 San Marcos 14:36

Dormidos se quedaron de tristeza
 los discípulos todos junto al Huerto,
 y el Nazareno entró con paso incierto
 y su dolor a desbordarse empieza.

*Tiene su voz temores de flaqueza.
 Bermejamente suda. En el desierto
 paraje, se dilata el fulgor yerto
 de una Estrella que sangra en su cabeza.*

*Acaricióle un ángel la alba frente
 y quiso mitigar su fiebre ardiente
 y en vano todo: el llanto proseguía.*

*Contemplaba el madero tan pesado,
 ¡que ante el Dolor que al Mundo redimía
 sintióse el mismo Dios acobardado!*

ALMAFUERTE

Lema: *El poeta del Hombre*

Airado apóstol de blasfemias santas.
Hartó la multitud de pan y vino
y endulzó los abrojos del camino
con la mirra y la sangre de sus plantas.

Los ecos de su lira eran gargantas
ahogadas en un éxtasis divino,
y bajo su bordón de peregrino
tornáronse las víboras en plantas.

Su templo consagró a los pordioseros
y, antes que mercaderes lo invadieran,
arrojólos del atrio a latigazos:

como un Luzbel sombrío de luceros
y las manos crispadas, ¡cual si fueran
a compartir un pan en mil pedazos!

I N R I

Lema: *Consumatum est*

El templo. El Cristo. La penumbra vaga
trasmína perfumadas suavidades
y se diría que urde claridades
en las que toda claridad naufraga.

De la púrpura astral de cada llaga
—manantial de eucarísticas piedades—
fluye un chorro de mélicas saudades
todo llanto en el cual ríe y se apaga.

*¡Oh, Cristo de cerúleas palideces,
que en un hartazgo suave e infinito
de luz, apagas tus pupilas bellas!*

*Tan pálido agonizas, que pareces,
para lavar mejor todo delito,
isudar auroras y sangrar estrellas!*

ELOÍ, ELOÍ...

*... Eloí, Eloí, ¿lama sabachthani?
que declarado quiere decir: Dios mío,
Dios mío, ¿por qué me has abandonado?
San Marcos 15:34*

E*loí, Eloí,
¿lama sabachthani?
Señor, mira que ya
no podré estar sin ti.*

*Si todo lo he perdido,
si ya nada me queda,
Señor, ¿por qué te has ido?*

*Eloí, Eloí,
¿lama sabachthani?
Estoy solo y enfermo.
Señor, ¡ven hasta mí!*

*Esperanza, ilusión:
Todo se ha deshojado
dentro del corazón.*

*Te llamo y no respondes,
te busco y no te encuentro.
Señor, ¿por qué te escondes?*

*Señor, ¿por qué no vienes?
Estoy enfermo y triste.
¿Es ya mi voz tan débil
que acaso no la oíste?*

J O B

Lema: *¿Cuál es mi fortaleza
para esperar aún?
Job 6:11*

*He aquí que asolada fue tu hacienda;
tus siervos degollados. ¿Dónde ahora
marchará tu miseria gemidora
a plantar nuevo trigo y nueva tienda?*

*Detén el paso en medio de tu senda.
Proseguirás en vano. Ya es la hora
de que tu carne, que Satán devora,
en piltrafas y podre se desprenda.*

*¡Oh, la dulce y callada mansedumbre
que ha tornado tu ascosa podredumbre
en redoma ideal de aceite y vino!*

*Tu lepra, Job, no ha florecido en vano:
iella ha de ser el buen samaritano
que ungirá las heridas del camino!*

NOCTURNO MÍSTICO

*Se ha echado a andar mi pensamiento,
como un beduino, en la serena
diafanidad de esta hora vaga,
mientras titilan las estrellas.*

*La luna, blanco dromedario,
le brinda blanda complacencia.
Y cruza, tragando horizontes,
mientras titilan las estrellas.*

*¡Oh, viaje eterno de un segundo
desde la casa solariega
hasta el confín del infinito,
mientras titilan las estrellas...!*

*¡Oh, blanca luna! Tú eres
la copa de la Última Cena,
en cuyo fondo resplandecen,
cual reguero de blancas perlas,*

*las piadosas y dulces lágrimas
del dulce anfitrión de Judea,
que exhausta te volcó de vino
y llena te volcó de estrellas...*

*Se ha echado a andar mi pensamiento,
pero el gallo a cantar empieza.
¡Llora, alma mía, que negaste
a quien por ti llorara estrellas!*

EL CANTO A LA FE

La fe. Yo la conozco...

I

Colón, sabio demente que en la mar tenebrosa
vas al mísero amparo de un mísero bajel,
dime: ¿qué escudo es ese que protege tu pecho?
¿Por qué es firme tu pie?

*¿Qué faro te ilumina en la noche insondable?
 ¿Qué chispa es esa que
 misteriosa se agranda en tu pupila inmóvil
 y, aguardando un mañana, te olvidas del ayer?*

*¡Oh, egregio visionario! Tú eres un bello símbolo:
 tú eres la Fe.*

II

*Patria, ¿por qué tus campos jamás se enrojecieron,
 y fuiste siempre fiel;
 y cual gaviota herida posada en una sirte,
 esperas resignada lo que no vino ayer?*

*Y mientras tus hijos lloran, ¿por qué, Patria, sonrías
 con la sonrisa de
 la corola entreabierta que aguarda en el crepúsculo
 el cristalino beso del suave rosicler?*

*¡Oh, Patria mía! Tú eres también un bello símbolo:
 tú eres la Fe.*

III

*La Fe. Yo la conozco. La he visto arrodillada
 ante una altar de oro en el templo severo:
 y al marcharse la he visto llevarse en las pupilas
 todo el oro del templo!*

*Por la tarde la he visto, después de mis fatigas,
 ya cerca del hogar,
 cuando mis hijos todos alargan sus manitas
 y pan me piden sin saber si no vendrá.*

*La Fe. Yo la conozco. Austera y pensativa
diluye a flor de labio una sonrisa bella:
es a veces un monje doblado sobre un libro
ante una mesa aislada, pensativa y austera.*

*Y a veces una virgen de cabellera aurina,
que parece que lleva en la cabeza un sol,
y, al palor de la luna, bajo la fronda aguarda,
al amante que ha tiempo marchóse y no volvió...*

IV

*Ella es un haz de estrellas, que desde el Infinito
rocia sus clarores en las rutas desiertas;
y al pasar los romeros sangrantes y cansados
mojan sus labios secos en rocío de estrellas.*

*Ella es la amada tierna que cuando la olvidamos
nos deja, tristemente, el corazón vacío;
mas, si vamos hacia ella, con la frente doblada,
nos azota la frente con un ramo de olivo.*

*Ella es un tierno cáliz que al beso de la aurora
se entreabre blandamente como una confidencia:
en él la mariposa de los ensueños tristes
pósase a calentar las esperanzas yertas.*

*Ella es una voz fuerte que nos dice: "¡Adelante!"
¡Un brazo poderoso del cual vamos asidos!
¡Un camino seguro, preciso, recto, firme!
¡Y es un dedo invisible que señala el camino...!*

PROFÉTICA

Lema: *Aquí estoy sobre el Monte
sangrando todavía...*

*Allí está, sobre el Monte, consumado y sangrante,
abiertas las pupilas llenas de azul distante.*

*Su cuerpo amaratado, siete veces herido,
un búcaro diríase de violetas henchido...*

*Hermano, por tu oro, colmenar de centellas.
Hermano, por tu llaga, que fluye miel de estrellas...*

*Hermano, así os dijo el Último Rabino:
Este pan es mi cuerpo, mi sangre es este vino.*

*Comed, bebed. Y luego su cuerpo parecía
una aurora surgiendo del ocaso del día...*

*Y, hambriento de tu hambre y de tu sed sediento,
a vinagre y a mirra transcendía su aliento.*

*Y así os dijo: Por esta mi corona de espinas
que blanquea de lirios las manos asesinas;*

*por estas siete llagas, como siete consuelos
que cariciosamente suavizan tus desvelos;*

*por la sed que me abrasa; por tu vinagre amargo;
por tu sangrante lanza, por mi dolor tan largo;*

*por estas siete llagas, que son una jocunda
constelación de auroras en la Noche Profunda...*

*ive y perfuma tus oros en el melifluo ungüento
que destila la llaga florida del hambriento...!*

*Así os dijo. Y, llorando, llorando se dormía
y a su lloro de fuego el yermo florecía.*

*(Cada lágrima era un alado diamante
trinando un arco iris en el azul distante.)*

*Y, al volar cada lágrima en la noche secreta,
cruzó como un gemido por tu arca repleta...*

*Y suspiró: ¡Hijos míos, sed piadosos hermanos
por estas dos heridas que traspasan mis manos!*

*Y se quedó dormido clamando al firmamento.
¡La tierra parecía rodar de su cimiento...!*

*Empero, todo vano. El león y el borrego
no pueden morar juntos porque su odio es ciego.*

*(Vuestras manos, hermanos, ¿hasta cuándo serán
dos garras que en la sombra acechándose están?)*

*Y la mano callosa que en el agro se mustia
no halla fresco rocío que mitigue su angustia.*

*(Con el sudor amargo que derrama tu frente
mojarás el pan duro. ¡No olvides la serpiente!)*

*Y las arcas se cierran y ábrense las pupilas
para verter cicuta. ¡Y las arcas tranquilas...!*

*Y los surcos diríanse oleajes de remansos
donde de sed se abrasan humanos bueyes mansos.*

*Y así es la cornucopia plena de la vendimia
el cetro amenazante de la miseria eximia.*

*Y el rugido profundo se oye de las turbinas
cual la voz de un profeta que palpase las ruinas*

*de soberbios castillos que ruboran la cumbre,
que de calor tiritan sobre hogares sin lumbre.*

*(Fácil es a un camello de una aguja el ojal:
¡para ti en vano se abre la puerta celestial!)*

*Y entona el lujo un himno plácido en los salones
mientras la mano férrea fecunda los terrones.*

*(Y arriba la codicia es una enorme piedra.
Y el odio desde abajo se va tornando yedra.)*

*Y hay frío en la cabaña que hiela las mejillas
y se arrugan de espanto las caras amarillas.*

*Y canta el lujo un himno plácido en los salones
y se hielan abajo todas las oraciones,*

*en los lívidos labios que tiritan de frío
por la calle desierta y, adentro, en el bohío.*

*Y el odio y la codicia son cual dos gladiadores
sobre un páramo inmenso maduro de dolores...*

*Toma tu cruz y sígueme, son las palabras santas:
para andar sobre abrojos preciso es ir con plantas*

*desnudas. Solamente la sangre de los pies
fecunda sementeras y madura la mies.*

*Solamente desnudo podrás llevar mi cruz
y se abrirá a tu paso la puerta de Emmaús.*

*Convierte tus joyeles en sagrario de amores.
Estériles escudos, sed polínicas flores...*

*Acerca a los harapos tu seda y terciopelo.
¿Os olvidáis, balcones, que abajo queda el suelo...?*

*Recuerda que es polvo tu cuna verdadera.
Ayer la abandonaste. Mañana por ti espera.*

*Y allí serás hermano de tu enemigo, hermano;
no tendrás más remedio que tenderle la mano...*

*Cobarde de ti mismo, de la escoria cobarde;
tienes miedo del humo, no del fuego que arde...*

*¿No ves que todo pasa, que todo se consume?
¿Que por mirar el cáliz dejas ir el perfume?*

*(Con el sudor amargo que derrama tu frente
mojarás el pan duro. ¡No olvides la serpiente!)*

*¡Ay! No es de pan tan sólo que vivirás, hermano!
¡ese pan que amontonas pertenece al gusano!*

*Ya es hora de saciarte de pan de eucaristía...
¡¡Aquí estoy sobre el Monte sangrando todavía!!*

*Hermano: ya es la hora sonora y redentora.
Orienta la mirada. ¿No divisas la aurora?*

*¿No oyes en la penumbra una voz cristalina,
de ecos relampagueantes, que arrulla y que fulmina,*

*que truena y se desata como una catarata
y que tiene cadencia de clarines de plata?*

*Es otra vez que clama la misma voz divina
que se extravió en los hosclos vientos de Palestina.*

*A ti, Plebe, dirige sus ondas insinuantes;
a ti, Oro, sus ecos vienen relampagueantes;*

*a ti, Bohío, se acerca arrulladoramente;
y a ti, Palacio, clama con voces de torrente...*

***Y escuchad: ya es la hora de nivelar la arena,
no para que haya lucha, –ya la lucha no es buena–***

***sino para alfombrarla con olivas y rosas.
Porque ya no habrá luchas. Porque aquellas dos cosas***

***que ha tiempo te faltaban, hoy las tienes las dos:
ila Fe dentro del pecho; sobre tu frente, Dios...!***

***¡Odio, ya estás vencido! ¡Y tú también, Codicia!
Mirad hacia la arena: ¡coronad la justicia...!***

JOSÉ P. H. HERNÁNDEZ FRENTE A LA NATURALEZA

Manuel Siaca Rivera

Introducción

Hay en la obra poética de José P. H. Hernández un fervoroso amor por la naturaleza que se ejemplifica claramente en el poema

MADRE NATURALEZA

*Yo vengo a estar contigo, Madre Naturaleza;
tu fragante armonía, en lenta transfusión,
quiero que llegue al fondo de mi honda tristeza;
que caiga gota a gota sobre mi corazón.
En tu regazo tierno yo quiero hundir la frente;
y a la par que la frente mi corazón herido.
Yo quiero en tu regazo vivir eternamente:
si dormido, despierto; si despierto, dormido.
Duérmete Madre mía: yo velaré tu sueño;
hasta que nazca el día estaré aquí contigo;
y porque tú eres grande y yo soy tan pequeño
dilataré mi alma para así darte abrigo...¹*

Esos versos, cifra de su experiencia estética, definen su actitud a la vez que expresan un anhelo vital. El hombre del tráfago y la lucha, el hombre empequeñecido por el diario trajín, quiere romper las trabas de sus limitaciones mortales y encontrar su más alta y verdadera vida, su más cierto e inmortal existir, en la naturaleza.

Esta prolongación de su ser vivo y permanente en la Madre Universal, queda plasmada directamente en la creación lírica de este poeta

ya que el sentimiento de la naturaleza en su poesía no responde a una actitud convencional, aprendida a través de lecturas literarias, sino a una experiencia vital y dinámica de esencias correspondientes entre él y su paisaje.

Convendría, pues, que intentáramos identificar, a través de los datos biográficos que conocemos del autor, las fuentes de las percepciones de la naturaleza poetizadas en su obra.

José P. H. Hernández nace en Hatillo el 22 de mayo de 1892. Allí, donde el mar tendrá una sonora complacencia para su infancia brumosa y poco afortunada, cursará las primeras letras. Se iniciará allí en el estudio de la música que afinará su oído para percibir las más mínimas modulaciones tonales del paisaje y allí despertará a la gracia poética a su regreso de San Juan, a donde irá a hacer sus estudios secundarios.

La pobreza, que malogra el desarrollo de su vocación para la medicina, no impedirá que, por estudios libres, logre un título de farmacéutico.

En Río Grande asentará su hogar definitivamente. Le vendrán días de tarea ardua y absorbente pero encontrará tiempo para el cultivo del verso diáfano y para saciar su necesidad de soledad y silencio, indispensables a la creación artística, en la dulce y serena belleza del paisaje riograndeño: río, valle, montaña y mar.

Pienso que todo el paisaje de la patria se resume en esta parte de nuestra tierra. Fue suerte que el poeta lo gozara aquí donde se muestra tan libre y tan risueño. Óleo a su tristeza fueron los rientes robles, los bambúes poblados de garzas, la sierra lejana, el “augustal silencio de la paz de los campos”, los cerros alegres de sol o teñidos con la sombra de su tribulación, las “rocas negras como cuervos”, el “río cual lloros acerbos”, y el yermo cuyas piedras le parecen rojas creyéndolas la cristalización del llanto que mana de su propio corazón.

Murió en Río Grande, en medio de esa naturaleza que se le prendió dormida en la espiga de un cantar. El dos de abril de 1922 llegó hasta él la noche *a desnudar sus huesos y a vestirlos de blanco*.

Realidad y poesía

La realidad en la poesía de José P. H. Hernández se nos presenta organizada generalmente de un modo sentimental. Del fondo de su

mundo interior, lleno de profundas aguas melancólicas, salta el chorro de su emoción incontenible frente a la realidad de las cosas externas que tientan su naturaleza afectiva. Y cuando ese chorro cristalino queda proyectado sobre los elementos naturales del mundo objetivo, las cosas ya no pugnan por retener su identidad peculiar, quedando anegadas en un tibio remanso de belleza infinita. Sus contornos podrán ser los mismos, ya que él no les priva de ella al modo impresionista, pero sus condiciones y sus cualidades características estarán subordinadas al matiz personal que su sentimiento les impone.

Esta concepción sentimental de la naturaleza, ha sido lograda mediante una feliz adecuación del poder expresivo a la intención poética. La palabra, acertada, está llena de un temblor de gracia y el verso, que le mana con facilidad de manantial, está saturado de tan viva tensión, que sentimos suscitadas en nosotros recónditas resonancias emocionales.

Elementos de la naturaleza

Entran en la creación poética de este autor diversos elementos de la realidad objetiva: elementos siderales, sub-celestes y geológicos que se nos ofrecen, en la mayoría de los casos, como la substanciación de aspectos del mundo psicológico fraguados al contacto con el mundo material. Son esos elementos, entre otros de menor importancia, el sol, la luna, las estrellas, la vida vegetal y animal, el río, el manantial, las piedras, la mañana, la tarde, la noche.

El sol. – En los amaneceres, aparece como símbolo de la vida. Es el signo de gracia que abre a nuestros ojos la flor de una promesa. Viene como un milagroso pájaro de oro que da toques musicales a los oídos de las cosas:

*El sol teje un himno con hebras de oro
sobre cada fronda, sobre cada alcor.
¡Oh sol, tu dorado plumaje sonoro
dulcemente brilla en tono mayor!*²

No es, sin embargo, el sol de la mañana el más frecuente en esta

poesía, sino aquél de los crepúsculos vespertinos, un sol viejo, vestido de una angustiosa amarillez:

*en los terrones humedecidos
el amarillo llanto del sol
revienta brotes de desconsuelo
y abre capullos de solación.*³

A veces, este sol de la tarde es visto como un enorme cáncer en que la tarde se consume mientras una pesadumbre de azogue cae sobre los corazones:

*El sol es como un cáncer que a la tarde aniquila;
lamparones de sangre hay sobre los collados;
los vapores de sangre que embadurnan el cielo
hacen los corazones sentirse más pesados.*⁴

Hay, además, una marcada insistencia en atribuir condiciones sonoras a la luz del sol:

*Sol, dame la melodía
de tu luz...*⁵

con lo cual el poeta levanta a mayor jerarquía poética la imagen percibida.

La luna. – Es interesante la serie de imágenes por medio de las cuales la define:

*Llanto congelado
y acabado
de llorar.
Suspiro de bruma.
Agonía de ensueño.
Lágrima remota...*⁶

Poeta romántico, ve en la luna la objetivación de su propio desconsuelo, pero lo hace con un pudor, con un deleite estético, que la mayoría de los románticos del siglo XIX estuvo lejos de sentir.

Las estrellas. – Representan en esta poesía el signo de la belleza lejana, inasequible:

*Yo estaba en la noche dormido de estrellas,
ebrio de los oros de la inmensidad
y mi alma libaba armonías bellas
en ánforas llenas de serenidad.⁷*

En el poema *Nocturno místico* las estrellas tienen, al principio, valor decorativo, no carente sin embargo de cierto matiz simbólico insinuado por la repetición, a modo de estribillo, del verso *mientras titilan las estrellas*. Ya hacia el final, *estrellas* tiene pleno prestigio simbólico como representación de la mayor pureza:

*Llora, alma mía, que negaste
a quien por ti llorara estrellas.⁸*

Lo vegetal. – Es abundante la flora poética de José P. H. Hernández, una flora tropical y nuestra. Algunos de estos elementos: bambúes, naranjos, ceibas, jobos, jazmines, siciliana, diamelas, geranios, mejorana, llantén, señalan alguna nota de belleza del paisaje. Otros, por la tendencia del poeta a proyectar sobre las cosas de la naturaleza su propio estado anímico, gozan de atributos sentimentales. Mientras *el limonero rima tonos de olvido*, la alilaila es una *pordiosera del amor*.

Entre los elementos de más destacado valor simbólico, podemos señalar a las rosas y al sauce.

Las rosas tienen la representación tradicional de la hermosura y del amor. De ellas se deriva el deleite sensual:

*como una novia que ha dormido
bajo las rosas del amor.⁹*

Pero generalmente, como en la literatura grecolatina, al tema de la hermosura está asociado el de la fugacidad de las rosas:

*La brisa plañe dolorosa
en esta hora de cristal*

*porque ella sabe de la rosa
y del polvo y del vendaval.¹⁰*

El sauce simboliza el enigma que cubre el destino del hombre al cruzar las riberas del "Después". Árbol funeral, por su frecuente uso en los cementerios y por su estructura que da la impresión de agobiamiento, es el que mejor puede representar el signo de la muerte. Por eso, cuando el poeta nos dice

*y se va hundiendo mi planta
a la sombra de un sauz...¹¹*

percibimos claramente la tragedia de su vida rota, que tan finos sentidos tenía para el goce de la hermosura.

Lo animal. – Igual que en la flora, aparecen en la zoología poética de este autor elementos nuevos o muy poco usados en la fauna poética tradicional: el martín pescador, el sun-sún, el aguamar y el coquí, junto a elementos ya comunes por insistentes como el ruiseñor, la paloma, la tórtola, el perro, el gusano, la alondra, la serpiente, el buey, el gato y las abejas, entre otros.

Intentaré señalar el valor de aquellos que, por su frecuencia en la poesía de José P. H. Hernández, merecen ser objeto de más detenido estudio. Ellos son el ruiseñor, la garza, la tórtola, el gallo, los gusanos.

El ruiseñor es generalmente la representación de aquello que para nosotros tiene mayor encanto. Por eso, el poeta puede ver que la mañana despierta:

*como una novia que ha dormido
bajo las rosas del amor
y en medio del sueño ha tenido
sobre su seno un ruiseñor.¹²*

Pero lo que más le atrae del ruiseñor es su canto que le hace mirarlo con ojos religiosos:

*en los maitines de la umbría
está oficiando el ruiseñor.¹³*

Además, la constante tendencia a la subjetivación de la realidad, le lleva a descubrir en ese canto matices sentimentales propios:

*Sobre el espino soledoso,
¿qué dice el pobre ruiñeñor?
¡llora de pena y de alegría,
solloza de pena y de amor!*¹⁴

Análogas manifestaciones descubre en el canto de la **tórtola**. La voz dolorida de la tórtola se quiebra en el silencio de la tarde invadiendo las cosas con una marejada de desconsuelo. Es su responso a un mundo en naufragio:

*..... y el lamento
que acoquina y que conmueve
de una tórtola afligida
que prorrumpe en misereres.*¹⁵

La garza, por la blancura del plumaje, le hace pensar en *estremecimientos de ráfagas de aurora*. Su vuelo le sugiere el vuelo de la fantasía y de la ensoñación:

*Por el aire cristalino,
como un sueño peregrino
hacia un país que no existe
va la garza mañanera.*¹⁶

El gallo tiene importancia dentro de esta zoología poética solamente por su canto. El clarín del gallo viene asociado al tiempo, como si fuera haciendo escalas en las sucesivas horas del día y de la noche. Generalmente es imagen de la negación:

*Se ha echado a andar mi pensamiento
pero el gallo a cantar empieza.
¡llora, alma mía, que negaste
a quien por ti llorara estrellas!*¹⁷

Los gusanos sintetizan una idea aniquiladora: la destrucción de la materia, la regresión del polvo al polvo. El poeta ve la vida "madura

de gusanos". Y esa imagen la lleva clavada por dentro como una flecha de angustia:

*El ave es más feliz que yo...
No sabe la venganza el ave
del gusano que se engulló¹⁸*

La vida está "madura de gusanos" pero ¡hay tantas cosas bellas en el mundo que no quisiéramos abandonar!

*¡Cuán bello todo esto,
Señor! Y, ¡sin embargo
el camino tan corto,
Señor! Si fuera largo...*

*Mujeres, flores, versos
y pájaros y estrellas
¡Qué cosas bellas son,
Señor! ¡Qué cosas bellas!¹⁹*

Las rocas. – Expresan un alto grado de tensión emocional del poeta ante el espectáculo de su propia soledad. Han perdido sus características físicas, se han humanizado:

*¡Oh, vengan los humanos, vengan!
Los que ocultáis vuestro aguijón
podéis aprender que la piedra
es un desnudo corazón.²⁰*

Las piedras encarnan también la imagen del sueño que nunca llega a realizarse:

*Romeros fatigados diríase que sois
y vais tras un remoto miraje peregrino
y vuestra sed mañana será la misma de hoy.²¹*

En el poema *Rocas negras*, se vale de las piedras para señalar el poder de la mano destructora del tiempo:

..... Estas rocas
 menos que polvo han de ser
 y en medio de nuestras bocas
 habrá una inmensa pared.²²

El manatí. – Implica un deseo de quietud. De su linfa espera que brote el agua que apague la llama de su angustia.

El río. – Generalmente no tiene agua propia: fluye con aquella que mana del corazón.

En la siguiente estrofa el río está apuntado para dar la sensación de lejanía:

*Tú, herida en el calcañar,
 te vas lejos, lejos, lejos,
 como el río hacia la mar.*²³

La mañana. – A veces, la poetización de los amaneceres le ofrece un punto de apoyo para la expresión de un pensamiento antitético por medio del cual hace resaltar la belleza del espectáculo grandioso de la naturaleza en contraste con un estado de desesperanza como en *Mañana de primavera*:

*Dulce mañana rosada,
 mañana de primavera.
 ¡Oh, qué mañana tan triste
 para aquel que nada espera!*²⁴

Otras veces, el poeta destaca un detalle del panorama exterior en el cual está implícita una realidad subjetiva:

*¡Qué pura mañana
 y cuánta hoja seca!*²⁵

Solamente en el poema *Preludio* el amanecer aparece como una realidad plenamente objetiva:

*Y la mañana bohemia estira
 como de caucho su acordeón*

*y un haz de fuelles es el aire
fraguando un largo calderón.²⁶*

La tarde. – En esta poesía de hondas raíces crepusculares, es natural que la tarde ocupe prominencia. Es la hora en que el poeta presiente que un océano de ceniza avanza sobre el mundo y en que el silencio abre sus alas de pájaro ciego sobre la tierra. Y ante el naufragio de las cosas, la tarde invita a meditar:

*Tarde para recuerdos, para idilios rosados
y para silenciosos diálogos con mí mismo:
para besar la vida con insaciable beso
y contemplarla luego al borde del abismo.²⁷*

La tarde se le ofrece para lavar en ella su dolor y, depurándolo, para llevarlo a gran altura estética. La tarde hace cristalino su dolor:

*Crepúsculo de agosto, suave como un remanso,
crepúsculo sereno, plácido y cristalino:
vengo a ti en el silencio de mi melancolía
a embalsamar mi pena con óleo de tu ritmo.*

*Vengo a ti en la apacible serenidad agreste
a coronar de arrullos y de perfumes tibios
mi azul melancolía, que va calladamente
deshojando una a una sus violetas de olvido.²⁸*

La principal substancia poética en estos versos la constituye el estado de melancolía del poeta. Debido al efecto de las luces crepusculares, en la tarde lo físico del paisaje se vuelve lejano e inconsútil mientras del corazón fluyen los recuerdos que cristalizan en melancólicas violetas deshojadas.

La noche. – Tiene dos fases líricas en la poesía de José P. H. Hernández: la noche plenilunar y la noche oscura y tenebrosa. La noche plenilunar le provoca el más alto sentimiento estético. Disipa las brumas del alma turbada de dolor y le aúpa a un plano de exaltación religiosa:

*Se ha echado a andar mi pensamiento
como un beduino, en la serena
diafanidad de esta hora vaga,
mientras titilan las estrellas.*

*La luna, blanco dromedario,
le brinda blanda complacencia.
Y cruza, tragando horizontes,
mientras titilan las estrellas.*

*¡Oh, viaje eterno de un segundo
desde la casa solariega
hasta el confín del infinito,
mientras titilan las estrellas...!*

*¡Oh, blanca luna, tú eres
la copa de la Última Cena,
en cuyo fondo resplandecen
cual reguero de blancas perlas*

*las piadosas y dulces lágrimas
del dulce anfitrión de Judea,
que exhausta te volcó de vino
y llena te volcó de estrella...!*

*Se ha echado a andar mi pensamiento
pero el gallo a cantar empieza.
¡Llora, alma mía, que negaste
a quien por ti llorara estrellas...!*²⁹

Creo conveniente señalar que aquí no se hace mención específica de la noche, pero sentimos que nos envuelve con diafanidad y dulzura. La noche es en este caso todo el plenilunio y el plenilunio, toda la noche. Al igual que a Fray Luis, la noche serena el espíritu del poeta y le permite escuchar su música:

*La noche azul hila un poema
con melodía de zafir...*³⁰

Todos los poemas que reflejan esta fase lírica de José P. H. Hernández son armoniosos. La complacencia y la paz de tan elevada emoción estética se traducen en versos que tejen canciones de ritmo suave y blando.

La noche lunar es la mampara del ensueño. Es propicia al poeta y al enamorado. La magia de la luz transforma la tierra embelleciéndolo todo y poblándola de sugerencias. Por contraste, la oscuridad de la noche provoca en nuestro poeta el pensamiento de la última desolación:

*En la noche tenebrosa
cuando el viento aúlle aquí
cual si fuera un lobo hambriento,
¡qué triste será dormir!*³¹

Las tinieblas noctámbulas se identifican con las que esperan a su alma ya cercana a la muerte. Y entonces José P. H. Hernández añora la dulzura de su noche de plenilunio:

*Bajo un cielo azul y oro
y una luna de marfil
y un ruiñón bajo el sauce;
¡qué bien se debe dormir!*³²

Maravilla de las voces

Uno de los matices característicos de esta poesía es la estructuración sensualista del mundo objetivo. El verso está florecido de ricas imágenes sensoriales que denotan que el poeta sentía un deleite profundo ante las cosas de la naturaleza. Hay en él un gran acopio de sensaciones cromáticas y táctiles. Son numerosas las imágenes de olor. Pero lo más notable es la abundancia de imágenes acústicas complementadas por tal tonalidad métrica, que dan a esta obra la impresión de un vivero de sonidos.

El efecto acústico de dichas imágenes puede ser de procedencia objetiva; es decir, puede provocarlo la mención de objetos con cualidades sonoras como río, viento, cristal, aves. Veamos en estos versos:

*y su llanto en la quebrada
se quiebra como un cristal
que estuviera hecho de miel.*³³

o en éstos:

*Rocas negras donde el viento
silba misteriosas claves.
Cereipos, ceibas y jobos
y un manicomio de aves.*³⁴

Sin embargo, generalmente dicha sonoridad es de procedencia claramente subjetiva; parte de la fantasía del poeta que le busca forma concreta en un objeto de la realidad:

..... Florido
*el tamarindo está en flautas cristalinas:
una llora..., otra llora..., otra llora...*³⁵

La fusión de percepciones de diversos sentidos es también fuente de imágenes sonoras. A veces, expresa sensaciones de color por medio de representaciones correspondientes al sonido:

*El sol teje un himno con hebras de oro
sobre cada fronda, sobre cada alcor.*³⁶

Estos efectos de sinestesia pueden ocurrir también entre sensaciones de olor y color, como en los siguientes versos:

*Por la sabana florecida,
arcoírdica de olor
cruza el arroyo repicando...*³⁷

Otras veces, puras imágenes acústicas aparecen descritas por medio de sensaciones de olor:

*Que ya el sol no da su luz
perfumada de armonía.*³⁸

Pero los casos más frecuentes de esta conjunción de diversas percepciones sensoriales son aquellas correspondientes a cromatismo sonoro, es decir, a una identificación del color o de la luz con el sonido. Veamos:

*Ruiseñor, dame la luz
de tu trino.....³⁹*

*Despierta la luz y la vida
tornasolada de rumor.⁴⁰*

*Porque llevo a la espalda un arpa taciturna
que aprisiona un racimo de luz en su bordón.*

El cromatismo sonoro, procedimiento que junto a otros efectos de sinestesia han usado los impresionistas y los simbolistas, no es un mero recurso usado por nuestro poeta para enriquecer los valores estéticos de la imagen. Tiene su origen en la fina sensibilidad acústica de José P. H. Hernández. El poeta era músico y sentía que las maravillosas voces del paisaje le arrullaban como si entre las frondas Pan estuviera haciendo llorar su caramillo.

Conclusión

Exaltación religiosa, predilección por el material acústico, nos ofrece José P. H. Hernández en su visión de esta naturaleza en movimiento, llena de dulzura y saturada de serena melancolía. A veces, se deleita en pintar acuarelas en las cuales, a la vez que nos describe el cuadro externo, da expresión a su propio sentimiento. Otras veces, la angustia interior le hace abandonar la pintura de lo externo para objetivar su estado anímico. Y alguna vez, entregado a un puro juego expresionista, como en *Preludio*, parecerá desentenderse de sí mismo; pero aún así podremos identificar la huella de su sentimiento. Y esto es así por ser su poesía la expresión de estados sentimentales ante la naturaleza circundante.

EL SENTIMIENTO AMOROSO (en P.H.)

Manuel Siaca Rivera

El amor ocupa lugar prominente en la lírica de José P. H. Hernández. Se manifiesta con bastante frecuencia en **Coplas de la vereda**; emerge alguna que otra vez por entre la atmósfera brumosa que se cierne en **El último combate**, enlazándose allí al tema de la muerte; aparece, finalmente, en numerosos poemas inéditos, algunos de los cuales fueron recogidos en la edición de **Cantos de la sierra**. La frecuencia con que el tema encuentra expresión lírica en esta poesía no debe sorprendernos. La mayor parte de la poesía del momento gira bajo el signo de lo erótico, estimulada en parte por la producción de los poetas extranjeros que mayor influencia ejercieron en el país —como Rubén Darío y Villaespesa— en quienes el amor es tema predilecto, y en parte también por diversas instituciones que auspician certámenes en que se premia la gracia o el ingenio en la creación de madrigales y canciones.

1. Clima erótico del momento

Dos conceptos del amor, considerados tradicionalmente como antagónicos, perviven en el ambiente de nuestros días: de un lado, el amor juzgado como puro ardor sensual, circunscrito al deleite de los sentidos; el otro, una diferenciación del sentimiento amoroso, capaz de superación constante y que, menospreciando la urgencia del apetito sensual, se concreta en el objeto amado que le sirve de alimento espiritual. Ambas formas de lo erótico, raras veces, se dan como totalmente oclusivas y excluyentes. El amor, en su modo espiritual, hasta en el más puro y delicado a que pueda llegar en el ser humano, es una conjunción de sentimientos, en cuyo fondo late, aunque oscurecido y soterrado, el amor de los sentidos. A su vez, el impulso erótico primario, instinto sexual, prácticamente no se da en el hombre sino en

una alianza indisoluble con otros ingredientes, *por lo menos*, advierte Ortega, *con los que le facilita la fantasía*.¹

La lírica hispánica del novecientos se mueve con frecuencia en un mundo amoroso cuyas zonas varían, gradualmente, desde un litoral de seductora idealización del *eros* hasta otro de embriagado enardecimiento de la sensualidad. La de Rubén Darío es, en gran medida, divinización del apetito sensual, canto a la llama del deseo que dirige su rumbo de centauro enardecido. *Dominada está su poesía, de principio a fin*, nos dice Salinas, *por el afán erótico; el apetito, la demanda de satisfacción material, no le abandona nunca*.²

La de Herrera Reissig, indica Arqueles Vela, *deviene degustación anatómica, desvestido complicado, ascetismo flagelante o lenocinio contingencial, expuesta al engaño de los sentidos*.³ En otros poetas, el elemento de sensualidad se apaga para dar paso a ingredientes más elevados del sentimiento amoroso; pero, en general, en la lírica novecentista, el tema erótico está presidido por lo que al amor llega por la vía de los sentidos.

2. Concepto del amor en Hernández

Unos versos sencillos de la obra inicial del poeta facilitan nuestra tentativa de acercamiento al modo que él tiene de sentir el amor:

*Mi amor no es la serpiente de los placeres ebrios.
Un suave aroma... un blando arrullo: eso es mi amor.*⁴

En el primero de esos versos, Hernández afirma que lo suyo no es delirio de posesión, que no le anima la ardorosa embriaguez de los sentidos. Despojado así el amor de su elemental impulso erótico, quedaría implícito un estado amoroso superior, trasminado de profunda, angélica espiritualidad. Las palabras de ese verso han llevado a Jorge Luis Porras Cruz a señalar a nuestro poeta como *casto en el tratamiento del tema del amor*.⁵ Pero hasta aquí la definición que Hernández hace del huésped que transita por sus litorales interiores ha sido meramente iniciada, indicando, no la sustancia de su ser, sino la que no es. Por eso, siente la necesidad de aclarar, de precisar la esencia íntima de su

inquilino. Y lo intenta inmediatamente en el segundo verso. No encuentra, sin embargo, la cifra exacta con qué hacerlo y le salen unas palabras cargadas de acento puramente becqueriano: “suave aroma”, “blando arrullo”. Los sustantivos *aroma* y *arrullo* sitúan la emoción amorosa de Hernández en el campo de las cosas que se perciben a través de los sentidos, la penetran de sensualidad; pero el poeta ha hecho que dos adjetivos delicados, *suave* y *blando*, presidan los sintagmas en que aquéllos se emplean, con lo cual la atmósfera sensual adelgaza su gravidez y se humedece de ternura. Esto deja aclarada la significación del primer verso; lo que el poeta siente no es pecado, pero no llega a sustraerse totalmente de la lumbre del halago con que el amor enciende los sentidos. Aunque lo erótico en Hernández queda transmutado, generalmente, en un sentimiento superior en virtud de la delicadeza y dulzura de su fina espiritualidad, quedando un poco adormecidas las delicias del goce, éstas irrumpen muchas veces por entre la atmósfera de idealización.

Otro intento de definición de su sentimiento amoroso nos ofrece Hernández en un poema⁶ de la misma época, pero recogido en su obra póstuma. Allí, elementos parecidos a los que se emplean en los versos anteriores, persisten en apagar aún más el aire sensual del impulso erótico, que ahora vuelve como:

*la onda
leve de un murmullo.*

Y, después de circular por una zona de suave y acariciante ternura, toma, hacia el final, un sesgo de religiosa adoración:

*Porque mi amor tiene
el calor de un cirio
junto a un nazareno...*

Lo que comenzó confundiendo con lo más blanco y delicado de la naturaleza –aroma, arrullo, onda– ha empezado a hacerlo con el ardor de la fe religiosa. Lo erótico está buscando nuevos cómplices a su servicio; muy pronto habrá de dar con ellos. Bastará simplemente que la fantasía, estimulada por la rica intimidad del poeta, se exacerbe y opere en otros campos. Por ahora, en esta época de Coplas de la

vereda, lo amatorio, apoyado por lo idílico del paisaje, se contentará con sumergirse en su cuadrante de blancura que encubre la fruición del goce erótico con una dulce veladura espiritual:

*Mientras en la noche bullen
leyendas de enamorados
y al mar desciende la luna
por una escala de claros,
y la brisa juguetona
se enreda entre los geranios,
y mi corazón se enreda
entre la red de tus manos,
yo recito con un beso
el madrigal de tus labios.⁷*

Confinado en ese mundo de recogido sensualismo vive todavía el sentimiento amoroso del poeta en muchos poemas de su lírica posterior; a veces replegándose, sin nombrarse, como una ansia velada, por las soledades interiores.

*Bogó mi barca.
Yo era una cruz
con mis dos remos...
Muy lejos tú.⁸*

Pero se nos ofrece siempre como sincera manifestación de una actividad sentimental profundamente sentida, con toda la jugosa vida emotiva del poeta cuajando dentro de una dulce delicadeza expresiva cuyo tono confidencial recuerda el mejor romanticismo:

*Yo la quería y, sin embargo,
mi amor fue un suspiro no más;
por eso en este viaje largo
no he de volverla a ver jamás.⁹*

Llega, sin embargo, un momento en su poesía posterior en que lo erótico abandona su ámbito de égloga y, libre de toda vestidura espiritual, desnudo de toda alianza, se dispara alucinado, en impetuoso

frenesí por la tiniebla en llamas del deseo:

*¡Aleluya! ¡Bendito el aroma
de ese dulce y fatal pebetero
con que, absorto en celestes manjares,
Salomón sahumaba su templo!*

*¡Oh, tu axila, grial de ambrosía
que alimenta los santos del cielo...!
¡Aleluya! Que en ella se vuelcan
el principio y el fin de mis sueños...¹⁰*

Esos versos nos llevan lejos de la blanda y suave seducción de las **Coplas**. El apetito sensual, desdeñado por el poeta en sus primeros versos, se nos presenta aquí como meta suprema, principio y fin de la vida humana. Lo que antes era angélica adoración es ahora satánica idolatría de la carne, cifra y cima de la más encendida sensualidad. La fantasía desbocada del poeta ha elevado lo más impuro del sentimiento amoroso al plano de las cosas divinas, como antes lo había hecho Rubén:

Carne, celeste carne de la mujer¹¹

Después de este poema, solamente en *Tu carne* el amor se expresa con acento lúbrico. Si alguna otra vez se detiene el poeta en el tema del amor lujurioso, lo hará para demostrar que las incitaciones de la carne, que en las estrofas anteriormente estudiadas alcanzan la plenitud de un éxtasis lascivo, son insuficientes para mover la roca de su fría indiferencia:

*¡Oh, tus ojos! Doradas abejas
que, sedientas de miel, en la roca
de mi pecho se quedan perplejas;
mientras cierra sus alas bermejas
el vampiro fatal de tu boca.¹²*

El hechizo de la carne pasa: los transportes inefables a que pueden llevar sus maravillosos filtros resultan puro engaño. Por eso, el desencanto sobreviene:

*Ve, sonora de besos, incauta,
a brindarle tu música y sol
al cornudo rural de la flauta:
al histérico y priápico nauta,
marinero en un lago de alcohol.¹³*

En otro poema del desengaño del amor de los sentidos,¹⁴ a la lúbrica figuración femenina que se esfuerza en cercarle, envolviéndole en un seductor despliegue de delicias, el poeta opone una misteriosa y enigmática mujer, develadora de arcanos, que le unge con el aceite de la purificación:

*Raudal de alondras en desvelo
chorreando está tu dulce voz:
mi oreja es un nido de hielo
que aloja un ave de alcanfor.*

.....
*Y cabrillea en tu pupila
un rayo X que se apaga
cuando lo advierte la sibila
que quema olíbano en mi llaga.*

Esta otra mujer, ante cuya presencia el impulso amoroso ha apagado su llama y los sentidos corporales se han cerrado para todas las percepciones de la carne, esta mujer que le unge para la muerte, la encontramos también en *Nuevo bautismo*,¹⁵ registrada por la fantasía del poeta en una rara atmósfera en que se mezclan elementos paganos, litúrgicos, bíblicos y legendarios. Ya aquí, esa criatura sobrenatural se nos presenta como la divinidad y la amante, a la vez que como la sacerdotisa y el agua purificadora. El poeta se ha creado su mito, su símbolo de la forma más pura del *eros*. Ante ella, la carne mortal, que anda buscando su estado de gracia más perfecto, clama con voz apremiante por las aguas del único bautismo que la podrán redimir de su desdicha amorosa en el mundo:

*Hecha estás para canela,
incienso, clavo y mirística,
llevar la flor que más huela*

*y en tus ojos de ciruela
guardar ciencia cabalística.*

*Olívame los pies míos
con olio de tu sagrario,
y que ahoguen los diez ríos
de tus dedos, el osario
de todos los sueños míos
que son errantes judíos.*

*Dame tu nuevo breviario;
quiero llevar vida austera;
bautízame en el jordán
de tus mejillas de cera.
La eucarística paloma,
cuyas pupilas serán
cirios en mi vida austera,
ya en mi corazón asoma.
Bautízame en el jordán
de tus mejillas de cera.*

Esta ceremonia de la purificación en que se conjugan ritos eleusinos y cristianos, señala a Hernández ya iniciado en la liturgia amorosa de los modernistas. Hay en ella las mismas dislocaciones absurdas del pensamiento que en ello se advierten. Conviene anotar, sin embargo, que el deseo erótico se transmuta aquí en una ansia ascética por conseguir la bienaventuranza, liberando así al amor de la furia de los sentidos. Esa liberación se ha logrado ya en *La fuga de los cabríos*. El hecho me parece significativo, pues señala cómo lo satánico es en nuestro poeta una nube fugaz dentro de la atmósfera de angélica idealización en que se mueve su sentimiento amoroso, que va cayendo en nuestros oídos como una confesión sincera de su dramática intimidad espiritual.

3. La rampa melancólica

Un tono blandamente desolado matiza, por lo general, la poesía amorosa de Hernández. Ese acento de tristeza en que se envuelve su

sentimiento amoroso pudiera ser, en parte, producto de la época. Ningún siglo ha dejado en el fondo del hombre un fruto más ácido que éste en que nos ha tocado vivir. Asistimos, por un lado, a una especie de fiesta de los sentidos, como en el momento renacentista, inteligencia y manos esclavizadas al monstruo de la materia en un afán insaciable de multiplicar las fuentes del goce. Pero, por otro lado, detrás de esa vital exaltación de los placeres, asoma su faz trágica el más desconcertante desconsuelo. Todo nuestro esfuerzo por robar la luz a los dioses para someter las cosas de la creación a nuestra voracidad de bienandanza terrenal nos resulta un mero ejercicio lúdico de grandes niños tristes. En el pecado llevamos la penitencia: atados a la dura roca de la impotencia, los buitres del desengaño roen nuestras entrañas. Los molinos de viento de la ciencia en que ciframos nuestra esperanza, nos obligan a deslizarnos por la rampa del desasosiego de la segunda década de este siglo con la Primera Guerra Mundial.

Ese pesimismo, sumado al que deriva el puertorriqueño de la incertidumbre traída por el cambio de su destino político en 1898, pudo haber influido en Hernández. Igual influencia pudo haber ejercido en su ánimo la lectura de Bécquer, Gautier Benítez y la de algunos de los autores modernistas. Pero, en mayor grado, su melancolía proviene de excitaciones producidas por perturbaciones en su fondo agónico: ceniza de tristeza recogida en su camino de desengaño; polvo de angustia de un hombre prematuramente emplazado por la muerte. Aún en aquellos casos en que mejor se puedan advertir reminiscencias de sus lecturas literarias, se nos hace difícil dejar de creer en la sinceridad de su tristeza. Examinemos con ese propósito *Mar violácea, mar serena*,¹⁶ octavo poema de su primera obra, que es a la vez el que en ella inicia el tema del amor. El poema nos presenta la desdicha amorosa convertida en tema lírico:

*El arpa de la gaviota
me dice un cantar doliente;
y un suspiro es cada nota,
porque mi dicha está rota
y está mi adorada ausente.*

El aire de congoja de estos versos nos hace pensar en Gautier Benítez, quien por las circunstancias de su vida es hermano espiritual

de Hernández. Éste debió haber conocido bien el canto de Gautier a Puerto Rico titulado *Ausencia*,¹⁷ cuyo tema es el mismo de esta estrofa, aunque el objeto que inspira a uno y otro poeta es diferente. Intentemos rastrear las reminiscencias de Gautier en estos versos de Hernández. Ya la coincidencia del metro empleado en ambas composiciones, el octosílabo, podría ser un buen indicio, si pudiéramos encontrar otros apoyos. Pasemos a analizar el contenido: la estrofa de Hernández es un canto de agonía por la ausencia de la mujer amada; el poema de Gautier es un lamento de nostalgia por hallarse ausente de su tierra, a la que canta con voz de enamorado. El efecto producido en ambos por la ausencia es parecido. Pero hay más: el objeto frente al cual se produce la evocación de la ausente es el mismo: el mar. Es posible que al hallarse Hernández junto al mar, evocando a su amada, algunos elementos del poema de Gautier afluyeran inconscientemente a su memoria y acabaran por manifestarse como su expresión particular. Así la gaviota, cuyo acento se hace eco de la desdicha del poeta por la ausencia de la amada, pudo haberse originado en Hernández como reminiscencia de los versos con que Gautier recuerda a su país:

*como una blanca gaviota
que tiene en la peña el nido.*

Esta afirmación podría apoyarse con otros versos de Gautier en el mismo poema, cuya esencia ideológica parece corresponder con la de los tres últimos versos del poema de Hernández:

*Yo que por tu amor deliro,
que lejos de ti suspiro,
que lejos de ti me muero.*

Pero tales reminiscencias las encontramos en cualquier escritor y en nada desvirtúan la sinceridad del arranque de Hernández, cuya poesía hay que referirla a la más auténtica realidad espiritual, según atinadas observaciones hechas por Francisco Matos Paoli.¹⁸ Cuando Hernández escribe esos versos, a principios de 1913, una profunda crisis está conturbando su espíritu: la desdicha en que se sentía hundido por la ausencia de Carmen. La expresión de amargura que subraya su sentimiento amoroso es, pues, aquí sentida manifestación

de dolor que tiene sus raíces en un hecho vital.

Ocasionalmente, encontramos en la obra de Hernández ligeras exaltaciones jubilosas, como en los poemas que llevan por título *Tus besos*, *Un madrigal* y *Dame besos*, *Moraima*, de *Coplas de la vereda*, y en *Letanía*, de *Cantos de la sierra*. Pero esas explosiones de júbilo son sumamente pasajeras. Muy pronto vuelve el poeta a entregarse al tono amargo. A su “arpa taciturna” se le rompen fácilmente las cuerdas de la alegría y no vibra bien sino con las de la tristeza. Ya en *Mar violácea*, *mar serena*, nos ha advertido sobre sus rachas de felicidad:

*que en mi vida peregrina
cada gozo es una espina
y cada lágrima un mar.*¹⁹

Y en *Una esperanza únicamente*, hablándonos sobre sus sueños de dicha, agrega:

*Todos son, al nacer, dentro del alma
ligeras nubecillas de estío...*²⁰

Ilusión y esperanza se van; se las lleva la amada, cuya ausencia es el más vivo surtidor de penas, según nos lo dejan ver estos versos de *Como un nido vacío*:

*¿Volverás, adorada, siquiera por un instante?
Se van mis esperanzas y queda el corazón
como un nido vacío que deshilacha el tiempo
bajo las inclemencias de la desolación.*²¹

La ausencia se expresa con acento suavemente desgarrado en las estrofas de *Al fin que ya era tarde*, donde el dolor del poeta se proyecta sobre cada una de las cosas del ambiente:

*La casa abandonada llora una pena oculta.
Parece que sus amos jamás han de volver.
El languor de una planta en el hortal mendiga
una blanda caricia de mano de mujer.*

*Aletean recuerdos en la penumbra incierta.
La trémula hojarasca susurra en derredor.
El verde limonero rima tonos de olvido
y lacrima sus flores y mustia su verdor.*

*Todos se han ido. Todos. Y el perro se ha quedado.
Echado sobre el suelo, junto a la puerta está.
Al fin, que ya era tarde; al fin en este mundo
algún hermano mío he podido encontrar.²²*

Pero ya en *Rocas negras*, la expresión de la ausencia y de la soledad se vuelve un incontenible chorro de angustia:

*Todo me acompaña ahora,
menos tú.*

*Menos tú, que vas muy lejos
mordida en el calcañar...
¡Ay! Cuando quieras tornar
seremos los dos muy viejos.*

*Y muy viejos; estas rocas
menos que polvo han de ser.
Y en medio de nuestras bocas
habrá una inmensa pared.*

*Rocas negras como cuervos...
Río, cual lloros acerbos...
Tú, herida en el calcañar,
te vas lejos, lejos, lejos:
¡como el río hacia la mar!²³*

Igualmente cobra la voz del poeta un timbre borrascoso y desolado cuando los celos dictan sus palabras. Le conturba el ánimo pensar que labios traidores sean capaces de llorar sobre su tumba después que han besado a otro.²⁴

Sin embargo, cuando la expresión lírica de su dolor se hace más conmovedora y profundamente humana es cuando canta a la muerte

de la amada. Entonces la voz se le desnuda y el verso surge llano y limpio, nutriéndose de las melancólicas fluencias de su espíritu, como sucede en la elegía *Ella*.

Una y otra vez aquel amor que fue “un suspiro no más” toca con dedos de angustia a las puertas de su corazón: una vez y otra el lloro de aquella “voz tierna y dolida”²⁵ emerge por entre las oquedades de su espíritu.

4. El sentimiento amoroso en los madrigales

Son los madrigales de José P. H. Hernández lo que más ha contribuido a su popularidad entre nosotros y es en ellos donde su poesía alcanza cima de mayor delicadeza. Al frente de ellos se suele colocar generalmente el que lleva por lema *A unos ojos astrales*:

*Si Dios un día
cegara toda fuente de luz,
el universo se alumbraría
con esos ojos que tienes tú.
Pero, si lleno de agrios enojos
por tal blasfemia, tus lindos ojos
Dios te arrancase,
para que el mundo con la alborada
de tus pupilas no se alumbrase;
aunque quisiera, Dios no podría
tender la Noche sobre la Nada...
¡porque aún el mundo se alumbraría
con el recuerdo de tu mirada!*²⁶

En este manojo de madrigales del poeta, el amor es fino regocijo sensual que, con aire de flúida y sutil galantería, se prende, un momento no más, en este o aquel encanto femenino. El más fuerte reclamo lo hacen los ojos, las miradas, como en el madrigal anteriormente citado y en los que llevan por lema *Oro-perla*²⁷ y *A sus ojos pensativos y dolorosos*,²⁸ que derivan del conocidísimo madrigal de Gutierre de Cetina. Otras veces, ejercen la atracción unas primorosas manos rosadas que se mueven sobre el teclado de un piano con aleteos de

“alondra melodiosa”;²⁹ en otras, es una mano tersa y suave que hace morir de envidia a la más gallarda rosa del jardín:

*Y la rosa más blanca y más hermosa
del jardín, a tus manos acercaste
y su tersura y suavidad rozaste
con la seda fugaz y vaporosa
de tu pálida mano... Mas la rosa
tan roja y tan hermosa se ha quedado,
que suponen las náyades y ondinas
que a causa de la envidia que le has dado
le desgarran el alma las espinas...
Aún en tu mano transparente miro
la cicatriz que te dejó su huella:
tan suave como el beso de una estrella,
tan leve como el roce de un suspiro...*³⁰

En otras ocasiones, es todo el hechizo de la figura femenina lo que produce la exaltación del entusiasmo que hace brotar el canto lírico.³¹ Y en todas ellas la expresión de los afectos se realiza con delicadeza y a la par con galante donosura.

Pero donde la manifestación del sentimiento alcanza su nota de más elevado y fino lirismo es en el madrigal que lleva por lema *Aquel suspiro*.³² Allí, trascendida el ánima por una inefable y súbita iluminación que hace estremecer la carne, se produce un estado de éxtasis amoroso en que el ser asciende, ardido en delirante ímpetu, más allá del alcance de todo lo corpóreo:

*Cruzó bajo la luna y las estrellas.
Me vio pasar y suspiró. Sus bellas
pupilas sobre mí se detuvieron
y mis pies temblorosos ascendieron,
en la paz del retiro,
al alado corcel de aquel suspiro.
Y raudo cabalgué sin dejar huellas,
lejos de mí, en vertiginoso giro:
más allá de la Luna y las estrellas
sobre el raudo corcel de aquel suspiro.*

El madrigal de tema amoroso, cuyo cultivo en Puerto Rico tiene sus antecedentes más remotos en Lola Rodríguez de Tió,³³ es un género lírico relativamente frecuente entre los poetas de la segunda década del novecientos. Zorrilla, Nicolás Blanco y José Muñoz Rivera, entre otros, son autores de bellos madrigales. ¿Se podría señalar entonces que el madrigal en Hernández responde a una delectación artística que se origina como resultado de una actitud esteticista general? No podemos negar la influencia que el ambiente literario pueda haber ejercido en nuestro poeta. La preceptiva de la lírica del Modernismo, con la restauración de las formas poéticas anteriores, hacía propicia la vuelta al madrigal, que en Urbina encuentra un hábil cultivador. En Puerto Rico, el entusiasmo por este género de composición fue tan alto que en junio de 1920 el Ateneo Puertorriqueño celebró un certamen de madrigales,³⁴ en el que Hernández obtuvo una mención honorífica con el que lleva por lema *Aquel suspiro*. Todo ello pudo haber influido en Hernández, pero es insuficiente para explicar su presencia en este horizonte lírico de recatado sensualismo que es la poesía madrigalesca.

Francisco Matos Paoli encuentra causas más íntimas y profundas para explicar la riqueza de contenido madrigalesco en la lírica de Hernández:

... el madrigal en Peache no puede ser una nimia complacencia esteticista. El madrigal es una llave interior que corresponde al afán de creación. Se produce como un contenido poético que en su estilo más remoto es un afinamiento sensible de la angustia. El coronamiento de esta angustia encuentra su expresión más valedera en lo madrigalesco... El contenido poético se afina en el tránsito de lo doloroso. Mientras más dolor, más belleza.³⁵

Resulta curioso que este tipo de composición breve, cuyas características esenciales son la delicadeza y dulzura en la expresión de los afectos, se produzca tan ricamente en Hernández en los tres últimos años de su vida, precisamente los que marcan la cima de su agonía física y espiritual. Ante el dolor que arrecia sus ataques, el ánimo transformada *se proyecta en las cosas bellas y las levanta a un límite de vaguedad ensoñatoria*.³⁶ Los objetos ganan en hermosura en proporción directa a la embestida de amargura. "Mientras más dolor, más

belleza". Y el madrigal es su más cumplida expresión.

Dentro del grupo de poemas que estamos estudiando merece colocarse uno que lleva por título *Genealogía*.³⁷ No se trata en este caso de un madrigal, sino de un soneto primoroso que, por la gracia e ingenio de su elaboración, tiene el delicioso corte de la poesía madrigalesca:

*Bajó Dios de los cielos una noche
en que la clara luna dormitaba
sobre un lecho de lirios. En el broche
de cada lirio un ángel se ocultaba.*

*Era una apoteosis de blancuras
que a la tierra bajaba desde el cielo,
y ascendía de la tierra a las alturas
como una garza en infinito vuelo.*

*Amasa Dios los ángeles y lirios,
y de un divino cáliz de delirios
la maravilla de su rostro asoma.*

*Arrulla una paloma en la arboleda;
la toma Dios con su piedad de seda
y te pone por alma una paloma...*

5. El poema *El Cristo*

Ninguno de los poemas amorosos de Hernández ha llamado tanto nuestra atención por el fuerte contraste que ofrece con el resto de su lírica como el que lleva por título *El Cristo*.³⁸ Este es un poema de sentido sacrílego en que aparecen elementos sagrados formando una extraña alegoría:

*Penetré en tus ojos
y en tu corazón...*

*Y tus ojos eran
vasto cementerio*

*cuajado de tumbas.
Y en una de ellas,
la más triste acaso,
me encontraba yo.*

*Ni un alma piadosa
decía una oración
ante aquella tumba
donde estaba yo...*

*Penetré en tus ojos
y en tu corazón...*

*Tu corazón era
un templo cerrado
al cual mi pupila
difícil entró.
Y allí había una monja
rezando ante un Cristo;
y el Cristo era yo...*

*Cuando mi pupila
del templo salió,
la monja lloraba
y el Cristo reía...
¡Y el Cristo era yo!*

Nos sorprende esta huella de tono baudelairiano en la poesía de Hernández. Ángel Mergal, después de examinar este poema, indica que en él le *parece oír los ambiguos oráculos de los alucinados, una blasfemia cínica o las incomprensibles revelaciones de experiencias místicas*.³⁹ Pero no hace ninguna interpretación definida. A todas luces, lo de revelaciones místicas carece en absoluto de fundamento. Lo que aquí se representa no responde a una revelación obtenida en ninguna de las vías de la trayectoria del alma hacia el logro de su unión con Dios, sino a una manifestación de amor irreverentemente profano.

El poema está dividido en dos planos y tiene como tema el desengaño amoroso. Cada uno de los planos está señalado por cada uno de

los dos versos iniciales del poema. En el primero, que podríamos designar como plano de las miradas, se nos presenta el poeta desdénado por la mujer amada, cuyos ojos son “vasto cementerio cuajado de tumbas”. Yacen allí numerosos enamorados que han sufrido muerte de amor, pero la tumba más triste, la más humilde y olvidada, es aquella en que el poeta se piensa soterrado.

En el segundo plano, el del corazón, ocurre una súbita, inesperada transmutación: el poeta ha logrado acceso al “templo cerrado” de la amada y de desdénado se convierte en objeto de adoración. ¿Significaría esto una nueva concepción del sentimiento amoroso en que el hombre, y no la mujer, aparece como el objeto más digno del acto de adorar? Así parece sugerirlo el hecho de que el poeta se haya transformado en Cristo y la amada en religiosa. Pero hay algo más dentro de esta vuelta al revés del escenario del acto amoroso y el cambio de papeles de los sujetos envueltos en el drama: esa nota de terrible irreverencia de los versos finales con que se cierra el poema, convirtiéndolo en tremendo sacrilegio:

*Cuando mi pupila
del templo salió,
la monja lloraba
y el Cristo reía...
¡Y el Cristo era yo!*

Si excluimos de *El Cristo* esa nota sacrílega, lo veremos relacionado con otro poema de Hernández de la misma época, el madrigal que tiene por lema *A sus ojos pensativos y dolorosos*:

*Ojos tristes y bellos,
lánguidos ojos de mirada mansa.
Yo he contemplado en ellos
la soledad de un páramo remoto
nimbado por un iris de bonanza
bajo un azul ignoto.
Ojos dulces y buenos
que en vez de contemplar yo los aspiro
como botes de ungüento derramado...
¡Ojos que sois dos tristes nazarenos*

*con la cruz de un suspiro
de todo aquel mortal que os ha mirado!*⁴⁰

Es difícil precisar cuál de los dos poemas es posterior al otro; no se puede negar, sin embargo, que algunos de los elementos empleados en uno pudieron servir para la elaboración del otro. La *soledad de un páramo remoto y la cruz de un suspiro / de todo aquel mortal que os ha mirado* del madrigal, entran conjugados en el “vasto cementerio cuajado de tumbas” del poema. Además, el lloro y la unción de María Magdalena evocados por aquellos “ojos dolorosos” que son *como botes de ungüento derramado*, pueden haber dado origen en el poema a la religiosa que se deshace en lágrimas mientras reza ante el Cristo. Ahora bien, aquella delicadeza, aquella deliciosa ternura del madrigal se transforma en el poema en un profundo desencanto del sentimiento amoroso que se resuelve, finalmente, en crueldad. Ello representa un alejamiento de las normas poéticas generales que sigue la lírica de Hernández y me parece resultado de influencias recibidas a través de lecturas literarias.

6. Conclusión

En resumen, en la expresión del sentimiento amoroso de Hernández pueden señalarse dos momentos que corresponden a dos maneras distintas de concebir lo erótico. El primero de esos momentos nos muestra una lírica amorosa subrayada por un acento de dulzura y delicadeza, matizada aquí y allá de honda melancolía, cuya cima de poetización se encuentra en los madrigales y elegías del poeta. Un sensualismo recatado caracteriza ese momento. El segundo nos presenta unos ensayos de poesía erótica de exacerbado sensualismo. En él se advierten fácilmente huellas de Darío y Baudelaire. Lo más genuino de Hernández corresponde a la lírica intimista del primer momento.

NOTAS:

PRIMERA PARTE: P. H. FRENTE A LA NATURALEZA

1. Poemas no coleccionados: Núm. 1 en la Bibliografía de este trabajo.
2. Poemas no coleccionados: Núm. 2 en la Bibliografía.
3. Poemas no coleccionados: Núm. 3.
4. *Ibid.*, Núm. 4.
5. *Ibid.*, Núm. 5.
6. *Cantos de la sierra*, San Juan, P. R., Editorial *Puerto Rico Ilustrado*, 1925, p. 80.
7. Poemas no coleccionados: Núm. 6.
8. *Cantos de la sierra*, p. 12.
9. *Ibid.*, p. 19.
10. *Cantos de la sierra*, p. 9.
11. Poemas no coleccionados: Núm. 5.
12. *Cantos de la sierra*, p. 19.
13. *Ibid.*, p. 6.
14. *Ibid.*, p. 130.
15. *Ibid.*, p. 17.
16. *Ibid.*, p. 7.
17. *Ibid.*, p. 12.
18. *Ibid.*, p. 133.
19. Poemas no coleccionados: Núm. 7.
20. *Ibid.*, Núm. 8.
21. Poemas no coleccionados: Núm. 8.

22. *Ibid.*, p. 22.
23. **Cantos de la sierra**, p. 23.
24. *Ibid.*, p. 63.
25. **Cantos de la sierra**, p. 63.
26. *Ibid.*, p. 129.
27. *Ibid.*, p. 133.
28. *Ibid.*, p. 65.
29. **Cantos de la sierra**, p. 11.
30. **Cantos de la sierra**, p. 169.
31. *Ibid.*, p. 153.
32. *Ibid.*, p. 153.
33. **Cantos de la sierra**, p. 13.
34. *Ibid.*, p. 24.
35. *Ibid.*, p. 65.
36. Poemas no coleccionados: Núm. 2.
37. **Cantos de la sierra**, p. 130.
38. Poemas no coleccionados: Núm. 5.
39. *Ibid.*, Núm. 5.
40. **Cantos de la sierra**, p. 137.

SEGUNDA PARTE: EL SENTIMIENTO AMOROSO EN P.H.

1. José Ortega y Gasset. **Estudios sobre el amor**, pp. 93-94.
2. Pedro Salinas. **La poesía de Rubén Darío**, p. 205.
3. Arqueles Vela. **Teoría literaria del Modernismo**, p. 215.

4. José P. H. Hernández. Coplas de la vereda, p. 51. Poesías, Tomo I, p. 26.
5. Jorge Luis Porras Cruz. *Nueva ojeada a la poesía de José P. H. Hernández*, en *Ateneo Puertorriqueño*, Vol. IV, núm. 3, p. 243.
6. José P. H. Hernández. Cantos de la sierra, p. 79. Poesías, Tomo I, p. 92.
7. José P. H. Hernández. Coplas de la vereda, p. 33. Poesías, Tomo I, p. 16.
8. José P. H. Hernández. *¿...? (Bogó mi barca)*, en *Alma Latina*, San Juan, 1ra. quincena de mayo de 1936, p. 44. Poesías, *Entré en mi barca*, Tomo II, p. 134.
9. José P. H. Hernández. Cantos de la sierra, p. 19. Poesías, Tomo I, p. 46.
10. José P. H. Hernández. *Poemas inéditos*. Sin título. Poesías, Tomo II, p. 11.
11. Rubén Darío. Cantos de vida y esperanza, en *Obras poéticas completas*, p. 894.
12. José P. H. Hernández. *Doble estética*, en *Alma Latina*, núm. cit., p. 4. Poesías, Tomo II, p. 27.
13. *Ibid.*
14. José P. H. Hernández. *La fuga de los cabríos*, en *Alma Latina*, núm. cit., p. 44. Poesías, Tomo II, p. 95.
15. José P. H. Hernández. Cantos de la sierra, p. 21. Poesías, Tomo I, p. 63.
16. José P. H. Hernández. Cantos de la sierra, p. 53. Poesías, Tomo I, p. 10.
17. José Gautier Benítez. Poesías, p. 99.
18. Francisco Matos Paoli. *José P. H. Hernández*, en *Asomante*, Año II, Vol. II, núm. 4, 1946, p. 77.
19. José P. H. Hernández. Cantos de la sierra, p. 53. Poesías, Tomo I, p. 10.
20. *Op. cit.*, p. 41. Poesías, Tomo I, p. 7.
21. *Op. cit.*, p. 77. Poesías, Tomo I, p. 28.
22. José P. H. Hernández. Cantos de la sierra, p. 45. Poesías, Tomo I, p. 19.
23. *Op. cit.*, p. 23. Poesías, Tomo I, p. 62.
24. José P. H. Hernández. Cantos de la sierra, p. 153. Poesías, Tomo I, p. 68.

25. *Op. cit.*, pp. 19 y 119. *Poesías*, Tomo I, pp. 46 y 32.
26. *Op. cit.*, p. 85. *Poesías*, Tomo I, p. 93.
27. José P. H. Hernández. *Madrigales*, en *Alma Latina*, núm. cit., p. 47. *Poesías*, Tomo II, p. 117.
28. *Ibid.*, *Poesías*, Tomo II, p. 35.
29. *Ibid.*, *Poesías*, Tomo II, p. 36.
30. *Ibid.*, *Poesías*, Tomo II, p. 99.
31. *Ibid.*
32. *Aquel suspiro*, en *El Mundo*, San Juan, Año II, núm. 420, 29 de junio de 1929, p. 3. *Poesías*, Tomo II, p. 154.
33. Cesáreo Rosa Nieves. *El madrigal en Puerto Rico*, inédito.
34. Nota en *El Mundo*, San Juan, 29 de junio de 1920, p. 3.
35. Francisco Matos Paoli, estudio citado, p. 77.
36. Francisco Matos Paoli, *Op. cit.*
37. José P. H. Hernández. *Genealogía*, en *Alma Latina*, núm. cit., p. 31. *Poesías*, Tomo II, p. 65.
38. José P. H. Hernández. *El Cristo*, citado por Ángel Mergal en su *Intento crítico-biográfico de Peache*. *Op. cit.*, p. 30. *Poesías*, Tomo II, p. 84.
39. Ángel Mergal, *Op. cit.*, p. 30.
40. José P. H. Hernández. *A sus ojos pensativos y dolorosos*, en *Alma Latina*, núm. cit., p. 47. *Poesías*, Tomo II, p. 35.

11/10 11/10 11/10

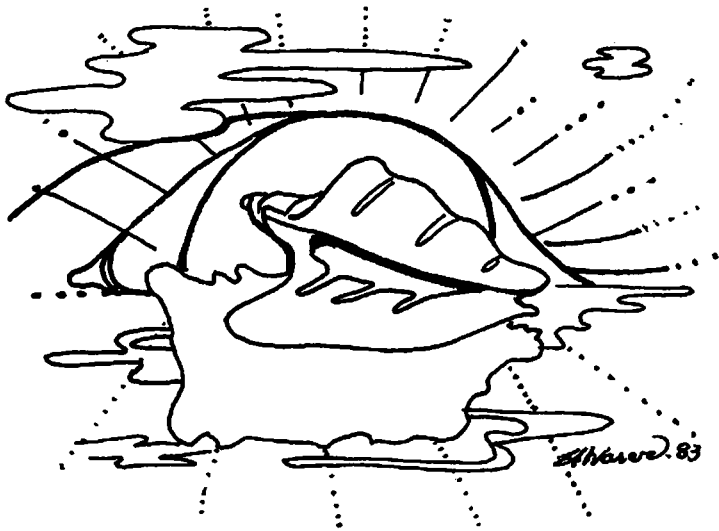
Laurel

W. H. R. 78



JOSÉ P. H. HERNÁNDEZ

MADRIGALES



**REVISTA DE ESTUDIOS GENERALES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RÍO PIEDRAS**

MADRIGALES

*Estas coplas, las escribo,
pues que Lilia me las pide.*

I

MADRIGAL ORO-CORAL

*V*ed el madrigal –de la madrugada.
Ved cómo amanece –en sus manecitas.
Ved el rosicler –rociado de luz,
de sus dulces y suaves mejillas.

*Madrigal, de un mendrugo de amor
que va amaneciendo
en las lejanías de su corazón.*

*Es el madrigal –de esa madriguera
de fieras de luz –que son sus pupilas,
donde suspirando presa está mi alma,
aguardando la muerte o la vida...*

II

MADRIGAL ORO-ROJO

*¡*Tus labios!... Ánfora-gruta
donde acopio
mi manada de deseos,
que son lobos.

*¡*Tus labios!... ¡Ah, quién pudiera
saciar el divino gozo
de vaciar tu cuerpo en ellos
y apurarlo sorbo a sorbo...!

III

MADRIGAL ORO-LILA

*¿Qué son tus ojos bellos, Lilia mía,
en tu rostro de célico primor?
Dos avispas de luz que han confundido
tu rostro con el cáliz de una flor.*

*Y es verdad, porque llevo,
desde que los besé bajo la calma
fragante del idilio,
su ponzoña de luz dentro del alma.*

IV

MADRIGAL ORO-PÚRPURA

*... D, luego te besé... Y eran arrullo
de tórtola mis besos...
Entonces, tú lloraste... Mas tus lágrimas
eran líquido fuego...*

*Traté de recogerlas, mas no pude,
y rodaron al suelo...
¡No en balde en el jardín, como en tu rostro,
las rosas se murieron...!*

V

MADRIGAL ORO-GRIS

*¿Recuerdas? Tú no llorabas.
Pero -¡parece mentira!-
una lágrima vertiste
cuando ya no me querías.*

*Una sola. Y, como aquella
lágrima de tu pupila*

*era el único diamante
de la mina;
y, habiendo sido mi alma,
para ti, siempre sortija...
la bebí, para llevarla
siempre en mi alma prendida...*

VI

MADRIGAL ORO-PERLA

Lector: *Lilia me ama.
Pero es su amor tan raro,
que a veces creo que no haya
nacido para mí.
He buscado en su pecho
la flor de su cariño,
y hay mucho más de mil.*

*Pero, ¿verdad, lector,
que es mejor que así sea,
si es que ella no ha nacido
tan sólo para mí,
puesto que al ver la flor
quizás la arrancaría
y no podría entonces
volver a su jardín?*

MADRIGAL GALANTE

Lema: Juventud eterna

Muy bella sois, señora.
*Dos eglantinas vuestros labios rojos,
dos abejas de oro vuestros ojos,
y vuestra faz un ósculo de aurora.
Ciertamente no sé*

*si por primera vez os veo ahora
o si hace muchos años: que no pueden
precisarlos mis ojos cuándo fue...
Y es que por veros otra vez –¡tan bella!–
los años retroceden
y siguen como pajes vuestra huella.*

POR FIN

¡P*or fin mis ojos te han encontrado
bajo esta fría bruma del olvido!
¡Por fin mis ojos, que ya no lloran
siquiera una lágrima han visto!*

*¡Gracias por esa lágrima tibia
que te ofrendaron los ojos míos,
que si no hubiese sido por ella
sin duda hubiese muerto de frío!*

SENTÍ FRÍO

S*entí frío.
Y era dulce, dulce el fuego
de sus pupilas astrales:
todo el frío me quitó.*

*Y era dulce, dulce, el fuego
de sus astrales pupilas,
tan blancas como la nieve,
todas fuego, todas luz.*

*Pero luego,
tuve frío, mucho frío...
¡Y sus pupilas quemaban
más aún...!*

YO RECITO CON UN BESO...

*Mientras en la noche bullen
leyendas de enamorados
y al mar desciende la luna
por una escala de claros,
y la brisa juguetona
se enreda entre los geranios,
y mi corazón se enreda
entre la red de tus manos,
yo recito con un beso
el madrigal de tus labios.*

SÉ AVE... SÉ LIRIO...

*Ven, dame la seda de tu cuerpo suave.
Dame la armonía de tu voz placible.
Sé lirio. Sé ave.*

*Tengo miedo a esa llama inextinguible
que tiembla en tu honda trágica pupila.
No abrases mi frente.
Apaga un instante tu mirada ardiente,
y anégame en una mirada tranquila.*

*Sé ave... Sé lirio...
Ya es muy largo este agudo martirio...*

TU SONRISA

*¡Qué dulce sensación rosada,
qué suave sensación divina,
cuando resbala por mi alma
la claridad de tu sonrisa!*

*Trae los racimos de tus labios
para que mi alma los exprima:*

*¡bendito el vino que se escancia
en el festín de tu sonrisa...!*

*Son como dedos tus miradas
de sugerencias pensativas,
que abren la flor de mi esperanza
cuando amanece tu sonrisa.*

MADRIGAL

Lema: *A tu palidez de nácar*

Un pico de paloma entre dos pomas
finge entre las mejillas tu nariz,
cuando tu rostro asomas
bajo tus áureas crenchas de maíz.
Mas, si bajo el sopor de los halagos
se esfuma la color de tu mejilla
como sutil aroma,
y entre cambiantes vagos
su tímida y riente maravilla
tu palidez asoma,
se diría que, herida mortalmente,
bajo el piadoso alero de tu frente
ha tendido sus alas la paloma...

MADRIGAL

Lema: *Para tus líricas manos*

Cuando tus manos de rosa
sobre el teclado resbalas,
diríanse las dos alas
de una alondra melodiosa,
invisible, misteriosa,
que vanamente mi anhelo

*rebusca en largo desvelo...
Y es que por capricho arcano,
la alondra aletea en el piano
mientras canta desde el cielo.*

AQUEL SUSPIRO

*C*ruzó bajo la luna y las estrellas.
Me vio pasar y suspiró. Sus bellas
pupilas sobre mí se detuvieron,
y mis pies temblorosos ascendieron
en la paz del retiro,
al alado corcel de aquel suspiro.
Y raudo cabalgué sin dejar huellas,
lejos de mí, en vertiginoso giro:
más allá de la Luna y las estrellas
sobre el raudo corcel de aquel suspiro.

DAME BESOS, MORAIMA...

*B*ajo el naranjo en flor palpita la hora
de nuestro grato idilio.
Lucencias de cocuyos y perfume de lilio
idealizan la paz dulce y sonora...
En tu blanco lenzal
mis besos se han dormido.
Y tus miradas en mi alma se duermen
cual áureas mariposas en un jardín florido.
Dame besos, Moraima,
de tus labios de fresa,
y reclina en mi pecho tu cabeza.

COMO ESTA TARDE DE LLUVIA Y SOL

*E*sta tarde lluviosa,
llena a la vez de sol,

*se parece a tus ojos: lágrima y luz.
 Tu corazón
 es también como ella
 y así es también tu amor.*

*Tú eres así...
 Tú no eres como yo...
 Cuando estoy triste, soy una lágrima;
 y, cuando alegre, soy un fulgor...
 Y tú, fulgor y lágrima a un tiempo mismo,
 como esta tarde de lluvia y sol...*

¿ACASO UNA ESPERANZA...?

*La tarde está de fiesta.
 Y el mar es una orquesta
 que afanosa ejecuta
 —por pentagrama el cielo, la brisa por batuta—
 música wagneriana.*

*¿Por qué estaría tan triste la mañana?
 La voz tierna y dolida de una novia ya muerta
 llamó de mis recuerdos a la cerrada puerta.*

*De fiesta está la tarde.
 Alguna llama oculta dentro de mi pecho arde...
 ¿Acaso una esperanza? ¿Una nueva ilusión?
 A veces yo no entiendo mi corazón...*

PALOMA

*Son, bajo el orto nívco de tu frente,
 dos palomas azules tus pupilas,
 y tus róseas mejillas dos palomas,
 y tus labios también, hermana mía.
 Y dos palomas tus nacáreos senos,*

*y dos palomas albas tus manitas,
y tus pies dos palomas nebulares
más sutiles que el ala de la brisa...
Y tu voz cariciosa,
el manso arrullo pleno de armonías
de una paloma blanca, blanca, blanca,
de quien tuvo la luna tanta envidia,
que una noche bajó un rayo de luna
hasta su nido y la abrazó dormida.*

A LOS OJOS DE UNA HOSPICIANA

(Ojos azul-violeta)

*Momentos antes de expirar la novia
que de olvido moría,
a sus labios de escarcha dos violetas
acercó entristecida.
Dos lágrimas entonces resbalaron
por sus mustias mejillas
y en el virgíneo cáliz de las violas
quedáronse dormidas.
Tú nacías entonces
bajo el negro dosel de esa agonía
y el Ángel Descarnado colocaba
en tu rostro las dos violetas tímidas...
¡Dos violetas rociadas con dos lágrimas
de tu madre al morir! He ahí tus pupilas.*

TU MIRADA

*Adormidera de Esmirna
tú llevas en la mirada:
pero en ella también llevas
el ígneo sol de mi patria.*

*Para bien mío, mi bien,
es que llevas cosas ambas:
si a tu mirada me abraso,
también duermo a tu mirada.*

M Í A S

*Luna, novia dolorosa,
las estrellas son tus lágrimas...
¿Habrá tantas en el cielo
como dentro hay en mi alma?*

*Cuéntalas a ver: si acaso
más en el cielo tú encuentras,
son mías también, que han volado
transformándose en estrellas...*

Y SIGUE SU CAMINO

*En el silencio de la noche blonda,
bajo el dosel del florestal dormido,
el pálido poeta hace su ronda,
sintiendo esa tristeza amarga y honda
que espiga en la traición y en el olvido.*

*Y aquellos días que se han ido lejos
se acercan hoy con voces temblorosas
a su nublada mente, como viejos
sabios amigos, y le dan consejos,
preguntándole así: ¿Por qué no lloras?*

*Y él los contempla. Pero no responde.
Y sigue su camino... Y se sepulta
de nuevo en su silencio grave, insonde...*

*Y sigue su camino... Y no halla dónde
derramar una lágrima que oculta...*

AL IRSE LA TARDE

Charlando el arroyo sonoramente,
debajo del yambo dorado y oliente
desgrana sus perlas.

*La brisa su flauta tremola en las frondas
y hay en el ambiente sensaciones hondas
de olvido, recuerdo y ausencia...*

*Al irse la tarde por las áureas lomas,
tiende sobre el prado su melancolía.*

*Y, sobre las pomas
sin oro y sin brillo,
posa el alma mía
un mirar de ausencia, recuerdo y olvido...*

P E A C H E

Carmen Alicia Cadilla

De Peache recuerdo, en el sonambulismo de mi convalecencia, a los ocho años en que mi infancia quebró sus júbilos físicos, el nombre pronunciado por mi madre cuando iba el mandadero a la farmacia con la última receta. Nunca recuerdo haberle visto. Quizás, en un trasueño de delirio, tuve cerca de mí su rostro de sereno tormento. Pero algo me dice que Peache influyó en la formación de mi “yo poeta”. Detrás de aquel mostrador de farmacia de pueblo de costa, pequeño y luminoso, donde él atendía el despacho entre poema y poema, le llegó una receta de mi médico, y a la dosificación facultativa, en un descuido inconsciente, le añadió un dracma de poesía, ¡quién sabe! Muchos años más tarde fue que conocí la obra del poeta.

Tenía dieciocho años ávidos de belleza cuando cayó en mis ojos aquel hermoso secreto de “La Copla”, y aunados a ella, fueron panales nuevos en mi espíritu todos aquellos borbotones de vida que juntaron unas manos piadosas en aquel libro puro y hondo como el mar de Hattillo y los montes de Río Grande; sus **Cantos a la sierra**.

De la antesala fraterna que con el sentidor inmenso, Carlos N. Carreras, hice, salí con dos ganancias. La visión de su esbozo espiritual perfecto y el granito de arena que se nos adentra en los ojos sin que el viento lo traiga y que humedeciéndolos, nos hace ver claro el centro anímico del verso.

Con aquel su corazón, apajarado en la luz amanecida de la sierra, vamos saltando el ramerío versátil en que se desplegó su vida de poeta, de músico y de hombre dulceamargo. Ya desde el primer momento, nos duele su cansacio de alas, su anhelo de la meta:

*El corazón a saltos vuela
para llegar hasta el confín:*

*Es cual un pájaro que anhela
hallar un nido que dormir.*

El dolor toca con sus nudillos en aquella “casita blanca sobre el cerro” y el poeta, fraterno, pide posada para el peregrino:

¡él sólo ansía descansar!

Percibimos el jadeo contrastante con aquel “sol de la mañana que está goteando luz de vida”, y a él se liga el escepticismo de aquella

*Dulce mañana rosada.
Mañana de primavera.
¡Oh, qué mañana tan triste
para aquél que nada espera!*

Le seguimos en aquel

*viaje eterno de un segundo
desde la casa solariega
hasta el confín del infinito,*

donde en acto de contricción le oímos murmurar apenas:

*¡Llora, alma mía, que negaste
a quien por ti llorara estrellas!...*

En el limo de su arrepentimiento se desangra la voz de

*La copla rústica y frágil
que un amor
hace brotar como un chorro
de agua tibia que deslíe
el moho del corazón.*

Y en esa hora de la siesta, amodorrante en el desvelo diurno del que no tiene el espíritu en equilibrio para el sueño, casi como un suspiro quejoso, se le escapa

*¡Cual mi alma se adormila
subiendo esta larga cuesta
de silencio y solación,
donde sólo se oye el dúo
entre un incansable búho
y un cansado corazón!...*

Casi nos anonada la eternidad de esa hora que dura inacabablemente, con su monótono dúo del u-jú, u-jú intermitente del búho y el tic-tac, tic-tac, fatigoso del insomne.

Pasamos al través de una galería de imágenes grisáceas. La naturaleza, en consonancia absoluta con el poeta, deja caer *el lamento / que acoquina y que conmueve / de una tórtola afligida / que prorrumpe en misereres*, al borde de aquel perfume casi triste de dulzura con que la siciliana le despabila los recuerdos, se alza el espectro gris de la alilaila “pordiosera del amor” que le recuerda aquel amor que “fue un suspiro no más” y que le enciende en una dubitación que es ya profesión de fe:

*Porque dudo, como se duda
siempre de la callada voz;
sin contemplar que a no ser muda
no se oiría la voz de Dios.*

Profesión de fe al silencio y reconocimiento de impotencia de la voz humana.

El *Nuevo bautismo* no basta a desnudarle de crespones lúgubres su escenario de vida. Aquellas *Rocas negras donde el viento / silba misteriosas claves* son demasiado pesadas para el tramoyista que ya tiene lastimado el espinazo de la vida, y como si fuera poco, son pesados de sombra también aquellos *cereipos, ceibas y jobos*, que le sirven de telón de fondo a la tragedia de ausencia, prolongada ya tanto, que en un embate de desesperanza le hace exclamar:

*¡Ay! cuando quieras tornar
seremos los dos muy viejos.
Y muy viejos: estas rocas
menos que polvo han de ser.*

*Y en medio de nuestras bocas
habrá una inmensa pared.*

Quizás no sea tan largo el plazo del retorno como cercana le es ya la “inmensa pared” al través de una rendija de la cual él ve que *el sol es a modo de un cráneo vacío*, y la luna *llanto congelado y acabado de llorar*.

La misma febriscencia de su mal contagia el ambiente de un calofrío patético en que

*Trémula de suspiros
vaga la brisa.
Trémula de suspiros
se echa a llorar...*

Sollozo isócrono, sin duda, al que su pecho no puede contener más, cuando se le hace patente aquel espectro de su corazón colgado en la noche *como una lágrima de nieve y sol*.

Y temeroso de su desamparo total se le resbala un ruego:

*Recuerdos, no os vayáis
jamás de mi alma,*

ya que son los recuerdos el más cercano mundo del enfermo, quizás el mismo “manantial” en que

*su sed de quietud y cristal
se allega a refrescar mi mente,*

aquella mente suya que pide “tan poco”:

*Una esperanza únicamente basta
a saciar esta sed que yo quisiera
en el cáliz saciar de una esperanza.*

La congoja y la fiebre le vuelven tardo el andar, y con un descon-suelo que taladra, ante la agilidad del padre físicamente sano, enhiesto de cuerpo, con extrañeza casi de su juventud impotente, dice:

*Y a mí en contar mis pasos
el día me anochece.*

Pero su mundo de enfermo tiene alternativas y en la “mañana lluviosa”, su reclamo de padre amante llega a la primogénita:

*Margot, dame un beso.
Dame una sonrisa. Dame una mirada.
Ven, derrama luz por mi frente mustia...
Puede ser que un poco llegue hasta mi alma.*

Reclamo que extiende a José Adalberto, el hijo a quien confiesa

*Que para mi pobreza
únicamente ansío
el oro de tu cabeza
y un palacio que tengo dentro del corazón.*

Es un lapso de consuelo que dura apenas “porque mi dicha está rota”, según le dice a la mar a la vez que le confía

*que en mi vida peregrina
cada gozo es una espina
y cada lágrima un mar.*

Pero él mismo se insufla alientos nuevos:

*Yérquete, corazón, tuyo es el cielo,
la aurora y el ocaso, si en el ala
de un gran gesto te subes atrevido,
si por sobre ti mismo te levantas.*

Y dan un tono de resignación mansa las estrofas finales de este poema:

*la gloria está en los cielos del olvido;
el Todo, en los abismos de la nada.*

esa misma “nada” en que “al irse la tarde”

*posa el alma mía
un mirar de ausencia, recuerdo y olvido...*

Los clarines de los gallos son tres punzadas en su alma sensitizada de soledad.

De vez en vez rompen la unidad del libro poemas que deberían pertenecer a otro tomo, como, seguramente, pertenecen a otra etapa de la vida del poeta.

El regreso de la fiebre se marca en su voz:

*Sentí frío.
Y era dulce, dulce el fuego
de sus pupilas astrales,
todo el frío me quitó.*

Esas *pupilas astrales*, tan blancas como la nieve debieron ser en su delirio de enfermo las pupilas de la muerte. Quizás ya tiene el presentimiento cercano de *El sendero de las sombras*, ya sus ojos padecen la rubropsia que le hace tener la visión de que

*Rojos están los pedregales
y los abrojos están rojos*

y todo lo que le rodea es igualmente rojo, tanto, que le conturba el narrar que

*Alguien cruzó por mi camino
y ante mis ojos se paró:
creyó que mi llanto era vino
y sus dos manos ahuecó.*

El poeta reconoce en ello la antesala inmediata al fin. Ya le es a modo de un camposanto,

un composanto inmenso, el mundo.

Y recrimina al hilo rojo, incontenible, con un asomo de temor:

*¿Por qué vienes a avisarme
que el día ese está cerca?*

Acaso en esos momentos piensa en sus seres queridos y es por ellos que no quisiera irse, es por ellos, por quienes quiere prorrogar su estancia y al través del mismo rojo hilo que le aterroriza, le envía un mensaje a la muerte:

*¡Rojo hilo, rojo hilo,
dile que ahora no venga!
¡Tengo tanto que dejar
abandonado en la tierra!*

Pero el desmarrimiento vence su deseo de vida, y debe ser corto el plazo entre esa súplica casi fraterna y el vencimiento total a que se entrega escéptico:

*Ni siquiera la paz yo pido!
en la quietud del cementerio;
ni siquiera un rincón aguardo
donde dormir mi último sueño.*

Esta vida dolorosa cruzó nuestro horizonte lírico en una época transitoria para el verso. Acaso los que estuvieron cerca, no alcanzaron a medir en entera cabalidad el alcance de su obra. Precursor de un imaginismo pictórico y sonoro, innovador consciente del idioma, despertador del prestigio de nuestra flora y nuestra fauna, "Peaché" es el estandarte con que los poetas de hoy hacemos frente al ejército de los "ismos" en "santo y seña" cordial.

JOSÉ P. H. HERNÁNDEZ (1892-1922)

Francisco Matos Paoli

I

Nota biográfica

José P. H. Hernández vio la luz primera en la aldea de Hatillo el 22 de mayo de 1892. Sus padres, José Hernández y Ricarda Hernández, eran de humilde procedencia. El niño tiene que lidiar reciamente contra las adversidades. Bajo el signo de la pobreza, su vida va adquiriendo temple de autenticidad.

Empieza a estudiar en 1899 la escuela elemental. Con gran rapidez despunta su inteligencia hasta conseguir el primer puesto entre sus compañeros de aula. No empece la miseria, su devoción al estudio le obliga a proseguir el largo repecho que es su vida. La lucha habría de aureolar su carácter batallador.

Ángel Mergal, en un intento crítico biográfico, nos dice que Peache (nombre íntimo del poeta) *empezó a asistir a los cultos religiosos de la iglesia metodista episcopal del pueblo, tendencia religiosa que conserva hasta obtener su título de farmacéutico, y que influyera luego en su vida y en su pensamiento.* Este dato es revelador. La poesía de Peache adquiere su tono más auténtico en la angustia de tipo religioso.

José P. H. Hernández hizo estudios de música con don Manuel A. Lacomba y don Tomás Milián. Llegó a dominar el bombardino y la flauta. Su verso recibe este legado musical. Peache es uno de los poetas nuestros que tiene la rara habilidad de transformar la emoción poética en sonoro regalo para el oído. Auditivos como él no abundan en nuestro parnaso.

Su oficio de músico le sirvió a la vez de medio para el sostén económico. Con la ayuda de la familia Milián y tocando bailes, el poeta se abre camino en San Juan hasta que logra graduarse de escuela

superior. Más luego, se hace cirujano menor y se despierta su vocación por la medicina. Anheló frustrado el de servir a la humanidad como médico. Fue meta imposible para aquel muchacho pobre y sin recursos. Sin embargo, su virtud de samaritano permaneció intacta. Y en el curso de su vida se le presentaron varias ocasiones en que su espíritu hondamente caritativo logró la satisfacción más plena de servir a los enfermos y a los menesterosos. Su propia poesía recoge este aliento evangélico. Es don amoroso para su enfermedad y para la duda de vivir intensamente proyectada hacia lo trascendental.

Aun el amor no le sonríe. Pero cuando se enamora de doña Carmen Sánchez, el amor no se da alegremente. Peaché tiene que vencer la resistencia que le opone el padre de la novia. Aquel poeta de la pobreza no está hecho para el éxito de las apariencias sociales. Vuelve de nuevo a San Juan y se matricula en un curso de farmacia por estudios libres y en 1912 logra, por fin, el título de farmacéutico. *Con su amigo Samalea Iglesias escanciará una botella de champaña, cuyo cuello saltó al golpearla contra el borde de uno de los bancos de la Plaza de Colón.* (Ángel Mergal).

Empieza su vida profesional. Primero en Corozal. Más luego, en Hatillo. Allí establece la Farmacia Hernández en sociedad con P. Lorán. Siendo director escolar de música y dueño a la vez de una farmacia, puede ahora vencer la oposición de don Felipe Sánchez. Se casa con Carmen en 1914. Su último paradero lo fue el pueblo de Río Grande. Allí sirve en el puesto de regente de la farmacia municipal. También actúa como cirujano menor. Según testimonio citado por Mergal, una anciana de Río Grande asevera que *Pepe era el paño de lágrimas de todo Río Grande. Él lo sabía hacer todo. Pepe para tocar en la misa; Pepe para tocar en el cine; Pepe para una operación; Pepe para un enfermo que lo llama a media noche. Y siempre complaciente, y nunca exige nada.* Retrato mejor no cabría para un alma ennoblecida por el sufrimiento, toda sacrificio y bondad.

Ya es hora de que el dolor le selle para siempre. La enfermedad de la tisis le corroe el cuerpo por un año. Sus amigos se identifican con su desgracia. Organizan veladas para ayudarle. Pero el poeta, en su angustia, siente como Job, el llamado de la eternidad. Su último combate está a la vista. El horizonte de la muerte toca en la entraña de su espíritu. Y una noche de primavera –el 2 de abril de 1922– entrega su alma al Creador. *Todo se hizo como él lo deseaba* –según testimonio

del Padre Rivera, citado por Mergal. *Un cofre todo de madera, nada de trapos, modelado en la madera, las insignias de la poesía.*

Nota bibliográfica

Su primer libro **Coplas de la vereda** se publica probablemente en 1919. Libro maduro ya, que devela lo idílico de nuestra naturaleza y la mansedumbre dolorosa de aquel carácter hecho mancomunadamente para el madrigal y el llanto. En el invierno de 1921, sale su obra **El último combate**, prologado por Juan Vicente Rafael (Padre Rivera). Un libro, **El páramo de los petreles**, se extravía en manos del poeta español Francisco Villaespesa, quien iba a prologarlo y publicarlo en España. Era su obra acabada, el fruto mejor de su lira. En 1925 la empresa **Puerto Rico Ilustrado** da a la imprenta **Cantos de la sierra**, con prólogo de Carlos N. Carreras. Esta obra póstuma era casi una repetición de sus dos libros anteriores. Todavía quedan sin recoger en volumen una cincuentena de poemas publicados por primera vez en un número conmemorativo que la revista **Alma Latina** dedicó al poeta en mayo de 1936. [La edición definitiva de su obra completa debe hacerse sin demora alguna, ya que José P. H. Hernández, juntamente con Gautier, representa tal vez la cima lírica más lograda de toda nuestra poesía.]

II

El sentimiento de la muerte

En el poema *El último combate*, que da nombre también al segundo libro de José P. H. Hernández, nuestra más fina alma cantora se hace una pregunta decisiva: *¿De qué me sirven Cielo y Mundo / en este duelo con la Muerte?* Abierto así el libro, en la figura agonal que lo engendra, entramos a participar de un ámbito insobornable en que el poeta luce el temple de su ser abocado a la muerte. Porque este libro es eso: soledad del poeta en el trance mortal. *Que en esta inmensa soledad / apenas si hallo mi dolor.* El hecho de estar enfermo irremediablemente es lo que causa dolor. Pero el combate con la muerte es lo que causa soledad. Hay que distinguir entre el sufrimiento físico y esa anticipa-

ción de la muerte que el poeta vislumbra en su agonía. Vivir la muerte es tenerla ya inscrita en la propia vida. Y el poeta, anticipando el hecho de su muerte, pervive el misterio de su soledad. A nuestra mente acuden ahora aquellas reveladoras palabras de don Miguel de Unamuno: *Los hombres vivimos juntos, pero cada uno se muere solo y la muerte es la suprema soledad. (¿De que sirven cielo y mundo...?)* Con su pecho llagado y desnudo, este Job puertorriqueño, pasea por su “páramo de petreles”, y tiene un “sombrió firmamento” bajo el pie. La muerte crea un aura inexpugnable. En su recinto no puede entrar el rumor de la tierra. Y el poeta es el ido, el que se despide de la circunstancia terrena, el que está solo, sin cielo y mundo, en la sola compañía de la muerte. Entra en su ámbito helado, en un abandono de alma que lucha por no morir.

¿Cómo anticipa el poeta la muerte? Desde la vida *muriente* se traslada a la vida *muerta*. El “rojo hilo” de la hemoptisis es un amago, un aviso exterior que obliga al poeta a concebir su muerte, a tener conciencia de ella. De ahí la familiaridad con que el poeta se mueve en la muerte que, de por sí, es insólita, anticotidiana. Sin embargo, el poeta colma de cotidianidad el *suceso* de la muerte. Empieza a vivirla antes de su acontecimiento, la prolonga hasta después de ella misma, nos habla de ella por detrás de su sombra. Ni siquiera nombra la muerte. Simplemente crea la atmósfera de su llegada, la torna inminente, la hace expectativa. La frase “rojo hilo” insiste como una letanía en la situación mortal. Se ha hecho *cuestión* de la muerte. Se percibe el tempo de la lucha y el esfuerzo lírico por sobreponerse a la presencia de uno de los signos de mortalidad: el rojo hilo de la sangre. Piensa el poeta en su esposa y sus hijos. Y pide una muerte escondida, que venga *callada en la saeta*, una muerte que lo acaricie y lo hiera a traición. Pero el rojo hilo, el rojo hilo, avasalla todo anhelo de sorpresa. Y el tono se vuelve suplicatorio y patético. Ni el hogar se salva de la muerte. Contemplamos el sentimiento de menesterosidad de la criatura humana frente al poder incontrastable de la muerte.

La *Balada del sendero* es un poema al *Dolor*. El dolor aparece aquí como elemento de transformación espiritual. El poeta es un peregrino que camina, sin norte ni guía, sumido en la “honda bruma” de su alma. Le acompaña el Dolor. Se simboliza el Dolor en un perro de brilladores colmillos: el único fulgor del poeta en la bruma. *¡Acércate, Dolor, y ensalma con tu lengua mi podredumbre!* Hay otra referencia a la he-

moptisis: “bermeja espuma”. La lucha con la muerte ahora se define como una “negra tempestad”. Y el Dolor, fiel e inviolable, se ha hecho uno con el poeta. Esta familiaridad del sufrimiento lo despotencializa, lo rebaja en su entrañable implacabilidad, lo torna suave melancolía. Estilísticamente, la frase “aceite de melancolía” aparece como un refugio del ser en la muerte. *Del lodo mana la luz*. Porque la luz es el resultado de la experiencia del dolor. Redime de la “negra tempestad” de la muerte. Inicia la aurora de la eternidad en el ser. Hace que la *persona* entre en sí misma, *pues sólo sufriendo se es persona*, según don Miguel de Unamuno. La vida, para el poeta, deja de ser vulgar e inauténtica. El poema *Ego* es una reafirmación del ser que ve *la vida madura de gusanos*, que adquiere sabiduría *personal* cantando a la muerte. El errante, el solo, el triste, el ido, el que lee el breviario del dolor, el que adquiere personalidad yendo “hacia la Nada”, el que interpreta la muerte: ése es el poeta. Va hacia la muerte, se desentiende de la trivialidad de los otros, que no le perdonan ese supremo conocimiento de vivir una existencia dolorosa y plena. En suma, la muerte trabaja arduamente para revelarnos la esencia de nuestro ser.

En *Balada del crepúsculo*, el poeta embellece la llegada de la muerte. Podría titularse este poema las bodas del poeta con su “Prometida”: la Muerte. El poniente mismo es símbolo de acabamiento. El poeta imprec a Venus, estrella de la tarde, desde su corazón adolorido, en una tarde triste en que *la brisa plañe dolorosa* anunciando lo fugaz de la vida. Pero hay una rosa de luz en el cielo, que no es de naturaleza tan perecedera como la rosa de la tierra caída en el polvo fatal, que es de blancura nívica, y el poeta la llama “estrella mía”. Esta posesión de la tarde en la estrella, ¿no es poseer la muerte en la belleza? ¿No es esta rosa de luz una cifra de la vida eterna? La muerte traerá esa rosa prendida al seno. El poeta embellece la figuración de la muerte. La llega a concebir como novia. ¿No es la muerte, urgida de belleza, una insinuación de tránsito hacia la eternidad?

Señero va el poeta, con su cruz de eterno viandante, *sin el mañana que no existe*, en viaje hacia la muerte. Señero, triste, con la roja iluminación de la lágrima en la “honda cuenca” del mirar, “corvado de melancolía”. El porvenir, único reino de libertad espiritual, se anula en la muerte. El llanto es un modo de desangración de la vida muriente. Se da cuenta el poeta que va a ser pasto de gusanos. Y tiene el alma pálida como el Véspero, porque en ella ya está prefijada la figura de

la muerte. El mundo del poeta se prolonga hasta cubrir toda la faz de la tierra. *Y es a modo de un camposanto, / un camposanto inmenso el mundo.* La conciencia de la muerte es total. Se alcanza el ensimismamiento en la muerte. El mundo se enajena de mortalidad. Por eso, el sentimiento de la naturaleza se *posita* en este libro desde el punto de vista del que muere. *¡Oh, qué mañana tan triste / para aquel que nada espera!* Nos habla el poeta de su huerto baldío donde *crecen pedruscos en vez de flores.* La primavera no podrá entrar en este erial de su alma, *pues no encontrará por dónde.* La hoja verde, vestida de rocío, es una quimera. La garza surca el aire *hacia un país que no existe.* Se nombra a un buey, que no es buey, porque no muge ni embiste, figura de la derrota de la vida y del cansancio espiritual. La luna llora histéricamente, *en la nocturna soledad,* como una "paloma viuda". Es que ha muerto el corazón del poeta. El silencio del valle conmueve y tiembla al reflejar el clamor profundo de su pasado. El viento *silba misteriosas claves* al herir *unas rocas negras.* *El gallo a cantar empieza,* en un canto augural de muerte. Sólo el *invierno largo y frío,* el invierno interior del espíritu, deja la sensibilidad del poeta esperando *a la ribera del Después.* Se pregunta el cantor, ya deshecho por el misterio del dolor, qué será de él después de la muerte.

Toda esta poesía anticipa imaginativamente el suceso de la muerte. El poeta se representa a sí mismo como un habitante del más allá. Imagina que la bienamada va a su tumba a elevar un rezo en su nombre. Y él no la puede escuchar. El para qué de la tumba, con toda su pesadumbre esfíngica, resuena en su canto. En la noche, ya muerto, pide para su sepulcro *un cielo azul y oro... una luna de marfil... un ruiseñor sobre el sauce.* Así podrá descansar en paz. Pide que no aülle el viento, ni que labios traidores se acerquen a gemir mientras él duerma. La muerte es un sueño, porque también es un enigma. Ese sueño puede ser turbado, positiva o negativamente, por la realidad exterior. La muerte es un tránsito que se trasciende a sí mismo. El poeta habla de la muerte, ya muerto. Sustancialmente vive por virtud de una imaginación salvadora. Y en el poema *Ya* se realiza la suprema ascesis de su alma. Renuncia a todas las esperanzas terrenales: recuerdos, sueños de gloria, el amor a los hijos, la fama literaria, la paz del sepulcro. Está ya limpio de deseos, desnudo como los que van a morir, con una sola verdad *que abierta está en el cementerio.* ¿Es la muerte, entonces, la ultimadora verdad del poeta? No, que él tiene también,

como Jesús, su huerto de Getsemaní. Aunque su alma está triste hasta la muerte, siente el poeta la infinita necesidad de la oración. Pide la misericordia de Dios. Se torna evangélico. Porque su soledad únicamente puede ser colmada por Dios. Reconoce que no puede estar sin Dios. Tal parece que le guían aquellas tremendas palabras de San Pablo: *Por tanto, no desmayamos: antes aunque este nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior empero se renueva de día en día.* Porque todo lo ha perdido el poeta, todo lo que pertenece a la tierra, quiere vencer el dolor, quiere triunfar de la muerte, quiere *hallar un nido en qué dormir.* Dios es el nido, desde el cual el poeta transfigura su canto en un gesto de noble y austera caridad para consigo mismo.

III

Sentimiento de la poesía

El poema *Liminar* resume la poesía entrañada de José P. H. Hernández. Aparece en él delimitada la visión de mundo que sirve de estructura emotiva al ensimismamiento de la frase poética. Los materiales del canto se alimentan de una fuente triple: belleza, misterio y dolor. El poeta, que es creación oscilante, afirmará una estética basada en la conciliación de los contrarios. Su avidez poética transmuta el dolor en belleza. Hace de la belleza uno de los más finos misterios del corazón. No se refiere a la belleza como categoría abstracta, sino a la belleza que dimana de las cosas y encuentra sustantividad en la congoja de la muerte. Al unir dolor y belleza, creará su tono preferido: una mansa melancolía que rescata al dolor de su reciedumbre y lo envuelve en "inconsútil levedad". Varias veces, el poeta llena el vigor de su verso de un lamento hermano al de Job. Pero el tono nunca es estridente y hueco. Servirá de huella al poeta el más depurado romanticismo. La trascendencia del motivo salva esta poesía de caer en sentimentalismo plañidero. Se siente en ella el hervor de un alma cuyo anhelo último es de apacibilidad y de sosiego.

No se olvide que el poeta era un hombre condenado al suplicio de mortal enfermedad. Los que han hablado de morbosidad en P. H. (Peaché), desconocen al poeta. Se han fijado más bien en el patetismo

externo de su agonía física para no comprender a cabalidad toda la fuerza ascensional de su sentimiento poético. Hay un vuelo de arcanos en esta poesía que no se agota en el tipo de enfermedad que hizo sucumbir al poeta. Sobre todo, hay *muerte* en esta poesía, en el sentido agonista de don Miguel de Unamuno. En su atmósfera insomne, un alma vela su paso temporal para adquirir un aire de dignidad suprema frente a la muerte. Leyendo a Peache, percibimos una hímica exaltación de la muerte. ¿Paradoja? No, porque la muerte es, en su sentido más profundo, culto a la inmortalidad. Tuvo el poeta serias dudas. Mas la duda fue vencida por la entrañable dedicación a resolver el secreto de la Esfinge. La poesía, más que la razón, sirve a este atormentado de instrumento develador del enigma de la vida y la muerte. El poeta no es alma uniforme. Si algo lo define es la vacilación esencial que siente ante lo problemático de la realidad. Asimilará aquellas palabras de Job, a quien llama “hermano mío”: *El hombre nacido de mujer, corto de días y harto de sinsabores: que sale como una flor y es cortado; y huye como la sombra, y no permanece*. Su canto posee esa luz de ceniza del cansado. Del polvo sentimental se levanta el “esqueleto del hastío” para herir la visión del poeta. Pero, no con menor empeño, aprende Peache a conocer la esperanza. Y como Job, también cantará: *Yo sé que mi Redentor vive, y al fin se levantará sobre el polvo*. Solamente la sabiduría del dolor que lleva por escudo el pecho llagado –lepra, hemoptisis– sabrá vencer de la muerte. La raíz extrema de esta canción es la soledad (“esposa mía”). Y de esta raíz soledosa le manaba al poeta el vértice de una rama: el ensueño. En la conciliación de los contrarios, tanto vale decir que su sentimiento poético es soledad de ensueño como ensueño de soledad. Únicamente se llama esposa a lo más cercano al corazón. Epitalamio de la soledad amorosa, no por morbo, sino por entrañamiento de espíritu. *Soledad que floreciste con rocío de mis penas*. Así también profirió Job: *Mi raíz estaba abierta junto a las aguas, y en mis ramas permanecía el rocío*.

Este tono de apocalipsis que alcanza su cumbre más desgarrada en la *Elegía mística*, se oliva de luz en el madrigal. El madrigal cultivado por el poeta es *el céfiro, entre las zarzas*. De primera intención, sentimos un sobrecogimiento ante esta huella angélica de la poesía. ¿Cómo el poeta pudo crear del gusano la flor? Esta complejidad de sentimiento no arranca vulgarmente de una sucesión de estados de ánimo de tipo romántico. No es capricho pasajero. Estamos haciendo referencia a

una realidad espiritual auténtica. La vida misma del poeta es un temblor de encrucijadas. Y la bifurcación de tonos poéticos en ningún momento significa disociación del sentir, sino apabullante unidad de alma. El madrigal de Peache no puede ser una nimia complacencia de carácter esteticista. El madrigal es una llave interior que corresponde netamente al afán de creación. Se produce como un contenido poético que en su estela más remota es un afinamiento sensible de la angustia. El coronamiento de esa angustia encuentra su expresión más valedera en lo madrigalesco. (*¡Oh, yermo florido de piedras, / tú eres mi tálamo nupcial...*) Entonces, ¿cómo juzgar tanta abundancia de intención madrigalesca? Para mí, el madrigal en Peache es una manera de acendrar el dolor en belleza. Es el seno inefable donde se lleva a efecto la conciliación de los contrarios. Es un modo de olvido. Un convertir el dolor en sentido ejemplar. Una trasmutación de la circunstancia en vuelo de huida esencial. El contenido poético se afina en el tránsito de lo doloroso. Mientras más dolor, más belleza. Porque el dolor no es eterno, se proyecta en las cosas bellas y las levanta a un límite de vaguedad ensoñatoria. El dolor no es elemento disociante, sino el medio para el hermanamiento de los conceptos poéticos en contradicción. Peache escribe una poesía que avanza por relación antitética y alcanza su unidad más seria en un intento de plenitud vital en la muerte. En ella aletean los símbolos aparentemente encontrados: alondra y mochuelo, roble y ciprés, recuerdo y olvido, sombra y luz, ensueño y soledad. No hay duda que la poesía, cuando es auténtica, se libera del caos y hace resistencia a la nada. El sentido de la angustia se evapora en varias modalidades positivas que fundamentan el ser en la eternidad: tristeza, nostalgia, melancolía, desengaño.

El madrigal y la elegía son las dos formas expresivas, más persistentes del arte de Hernández. ¿Envés y revés de la intuición poética? ¿Vida y muerte unidas por la belleza? *Nacimos para morir* —asevera el poeta. Aquellas *Coplas de la vereda*, tan armoniosas y frágiles, se llenarán de gravedad en *El último combate*. Pero de todo estruendo interior, sólo alcanza la tenue superficie del mundo *un pío silencio de erial*. Desde adentro, donde el cetro del yo se ramifica *entre idilios y hojarascas*, se extiende el hastío por plenitud de sentimiento. Es el sentimiento la categoría virtual de esta poesía. Un sentimiento puro y desnudo, libre de aspavientos y elocuencias. Sencillo, grácil, hondo. Sentimiento que, en su intuición más valedera, parece una sutil ar-

quitectura para sostener un alma en su infinita mortalidad. El dechado de la tarde enciende su secreto egocéntrico y se incluye en el eco de la luz fugitiva. La luz encuentra su tremolar en el tiempo. Es más bien recuerdo de luz, “llovizna atomizada”. Es el alma de Peache una *mariposa de las crepusculares*, perfume que se enciende y vuela, y deja, al huir, un oro mortal que relumbra bajo el plomo de los cielos. Es un “cofre de bruma”, un ansia de volatilizar la realidad, un hacer que el ensueño se posesione de la vida y la conciencia de soledad vaya creando el espíritu para el vuelo.

La poesía de Peache afirma los elementos íntimos y esenciales, y esquiva todo realismo impuro, se abre en una *sed de quietud y cristal*. Es lluvia fina que apaga y tamiza la tempestad interior del alma. El sentido de lo madrigalesco –*flauta de azul y luna*– reduce la vastedad del sufrimiento hasta dejarlo trasminado de cristalinidad. El don de vuelo aleja el alma de su propio límite, la cubre de *sueños insaciables saciados de niebla*, la obliga a olvidar la vida para sostener un diálogo con la muerte. Por eso, la figuración más justa del poeta es la del insomne. Él mismo se llama el insomne de sus sueños. La poesía se aparece como un murmullo lejano y enigmático, *vaga canción fantasmal* que se hunde en el lago violáceo del poniente. Tiene una luz de niebla remota, como la *primera estrella de la noche callada*, que se va apoderando del sentimiento hasta transformarlo en dejadez, sedancia y cansancio. Este dolor de plenitud hace avanzar al poeta como un solitario de Dios, sin mañana, sin hoy, sólo lleno de ayer. Abre su oído al paso que se aleja y se pierde en la bruma, romero crucificado en un “mundo fatal”. Y su oreja es un *nido de hielo / que aloja una ave de alcanfor*. Esta evanescencia del que se va y contempla cómo el cielo es un sudario inmenso que se extiende como un “ungüento de estrellas” para embalsamar su herida, aparece junto a aquel otro sueño en que el insomne, por lucidez dolorosa, confiesa que *estaba en la noche, dormido de estrellas, / ebrio de los oros de la inmensidad*. Entonces el alma se encuentra a sí misma *libando armonías bellas / en ánforas plenas de serenidad*.

El poeta nos revela que su *dolor fue un ave... de oro, que tornó cenizas un rayo de amor*. El ruiseñor de su canto doliente, que lleva dentro al búho, como la luz a la sombra, canta como *un suspiro de otro tiempo*: en desnudez y pureza levanta *una sola mirada trémula de recuerdos*. Y es que la alegría se madrigaliza cuando el recuerdo se ha

hecho esperanza. ¿Qué espera el cantor? Vencer la vecindad de la muerte con el recuerdo del amor ido. Ir al fondo de la persona misma y, ya allí, desde la conciencia insobornable que renuncia a lo inauténtico, ir, por vía de trascendentalidad, al recobro del ser en la muerte. Lo elegíaco es el esfuerzo de la trascendencia por negar la circunstancia arrogante. *Es preciso sentir en otras cumbres que otra es la brisa que refresca el alma*. El poeta sabe de un mundo de levedad, donde hasta las piedras tienen alma, donde el olvido es la flor de madrigal más casta. Hay una risa de olvido que fragua en la nieve sus labios cantarinos. Hay una brisa desnuda que del jardín se eleva “perfumada de armonía”. *En derredor, todo ahora*. Hay una “melodía de la luz” que en el yermo florece. Se rema con la cruz. Y hay el pecado de estar triste. Esta conciencia del pecado de la tristeza vuelve pálido al poeta, hace ilusoria su corporeidad. En un esfuerzo ilimitado, el alma se unge de abrojos. Ya no es Job quien azula el cantar: es Cristo que, aureolado del fin del mundo, resucita de entre los muertos. El llanto prosigue en “tersura y suavidad”, como una *seda fugaz y vaporosa* que cubre piadosamente el “azul ignoto” de todo cuanto lucha en la entraña del misterio vital. Y la elegía se recambia en madrigal. Madrigal a la muerte, epitalamio a la soledad. Tálamo de la estrella venusina que casa el alma con la muerte. El poeta se lleva en el fondo inexorable de ese abrazo el adiós de las cosas. Proyecta el alma hacia afuera para conocer el mundo en sus vaguedades ideales. Proyecta el paisaje hacia adentro para resucitarlo en belleza de realidad interior. Y esa es otra manera de olvidar la muerte, madrigalizándola. Encontrar en cada cosa un alma ingente de luz, donde antes se aposentaba “un camposanto inmenso” de angustia no liberada. El largo desvelo de la cruz ha puesto *a sonar el alma de las flores*. Contempla el insomne dormido cómo la tarde amanece.

La unidad de los contrarios –madrigal y elegía– es la más auténtica batalla del lírico: allí donde la poesía se insufla de inefabilidad. Lucha de Jacob con el ángel. El misterio de la poesía, continuamente volcado de interrogantes de carácter teleológico, obliga al ser sensible a llevar la cruz como un suspiro. Toda poesía es finalidad religiosa. Por ella se trasciende el dolor. Y por ella, la muerte queda vencida.

Modernismo esencial de Peache

Dentro del círculo poético modernista, la voz más pura pertenece a Peache. Lejos de él, el vocinglero hueco, la sentimentalidad acomodaticia, el vuelo a ras de tierra. Ante la poesía enyesada de la moda modernista, Hernández cultiva la sinceridad. Su tono es inconfundible. Son las “voces del corazón” las que silencian el arranque de su lírica. Le ayudan a desembarazarse del espectacularismo poético. Cultiva un silencio, una soledad, un ritmo personal y auténtico. No es que Hernández deje de tener influencias. Ahí está Bécquer que le dicta al oído su aire diminuto y frágil. Ahí está Rubén Darío, que le enseña a pautar el vocabulario y a afinar el metro, aireándolo. Pero, independientemente de estas resonancias literarias, Hernández vive su paisaje, nos hace sentir su estremecimiento temporal, cultiva un tipo de imagen novedosa que incorpora su poesía a las vibraciones de la postguerra. La vida que vivió, es su tema implícito. La aurora que robó al dolor hace aparecer al poeta como un hombre que se sostuvo por la belleza y el dolor infinito de amar. Sabe él que la vida está “madura de gusanos”. Sabe él también que la naturaleza es un manantial límpido escondido. Encuentra en ella una manera de eternizarse en la belleza, un modo de superar el dolor. La subjetivación de la realidad es una constante de su anhelo de poetización. La naturaleza arde en afectaciones, en símbolos de correspondencia espiritual. Las cosas exteriores se plenifican de su ser y están subordinadas familiarmente a la expresión vital de su existencia. Mundo psicológico y mundo exterior se funden en una sola unidad lírica.

Poeta romántico lo es Peache. Mas el vaso formal en que recoge las esencias de la naturaleza y de su espíritu pertenece ya a la renovación estética llevada a cabo por el modernismo. Los objetos de representación exterior no son abstractos ni alegóricos. Están ubicados en el ámbito puertorriqueño y pertenecen generalmente a la órbita insular en que el poeta pervive sus más ricas asociaciones de luz, sonido, aroma y hervor plástico de ensueño y realidad. Los objetos, así dispuestos, en su emplazamiento sensorial, no obedecen ciegamente a convencionalismos decorativos, sino más bien a maduros símbolos de espiritualidad. Peache usa la sinestesia a menudo, porque ve la naturaleza como un todo contemplativo en que su temperamento ins-

cribe sus características emociones de dolor y alegría. El reflejo triste de lo natural abunda más. Es el matiz sentimental de la tristeza *—poniente del alma—* el que obliga al poeta a buscar imágenes que traduzcan directamente la veracidad del espíritu. Naturaleza, en fin es refugio, agente catártico que salva al poeta en la belleza de su origen primero. Hay un anhelo de quietud que se vuelca en cada detalle exterior, una invitación a la vaguedad y al misterio, un corazón de olvido perenne que haga cristalina y mansa la angustia producida por el emplazamiento de muerte que fue la vida del poeta. Armonía y paz son razones últimas del sentimiento de la naturaleza en la obra de José P. H. Hernández. El día, en sus ramificaciones de mañana, tarde y noche, se proyecta al paisaje como para insuflarlo de un ritmo vital inherente que hace de las cosas un fluir espiritualizado que se desliza del objeto y viceversa.

Poeta de musicalidades hondas es Peache. Domina el instrumento métrico como ninguno. Ciencia y poesía se han consubstanciado en sus obra para ofrecernos el signo de una espontaneidad lírica, producto del esfuerzo consciente del artista. No hay dicotomía alguna entre el técnico que domina el lenguaje y su don expresional y el alma en la emisión de su energía psíquica. Equilibrio y perfección estabilizan la obra del poeta en una unidad orgánica ejemplar. *La música, antes que todo* —afirmaba Verlaine en su arte poética. Pero lo musical no existe por sí mismo como valor intrínseco en Peache. Es el aviso. La fragancia melancólica es el espíritu. El espíritu de dejadez, de peregrinaje interior, es la esencia. Hernández supo cautivarnos con su don melodioso esencial. Era el técnico que no se queda aprisionado en su implemento. La espontaneidad del decir es la fuente del cultivo propio. Tuvo la conciencia de amar en silencio lo agradable, lo rico, lo natural. No hay morbo en él. Ni falsos histerismos. A pesar de su agonía, nos dejó un recuerdo soleado, de casita blanca dormida sobre el cerro inefable de la poesía. Tenía apego a su tierra. Y en ella auscultó la sed de entrañamiento que dirige la vida hacia fines nobles e imperecederos. Autoanálisis de alma, porque en el interior del hombre habita la verdad. José P. H. Hernández es el poeta de la sinceridad y de la presencia lírica más insobornable de nuestro pueblo.

FERDINAND PADRÓN JIMÉNEZ

SELECCIÓN POÉTICA



**REVISTA DE ESTUDIOS GENERALES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RÍO PIEDRAS, 1994**

A Emir Padrón, mi hijo

***Ieu sui Arnautz qu'amas l'aura
E chatz la lebr'ab lo bou
E nadi contra suberna.***

***("Soy Arnaut, que amasa el aire,
Caza con el buey la liebre
Y contra corriente nada.")***

Arnaut Daniel, *Canción*

LA JOVEN DEL BAR

*Al final de tus ojos,
detrás de todo lo que vemos,
te sonrío.
Abrazo con ternura tu tristeza.
Me miras desde el fondo en que te encuentras.
Sé que aún esperas un pequeño roce de cariño.
Tus ojos se parecen a los míos,
en ellos me encuentro y te busco.
Eres niña dormida; te recuerdo.*

FOTO DE NIÑA VIETNAMITA

*Desnuda corres desbordada de ti misma.
La pequeña carne de tu cuerpo avanza extraviada.
Tras tu paso apresurado la muerte se extiende como un mar.
Han cesado los sentidos; el horror de tu grito sólo eres.*

NOCTURNO

*Esta noche
una mariposa triste
ha mojado sus alas,
y de espaldas
muere,
empolvándome las manos.*

INFANCIA

*Sobre el torso de esa tarde,
mi chiringa perdida
aún se aleja.*

HORA DE COMIDA

*Como formación de delfines
tras la proa de un barco,
así mis cabras se lanzan
—serenas y firmes—
a comer su alimento.*

CIELO

*En esta mañana de lluvia
quisiera estar como los recién nacidos de mi perra:
tendido al borde de una teta.*

OFENSA

*Igual a una tristeza inmejorada
es una ofensa,
como un golpe repentino
de un pedazo de hierro
en una vena.
Y el dolor es una pérdida de uno,
un golpe de palabras que recuerdan,
un río de sombra en los oídos
y los ojos derramados en la tierra.*

ANDAR CON LA MUERTE

No ando con mi muerte.

*Los gemelos siameses conocen
que al morir uno de ellos, el otro
deberá cargar la muerte de su hermano.*

*A cada paso siento, que no hago
sino arrastrar mi propia muerte.*

LA ROPA

*La ropa en la cuerda,
animada por el viento,
salpicando el agua y las angustias,
es la imagen más firme que recuerdo
de la vida del hombre y de sus días.*

LÍMITE

*Alguna vez los hombres desovamos.
Igual que las tortugas, salimos
de un agua oscura y cristalina,
a una playa, en donde nuestras patas se nos hunden,
y el viento, alumbrado por los astros,
nos seca nuestro cuerpo y nuestros ojos.
Andamos, hasta que sin darnos cuenta
estamos boca arriba, con gentes y recuerdos,
y el mar que nos espera, vemos por última vez.
Tendidos, de cielo nos llenamos, inocentes,
sabiendo que sólo ya nos queda partir.*

CURSO

*El ánimo del hombre es cóncava y amplía
como la proa aplomada de una nave que sigue.*

MIMÍ A SOLAS

*Cerca del mar,
una mujer de veinticuatro años,
jardinera que vende sus flores,
recibe el sol en las espaldas,
mientras sus sienes se humedecen
y debajo del sombrero: la mirada
y la mano que le ofrece agua a sus plantas.*

*A esta mujer el mundo no le importa,
no escucha el ruido de los autos que pasan
ni la seduce el sonido de los que se detienen.
Mimí, que es dulce y frágil,
cuando siembra semillas
se moja de llanto,
porque antes verá tallos y flores
que el menor movimiento de su vientre.*

LA PLAZA

*Sobre el pan en la plaza,
las palomas acuden
como un mar de pirañas.*

MADRE

*Cómo extraño
el manto tibio
de tu vientre, Madre.*

HECHOS

*La vida de un hombre dividió la Historia en dos mitades;
tus ojos dividieron mi vida, irreparablemente.*

TRABAJO INDIVIDUAL

*Cada vez que el sudor surge
como un baño de mar,
somos isla que piensa.*

QUÉ SUCEDE A TU AMOR

*La lluvia cae.
El ave sobrevuela en la tarde
el vientre del mar.*

*Las hormigas perforan la tierra
y acarrear las migajas.
Los nidos penden llenos de bocas
que esperan.
El sol se hunde y nace la luna.
Las nubes anegan el azul del verano.
¿En cambio, Amor, qué suce a tu amor,
que no emula a la lluvia, al ave,
las hormigas, los nidos, las nubes?*

CADA DOMINGO UNA DESPEDIDA

*La palma abierta de tu mano, Hijo,
sobre el cristal del auto que se aleja.
La distancia entre tus ojos y mis ojos
cada vez más vasta.
El puente de amor suspendido en el vacío
como un largo tejido de lianas olvidadas.
La voz partida en el fondo seco del pecho.
La necesidad imperiosa de aire.
La humedad en las mejillas.
La certeza inevitable
como un terco faro entre las sienes.
La vida destruida
y la anulación total de la esperanza.*

ORFEO Y EURÍDICE

*Cuando Orfeo volvió la mirada
extinguió la vida de Eurídice.
No hubo otra despedida sino
los ojos extraviados en el aire
y un grito hondo ahogado en los pulmones.*

Perdía lo único que amaba.

*Fue entonces, que cada noche,
sumido en el silencio,*

*rodeado por estrellas,
repetía:
Eurídice, Eurídice,
sé que has partido para siempre,
sin embargo, Amor, aún te nombro
y no te olvido.*

NO ES POSIBLE EL AMOR

*Antes deirme dijiste:
"No es posible el amor,
entiende, no es posible el amor."
Por tercera vez, Héctor
bordeaba las altas murallas de Troya.
El violento Pelida abatía la presencia del aire a su paso
y contra el hijo de Príamo orientaba todo el alud de su fuerza.*

*Desde una torre, la anciana Hécuba
contemplaba la exigua vida de Héctor,
no el inexhausto domador de caballos,
no el inmenso caudillo, sino el hijo;
el pequeño girando en el tibio hemisferio del vientre,
el chiquillo asustado apretando el miedo a su cuello,
la suave presión de los labios calmando el hambre en los pechos:
no el mortal que ahora emigraba evadido en un grito.*

*Aquella tarde, en que cubierto de sangre llegué
hasta ti, Andrómaca, estaba triste.
Si bien callé, ya entonces, la estampida del miedo
se había propagado por mis venas.
Cuando te hablé del deber,
cuando insistí en que debía partir,
cuando contemplaste mi espalda alejarse,
yo sabía que con cada pisada
entregaba mi vida a la muerte.*

*Fue bajo el cóncavo cielo natal,
entre el horror de mi esposa y el dolor de mi madre,
amparado por sus dos rostros húmedos,
que contuve mi propio horror
y ordené detenerse a mis piernas;
me volví sobre el hombro buscando sus vidas
y las miré por última vez.*

*Entonces: el acecho de Aquiles
y su voz tronando arrastrada,
la aguda extensión del largo alarido
quebrando el arco cobalto del cielo,
la lanza ondulante abriendo el espacio,
la punta abriendo mi frente.*

*Adrómaca, cuando la sangre inundó mi garganta
y la oscura tiniebla me cegó con su sombra,
nos recordé abrazados.*

*Antes de irme dijiste:
"No es posible el amor,
entiende, no es posible el amor."*

GABRIELA

*Gabriela, pequeña,
me ha preguntado usted
por qué no le miro a los ojos
y el silencio me ha tapiado la garganta,
y como si estuviera en el centro de un ciclón
he imaginado a Perseo
interponiendo el broncíneo escudo
al rostro de Medusa;
he pensado en el soberbio Ulises,
atado a su mástil,
resistiendo el canto de sirenas.
En un poema hebreo del*

*Cantar de los cantares un hombre dice:
 "Hermosa eres, amiga mía, como Tirsá,
 encantadora, como Jerusalén,
 imponente como batallones.
 Retira de mí tus ojos,
 que me subyugan."
 Gabriela, ¿cómo sostenerle a usted
 la mirada?*

ZULMA MIURA

*Zulma Miura,
 en mi recuerdo
 es usted el cisne tierno
 y la rauda gacela delicada.
 Delante de su voz,
 como un pequeño al que algún mayor
 refiere el oro de una historia,
 suspendí el colibrí extasiado
 que yo era.
 ¿Cómo olvidar la vereda
 espesa de su voz,
 la tibia seda cadenciosa?
 ¿Cómo olvidar la alada
 partitura de sus labios
 iluminando el mundo
 ante mis ojos?
 Por usted, Zulma Miura, temí
 del Minotauro y con Teseo,
 entre los muros de piedra,
 me palpitó la sangre en la garganta.
 Por usted imaginé la helada mirada de Medusa,
 la cabeza como nido de serpientes.
 Por usted remé al lado de Jasón
 y con Orfeo y Peleo en la cóncava nave vi extinguir el
 poniente.*

*Por usted conocí a Circe,
 vi la trama de Penélope y sus luengas trenzas enlazadas,
 vi el rostro de Helena una tarde sobre las murallas,
 vi la lluvia áurea sobre el seno de Leda,
 la cuadriga de yeguas y el auriga desolando la llanura,
 vi la fuga conturbada de Dafne
 y el último abrazo de Héctor y Andrómaca.
 Por usted, Zulma Miura, saltaron cenicientos delfines
 sobre la esmeralda del Egeo.
 Miura, su nombre es un altar en mi memoria,
 es el alto astro que en la noche buscan los extraviados ojos
 del nauta.*

*Zulma Miura:
 ebúrneo cuello,
 vestal inmaculada,
 clámide olor de la azucena,
 ¿cómo convencer a mi recuerdo
 que en su carne corre la sangre
 y no una desbandada de jazmines?*

